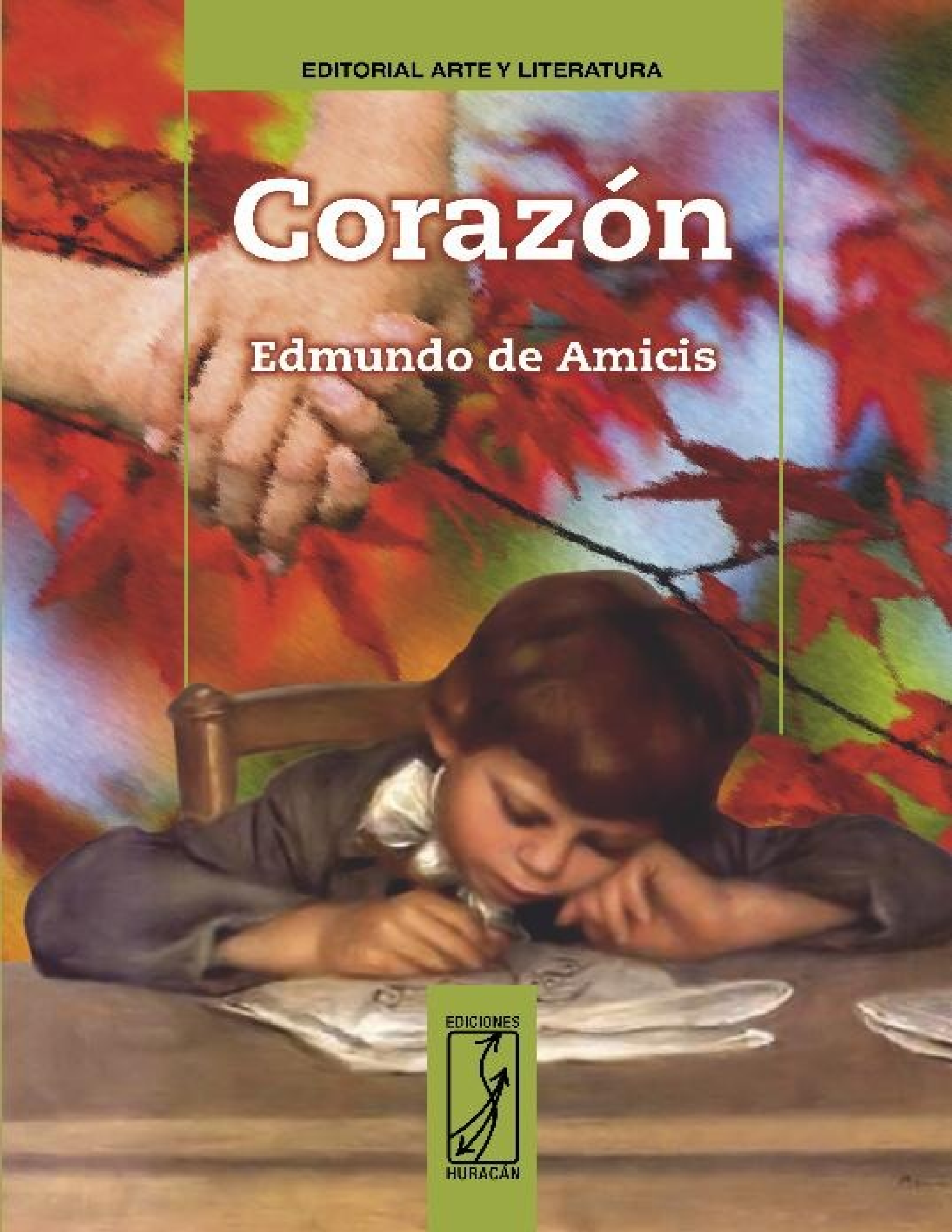


EDITORIAL ARTE Y LITERATURA

# Corazón

Edmundo de Amicis



EDICIONES



HURACÁN

# Corazón

## Diario de un niño

cuba**literaria**  
EDICIONES  
DIGITALES



Asesoría de la colección

Antón Arrufát

Ambrosio Fornet

# Corazón

## Diario de un niño

Edmundo de Amicis

Prólogo

María Dolores Ortiz

cuba**literaria**  
EDICIONES  
DIGITALES



EDITORIAL ARTE Y LITERATURA

Título de la obra en italiano: Cuore

Edición y corrección: Dania Pérez Rubio  
Composición computarizada: Pilar Sa Leal  
Diseño de cubierta: Rafael Lago Sarichev  
Versión Epub: Rubiel A. González Labarta

Primera edición, 1997  
Segunda edición, 2002  
Tercera edición, 2003  
Cuarta edición, 2004  
Quinta edición, 2007  
Sexta edición, 2008  
Séptima edición, 2010 Octava edición, 2013

© Sobre la presente edición:  
Editorial Arte y Literatura, 2015

ISBN: 978-959-03-0650-1

Colección Ediciones HURACÁN  
EDITORIAL ARTE Y LITERATURA  
Instituto Cubano del Libro  
Obispo no. 302, esq. a Aguiar,  
Habana Vieja CP 10100, La Habana. Cuba  
e-mail: publicaciones@icl.cult.cu

# Dedicatoria del autor a los lectores de España

¡Cuán feliz sería si mi pobre libro pudiese en algún modo proporcionar solaz y deleite a los niños españoles:

a los niños de esa noble y querida tierra, a la cual me llevan constantemente los recuerdos más gratos de mi juventud!

Edmundo de Amicis

# Advertencia del autor

El presente libro se halla especialmente dedicado a los chicos de nueve a trece años de las escuelas elementales, pudiéndose titular Historia de un curso académico, escrita por un alumno de tercera, en una escuela municipal de Italia.

Al decir escrita por un alumno, no quiero dar a entender que haya redactado la obra tal cual sale a luz, sino que el escolar iba anotando en un cuaderno, a su manera, lo que había visto, oído, pensado en las aulas y fuera de ellas, mientras que su padre al fin del año corrigió este Diario, procurando no alterar lo esencial de aquellas impresiones, en cuanto fue posible. Cuatro años después, el estudiante, ya en el Gimnasio, leyó de nuevo el manuscrito, añadió o suprimió algo que, a su juicio, no era fiel trasunto del pasado, y así se da a la estampa.

Ahora, niños y jóvenes, leed estas páginas, que espero os interesen, y cuya lectura confío que os será agradable.

# Prólogo

A la memoria de César Ortiz Amengual, mi padre, el mejor de mis maestros.

Los jóvenes que lean hoy *Corazón* sentirán seguramente las muchas emociones que despertara en los que ya lo han leído en los años de la infancia y de la juventud. Todos lo leerán con los ojos húmedos. Este libro, escrito en forma de diario de «un alumno de tercera, en una escuela municipal de Italia», es de esos que llegan realmente al corazón. Generaciones enteras han leído con emoción esta obra, cuya dedicatoria del autor, Edmundo de Amicis, a los lectores de España, está fechada en Turín en abril de 1887, hace ya casi cien años.

Para los que hemos tenido el privilegio —que lo es realmente en todos los sentidos— de haber tenido buenos maestros y de habernos formado en una buena escuela, *Corazón* es algo así como volver a vivir aquellos días luminosos. Tal vez el profundo respeto que hemos sentido siempre por los que han dedicado su vida a la tarea de enseñar, y la propia dedicación a esta hermosa profesión, tienen parte de sus raíces en este libro que es un verdadero y amoroso homenaje a maestros y alumnos y a la escuela como formadora de las nuevas generaciones.

Claro está que, al leer *Corazón*, hay que tener en cuenta la época en que se escribió, en pleno siglo *xix*, cuando hacía pocos años que Italia, dividida en siete estados y oprimida por extranjeros y tiranos, había alcanzado su unidad como nación. Trata por eso el autor de formar en los niños —los maestros lo hacen a través de toda la obra— el amor a la patria y a la bandera, sentido «más violento y vivo el día en que la amenaza de un pueblo enemigo levante una tempestad de fuego sobre tu patria», le escribe el padre al pequeño Enrico, con palabras que mantienen una permanente actualidad.

De ahí también el relieve que se les da a las grandes figuras de la historia italiana —Garibaldi, Mazzini, Cavour— a los reyes italianos, como símbolos estos, en aquellos momentos, de la unidad nacional. Por ella, dice el maestro, «lidió nuestro pueblo cincuenta años y murieron treinta mil italianos», y en otra ocasión les indica a sus alumnos que hay que saludar con respeto a la bandera, porque el que así lo hace de pequeño, «sabrás defenderla cuando sea mayor».



En este mismo sentido están escritos varios de los cuentos mensuales que aparecen en la obra. Todos estos cuentos están dedicados a exaltar el patriotismo y el valor de niños de diferentes regiones de la Italia unificada. Así, por ejemplo, el de «El pequeño patriota paduano» que dice que no acepta limosnas de quienes insultan a su patria; el de «El pequeño vigía

lombardo», que parecía que sonreía ya muerto, en vuelto en la bandera, como si estuviera contento de haber dado la vida por su patria; o el de «El tamborcillo sardo», al que tuvieron que amputarle una pierna, herida cuando corría a solicitar refuerzos para su propio batallón, lo que soportaba sin una lágrima ni un grito.

Mención aparte merece la pintura que de los maestros y de su papel como educadores se hace en esta obra, y que es como el hilo conductor que nos lleva desde la primera hasta la última página. El padre de Enrico lo exhorta a no olvidar a sus maestros, y el niño recuerda con cariño a su maestra, a la que vio tantas veces enferma y cansada pero siempre animosa e indulgente, des esperada ante las faltas de sus alumnos, feliz con sus triunfos y constantemente buena y cariñosa como una madre. Se destaca esa tranquila dignidad que debe caracterizar a todo maestro, con su entrega total a su importante misión, el maestro que no solo enseña, sino que aconseja y estimula a tiempo, y que forma en los niños los sentimientos filiales y patrióticos y los hábi

tos de conducta social que harán de ellos buenos y honrados ciudadanos. Los propios métodos pedagógicos que utilizan estos maestros no olvidables son opuestos al castigo y apelan a los buenos sentimientos de los alumnos. Todo lo cual inspira el más profundo cariño y respeto de estos a sus maestros, a su abnegación y a su sacrificio en una época en que no tenían el prestigio social que ellos merecen. Esto se observa cuando, en una carta del padre, este le dice a Enrico: «quiere a tu maestro, porque pertenece a esa gran familia de cincuenta mil profesores elementales esparcidos por toda Italia y que son

como los padres intelectuales de muchos que contigocrecen; trabaja do res mal comprendidos y mal recompensados, que preparan para nuestra patria una generación mejor que la presente». Y considera que el nombre de maestro es, después del de padre, el nombre más dulce que puede dar un hombre a un semejante

suyo.

En Corazón se ofrecen también inmejorables lecciones de las relaciones entre los condiscípulos, en situaciones que, en el complejo universo de los niños, se pueden dar en cualquier lugar del mundo. Aparece así el gallardo Derossi, el alumno sobresaliente de la clase, siempre el primero en todo, cuya conducta de «ayudar» a sus compañeros en los exámenes no podemos, no obstante, en modo alguno aprobar. Está Estardo, un verdadero carácter,

que suple las faltas de su inteligencia con una constancia diaria que lo lleva a triunfar de todas maneras. Está la conmovedora figura de Garrone, grande y pobre, embutido en ropas que le quedaban estrechas, pero que sabe defender y ayudar a los demás, como a Nelli, por ejemplo, el jorobadito pálido del

que muchos niños se burlaban. Está Coretti, siempre alegre a pesar del duro trabajo de cargar leña sobre sus espaldas en el pequeño negocio de su padre. Todos estos niños, pertenecientes a distintas clases sociales, van a la misma escuela, bien vestidos unos, los ricos, con ropas demasiado grandes y amorosamente zurcidas por sus madres, los pobres. Trata el libro de igualarlos

en la estimación mutua, « parece que la escuela ha creado a todos iguales y amigos de todos»;

pero subrayamos esa palabra, «parece», que el autor utiliza, pues de todas maneras está visible la diferencia entre estos niños y las limitadas posibilidades que la sociedad burguesa ofrece a los hijos de obreros y artesanos. Así, se dice que «los hombres de las clases superiores son los oficiales y los operarios son los soldados del trabajo»; y mientras Enrico y Derossi

podrán continuar sus estudios hasta la universidad, muchos de sus compañeros terminarán solo la escuela elemental para incorporarse tempranamente al trabajo.

Es que, en realidad, la dura vida de los explotados y de los desposeídos se muestra en vívidas pinceladas en diversos momentos de la obra, y no solo en las relaciones entre los compañeros de aula. Así aparece, con los bolsillos llenos de los ramitos de flores que le dieron las niñas junto con sus monedas, el pequeño que llora porque ha perdido el escaso dinero que había ganado deshollinando chimeneas; se habla de la miseria del pueblo, de los que murieron extenuados por las privaciones;

de las escuelas de adultos, a las que también iban muchachos de doce años que trabajaban por el día; de lo que significa el invierno para miles de criaturas a las que trae la miseria y la muerte. Y se habla de la limosna —la madre exhorta a Enrico a prodigarla— en una ciudad donde «en medio de tantos palacios, en las calles por donde pasan carruajes y niños vestidos de terciopelo, hay mujeres y niños que no tienen qué comer». La miseria llega hasta a anunciarse en los periódicos para buscar el momento en que se ocurrente que puede ofrecer la falsa caridad de la burguesía, y hay niños como Crosi, cuya madre, vendedora de hortalizas, solo puede ir a la escuela porque el Ayuntamiento le da libros y cuadernos, y como el «albañilito», cuyos bracitos débiles sostienen alegres el tren de juguete que le regala Enrico.

Quisiéramos destacar que Corazón es también un buen ejemplo de las relaciones entre padres e hijos, relaciones en las que priman el amor y el respeto mutuos; y que la obra muestra eso que los cubanos llamamos hoy educación formal, cuya importancia, casi podríamos decir cuya necesidad, es válida en todos los tiempos, pero más aún en la sociedad socialista, donde adquiere su verdadera dignidad el hombre. «Donde notes falta de educación fuera —le escribe el padre a Enrico— la encontrarás también dentro de las casas», lo que debe hacer pensar por igual a padres y a maestros.

Y es que, salvando las naturales diferencias de tiempo y de época Corazón exalta y forma valores universales que por tanto, deben ser también nuestros. Así queremos ver a nuestros niños y jóvenes, que se forman dentro de una Revolución verdadera que lucha cada día

# Octubre

## El primer día de escuela

Lunes, 7.

¡Hoy es el primer día de clase! ¡Pasaron como un sueño los tres meses de vacaciones en el campo! Mi madre me condujo esta mañana a la sección Baretí para inscribirme en el tercer grado elemental. Yo recordaba el campo e iba de mala gana. Todas las calles bullían de chiquillos; las dos librerías estaban atestadas de padres y madres que compraban carteras, carpetas y cuadernos, y delante de la escuela se agolpaba tanta gente, que el portero y los guardias municipales a duras penas conseguían tener la puerta despejada. Cuando estaba junto a la puerta sentí que me tocaban en el hombro; era mi maestro de segundo grado, siempre alegre, con su pelo rubio y rizado, que me dijo bondadosamente:

—Bueno, Enrico, ¿nos separamos para siempre?

De sobra lo sabía yo; sin embargo sus palabras me causaron pena. Entramos después de mucho forcejear. Señoras, señores, mujeres del pueblo, obreros, oficiales, abuelas, criadas, todas, llevaban de una mano a los niños, y los libros de inscripción, en la otra, llenaban el vestíbulo y las escaleras, produciendo un murmullo como si entraran en un teatro. Con alegría volví a ver el amplio zaguán del piso bajo con sus siete puertas de otras tantas clases, por donde pasé durante tres años casi a diario. Las maestras iban y venían entre toda aquella muchedumbre. Desde la puerta de la clase, mi maestra del primer grado superior me saludó y me dijo:

—Enrico, este año vas al piso principal, ya no te veré ni siquiera pasar —y me miró con tristeza.

El director estaba rodeado de mujeres todas acongojadas, porque ya no quedaban puestos para sus hijos; me pareció que su barba era algo más blanca que el año anterior. Algunos de mis compañeros estaban más altos y más gordos. En el piso de abajo, donde ya se había hecho la distribución, estaban los niños de los cursos inferiores, que no querían entrar en clase, y, como a los potrillos recalcitrantes, era necesario

meterlos dentro a la fuerza, algunos se escapaban de los bancos; otros, al ver que sus padres se iban rompían a llorar y era preciso que volvieran para consolarlos o quedarse con ellos, por lo cual se desesperaban las maestras. Mi hermanito quedó en la clase de la maestra Delcati; a mí me tocó el profesor Perboni, arriba, en el piso principal. A las diez estábamos todos distribuidos en clase, cincuenta y cuatro en total, apenas quince o dieciséis de mis compañeros del año anterior: entre ellos, Derossi, el que siempre obtiene el primer premio. ¡Qué pequeña y triste me pareció la escuela al recordar los bosques y las montañas donde había estado veraneando! Me acordaba también de mi maestro del año anterior, tan bueno, siempre riéndose con nosotros, y tan pequeño que parecía un compañero más; y me apenaba no volver a verlo allí, con su pelo rubio y rizado. Nuestro maestro actual es alto, sin barba; de cabellos grises y largos y tiene una arruga recta en la frente, su voz es grave, y nos mira a todos fijamente, uno después de otro, como si quisiera leer en nuestro interior; jamás se ríe. Yo me decía a mí mismo: «¡Estamos en el primer día! ¡Nueve meses aún! ¡Cuántos trabajos, cuántos exámenes mensuales, cuantas fatigas!».

Sentía verdadera necesidad de encontrarme con mi madre a la salida y corrí a besarle la mano. Ella me dijo:

—¡Ánimo, Enrico, estudiaremos juntos!

Y volví a casa contento. Pero ya no está conmigo mi maestro, con su sonrisa bondadosa y jovial, y la escuela no parece tan atractiva como antes.

## Nuestro maestro

Martes, 18.

También mi nuevo maestro me gusta desde esta mañana. A la entrada, mientras él estaba ya sentado en su sitio, se asomaban de vez en cuando a la puerta de la clase sus discípulos del año anterior, y lo saludaban:

—¡Buenos días, señor maestro! ¡Buenos días, señor Perboni!

Algunos entraban, le cogían la mano y se iban. Se veía que lo querían y que les hubiera gustado volver con él. El maestro contestaba:

—Buenos días y les estrechaba la mano que le ofrecían, pero sin mirar a ninguno.

A cada saludo permanecía serio, con su arruga recta en la frente, vuelto hacia la ventana, y miraba al techo de la casa vecina, en vez de alegrarse con aquellos saludos, parecía que le hacían sufrir. Luego nos miraba a nosotros, uno después de otro, atentamente. Durante el dictado, comenzó a pasear entre los bancos, y viendo a un chico que tenía la cara muy encarnada y llena de granitos, dejó de dictar, le cogió la cara entre las manos y lo miró: más tarde le preguntó qué le pasaba y le pasó la mano por la frente para ver si tenía calor. Entretanto, un muchacho, a sus espaldas, se puso de pie en el banco y comenzó a hacer tonterías. Se volvió de repente; el muchacho se sentó de nuevo, en el acto, y permaneció allí con la cabeza baja, esperando el castigo.

El maestro le puso una mano sobre la cabeza y le dijo:

—No vuelvas a hacerlo.

Nada más. Luego se dirigió a su mesa y terminó de dictar. Cuando concluyó, nos miró un momento en silencio; después dijo lentamente, con su voz grave, pero buena:

—Escuchad: tenemos que pasar un año juntos. Procuremos pasarlo bien. Estudiad y sed buenos. Yo no tengo familia. Mi familia sois vosotros. El año pasado todavía tenía a mi madre, pero ha muerto. Me he quedado solo. No tengo en el mundo a nadie más que a vosotros; no tengo más afecto, ni más pensamiento que vosotros. Vosotros debéis ser mis hijos. Yo os quiero; es preciso que vosotros me correspondáis. No quisiera tener que castigar a ninguno. Demostradme que sois muchachos de buen

corazón; nuestra escuela será una familia, vosotros seréis mi consuelo, mi orgullo. No os pido que me prometáis de palabra, pues estoy seguro de que en vuestro corazón me habéis dicho ya que sí. Os lo agradezco.

En aquel momento entró el portero a dar la hora. Salimos todos de los bancos, silenciosos. El muchacho que se había puesto de pie en el suyo se acercó al maestro y le dijo con voz trémula:

—Señor maestro, perdóneme.

El maestro lo besó en la frente y le dijo:

—Vete, hijo mío.

## Una desgracia

Viernes, 21.

El curso ha comenzado con una desgracia. Esta mañana, al ir al colegio, iba repitiendo a mi padre las palabras del maestro, cuando vimos la calle llena de gente que se apiñaba ante la puerta de la escuela. Mi padre dijo al punto:

—¡Una desgracia! ¡Mal comienza el curso!

Entramos con gran trabajo. El amplio vestíbulo estaba lleno de padres y de muchachos que los maestros no conseguían hacer entrar en clase, y todos miraban hacia el cuarto del director, y se oía decir:

—¡Pobre muchacho! ¡Pobre Roberto!

Por encima de las cabezas, al fondo del cuarto lleno de gente, se veía el gorro de un guardia municipal y la cabeza calva del director. Después entró un señor con sombrero de copa, y todos dijeron:

—Es el médico.

Mi padre preguntó a un maestro:

—¿Qué ha sucedido?

—Le ha pasado la rueda por el pie —respondió.

—Le ha roto el pie —dijo otro.

Es un muchacho del segundo curso, que al ir a la escuela por la calle Dora Grossa, vio a un niño del primer grado elemental, escapado de la mano de su madre, que cayó en medio de la calle a pocos pasos de un autobús que se le echaba encima, y había acudido valerosamente, cogiéndolo y poniéndolo a salvo: pero no se dio prisa en retirar el pie, y la rueda del autobús le pasó por encima. Es hijo de un capitán de artillería.

Mientras nos contaba esto, entró una señora, como loca, en el vestíbulo, abriéndose paso entre la multitud, era la madre de Roberto, a la que habían mandado llamar; otra señora salió a su encuentro y le echó los brazos al cuello, sollozando; era la madre del niño salvado. Ambas se adelantaron hacia la habitación, y se oyó un grito desesperado:

—¡Roberto, hijo mío!

En aquel momento se detuvo un carruaje delante de la puerta, y poco después apareció el director con el muchacho en brazos, pálido y con los



ojos cerrados que apoyaba la cabeza en los hombros de aquel. Todos permanecieron en silencio: se oían los sollozos de la madre. El director se detuvo un momento, pálido, y levantó al muchacho con ambos brazos para mostrarlo a la gente. Y entonces, maestros y maestras, padres y muchachos, exclamaron a una:

—¡Bravo, Roberto! ¡Bravo, muchacho! —y le enviaban besos, mientras las maestras y los muchachos que estaban junto a él le besaban las manos y los brazos.

Abrió él los ojos y dijo:

—¡Mi cartera!

La madre del pequeño salvado se la enseñó, llorando, y respondió:

—Yo te la llevo, ángel querido, yo te la llevo —y, a la vez, sostenía a la madre del herido, que cubría, su rostro con las manos.

Salieron, acomodaron al muchacho en el carruaje, y este partió.

Entonces entramos todos, en silencio, a la escuela.

## El muchacho calabrés

Sábado, 22.

Ayer tarde, mientras el maestro nos daba noticias del pobre Roberto, que deberá andar durante algún tiempo con muletas, entró el director con un nuevo discípulo, un muchacho de cara muy morena, de cabellos negros, de ojos también negros y grandes, con las cejas espesas y juntas; todo su atuendo era oscuro, con un cinturón de cuero negro. El director, después de haber hablado al oído con el maestro, se fue, dejándole a su lado al muchacho, que nos miraba con sus ojazos negros, como atemorizado. Entonces, el maestro lo cogió de la mano y dijo a la clase:

—Debéis alegraros. Hoy entra en la escuela un pequeño italiano nacido en Reggio, en la provincia de Calabria, a más de cincuenta leguas de aquí. Queréd mucho a vuestro compañero que viene de tan lejos. Ha nacido en una tierra gloriosa, que ha dado a Italia hombres ilustres y sigue dándole honrados labradores y soldados valientes; una de las regiones más bellas de nuestra patria, en cuyas espesas selvas y elevadas montañas habita un pueblo rico en ingenio y valor, querédlo, para que no eche de menos el estar lejos de su ciudad natal; demostradle que todo muchacho italiano, se encuentra entre hermanos en cualquier escuela italiana donde ponga el pie.<sup>1</sup>

Dicho esto, se levantó y nos señaló en el mapa de Italia el lugar donde está Reggio, en la provincia de Calabria. Después llamó a Ernesto Derossi, que siempre obtiene el primer premio. Derossi se levantó. —Ven aquí —dijo el maestro.

Derossi salió de su banco, se acercó a la mesa y quedó enfrente del calabrés.

—Como el primero de la clase —dijo el maestro—, da un abrazo de bienvenida en nombre de todos al nuevo compañero; el abrazo de los hijos del Piamonte al hijo de Calabria.

Derossi abrazó al calabrés, diciendo con su voz clara:

—¡Bienvenido! —y este lo besó en ambas mejillas con entusiasmo.

Todos aplaudieron.

—¡Silencio! —gritó el maestro—, ¡en la escuela no se aplaude!

Pero se veía su satisfacción. También el calabrés estaba contento. El maestro le señaló su puesto y lo acompañó hasta el banco. Luego añadió:

—Acordaos bien de lo que os digo. Para hacer posible que un muchacho calabrés se encuentre en Turín como en su propia casa, y que un muchacho de Turín pueda estar en Calabria como en el mismo Turín, ha tenido nuestro país que luchar durante cincuenta años, y tuvieron que morir treinta mil italianos. Todos debéis respetaros y amaros mutuamente; cualquiera de vosotros que molestase a este compañero; porque no ha nacido en nuestra provincia, se haría indigno de volver a levantar los ojos del suelo cuando pasa la bandera tricolor.

Apenas el calabrés se sentó en su sitio, los que estaban a su lado le regalaron plumas y cromos, y otro muchacho, desde el último banco; le envió un sello de Suecia.

## Mis compañeros

Martes, 25.

El muchacho que envió el sello al calabrés es el que más me gusta de todos. Se llama Garrone: es el mayor de la clase, tiene casi catorce años, de cabeza grande. Fornido de hombros; es bueno, se ve en su sonrisa, mas en su manera de pensar parece todo un hombre. Conozco ya a muchos de mis compañeros. Hay otro que también me agrada mucho; se llama Coretti, y lleva un jersey color chocolate y una gorra de piel: alegre siempre, hijo de un leñero que fue soldado en la guerra de 1866, en la división del príncipe Humberto, y que dicen tiene tres medallas. Está también el niño Nelli, un pobre jorobadito, endeble y descolorido. Hay otro muy bien vestido, que siempre está quitándose las motitas de la ropa. Su nombre es Votini. En el banco que está delante del mío hay un muchacho, al que llaman el Albañilito, porque su padre es albañil; de cara redonda como una manzana y con una nariz roma. Tiene una habilidad especial para poner el hocico de liebre, y todos le piden que lo haga, y se ríen; lleva un sombrero muy flexible que guarda en el bolsillo como si fuera un pañuelo. Al lado del Albañilito está Garoffi, un tipo alto y delgado, con la nariz de pico de loro y unos ojos muy pequeñines, que anda siempre comerciando con plumas, estampas y cajas de cerillas, y escribe las lecciones en las uñas, para leerlas a escondidas. Hay luego un señorito, Carlo Nobis, muy orgulloso; está colocado en medio de dos muchachos que me son muy simpáticos: el hijo de un herrero, embutido en una chaqueta que le llega hasta las rodillas, tan pálido que parece siempre enfermo, y con aspecto de asustado, que jamás se ríe; y otro de cabellos rojizos, que tiene un brazo inmóvil y lo lleva suspendido del cuello; su padre se ha marchado a América y su madre es verdulera. Otro tipo muy curioso es mi vecino de la izquierda; Estardo. Pequeño y rechoncho, sin cuello apenas, gruñón, que no habla con ninguno y parece de pocas luces, pero siempre atento a lo que dice el maestro, sin pestañear siquiera, con la frente fruncida y los dientes apretados; si le preguntan cuando el maestro habla, la primera y la segunda vez no responde; a la tercera da una patada. Tiene al lado un tipo descarado y malo, llamado Franti, que ya fue expulsado de otra

escuela. También hay dos hermanos, vestidos igual; que parecen gemelos, y llevan ambos un sombrero a lo calabrés con una pluma de faisán. Pero el más agraciado de todos, el que posee más talento, que seguramente será el primero también este año, es Derossi; por eso el maestro, que ya se ha dado cuenta, le pregunta siempre. Yo, sin embargo, prefiero a Precossi, el hijo del herrero, el de la chaqueta larga, que parece siempre enfermo; dicen que su padre le pega, es muy tímido, y siempre que pregunta o toca a alguien, dice: «perdóname», y tiene un mirar triste y bondadoso. Pero Garrone, sin embargo, es el mayor y el mejor de todos.

## Un rasgo generoso

Miércoles, 26.

Precisamente esta mañana se dio a conocer Garrone. Cuando entré en clase —un poco tarde, pues me había, entretenido la maestra del primer grado superior para preguntarme a qué hora podríamos encontrarnos en casa—, el maestro no había llegado aún, y tres o cuatro muchachos atormentaban al pobre Crosi, el pelirrojo del brazo malo, cuya madre es verdulera. Le pegaban con las reglas, le arrojaban a la cara cáscaras de castañas, le ponían motes y lo remedaban, imitándolo con su brazo suspendido del cuello. Y él, completamente solo en la esquina del banco, asustado, escuchaba lo que le decían, mirando ora a uno, ora a otro, con ojos suplicantes, para que lo dejaran en paz. Pero los otros lo vejaban cada vez más, y él comenzó a temblar y enrojecer de rabia. De pronto Franti, el descarado, saltó sobre un banco, y haciendo ademán de llevar dos cestos en los brazos, remedó a la madre de Crosi, cuando iba a esperar al hijo a la puerta, porque a la sazón se encontraba enferma. Muchos comenzaron a reírse a carcajadas. Entonces Crosi perdió la paciencia, y cogiendo un tintero se lo arrojó a la cabeza con toda su fuerza; pero Franti se agachó y el tintero fue a dar en el pecho del maestro, que entraba en aquel preciso momento. Todos se fueron a sus puestos y guardaron silencio, atemorizados. El maestro, pálido, desde su mesa, con voz alterada, preguntó:

—¿Quién ha sido?

Ninguno respondió. El maestro gritó de nuevo, alzando más la voz:

—¿Quién fue?

Entonces, Garrone, compadecido del pobre Crosi, se levantó de pronto, y dijo resueltamente:

—Yo he sido.

El maestro lo miró: miró también a los discípulos, atónitos: luego, con voz reposada, dijo:

—No has sido tú —y después de un momento, añadió—: El culpable no será castigado; ¡que se levante!

Crosi se levantó y dijo entre lágrimas:

—Me estaban pegando y me insultaban, yo perdí la cabeza y tiré...

—Siéntate —dijo el maestro—, ¡que se levanten los que lo han molestado!

Se levantaron cuatro, con la cabeza baja.

—Vosotros —dijo el maestro— habéis insultado a un compañero que no os molestaba, os habéis burlado de un desgraciado, habéis pegado a un muchacho indefenso. Habéis cometido una de las acciones, más bajas y más indignas con que una persona puede mancharse. ¡Cobardes!

Dicho esto, pasó por entre los bancos, puso una mano en la barbilla de Garrone, que estaba con la vista fija en el suelo, alzó su cabeza, lo miró fijamente a los ojos y le dijo:

—¡Tienes un alma noble!

Garrone, aprovechando la ocasión, murmuró no sé qué palabras al oído del maestro, y este volviéndose hacia los cuatro culpables, dijo bruscamente:

—Os perdono.

## Mi maestra de primer grado superior

Jueves, 27.

Mi maestra ha cumplido su promesa: ha venido hoy a casa en el preciso momento en que iba a salir con mi madre. Hacía un año que no la habíamos vuelto a ver por casa. Todos lo hemos celebrado. Es la de siempre: pequeña, con su velo verde en el sombrero, desgarrada en el vestir y mal peinada, porque no tiene tiempo de acicalarse; algo más descolorida que el año pasado, con algún que otro cabello blanco, y siempre tosiendo. Mi madre le ha preguntado:

—¿Y su salud, querida maestra? No se cuida usted lo suficiente.

—¡Bah!, no importa —ha respondido, con su sonrisa a la vez jovial y melancólica.

—Habla usted muy alto —añadió mi madre—, se preocupa, excesivamente de sus niños.

Es cierto, siempre se está oyendo su voz; me acuerdo de cuando iba a la escuela con ella; habla siempre, para que los niños no se distraigan, y no se sienta un solo momento. Estaba bien seguro de que vendría porque jamás se olvida de sus discípulos. Recuerda sus nombres por los años, los días del examen mensual corre a preguntar al director qué puntuación han sacado: los espera a la salida y hace que le enseñen las composiciones, para comprobar los progresos que han hecho; van a buscarla muchos que incluso llevan ya pantalón largo y reloj. Hoy, venía muy agitada del museo, donde había llevado a sus alumnos, como en años anteriores, pues todos los jueves los dedica a esta clase de visitas, en las que les explica todas las cosas. ¡Pobre maestra, qué delgada está! Pero está tan viva como siempre y se acalora cuando habla de su escuela. Ha querido volver a ver el lecho donde hace dos años me vio tan enfermo, y que ahora es de mi hermano; se ha quedado mirándolo un buen rato y no podía hablar, de la emoción. Se ha marchado pronto para visitar a un chico de su clase, hijo de un sillerero, enfermo de sarampión, y porque además tiene un montón de páginas que corregir, y debe dar aún una clase particular de aritmética a la empleada de un comercio a primeras horas de la noche.

—Bueno, Enrico —me ha dicho al despedirse—, ¿sigues queriendo a tu



maestra, ahora que resuelves problemas difíciles y haces composiciones largas?

Me ha besado y ha añadido, al terminar de bajar las escaleras:

—¡No me olvides, Enrico!

¡Oh, mi buena maestra, jamás, jamás te olvidaré! Cuando sea mayor me seguiré acordando de ti e iré a verte rodeada de tus niños, y cada vez que pase junto al colegio y oiga la voz de una maestra, me parecerá oír tu voz, y volveré a recordar los dos años que pasé en tu clase, donde tantas cosas aprendí, donde te vi tantas veces enferma y cansada, pero siempre animosa, siempre indulgente, desesperada cuando uno ponía los dedos defectuosamente al escribir, temblorosa cuando los inspectores nos hacían preguntas, feliz cuando salíamos airoso, buena siempre y amorosa como una madre. ¡Nunca, nunca te olvidaré, maestra querida!

## En una buhardilla

Viernes, 28.

Ayer tarde fui con mi madre y con mi hermana Silvia a llevar la ropa blanca a la mujer que la necesitaba según el periódico: yo llevaba el paquete, Silvia, el diario con las iniciales del nombre y la dirección. Subimos hasta el último piso de una casa alta, hasta un corredor largo con muchas puertas. Mi madre llamó en la última; nos abrió una mujer aún joven, rubia y macilenta, que al momento me pareció haber visto ya otras veces con aquel mismo pañuelo azul en la cabeza.

—¿Es usted la señora a que se refiere el periódico? —preguntó mi madre.

—Sí, señora: yo soy.

—Pues bien, hemos venido a traerle un poco de ropa blanca.

La pobre mujer no acababa de darnos las gracias y colmarnos de bendiciones. Mientras tanto, yo vi en la esquina de la desnuda y oscura habitación a un muchacho arrodillado ante una silla, de espaldas a nosotros, y que parecía estar escribiendo: y, efectivamente, escribía con el papel sobre la silla y el tintero en el suelo. ¿Cómo se las arreglaba para escribir en la oscuridad? Mientras decía esto para mis adentros, reconocí los cabellos rubios y la chaqueta de fustán de Crosi, el hijo de la verdulera, el del brazo malo. Se lo dije a mi madre, en voz baja, mientras la mujer recogía la ropa.

—Calla —respondió mi madre—, puede que le dé vergüenza al verte dar una limosna a su madre, no lo llames.

Pero en aquel momento Crosi se volvió, sonriente, yo me quedé perplejo, y entonces mi madre me empujó para que corriese a abrazarlo. Lo abracé; él se levantó y me cogió la mano.

—Aquí me tiene —decía en aquel momento su madre a la mía—, sola con mi hijo; mi marido hace seis años que está en América, y yo, por añadidura, enferma, sin poder llevar la verdura para ganar un poco de dinero. Ni siquiera hemos podido conservar una mesita para que el pobre Luisito pueda trabajar. Cuando tenía abajo el banco, en el vestíbulo, al menos podía escribir sobre él; pero ahora me lo han quitado. Ni siquiera

un poco de luz para que estudie sin echarse a perder la vista. Y gracias que lo puedo mandar a la escuela, porque el Ayuntamiento le da libros y cuadernos. ¡Pobre Luisito, con lo que le gusta estudiar! ¡Qué mujer tan infeliz soy!

Mi madre le dio todo lo que llevaba en el bolso, besó al muchacho, y casi lloraba cuando salimos. Qué razón tenía al decirme:

—Mira ese pobre muchacho en qué condiciones se ve obligado a trabajar, ¡y a ti, con todas las comodidades, aún te parece duro el estudio! ¡Ay, Enrico mío, tiene más mérito su trabajo de un día que el tuyo durante todo un año! ¿A cuál de los dos deberían darle los premios...?

## La escuela

Viernes, 28.

«Sí, querido Enrico, el estudio es duro para ti, como dice tu madre; aún no te veo ir a la escuela con aquel ánimo resuelto y aquella cara sonriente que quisiera. Aún te muestras reacio. Pero escucha: piensa un poco, ¡qué desgraciados y despreciables serían tus días si no fueras a la escuela! Al cabo de una semana suplicarías volver a ella, devorado por el hastío y la vergüenza, harto de tus diversiones y tus juegos. Todos, todos estudian ahora, Enrico. Piensa en los obreros que van a la escuela por la noche, después de haber estado trabajando todo el día; en las mujeres y las muchachas del pueblo que van a la escuela el domingo, después de haber trabajado toda la semana; en los soldados que cogen los libros y los cuadernos cuando vuelven agotados de sus ejercicios; piensa en los muchachos mudos y en los ciegos, que también estudian; y hasta en los presos, que también aprenden a leer y a escribir. Piensa por la mañana, cuando sales de casa, que en aquel mismo momento, en tu misma ciudad, otros muchos niños van como tú a encerrarse durante tres largas horas en una clase para estudiar. ¡Piensa en los innumerables niños que, poco más o menos a esa misma hora, van a la escuela en todos los países; míralos con la imaginación cómo van por las callejuelas solitarias de la aldea, por las concurridas calles de la ciudad, a lo largo de la orilla del mar y de los lagos, bajo un sol ardiente o entre la niebla, embarcados en los países cruzados por canales, a caballo a través de las grandes llanuras, en trineos sobre la nieve, por valles y por colinas, a través de los bosques y los torrentes, subiendo por los solitarios senderos de las montañas, solos, por parejas, en grupos, formando largas filas, todos con los libros bajo el brazo, vestidos de mil maneras, hablando infinidad de lenguas; desde las más alejadas escuelas de Rusia, casi perdidas entre los hielos, hasta las últimas escuelas de Arabia, a la sombra de las palmeras, millones y millones van a aprender las mismas cosas bajo cien formas distintas, imagínate este vastísimo movimiento del que formas parte, y piensa: «Si este movimiento cesase, la humanidad volvería a caer en la barbarie: este movimiento es el progreso, la esperanza, la gloria del mundo». ¡Ánimo, pues, pequeño soldado de este inmenso

ejército! Tus libros son tus armas, tu clase es tu escuadra, el campo de batalla es la tierra entera, y la victoria, la civilización humana. ¡No seas un soldado cobarde, Enrico mío!

Tu padre».

# El pequeño patriota paduano

## (Cuento mensual)

Sábado, 29.

No seré un soldado cobarde, no; pero iría con más gusto a la escuela si el maestro nos refiriese todos los días un cuento como el de esta mañana.

Todos los meses, dice, nos contará uno, nos lo dará por escrito, y será siempre el relato de una acción bella y real, llevada a cabo por un niño. «El pequeño patriota paduano» se titula el de hoy. Helo aquí:

Un buque francés salió de Barcelona, ciudad de España, para Génova, llevando a bordo franceses, italianos, españoles y suizos. Había entre ellos un muchacho de once años, mal vestido, solo, que siempre se mantenía aislado; como un animal salvaje, mirando a todos torvamente. Y le sobraba razón para mirarlos de esa manera. Dos años antes, su padre y su madre, labradores de los alrededores de Padua, lo habían vendido al jefe de una compañía de titiriteros, el cual, después de enseñarle a hacer varios juegos a fuerza de puñetazos, de patadas y ayunos, lo había llevado por Francia y por España, pegándole siempre y sin quitarle el hambre jamás. Al llegar a Barcelona, no pudiendo soportar más los golpes y el hambre, reducido a un estado lastimoso, había huido de su verdugo y pedido protección al cónsul de Italia, el cual, compadecido, lo había embarcado en aquel buque dándole una carta para el jefe de la policía de Génova, que debía enviarlo a sus padres, a aquellos padres que lo habían vendido como una bestia. El pobre muchacho estaba harapiento y enfermicho. Le habían dado un camarote de segunda clase. Todos lo miraban, algunos le preguntaban; pero no respondía, y parecía que odiaba a todos: ¡tanto le habían exasperado y entristecido las privaciones y las golpes! Al fin, tres viajeros, a fuerza de insistir, lograron hacerle hablar, y en pocas palabras, toscamente dichas, mezcla de veneciano, español y francés, les contó su historia. No eran italianos aquellos viajeros, pero le comprendieron, y, en parte por compasión, en parte excitados por el vino, le dieron algún dinero, bromeando e insistiendo para que les contase otras cosas. Habiendo entrado en la sala

en aquel momento algunas señoras, los tres, para darse tono, le dieron aún más dinero, gritando:

—¡Toma, toma más! —y hacían sonar las monedas sobre la mesa.

El muchacho las guardó todas en el bolso dando las gracias a media voz, con su aspecto huraño, pero con una mirada por primera vez sonriente y cariñosa. Luego subió a su litera, corrió las cortinas y se quedó pensando en las vicisitudes de su vida. Con aquel dinero podía comer algún buen bocado a bordo, después de dos años en los que apenas si comía pan; podía comprarse una chaqueta, apenas desembarcara en Génova, después de dos años que no llevaba más que harapos; y podía también llevarlo a su casa y hacer que su padre y su madre lo acogieran mejor de lo que lo hubieran hecho de ir con los bolsillos vacíos. Aquel dinero representaba para él una pequeña fortuna; en esto pensaba consolándose tras las cortinas de su camarote. Mientras, los tres viajeros conversaban, sentados a la mesa en medio de la sala de segunda clase. Bebían y hablaban de sus viajes y de los países que habían visitado, y de conversación en conversación llegaron a hablar de Italia. El uno comenzó a quejarse de sus fondas, el otro de los ferrocarriles; luego, todos a la vez, animándose, se pusieron a hablar mal de todo. Uno hubiera preferido viajar a Laponia; otro decía que en Italia no había encontrado más que estafadores y bandidos; el tercero, que los empleados italianos no sabían leer.

—Un pueblo ignorante —repitió el primero.

—Sucio —añadió el segundo.

—La... —exclamó el tercero.

Quería decir, ladrón, pero no pudo terminar la palabra. Una tempestad de monedas cayó sobre sus cabezas y sus espaldas, saltando sobre la mesa y el pavimento, con infernal ruido. Los tres se levantaron furiosos, mirando hacia arriba, y entonces otro puñado de monedas les cayó encima.

—Recobrad vuestro dinero —dijo con desprecio el muchacho, asomado a la claraboya—; yo no acepto limosna de quienes insultan a mi patria.

# Noviembre

## El deshollinador

Martes, 1.

Ayer por la tarde fui al colegio de niñas, cercano al nuestro, para entregar el cuento del muchacho paduano a la maestra de Silvia, que lo quería leer. ¡Setecientas muchachas hay allí! Cuando llegué comenzaban a salir llenas de alegría por las vacaciones de los días de todos los santos y de difuntos, cuando he aquí la hermosa escena que presencié. Enfrente de la puerta del colegio, en la otra acera, estaba, con un brazo apoyado en el muro y la frente sobre el brazo, un deshollinador muy pequeño, con la cara toda negra, con su saco y su raspador, que lloraba a lágrima viva, sollozando. Se le acercaron dos o tres niñas del segundo curso y le preguntaron:

—¿Qué tienes, que lloras de esa manera?

Pero él no respondía y continuaba llorando.

—Pero di lo que te pasa; ¿por qué lloras? —repitieron las niñas.

Entonces él apartó su cara del brazo, una cara de niño, y dijo gimiendo, que había estado en varias casas, limpiando chimeneas y había ganado seis reales, pero los había perdido, pues se le habían caído por el agujero de un bolsillo, y enseñaba el agujero, y no se atrevía ahora a volver a casa sin el dinero.

—El amo me pegará —decía sollozando, y apoyó de nuevo la cabeza en su brazo como un desesperado.

Las niñas se quedaron mirándolo muy serias. Mientras tanto se habían acercado otras muchachas, mayores y pequeñas, pobres y acomodadas, con sus carteras bajo el brazo, y una de las mayores, que llevaba una pluma azul en el sombrero, sacó del bolsillo diez céntimos y dijo:

—Yo no tengo más: hagamos una colecta.

—Yo tengo diez céntimos —dijo otra que vestía de encarnado—: entre todas lograremos reunir lo que falta. Entonces comenzaron a llamarse:

—¡Amalia!, ¡Luisa!, ¡Anita!, ¡dinero! ¿Quién tiene dinero? ¡Venga dinero!

Muchas lo tenían para comprar flores o cuadernos, y lo entregaron enseguida. Algunas más pequeñas solo pudieron dar un céntimo. La de la



pluma azul lo recogía todo, y lo contaba en voz alta:

—¡Ocho, diez, quince!

Pero hacía falta más. Entonces llegó la mayor de todas, que parecía una maestra, y dio dos reales, mientras todas la aplaudían. Pero faltaban aún veinticinco céntimos.

—Ahora vienen las de cuarto, que tienen —dijo una.

Llegaron las de cuarto y llovían las monedas. Todas se arremolinaban. ¡Qué hermoso espectáculo ver al pobre deshollinador rodeado de todos aquellos vestidos de tantos colores, de aquel vaivén de plumas, de lazos y de rizos! Los seis reales estaban ya reunidos y aún seguían dando: y las más pequeñas, que no tenían dinero, se abrían paso entre las mayores llevando sus ramos de flores, para darle también algo. De pronto llegó la portera, gritando:

—¡La señora directora!

Las muchachas escaparon por todas partes como una bandada de gorriones. Y entonces, el pequeño deshollinador se encontró solo en medio de la calle, enjugándose los ojos, lleno de alegría con las manos repletas de dinero, y en los ojales de la chaqueta, en los bolsillos, en el sombrero, muchos ramitos de flores, e incluso por el suelo, a sus pies.

## El día de difuntos

Miércoles, 2.

«Este día está consagrado a la conmemoración de los difuntos. ¿Sabes, Enrico, a qué difuntos debéis dedicar un recuerdo en este día, vosotros los niños? A los que murieron por vosotros, por los muchachos y niños. ¡Cuántos han muerto, y cuántos mueren de continuo! ¿Has pensado alguna vez cuántos padres consumieron su vida en el trabajo, cuántas madres bajaron a la tumba antes de tiempo, consumidas por las privaciones a que se condenaron para poder sostener a sus hijos? ¿Sabes cuántos hombres se clavaron un puñal en el corazón, desesperados de ver a sus propios hijos en la miseria, y cuántas madres se suicidaron, murieron de dolor o enloquecieron por haber perdido a un hijo? Piensa en todos estos muertos, Enrico, en este día. Piensa en las maestras que han muerto jóvenes, consumidas de tisis por las fatigas de la escuela, por amor a los niños, de los que no tuvieron el valor de separarse; piensa en los médicos que murieron de enfermedades contagiosas, desafiándolas valerosamente para curar a los niños; piensa en todos aquellos que en los naufragios, en los incendios, en los momentos de penuria, en los peligros supremos, cedieron a la infancia el último pedazo de pan, la última tabla de salvamento, la última cuerda para escapar de las llamas, y murieron contentos de su sacrificio, que preservaba la vida de un pequeño inocente. Son innumerables, Enrico, estos muertos, todos los cementerios guardan centenares de estas criaturas santas, que si pudieran levantarse un momento del sepulcro gritarían el nombre de un niño, al cual sacrificaron los placeres de la juventud, la paz de la vejez, sus afectos, la inteligencia y la vida; esposas en sus veinte abriles, hombres en la flor de la edad, ancianos octogenarios, jovencitos —mártires heroicos y anónimos de la infancia— tan grandes y tan nobles, tan numerosos, que la tierra no produce flores suficientes para adornar sus sepulcros. ¡Tanto se quiere a los niños! ¡Piensa hoy con gratitud en estos muertos, y serás mejor, más cariñoso con todos los que te quieren y trabajan por ti, hijo mío querido y afortunado, que en el día de los difuntos no tienes aún que llorar a nadie! Tu madre».

## Mi amigo Garrone

Viernes, 4.

¡No han sido más que dos días de vacaciones y me parece que ha pasado mucho tiempo sin ver a Garrone! Cuanto más lo conozco, tanto más lo quiero. Y lo mismo les pasa a los demás, excepto a los arrogantes, que con él no les vale, pues no deja que nadie se las dé de valiente. Cada vez que un mayor levanta la mano contra un pequeño, éste grita: «¡Garrone!», y el mayor ya no se atreve a pegarle. Su padre es maquinista del ferrocarril; él ha comenzado tarde a ir a la escuela, porque estuvo enfermo durante dos años. Es el más alto y el más fuerte de la clase; levanta un banco con una mano, come mucho y es muy bueno. Cualquier cosa que le pidan, el lápiz, la goma, papel, cortaplumas, todo lo presta o lo da: no habla ni se ríe en la escuela: está siempre inmóvil en el banco, demasiado estrecho para él; con las espaldas encorvadas y su gran cabeza entre los hombros: y cuando lo miro, me sonrío con sus ojos entornados, como si dijera: «¿qué hay, Enrico? ¿Somos amigos?». Me da risa, tan grande y tan fuerte, con la chaqueta, los pantalones y las mangas, todo demasiado estrecho y corto; un sombrero que no le cabe en la cabeza, la cabeza al rape, los zapatos grandes, y una corbata siempre retorcida como una cuerda, ¡querido Garrone! Basta mirarlo una vez para tomarle afecto. Todos los más pequeños quisieran tenerlo por vecino. Sabe bien la aritmética. Lleva los libros atados con una correa de cuero encarnado. Tiene un cuchillo con mango de nácar; lo encontró el año pasado en la Plaza de Armas y un día se cortó el dedo, hasta el hueso, pero ninguno en la escuela se dio cuenta y en casa ni rechistó para no asustar a los padres. Permite que le digan cualquier cosa en broma y nunca se da por ofendido: pero, ¡ay del que le diga: «No es verdad», cuando afirma una cosa! Entonces sus ojos echan fuego, y da puñetazos capaces de partir el banco. El sábado por la mañana dio cinco céntimos a uno de primero superior que lloraba en medio de la calle porque le habían quitado su dinero y no podía comprar el cuaderno. Hace tres días que está trabajando en una carta de ocho páginas con dibujos a pluma en los márgenes, para el santo de su madre, que viene con frecuencia a buscarlo, y es alta y fuerte como él, y simpática. El maestro

lo mira con frecuencia y cada vez que pasa a su lado le da una palmada en el cuello, como a un torito manso. Yo lo quiero mucho. Me da mucha alegría estrechar en la mía su mano grande, que parece la mano de un hombre. Estoy seguro que arriesgaría su vida por salvar a un compañero, que se dejaría matar por defenderlo; se ve bien claro en sus ojos; y aunque parece que refunfuña con su vozarrón, se siente que es una voz que brota de un corazón noble.

## El carbonero y el señor

Lunes, 7.

Garrone no hubiera dicho nunca las palabras que ayer por la mañana dijo Carlo Nobis a Betti. Carlo Nobis muy orgulloso, porque su padre es un gran señor: un señor alto de barba negra, muy serio, que viene casi todos los días a acompañar a su hijo. Ayer por la mañana, Nobis se pegó con Betti, hijo de un carbonero, uno de los más pequeños y no sabiendo ya qué replicarle, porque no tenía razón, le gritó:

—Tu padre es un andrajoso.

Betti enrojeció hasta la punta de los cabellos; no dijo nada, pero se le saltaron las lágrimas, y al volver a casa repitió las palabras a su padre. El carbonero, un hombre pequeño y muy negro, se presentó en clase por la tarde, con el muchacho de la mano, para quejarse al maestro. Mientras exponía sus quejas y todos permanecíamos en silencio, el padre de Nobis, que quitaba la capa a su hijo, como de costumbre, desde el umbral de la puerta, al oír pronunciar su nombre entró y pidió explicaciones.

—Es este obrero —respondió el maestro— que ha venido a quejarse porque su hijo Carlo ha dicho al suyo: «Tu padre es un andrajoso».

El padre de Nobis arrugó la frente y se ruborizó un poco. Luego preguntó a su hijo:

—¿Has dicho esas palabras?

El hijo, de pie en medio de la escuela, con la cabeza baja, delante del pequeño Betti, no respondió. Entonces el padre lo cogió de un brazo y lo hizo avanzar hacia Betti, hasta casi tocarse, y le dijo:

—Pídele perdón.

El carbonero quiso interponerse, diciendo:

—No, no.

Pero el señor no se lo consintió, y repitió a su hijo:

—Pídele perdón. Repite mis palabras. «Yo te pido perdón por la palabra injuriosa, insensata e innoble que dije contra tu padre, al cual el mío tiene el honor de estrechar la mano».

El carbonero hizo un ademán resuelto, como diciendo que no quería eso. El señor no se lo consintió, y su hijo repitió lentamente, con un hilo de

voz y sin levantar los ojos del suelo:

—Yo te pido perdón... por la palabra injuriosa... insensata... innoble... que dije contra tu padre, al cual el mío... tiene el honor de estrechar la mano.

Entonces el señor dio la mano al carbonero, que se la estrechó con fuerza, y luego, de repente, con un empujón echó a su hijo en brazos de Carlo Nobis.

—Hágame el favor de ponerlos juntos —dijo el caballero al maestro.

Este puso a Betti en el banco de Nobis. Cuando los vio juntos, el padre de Nobis saludó y se fue.

El carbonero se quedó un momento pensativo, contemplando a los dos muchachos juntos, luego se acercó al banco, miró fijamente a Nobis con expresión de afecto y de remordimiento, como si quisiese decirle alguna cosa, pero no dijo nada, alargó la mano para hacerle una caricia, pero tampoco se atrevió, contentándose con rozarle la frente con sus toscos dedos. Luego se dirigió hacia la puerta y volviéndose a mirarlo una vez más, desapareció.

—Acordaos bien de lo que habéis visto, muchachos —dijo el maestro—: esta es la más bella lección del año.

## La maestra de mi hermano

Jueves, 10.

El hijo del carbonero fue discípulo de la maestra Delcati, que ha venido hoy a visitar a mi hermano, enfermo, y nos ha hecho reír contándonos que, hace dos años, la mamá de aquel muchacho le llevó a casa un enorme delantal de carbón para darle las gracias por haber otorgado la medalla a su hijo, la pobre mujer porfiaba, porque no quería volverse a casa con el carbón, y casi lloraba cuando tuvo al fin que volver con el mandil lleno. También nos contó que otra buena mujer le llevó un ramo de flores muy pesado, y dentro había

una bolsaca condinero. No hemos entretenido mucho escuchándola, y gracias a ello mi hermano tomó la medicina que al principio no quería. ¡Cuánta paciencia tienen que tener con los niños del primer curso elemental, sin dientes como los viejos, que no pronuncian la erre ni la ese; el uno que tose, el otro que sangra por la nariz, que se deja los zapatos debajo del banco, y que chilla porque se ha pinchado con la pluma, o llora porque ha comprado un cuaderno del número dos en vez del número uno! ¡Cincuenta niños en una clase, que no saben nada absolutamente, con aquello que las manecitas de manteca,

y tener que enseñarles a todos a escribir! Llevan en los bolsillos trozos de regaliz, botones, tapones de frascos, ladrillo en polvo, toda clase de menudencias. La maestra tiene que registrarlos, pero esconden los objetos hasta en los zapatos, jamás están atentos; un moscardón que entre por la ventana los alborota a todos, y en el verano llevan a la escuela hierbas y abejorros, que echan a volar y caen en los tinteros manchando los cuadernos de tinta. La maestra tiene que hacer con ellos de madre, ayudarlos a vestirse, vendarles los dedos cuando se cortan, recoger las gorras que se pierden, cuidar de que no se cambien los abrigos, porque, si no, luego lloran y chillan. ¡Pobres maestras! ¡Y encima van las mamás a quejarse! «¿Cómo es, señorita, que mi niño ha perdido la pluma?». «¿Por qué mi niño no aprende nada?». «¿Por qué no da un premio al mío, que sabe tanto?». «¿Por qué no hace que quiten aquel clavo del banco, que ha roto los pantalones a mi Pedro?». Algunas veces

se enfada con los niños la maestra de mi hermano, y cuando no puede más, se muerde un dedo para no pegar un cachete; pierde la paciencia, pero luego se arrepiente y acaricia al niño al que ha regañado; echa de la escuela a algún travieso, pero se le saltan las lágrimas y se enfada con los padres que en castigo dejan a los niños sin comer. Es joven y alta la maestra Delcati, bien vestida siempre, morena y viva, y lo hace todo como movida por un resorte; se conmueve por cualquier cosa, y entonces habla con mucha ternura.

—Pero, al menos, los niños la querrán —le ha dicho mi madre.

—Muchos, sí —ha respondido—: pero cuando termina el año, la mayor parte ni nos vuelven a mirar. Cuando están con los maestros casi se avergüenzan de haber estado con nosotras, con una maestra. Después de dos años de fatigas, después de haber querido tanto a un niño, causa tristeza separarse de él. Una se dice: «De ese estoy segura: siempre me querrá». Pero pasan las vacaciones, comienzan las clases, corremos a su encuentro: «¡Hola, mi niño, niño mío!».

—Pero él vuelve la cabeza a otro lado —al decir esto, la maestra se detiene—. Pero tú no harás esto, ¿verdad, hermoso? —dice después, con los ojos húmedos y besando a mi hermano—: tú no volverás la cabeza a otra parte, ¿verdad? No renegarás de tu pobre amiga.



## Mi madre

Jueves, 10.

«¡En presencia de la maestra de tu hermano has faltado al respeto a tu madre! ¡Que esto no suceda nunca más, Enrico! Tus palabras irrespetuosas se han clavado en mi corazón como un puñal. Yo me acordé entonces de tu madre, cuando años atrás pasó toda una noche reclinada sobre tu cama, midiendo tu respiración; llorando lágrimas de sangre por la angustia y dando diente con diente de terror, por creer que podía perderte, y temía que perdiera la razón. Pensando en ello, no pude reprimir un sentimiento de disgusto hacia ti. ¡Tú ofender a tu madre, a tu madre, que daría un año de felicidad por ahorrarte una hora de dolor, que pediría limosna por ti, que se dejaría matar por salvar tu vida! Escucha, Enrico; fija bien en tu mente este pensamiento. Imagina que la vida te reserve muchos días terribles: el más terrible de todos será el día que pierdas a tu madre. Mil veces, Enrico, cuando seas ya hombre, fuerte, forjado por las contrariedades, la invocarás, oprimido por un inmenso deseo de volver a escuchar por un momento su voz, y de poder contemplar de nuevo sus brazos abiertos para arrojarte en ellos sollozando como un pobre niño sin protección ni consuelo. ¡Cómo te acordarás, entonces de todas las amarguras que le hayas causado y con qué remordimiento las irás contando, desgraciado, una por una! No esperes gozar de tranquilidad en tu vida, si has afligido a tu madre. Te arrepentirás, le pedirás perdón; venerarás su recuerdo, será en vano, la conciencia no te dejará vivir en paz; aquella imagen dulce y buena tendrá siempre para ti una expresión de tristeza y de reproche que torturará tu alma. Ten mucho cuidado. Enrico; este es el más sagrado de los afectos humanos. ¡Desgraciado del que lo profana! El asesino que respeta a su madre conserva aún un resto de honradez y nobleza en su corazón; el más glorioso de los hombres, si la aflige y la ofende, no es más que una criatura miserable; que jamás vuelva a salir de tus labios una palabra dura contra la que te ha dado el ser. Y si alguna vez se te escapase, que no sea el temor a tu padre, sino el impulso del alma el que te haga arrojarte a sus pies a suplicarle que con el beso del perdón borre de tu frente la marca de la ingratitud. Yo te amo, hijo mío; tú eres la esperanza más

querida de mi vida; pero preferiría verte muerto, antes que saber que eres un ingrato con tu madre. Vete, y por algún tiempo no intentes acariciarme, pues me sería im-possible corresponderte de corazón.

Tu padre».

## Mi compañero Coretti

Domingo, 13.

Mi padre me perdonó, pero yo permanecí un poco triste, y entonces mi madre me mandó con el hijo mayor del portero a dar un paseo por la plaza. Hacia la mitad del camino, al pasar delante de un carro parado delante de una tienda, oigo que me llaman por mi nombre y me vuelvo. Era mi compañero de escuela Coretti, con su jersey color chocolate y su gorra de piel, lleno de sudor y contento, que llevaba una carga de leña sobre sus espaldas. Un hombre, de pie en el carro, le iba echando haces de leña, él los cogía y los metía en la tienda de su padre, donde a toda prisa los amonto naba.

—¿Qué haces, Coretti? —le pregunté.

—¿No lo ves? —respondió, tendiendo los brazos para coger la carga—; repaso la lección.

Yo me reí. Pero él hablaba en serio, y después de coger el haz de leña, comenzó a decir, corriendo:

—Llámanse accidente del verbo..., sus variaciones según el número..., según el número y la persona... —y después, dejando caer la leña y amontonándola—: ...según el tiempo..., según el tiempo a que se refiere la acción... y volviendo al carro a coger otro haz—: ...según el modo con que la acción se enuncia.

Era nuestra lección de gramática del día siguiente.

—¿Qué quieres? —me dijo—; aprovecho el tiempo. Mi padre, ha salido con el muchacho para un asunto. Mi madre está enferma. Me toca a mí descargar. Mientras tanto repaso la gramática. La lección de hoy es difícil. No acabo de metérmela en la cabeza. Mi padre ha dicho que estará aquí a las siete, para pagarle —dijo después al hombre del carro. El carro se fue.

—Entra un momento en la tienda —me dijo Coretti.

Entré. Era una habitación grande, llena de montones de haces de leña y de ramas secas, y una romana al lado.

—Hoy es un día de mucho trabajo, te lo aseguro —añadió Coretti—: tengo que hacer el trabajo a ratos perdidos. Estaba escribiendo los

apuntes, y ha venido mucha gente a comprar, luego me he puesto a escribir, y llegó el carro. Esta mañana he ido ya dos veces al mercado de la leña en la Plaza de Venecia. Tengo las piernas que ni las siento, y las manos hinchadas. ¡Iba a estar arreglado si tuviera que hacer algún dibujo! —y mientras, barría las hojas secas y las pajitas que rodeaban al montón de leña.

—Pero, ¿dónde haces los trabajos, Coretti? —le pregunté.

—Por supuesto que no aquí —contestó—; ven a verlo —y me condujo a una habitación pequeña, detrás de la tienda, que servía de cocina y de comedor y una mesa al lado, encima de la cual tenía los libros y cuadernos y el trabajo comenzado—. Precisamente aquí he dejado la segunda respuesta en el aire: con el cuero se hacen los zapatos, los cinturones... Ahora añadido: las maletas —y tomó la pluma y se puso a escribir con su hermosa letra.

—¿No hay nadie? —se oyó gritar en aquel momento en la tienda.

Era una mujer que iba a comprar algunos haces.

Allá voy —respondió Coretti.

Y saltó de allí, pesó los haces, cogió el dinero, se fue a una esquina para apuntar la venta en un cartapacio, y volvió a su trabajo diciendo:

—A ver si logro terminar la pregunta —y escribió: las bolsas de viajes, las mochilas para los soldados—. ¡Ay, mi pobre café se sale! —gritó de repente, y corrió al hornillo a quitar la cafetera del fuego—. Es el café para mi madre —dijo—: he tenido que aprender a hacerlo. Espera un poco y se lo llevamos; así te verá y le gustará mucho. Hace siete días que está en la cama... ¡Accidentes del verbo! Siempre me quemo los dedos con esta cafetera. ¿Qué hay que añadir después de las mochilas de los soldados? Falta otra cosa, pero no lo recuerdo. Vamos a ver a mi madre.

Abrió otra puerta y entramos en una habitación pequeña. Allí estaba la mamá de Coretti en una cama grande, con un pañuelo blanco en la cabeza.

—Aquí está el café, mamá —dijo Coretti, alargando la taza—; éste es un compañero mío de escuela.

—Cuánto me alegró —me dijo la señora—. ¿Viene a visitar a los enfermos, verdad?

Mientras, Coretti arreglaba la almohada detrás de la espalda de su madre, componía la ropa de la cama, atizaba el fuego, echaba al gato de

la cómoda.

—¿Quieres algo más, mamá? —preguntó luego, cogiendo la taza—. ¿Has tomado las dos cucharaditas de jarabe? Cuando no haya nadie haré una escapada a la farmacia. La leña ya está descargada. A las cuatro pondré la carne al fuego, como has dicho, y cuando pase la mujer de la manteca le daré el dinero. Todo irá bien; no te preocupes.

—Gracias, hijo mío —respondió la señora—. Vete, pobre hijo mío. ¡Está en todo!

Quiso que tomara un terrón de azúcar, y luego Coretti me enseñó un cuadrito, la fotografía de su padre, vestido de soldado, con la cruz del valor que ganó en 1866 en la división del príncipe Humberto. Era la misma cara de su hijo, con aquellos ojos inquietos y su alegre sonrisa. Volvimos a la cocina.

—Ya lo he encontrado —dijo Coretti, y añadió en el cuaderno: «Se hacen también guarniciones para los caballos». Lo que falta lo haré esta noche; me quedaré levantado hasta más tarde. ¡Feliz tú, que tienes todo el tiempo para estudiar, y aún te queda para ir de paseo!

Y siempre alegre y vivo, volvió a la tienda, comenzó a poner pedazos de leña en el caballete y a partirlos en dos, diciendo:

—¡Esto es gimnasia! Muy distinta de: «¡Echar los brazos hacia delante!». Quiero que mi padre encuentre toda esta leña cortada cuando vuelva a casa; le gustará. Lo malo es que después de haber cortado, hago «tes» y «eles» que parecen serpientes, como dice el maestro. Pero, ¿qué voy a hacer? Le diré que he tenido que mover los brazos. Lo importante es que mi madre se cure enseguida. Hoy ya está mejor, afortunadamente. La gramática la estudiaré mañana, antes que amanezca. ¡Aquí viene el carro con los troncos! ¡A tra bajar!

Un carro lleno de troncos se paró delante de la tienda. Coretti salió, fue corriendo a hablar con el hombre y volvió luego.

—Ahora no puedo hacerte compañía —me dijo—; hasta mañana. Has hecho bien en venir a verme, ¡que tengas un buen paseo! ¡Feliz de ti! —y dándome la mano corrió a coger el primer tronco, y otra vez comenzó a hacer viajes del carro a la tienda, con su cara fresca como

<sup>2</sup> Garibaldi, José. Patriota italiano nacido en Niza (1807-1882). Combatió en tierras americanas —Uruguay—y más tarde en la unificación de Italia contra Austria, luego contra el reino de Nápoles y contra el papado. En la guerra franco-alemana de 1870 peleó a

una rosa bajo su gorra de piel, y con tanto brío que daba gusto verlo.

—«¡Feliz de ti!» —dijo él—. ¡Oh, no, Coretti!, no; tú eres el más feliz; tú; porque estudias y además trabajas, porque eres útil a tu padre y a tu madre, porque eres bueno; cien veces mejor que yo, mi querido compañero.

## El director

Viernes, 18.

Coretti estaba contento aquella mañana porque iba a presenciar los exámenes mensuales su maestro del segundo curso, Coati, un hombrón con una cabellera abundante y encrespada, una gran barba negra, unos ojos también grandes y oscuros y una voz de trueno: siempre está amenazando a los niños con hacerlos pedazos y llevarlos por las orejas a la prevención, y su cara adopta expresiones aterradoras; pero jamás castiga a ninguno; antes bien, se sonríe para sus adentros sin dejarlo ver. Son ocho los maestros, con Coati, incluyendo a un suplente, pequeño y sin barba, que parece un chiquillo. Uno es maestro de cuarto; cojo, con una gran bufanda de lana, siempre lleno de dolores, adquiridos cuando era maestro de una escuela rural en un colegio húmedo, donde las paredes goteaban. Otro maestro de cuarto es viejo, la cabeza toda blanca, y ha sido maestro de ciegos. Hay otro que viste muy bien, con gafas y un bigotito rubio, al que llaman el Abogadillo, porque siendo ya maestro, estudió para abogado y se doctoró, e hizo también un libro para enseñar a escribir cartas. En cambio, el que enseña la gimnasia tiene el tipo de soldado; ha servido con Garibaldi,<sup>2</sup> y se le ve en el cuello la cicatriz de una herida de sable que recibió en la batalla de Milano. Finalmente, el director, alto, calvo, con lentes de oro, la barba gris que le llega hasta el pecho, vestido completamente de negro y abotonado hasta el cuello, tan bueno con los muchachos que, cuando entran temblando en la dirección, para ser reprendidos, no les grita, sino que los coge por la mano y les expone tantas razones por las que no debían conducirse de aquella manera, y por las que es necesario que se arrepientan y prometan ser buenos, hablando con tan buenos modales y una voz tan dulce, que todos salen con los ojos húmedos, más confusos que si los hubiera castigado. ¡Pobre director! Siempre el primero en su puesto por la mañana para esperar a los alumnos y recibir a los padres; y cuando los maestros ya se han ido a casa, da aún una vuelta alrededor de la escuela, para ver si los chicos se cuelgan en la trasera de los coches, o se ruedan por la calle jugando, o llenan las carteras de arenas y piedras;

y cada vez que aparece en una esquina, tan alto y tan negro, bandadas de muchachos huyen por todas partes, dejando allí los objetos de juego, mientras él los amenaza con el índice desde lejos, con su aspecto cariñoso y triste.

—Nadie ha conseguido verlo reír —dice mi madre— desde que murió su hijo, voluntario del ejército, y siempre tiene su retrato delante, en la mesa de la dirección.

Después de aquella desgracia quería irse: había ya redactado su petición de jubilación al Ayuntamiento, y la tenía siempre encima de la mesa, dejando de un día para otro enviarla, porque le dolía dejar a los niños. Pero hace días parecía ya decidido, y mi padre, que estaba con él en la dirección, le dijo:

—Es una lástima que usted se vaya, señor director.

En ese momento entró un hombre para inscribir a un muchacho, que cambiaba de escuela porque también se había mudado de casa. Al ver a aquel muchacho, el director se quedó asombrado: lo miró un poco, miró luego el retrato sobre la mesa, y volvió a mirar al muchacho, después lo sentó en sus rodillas y le hizo levantar la cara. Aquel muchacho se parecía mucho a su hijo muerto. El director dijo:

—Está bien.

Hizo la inscripción, despidió al padre y al hijo y permaneció pensativo.

—¡Qué lástima que usted se vaya! —repitió mi padre.

Y entonces el director cogió su petición, de jubilación, la hizo pedazos y dijo:

—Me quedo.



## Los soldados

Martes, 22.

Su hijo era voluntario del ejército cuando murió; por esto el director va siempre a la plaza a ver desfilan los soldados cuando salimos de la escuela. Ayer pasaba un regimiento de infantería, y cincuenta muchachos se pusieron a saltar alrededor de la banda de música, cantando y llevando el compás con las reglas sobre la cartera. Nosotros estábamos en un grupo en la acera, mirando; Garrone, oprimido por su ropa demasiado estrecha, mordía un pedazo de pan; Votini, muy bien vestido, quitándose siempre las motas de la ropa; Precossi, el hijo del herrero, con la chaqueta de su padre; el calabrés, el Albañilito; Crosi, con su cabeza roja; Franti, con su aire descarado, y también Roberto, el hijo del capitán de artillería, aquel que salvó a un niño de un autobús, y que ahora anda con muletas. Franti se echó a reír de un soldado que cojeaba. De pronto, sintió la mano de un hombre sobre sus hombros; se volvió: era el director.

—Oye, burlarse de un soldado cuando está en las filas, que no puede ni vengarse ni responder, es como insultar a un hombre atado; es una vileza.

Franti desapareció. Los soldados pasaban de cuatro en cuatro, sudorosos y cubiertos de polvo y los fusiles resplandecían al sol. El director dijo:

—Debéis querer a los soldados, muchachos. Son nuestros defensores; irían a morir por nosotros si mañana un ejército extranjero amenazase a nuestra patria. También ellos son muchachos, tienen poco más años que vosotros: también ellos van a la escuela, los hay pobres y ricos entre ellos, como entre vosotros, y proceden de todas partes de Italia. Vedlos, se los puede reconocer por la cara; hay sicilianos, sardos, napolitanos, lombardos. Este es un regimiento de veteranos, de los que combatieron en 1848. Los soldados no son aquéllos, pero la bandera siempre es la misma. ¡Cuántos han muerto ya por nuestra patria en torno a esa bandera, veinte años antes que vosotros nacierais!

—Ahí está —dijo Garrone.

Y en efecto, se veía ya cerca la bandera que avanzaba, por encima de las cabezas de los soldados.

—Haced una cosa, hijos míos —dijo el director—; saludad con la mano en la frente cuando pase la bandera tricolor.

Llevada por un oficial, la bandera pasó ante nosotros, rota y descolorida, con las medallas, pendientes del asta. Todos nosotros nos llevamos a la vez la mano a la frente. El oficial nos miró sonriente, y nos devolvió el saludo con la mano.

—¡Bravo, muchachos! —dijo uno detrás de nosotros. Nos volvimos a mirar. Era un anciano que llevaba en el ojal de la chaqueta la cinta azul de la campaña de Crimea; un oficial retirado.

—¡Bravo! —dijo—. Habéis llevado a cabo una bella acción.

Mientras, la banda del regimiento daba la vuelta por el fondo de la plaza, rodeada de una turba de muchachos, y sus gritos alegres acompañaban el sonido de las trompetas, como un canto de guerra.

—¡Bravo! —repitió el anciano oficial, mirándonos—. El que de pequeño respeta la bandera, sabrá defenderla cuando sea mayor.

## El protector de Nelli

Miércoles, 23.

También Nelli, el pobre jorobadito, estaba ayer mirando a los soldados; pero con una expresión como si pensase: «¡jamás podré yo ser soldado!». Es muy bueno y estudioso; pero está muy delgado y pálido y le cuesta trabajo respirar. Lleva siempre un mandil largo, de tela negra y lustrosa. Su madre es una señora pequeña y rubia; viste de negro, y viene siempre a recogerlo a la salida, para que no salga en tropel con los demás, y lo acaricia. Los primeros días, como tiene la desgracia de ser jorobado, muchos niños se burlaban de él y le pegaban en la espalda con la cartera; pero él nunca se enfadaba, y no decía nada a su madre para no darle el dolor de saber que su hijo era el hazmerreír de los compañeros; se burlaban de él; mas él lloraba y callaba, apoyando la frente en el banco. Pero una mañana se levantó Garrone y dijo:

—Al primero que toque a Nelli le doy tal puñetazo que le hago dar tres vueltas.

Franti no hizo caso; recibió el puñetazo, dio las tres vueltas; y desde entonces ninguno ha vuelto a tocar a Nelli. El maestro lo puso al lado de Garrone, en el mismo banco. Se hicieron muy amigos. Nelli ha tomado un gran cariño a Garrone. Apenas entra en clase mira enseguida a ver si está Garrone, jamás se marcha sin decir: «Adiós, Garrone». Y lo mismo hace Garrone con él. Cuando a Nelli se le cae la pluma o un libro debajo del banco, Garrone se agacha y se lo recoge; luego lo ayuda a guardar las cosas en la cartera y a ponerse el abrigo. Por eso Nelli lo quiere y siempre lo está mirando, y cuando el maestro lo alaba se alegra como si fuera a él mismo. Nelli, al fin, ha debido decírselo todo a su madre, tanto las burlas de los primeros días y lo que lo hacían sufrir, como lo del compañero que lo defendió, hacia el cual siente tanto cariño; pues he aquí lo que sucedió una mañana. El maestro me mandó llevar al director el programa de la lección, media hora antes de terminar la clase. Yo estaba en el despacho cuando entró una señora rubia, vestida de negro; era la madre de Nelli, que dijo:

—Señor director, ¿hay en la clase de mi hijo un muchacho llamado Garrone?

—Lo hay —respondió el director.

—¿Tiene usted la bondad de llamarlo un momento, que quiero decirle unas palabras?

El director llamó al bedel y lo mandó ir a la clase. Después de un minuto apareció Garrone en el umbral, con su cabeza grande, y al rape, muy asombrado. Apenas lo vio, la señora corrió a su encuentro, le echó los brazos al cuello y lo colmó de besos, diciendo:

—¿Eres tú, Garrone, el amigo de mi hijo, el protector de mi pobre niño; eres tú, querido, tú, excelente muchacho, eres tú? —y buscó precipitadamente en sus bolsillos, y no encontrando nada, se quitó del cuello una cadenita con una cruz, la puso en el cuello de Garrone por debajo de la corbata, y le dijo—: Tómala, llévala como recuerdo mío, querido niño, como recuerdo de la madre de Nelli, que te da las gracias y te bendice.

## El primero de la clase

Viernes, 25.

Garrone conquista el afecto de todos; Derossi, la admiración. Ha obtenido la primera medalla; también este año será el primero; nadie puede competir con él; todos le reconocen su superioridad en todas las asignaturas. Es el primero en aritmética, en gramática, en redacción, en dibujo; todo lo coge al vuelo; tiene una memoria prodigiosa, todo lo hace sin esfuerzo; parece que el estudio es para él un simple juego.

El maestro le dijo ayer:

—Has recibido grandes dones de Dios; procura no malgastarlos.

Además es alto y guapo, con abundantes rizos rubios como una corona; tan ágil, que salta sobre un banco, apoyando en él una mano; y ya sabe esgrima. Tiene doce años, es hijo de un comerciante, va siempre vestido de azul con botones dorados, siempre vivo, alegre y afable con todos, ayuda a cuantos puede en el examen y jamás nadie se ha atrevido nunca a hacerle un desaire o decirle una palabra inconveniente. Solamente Nobis y Franti no lo miran bien, y Votini rebosa envidia por los ojos; pero él ni siquiera cae en la cuenta. Todos le sonrían o lo cogen de la mano o de un brazo, cuando da la vuelta recogiendo los trabajos con aquella gracia tan suya. Regala periódicos ilustrados, dibujos, todo lo que en casa le regalan a él; ha hecho para el calabrés un pequeño mapa de Calabria; todo lo da riendo, sin pretensiones, como un gran señor, sin mostrar predilección por ninguno. Es imposible no envidiarlo, no reconocer su superioridad en todo. También yo, como Votini, lo envidio. Experimento un pesar, una especie de despecho hacia él alguna vez, cuando me resulta difícil el trabajo en casa y pienso que a aquellas horas él ya lo ha terminado perfectamente y sin esfuerzo alguno. Pero luego, cuando vuelvo a la escuela y lo veo tan guapo, sonriente y brillante, al oír cómo responde con toda seguridad a las preguntas del maestro, y cuán gentil es, y cuánto lo quieren todos, entonces todo el pesar, todo el despecho se derrite en mi corazón y me avergüenzo de haber experimentado aquellos sentimientos. Querría entonces estar siempre a su lado, poder seguir todos los estudios con él; su presencia, su voz, me infunden valor, deseos de trabajar, alegría y placer. El maestro le ha dado a copiar el

cuento mensual que leerá mañana: «El pequeño vigía lombardo»; lo estaba copiando esta mañana, y se sentía lleno de emoción por aquel hecho heroico, con el rostro encendido, los ojos húmedos y los labios temblorosos. ¡Qué bello y noble parecía! ¡Con qué placer le hubiera dicho francamente a su misma cara: «¡Derossi, en todo vales tú inmensamente más que yo! ¡Tú eres un hombre a mi lado! ¡Te respeto y te admiro!».

## El pequeño vigía lombardo

(Cuento mensual)

Sábado, 26.

En 1859, durante la guerra de liberación de Lombardía, pocos días después de la batalla de Solferino y San Martín, ganada por los franceses y los italianos contra los austríacos, en una hermosa mañana del mes de junio, un pequeño escuadrón de caballería de Saluzo caminaba lentamente, por un sendero solitario, hacia el enemigo, explorando atentamente el campo. Mandaban el escuadrón un oficial y un sargento, y todos miraban a lo lejos con los ojos fijos, en silencio, preparados para ver blanquear, de un momento a otro, entre los árboles, los puestos de las avanzadas enemigas. Así llegaron a una casita rústica, rodeada de fresnos, ante la cual estaba completamente solo un muchacho de unos doce años, que quitaba la corteza de una rama con un cu chillo, para hacer con ella un pequeño bastón; en una ventana de la casa ondeaba al viento una gran bandera tricolor; dentro no había nadie; los aldeanos, después de izar la bandera, habían huido por temor a los austríacos. Apenas divisó a la caballería, el muchacho se quitó la gorra. Era un muchacho hermoso, de aire descarado, los ojos grandes y azules y su cabello rubio y largo; estaba en mangas de camisa y dejaba ver su pecho desnudo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el oficial, parando el caballo—. ¿Por qué no has huido con tu familia?

—Yo no tengo familia —respondió el muchacho—. Soy un expósito. Trabajo un poco para todos. Me he quedado aquí a ver la guerra.

—¿Has visto pasar austríacos?

—No, desde hace tres días.

El oficial se quedó un poco pensativo; luego bajó del caballo, y dejando allí a los soldados, de cara al enemigo, entró en la casa y subió al tejado. La casa era baja; desde el tejado no se veía más que un pequeño espacio del campo.

—Hay que subir a los árboles —dijo el oficial y se bajó, justamente

delante de la era se alzaba un fresno, muy alto y delgado, cuya copa se cernía en el azul del cielo. El oficial permaneció un momento indeciso, mirando ya al árbol, ya a los soldados; de pronto, preguntó al muchacho:

—¿Tienes buena vista, chico?

—¿Yo? —respondió este—. Veo un gorrión a una legua de distancia.

—¿Serías capaz de subir a lo alto de aquel árbol?

—¿A lo alto de aquel árbol, yo? En medio minuto subo.

—¿Y sabrías decirme lo que se ve desde allí arriba, si hay soldados austríacos por aquel lado, nubes de polvo, fusiles relucientes, caballos?

—Seguro que sí.

—¿Qué quieres por hacerme este servicio?

—¿Qué quiero? —dijo el muchacho, sonriendo—. Nada. ¡Vaya una cosa! Si fueran los alemanes, por ningún precio; pero por los nuestros... Yo soy lombardo.

—Está bien; sube, pues.

—Un momento: voy a quitarme los zapatos.

Se quitó los zapatos, se apretó el cinturón, echó al suelo la gorra y se abrazó al tronco del fresno.

—Ten cuidado —exclamó el oficial, haciendo ademán de detenerlo, como sobrecogido por un repentino temor. El muchacho se volvió a mirarlo con sus hermosos ojos azules, en actitud interrogante.

—Nada —dijo el oficial—; sube.

El muchacho trepó como un gato.

—Mirad hacia delante —gritó el oficial a los soldados.

En poco tiempo, el muchacho llegó a la cima del árbol, abrazado al tronco, con las piernas entre las hojas, pero con el pecho descubierto, mientras el sol iluminaba su rubia cabeza, que parecía de oro. El oficial apenas lo veía: tan pequeño parecía desde allá arriba.

—Mira de frente y a lo lejos gritó el oficial.

El muchacho, para ver mejor, quitó la mano derecha del árbol y la puso sobre los ojos.

—¿Qué ves? —preguntó el oficial.

El muchacho inclinó la cara hacia él, y sirviéndose de la mano como portavoz, respondió:

—Dos hombres a caballo, en el camino blanco.

—¿A qué distancia de aquí?

—A media legua.



—¿Se mueven?

—Están parados.

—¿Qué más ves? —preguntó el oficial, después de un momento de silencio—. Mira a la derecha.

El chico miró a la derecha, y luego dijo:

—Junto al cementerio, entre los árboles, hay algo que brilla. Parecen bayonetas.

—¿Ves gente?

—No. Estarán escondidos en los sembrados.

En ese momento, el agudo silbido de una bala pasó por encima y fue a perderse detrás de la casita.

—¡Baja, muchacho! —gritó el oficial—. Te han visto. No quiero saber más. Baja.

—No tengo miedo —contestó el muchacho.

—Baja... —repitió el oficial—. ¿Qué más ves a la izquierda?

—¿A la izquierda?

El muchacho volvió la cabeza a la izquierda. En ese momento otro silbido más agudo y más bajo hendió los aires. El muchacho se escondió cuanto pudo.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡La han tomado conmigo! —La bala le había pasado cerca.

—Baja —gritó el oficial, con energía y furioso.

—Enseguida bajo —respondió el muchacho—. Pero no se preocupe, el árbol me protege. ¿A la izquierda quiere usted saber?

—Sí, a la izquierda —respondió el oficial—; pero baja.

—A la izquierda —gritó el muchacho, adelantando el cuerpo hacia aquella parte— donde hay una capilla, me parece ver...

Un tercer silbido furioso pasó por lo alto, y al momento se vio al muchacho venir abajo, agarrándose por un momento al tronco y a las ramas, y precipitándose después cabeza abajo con los brazos abiertos.

—¡Maldición! —gritó el oficial, acudiendo enseguida.

El chico cayó a tierra, de espaldas, y quedó tendido con los brazos abiertos, boca arriba; un reguero de sangre brotaba de su pecho, en la parte izquierda. El sargento y dos soldados se bajaron de los caballos; el oficial se agachó y le abrió la camisa; la bala le había entrado en el pulmón izquierdo.

—¡Está muerto! —exclamó el oficial.

—No, vive —respondió el sargento.

—¡Pobre muchacho! ¡Qué valiente! —dijo el oficial—. ¡Ánimo, ten ánimo!

Pero mientras lo exhortaba a tener ánimo y oprimía la herida con el pañuelo, se le nublaron los ojos al muchacho y dejó caer la cabeza; había muerto. El oficial se quedó pálido y lo miró por un momento; luego colocó su cabeza sobre la hierba, se levantó y se paró a mirarlo otra vez; también el sargento y los dos soldados, inmóviles, lo miraban; los demás permanecían atentos al enemigo.

—¡Pobre muchacho! —repitió tristemente el oficial—. ¡Qué valiente!

Luego se acercó a la casa, cogió de la ventana la bandera tricolor, y la extendió cual fúnebre crespón sobre el pequeño difunto, dejando su cara al descubierto.

El sargento puso a su lado los zapatos, el gorro, el bastón y el cuchillo.

Permanecieron aún un momento en silencio; luego, el oficial se volvió al sargento y le dijo:

—Mandaremos que lo recoja la ambulancia; ha muerto un soldado, lo enterraremos como tal.

Dicho esto, envió al muerto un beso con su mano, y gritó:

—¡A caballo!

Todos subieron a sus sillas, se reunió el escuadrón y volvió a emprender su camino.

Pocas horas más tarde, al pequeño muerto se le tributaron honores de guerra.

Al ponerse el sol, toda la línea de las avanzadas italianas se dirigía hacia el enemigo, y por el mismo camino que por la mañana recorriera el escuadrón de caballería, caminaba en dos filas todo un batallón de cazadores, el cual pocos días antes había regado generosamente con su sangre el collado de San Martín. La noticia de la muerte del muchacho había corrido ya entre los soldados antes que dejaran sus campamentos. El sendero, flanqueado por un arroyuelo, pasaba a pocos pasos de distancia de la casa. Cuando los primeros oficiales del batallón vieron el cadáver del pequeño que yacía al pie del fresno cubierto con la bandera tricolor, lo saludaron con la espada y uno de ellos se inclinó sobre la orilla del arroyuelo, llena de flores, arrancó algunas y se las echó. Entonces, todos los cazadores, según iban pasando, arrancaban flores y se las arrojaban al muerto. En pocos minutos, el muchacho quedó cubierto de flores, y oficiales y soldados le saludaban al pasar:

—¡Bravo, pequeño lombardo! ¡Adiós, muchacho! ¡Viva! ¡Gloria a ti!  
¡Adiós!

Un oficial le colocó su medalla al valor, y otro lo besó en la frente. Mientras, continuaban lloviendo las flores sobre él y cubrían sus pies desnudos, su pecho ensangrentado y su rubia cabeza. Él reposaba allí en la hierba, como si estuviera durmiendo, envuelto en su bandera, la cara pálida y s onriente, como si el pobrecito escuchase los saludos y estuviese contento de haber dado la vida por su Lombardía.

## Los pobres

Martes, 29.

«Dar la vida por la patria, como el muchacho lombardo, es una gran virtud; sin embargo, no debes descuidar las virtudes menores, hijo mío. Esta mañana, yendo delante de mí, cuando volvíamos de la escuela, pasaste al lado de una pobre que tenía en sus rodillas un niño extenuado y lívido, y que te pidió limosna. Tú miraste y no le diste nada, aunque llevabas dinero en el bolsillo. Escucha, hijo mío. Nunca pases indiferente ante la necesidad que tiende la mano, y mucho menos ante una madre que pide limosna para su hijo. Piensa que quizá el niño tuviera hambre, y en la aflicción de la mujer. ¿Puedes imaginarte los desesperados sollozos de tu madre, si un día tuviera que decirte: «Enrico, hoy no puedo darte un pedazo de pan»? Cuando yo doy una limosna a un pobre, y me dice: «¡Dios le dé salud a usted y a sus hijos!», no puedes comprender la dulzura que siento en mi corazón al oír aquellas palabras, la gratitud que el pobre me inspira. Me parece realmente que su buen augurio ha de conservarnos sanos por mucho tiempo; vuelvo a casa contenta y pienso: «¡Verdaderamente aquel pobre me ha dado a mí mucho más que yo a él!». Pues bien: procura que yo escuche alguna vez ese buen augurio por merecértelo tú; saca de vez en cuando una moneda de tu bolsillo para depositarla en la mano de un anciano sin apoyo, de una madre sin pan, de un niño sin madre. A los pobres les gusta la limosna de los niños porque no los humilla, y porque los niños, necesitados de todo, se parecen a ellos. Por eso junto a las escuelas siempre hay pobres. La limosna de un hombre es un acto de caridad; la limosna de un niño, es también un acto de caridad, y a la vez una caricia. ¿Comprendes...? Es como si de su mano cayesen juntamente una moneda y una flor. Piensa que a ti no te falta nada, pero que a ellos les falta todo; que mientras tú sueñas con ser feliz, ellos se contentan con no morir. Piensa en el desconcierto de que en medio de tantos palacios, por las calles donde pasan coches y niños vestidos de terciopelo, hay mujeres y niños que no tienen siquiera qué comer. ¡Dios mío, no tener qué comer! ¡Niños como tú, como tú buenos e inteligentes, que en medio de una gran ciudad no tienen qué comer, como fieras perdidas en el desierto! ¡Jamás, Enrico,

vuelvas a pasar delante de una madre que pide una limosna, sin socorrerla de algún modo!

Tu madre».

# Diciembre

## El comerciante

Jueves, 1.

Mi padre desea que todos los días de fiesta traiga a casa a uno de mis compañeros, o que vaya yo a buscarlo, para hacerme poco a poco amigo de todos. El domingo iré a pasear con Votini, el que siempre va bien vestido y se pasa el tiempo atusándose, y que tiene tanta envidia de Derossi. Mas hoy ha venido a casa Garoffi, alto y delgado, con la nariz de pico de loro y los ojos pequeños y vivos que parecen escudriñar todo. Es hijo de un especiero. Es un tipo original. Siempre está contando el dinero que tiene en el bolsillo; cuenta con los dedos con mucha rapidez, y es capaz de hacer cualquier multiplicación sin ayuda de la tabla de Pitágoras. Guarda el dinero, y tiene ya una libreta en la caja de ahorros escolar. Desconfiado, jamás gasta un céntimo, y si se le cae una perra debajo del banco es capaz de estar una semana buscándola. «Es como las urracas», dice Derossi. Todo lo que encuentra: plumas gastadas, sellos usados, alfileres, trozos de vela, todo lo recoge. Hace ya más de dos años que se dedica a recoger sellos, y tiene centenares de todos los países en un álbum grande, que venderá después al librero, cuando lo tenga completo. Mientras, el librero le da los cuadernos gratis porque lleva muchos chicos a su tienda. En la escuela siempre está traficando, todos los días vende objetos, hace rifas, cambios...; luego se arrepiente del cambio y quiere otra vez la mercancía. Compra por dos y vende por cuatro; vende los periódicos retrasados al estanquero, y tiene un cuadernillo donde anota todos sus negocios, lleno de sumas y restas. En la escuela no estudia más que matemáticas, y si ambiciona premios no es más que por conseguir entrada gratis para el teatro de marionetas. A mí me resulta simpático, y me divierto con él. Hemos jugado al mercado con pesas y balanzas; sabe el precio exacto de todo, conoce las pesas y hace al momento cartuchos perfectos, como los tenderos. Dice que apenas termine sus estudios montará un negocio, un comercio nuevo, ideado por él. Se ha puesto muy contento cuando le he dado sellos extranjeros, y me ha dicho exactamente cuánto cuesta cada uno para las

colecciones. Mi padre fingía que leía el periódico, pero lo estaba oyendo y se divertía. Siempre lleva los bolsillos llenos de sus pequeñas mercancías, que cubre con un largo mandil negro, y parece constantemente pensativo y ocupado, como un comerciante. Pero por lo que más predilección siente es por su colección de sellos; este es su tesoro, y habla siempre de él como si hubiera de procurarle una fortuna. Los compañeros lo tienen por avaro y usurero. Yo no sé qué pensar. Lo quiero, me enseña muchas cosas, me parece un hombre. Coretti, el hijo del leñero, dice que no daría un sello ni para salvar la vida de su padre. Mi madre no lo cree.

—Espera aún a juzgarlo —me ha dicho—; tiene esa pasión; pero su corazón es bueno.

## Vanidad

Lunes, 5.

Ayer salí a pasear por la alameda Rívoli, con Votini y su padre. Al pasar por la calle Dora Grossa, vimos a Estardo, el que da patadas a los que lo perturban. Estaba parado, tieso, delante del escaparate de una librería, con los ojos fijos en un mapa, y sabe Dios cuánto tiempo llevaría allí, pues estudia incluso por la calle. Nos saludó a duras penas. Votini iba muy bien vestido, demasiado bien; llevaba botas de tafilete con pespuntos rojos, un vestido con adornos y borlitas de seda, un sombrero blanco de castor y un reloj. Y se daba mucho tono. Pero su vanidad iba a quedar malparada esta vez. Después de haber recorrido un buen trecho por la alameda, dejando muy atrás a su padre, que iba despacio, nos paramos en un asiento de piedra junto a un muchacho modestamente vestido, que parecía cansado y pensativo, con la cabeza baja. Un hombre, que parecía su padre, se paseaba bajo los árboles leyendo el periódico. Nos sentamos. Votini se puso en medio entre el muchacho y yo. De pronto se acordó de lo bien vestido que iba y quiso provocar la admiración y la envidia de su vecino.

Levantó un pie y me dijo:

—¿Has visto mis botas de oficial?

Lo dijo para que el otro lo mirara. Pero éste no se inmutó.

Entonces bajó el pie, me enseñó las borlas de seda, y mirando de reojo al muchacho me dijo que aquellas borlas no le gustaban y quería que se las cambiaran por botones de plata. Pero el muchacho tampoco miró las borlas. Entonces Votini se puso a dar vueltas sobre el dedo índice a su precioso sombrero blanco de castor. Pero el muchacho, como si lo hiciera adrede, no se dignó dirigir ni siquiera una mirada al sombrero.

Votini, que comenzaba a exasperarse, sacó el reloj, lo abrió y me enseñó la maquinaria. Pero el otro no volvió la cabeza.

—¿Es de plata sobredorada? —le pregunté.

—No —contestó—, es de oro.

—Pero no será todo de oro —dije—, tendrá también algo de plata. —

Pues no —insistió; y para obligar al muchacho a mirar, le puso el reloj



delante de los ojos y le dijo—: Di tú, mira: ¿verdad que es todo de oro?  
El chico respondió secamente:

—No lo sé.

—¡Oh! —exclamó Votini, exasperado—. ¡Qué soberbia!

Mientras decía esto, llegó su padre, que lo oyó. Miró un rato fijamente al muchacho, y dijo luego bruscamente a su hijo:

—Calla —e inclinándose a su oído, añadió—: ¡Está ciego!

Votini se puso en pie de un salto, con un estremecimiento, y miró al muchacho a la cara. Tenía las pupilas apagadas, sin expresión, sin mirada. Se quedó anonadado, sin poder articular palabra, con los ojos clavados en tierra. Luego balbuceó:

—Lo siento..., no lo sabía.

Pero el ciego, que se había dado cuenta de todo, dijo con una sonrisa afable y melancólica:

—¡Oh, no tiene importancia!

Ciertamente que es vanidoso; pero en su corazón no hay ni sombra de maldad. En todo el paseo no se volvió a reír.

## La primera nevada

Sábado, 10.

¡Adiós paseos a Rívoli! ¡Ha llegado la bella amiga de los niños! ¡Ya están aquí las primeras nieves! Desde ayer por la tarde están cayendo copos densos y grandes como flores de jazmín. Daba gusto esta mañana verla caer en los cristales y amontonarse en los balcones; hasta el maestro miraba y se frotaba las manos, y todos estaban contentos pensando en hacer bolas y en el hielo que vendría después, y en el hogar de casa. El único que no se preocupaba era Estardo, absorto por completo en la lección, con los puños apretados contra las sienes. ¡Qué hermosura! ¡Qué alegría hubo a la salida! Todos a correr por la calle, gritando y agitando los brazos, y a coger puñados de nieve y zambullirse dentro como perrillos en el agua. Los padres que esperaban fuera tenían los paraguas blancos; los guardias municipales tenían la gorra blanca también; en pocos momentos nuestras carteras se pusieron blancas. Todos parecían fuera de sí por la alegría, incluso Precossi, el hijo del herrero, aquel paliducho que nunca se ríe, y Roberto, el que salvó del autobús al niño, que saltaba el pobrecito con sus muletas. El calabrés, que no había visto nunca la nieve, hizo una bola y se puso a comérsela como un melocotón; Crosi, el hijo de la verdulera, llenó de nieve la cartera, y el Albañilito nos hizo desternillarnos de risa cuando mi padre lo invitó a ir el domingo a nuestra casa; tenía la boca llena de nieve, y no atreviéndose ni a echarla ni a tragársela, nos miraba aguantándose y sin responder. Hasta las maestras salían de la escuela corriendo y riendo; incluso mi maestra del primer curso superior corría la pobre a través de la nevada, protegiéndose la cara con su velo verde y tosiendo. Mientras tanto, centenares de muchachas de la escuela vecina pasaban chillando y corriendo al galope sobre aquella alfombra blanca, y los maestros, los porteros y los guardias gritaban: —¡A casa! ¡A casa! —tragando copos de nieve, mientras sus bigotes y sus barbas se ponían blancos. Pero también ellos se reían de aquel bullicio de los chicos que festejaban el invierno.

«Vosotros festejáis el invierno...: pero hay muchachos que no tienen ni vestidos, ni zapatos, ni fuego. Hay millares que bajan a las aldeas

después de un largo camino, llevando en sus manos ensangrentadas por los sabañones un trozo de leña para calentar la escuela. Hay centenares de escuelas casi sepultadas en la nieve, desnudas y oscuras como cavernas, donde los chicos se ahogan por el humo o tiemblan de frío, mirando con terror los blancos copos que caen sin cesar, que se amontonan sin tregua sobre sus lejanas cabañas, amenazadas por los aludes. Niños, vosotros celebráis la llegada del invierno. ¡Pensad en los miles de criaturas para las cuales el invierno supone la miseria y la muerte!

Tu padre».

## El Albañilito

Domingo, 11.

El Albañilito ha venido hoy con cazadora, vestido por completo con ropa que perteneció a su padre, blanca aún por la cal y el yeso. Mi padre deseaba, incluso más que yo, que viniese. ¡Cómo nos hemos divertido! Apenas hubo entrado, se quitó el viejísimo sombrero, todo cubierto de nieve, y se lo metió en el bolsillo; luego se adelantó con aquel su aire desgarrado de obrero cansado, volviendo a un lado y a otro su cara, redonda como una manzana, con su nariz roma; y cuando llegó al comedor, después de echar una mirada sobre los muebles y de mirar fijamente un cuadro que representa a Rigoletto, un bufón jorobado, puso el hocico de liebre. Es imposible evitar la risa al ver cómo lo imita. Nos pusimos a jugar con palitos; tiene una habilidad extraordinaria para hacer torres y puentes, que parecen sostenerse de milagro, y lo hace con toda seriedad, con la paciencia de un hombre. Entre una torre y otra me habló de su familia; viven en una buhardilla; su padre va a la escuela nocturna para aprender a leer; su madre no es de aquí. Deben de quererlo mucho, aunque va pobremente vestido, va bien resguardado del frío, con la ropa muy bien remendada, y el nudo de la corbata bien hecho por su misma madre. Su padre, me dijo, es un buen mozo, un gigante que apenas cabe por la puerta, pero es bueno y llama siempre a su hijo hocico de liebre; el hijo, en cambio, es pequeñito. A las cuatro merendamos juntos pan y pasas, sentados en el sofá, y cuando nos levantamos, no sé por qué, mi padre no quiso que limpiase el respaldo que el Albañilito había manchado de blanco con su chaqueta; retuvo mi mano y lo limpió luego él sin que lo viéramos. Mientras jugábamos, se le cayó al Albañilito un botón de la cazadora, y mi madre se lo cosió; él se ruborizó y quedó maravillado y confuso al verla coser, conteniendo la respiración. Luego le enseñé el álbum de caricaturas, y él, sin darse cuenta, imitaba los gestos de aquellas caras, tan bien que hasta mi padre se reía. Estaba tan contento, cuando se fue, que se olvidó de ponerse el gorro y al llegar al rellano de la escalera, para demostrarme otra vez su gratitud, imitó una vez el hocico de liebre. Se llama Antonio Rabusco, y tiene ocho años y ocho meses...

«¿Sabes, hijo mío, por qué no quise que limpiaras el sofá? Porque hacerlo, mientras tu compañero podía verlo, era como echarle en cara el haberlo ensuciado. Y esto no estaba bien, primero porque no lo había hecho adrede, y, luego, porque lo había manchado con la ropa de su padre, el cual la ha llenado de yeso trabajando; y lo que se mancha trabajando no es suciedad; es polvo, cal, todo lo que tú quieras, pero no suciedad. El trabajo no mancha. No digas nunca de un obrero, cuando viene de trabajar: “Está sucio”. Debes decir: “En su ropa lleva la señal, la huella del trabajo”. Recuérdalo. Quiere mucho al Albañilito, primero porque es tu compañero, y, luego, porque es hijo de un obrero.

Tu padre».

## Una bola de nieve

Viernes, 16.

Continúa nevando sin cesar. Ha tenido lugar un accidente desagradable esta mañana con la nieve, al salir de la escuela. Un grupo de muchachos, apenas llegados a la plaza, comenzaron a tirar bolas con nieve mezclada con agua, que hace a las bolas sólidas y pesadas como piedras. Pasaba mucha gente por la acera. Un señor gritó:

—¡Estaos quieto, chiquillos!

Y en ese mismo momento se oyó un grito agudo en la otra parte de la calle, y se vio a un anciano que había perdido su sombrero y andaba a tientas, cubriéndose la cara con las manos, y a su lado un muchacho que gritaba:

—¡Socorro, socorro!

Enseguida acudió gente de todas partes. Le habían dado con una bola en un ojo. Todos los muchachos echaron a correr a la desbandada, huyendo como flechas. Yo estaba delante de la librería, en la que había entrado mi padre, y vi que varios de mis compañeros llegaban corriendo, se mezclaban con los que estaban junto a mí y simulaban mirar el escaparate; eran Garrone, con su acostumbrada barra de pan en el bolsillo, Coretti, el Albañilito y Garoffi, el de los sellos. Mientras, se había reunido gran número de personas alrededor del viejo, y varios guardias corrían de una parte a otra profiriendo amenazas y preguntando:

—¿Quién ha sido? ¿Eres tú? Decid quién ha sido —y miraban las manos de los chicos para ver si las tenían húmedas de nieve. Garoffi estaba a mi lado; me di cuenta que estaba temblando, y su cara pálida como la de un muerto.

—¿Quién es? ¿Quién ha sido? —continuaba gritando la gente.

Entonces oí a Garrone que en voz baja le decía a Garoffi:

—Ea, ve a presentarte, sería una vileza dejar que acusen a otro.

—¡Pero si yo no lo he hecho adrede! —respondió Garoffi, temblando como la hoja de un árbol.

—No importa; cumple con tu deber —contestó Garrone.

—¡No me atrevo!

—Anda, ánimo, yo te acompaño.

Y los guardias y la gente gritaban cada vez más alto:

—¿Quién es? ¿Quién ha sido? Le han metido al pobre un cristal de las gafas en un ojo. Lo han dejado ciego. ¡Bandidos!

Creí que Garoffi se desmayaba...

—Ven —le dijo resueltamente Garrone—, yo te defenderé —y cogiéndolo de un brazo, lo empujó hacia delante, sosteniéndolo como a un enfermo.

La gente lo vio, y enseguida lo comprendió todo. Algunos corrieron con los puños levantados; pero Garrone se plantó en el medio gritando: —¿Os vais a meter diez hombres contra un muchacho?

Entonces se detuvieron; un guardia cogió a Garoffi y lo llevó, abriéndose paso entre la gente, a una pastelería, a la cual habían conducido al herido. Al verlo reconocí al momento al viejo empleado que vive con su sobrineto en el cuarto piso de nuestra casa. Lo habían recostado en una silla, con el pañuelo en los ojos.

—¡Ha sido sin querer! —decía sollozando Garoffi, medio muerto de miedo.

Algunas personas lo hicieron entrar en la tienda a empujones, gritando: —¡Ponte de rodillas y pide perdón! —y lo arrojaron al suelo.

Pero al momento, dos brazos vigorosos lo pusieron de pie, y una voz resuelta dijo:

—¡No, señores!

Era nuestro director, que lo había visto todo.

—Ya que ha tenido el valor de presentarse —añadió—, nadie tiene el derecho de humillarlo.

Todos permanecieron callados.

—Pide perdón —dijo el director a Garoffi.

Éste, deshecho en lágrimas, abrazó las rodillas del viejo, el cual, buscando con la mano su cabeza, le acarició los cabellos. Entonces dijeron todos:

—¡Ea, muchacho, vete a casa!

Mi padre me sacó de en medio de la multitud, y me preguntó, mientras caminábamos hacia casa:

—Enrico, en un caso semejante, ¿habrías tenido el valor de cumplir con tu obligación, e ir a confesar tu culpa?

Yo le dije que sí, y él repuso:

—Dame tu palabra de honor de que lo harías.

—Te doy mi palabra, padre.



## Las maestras

Sábado, 17.

Garoffi estaba hoy lleno de miedo, esperando una reprimenda del maestro; pero este no ha ido a la escuela, y como también faltaba el suplente, ha ido a darnos clase la señora Cromi, la de más edad de las maestras, que tiene dos hijos mayores y ha enseñado a leer y a escribir a varias señoras que ahora traen a sus propios hijos a la escuela Baretí. Hoy estaba triste, porque tiene un hijo enfermo. Apenas la vieron los alumnos, comenzaron a meter bulla. Mas ella, con voz pausada y serena, dijo:

—Respetad mis cabellos blancos, yo no soy simplemente una maestra, soy también una madre.

Nadie se atrevió a seguir hablando, ni siquiera el descarado de Franti, que se contentó con hacerle burlas a escondidas. A la clase de la señora Cromi enviaron a la señora Delcati, maestra de mi hermano, y al puesto de esta, a la que llaman la Monjita, porque va siempre vestida de oscuro, con un delantal negro, y tiene una cara pequeña y blanca, los cabellos siempre lisos, los ojos muy claros, y una voz tan débil, que parece estar murmurando plegarias.

«No se comprende —dice mi madre—: tan dulce y tan tímida, con un hilito de voz siempre igual que apenas se escucha, sin gritar ni enfadarse mucho; sin embargo, tiene a los niños tan a raya, que no se oye a ninguno, y los más osados bajan la cabeza solo con que les llame la atención con el dedo». Parece una iglesia su clase, y por esto también la llaman la Monjita. Hay, además, otra que también me gusta mucho; es la maestra del primer curso elemental, número tres, una joven con una cara sonrosada y dos graciosos hoyuelos en las mejillas; lleva una pluma encarnada en el sombrero, y una crucecita de cristal amarillo colgada al cuello. Siempre está contenta; tiene la clase alegre, siempre se está sonriendo; y cuando grita con su voz argentina, parece que canta, y al mismo tiempo pega con la regla en la mesa y da palmadas para imponer silencio; luego, cuando salen, corre como una chiquilla detrás de unos y otros para ponerlos en fila; y a uno le sube el cuello, a otro le abrocha el abrigo para que no se enfríe; los sigue hasta por la calle para que no

riñan, suplica a sus padres que no los castiguen en casa; lleva pastillas a los que tienen tos y presta sus manguitos a los que tienen frío; se ve asediada continuamente por los más pequeños que la acarician y le piden un beso, tirándole del velo y del vestido; pero ella los deja hacer, y los besa riendo, y todos los días vuelve a casa despeinada y ronca, jadeante y muy contenta, con sus hermosos hoyuelos y su pluma encarnada. Es también maestra de dibujo de las niñas, y mantiene con su trabajo a su madre y a su hermano.

## En casa del herido

Domingo, 18.

Con la profesora de la pluma encarnada está el sobrino del viejo empleado que fue herido en un ojo por la bola de nieve de Garoffi; lo hemos visto hoy en casa de su tío, el cual lo trata y cuida como si fuese su propio hijo.

Yo había terminado de escribir el cuento mensual para la semana que viene, «El pequeño escribiente florentino», que el maestro me dio a copiar, y mi padre me dijo:

—Vamos al cuarto piso a ver cómo está de su ojo aquel señor.

Entramos en una habitación casi a oscuras, donde vimos al viejo en la cama, recostado, con muchas almohadas a la espalda; a la cabecera estaba su mujer y a un lado el niño, que se entretenía. El viejo tenía el ojo vendado. Se ha puesto muy contento al ver a mi padre, nos mandó sentar y dijo que se encontraba mejor, que no había perdido el ojo, y que, además, al cabo de algunos días estaría curado.

—Ha sido una desgracia —añadió—; siento el mal rato que debe de haber pasado aquel pobre muchacho.

Luego nos habló del médico que debía llegar entonces a curarlo. En ese preciso momento sonó la campanilla...

—Es el médico —dijo la señora.

Se abre la puerta... Y ¡qué veo! Garoffi con su abrigo largo, y la cabeza baja, estaba de pie, en el umbral, sin atreverse a pasar.

—¿Quién es? —preguntó el enfermo.

—Es el muchacho que tiró la bola —dijo mi padre.

Entonces el viejo exclamó:

—¡Pobre muchacho!; pasa. Has venido a preguntar cómo está el herido, ¿verdad? Ya estoy mejor, tranquilízate, ya estoy mejor; casi estoy curado. Acércate.

Garoffi, tan confuso que ni siquiera nos veía, se acercó a la cama, esforzándose por no llorar; el viejo lo acariciaba, pero él no podía hablar.

—Gracias —dijo el anciano—; díselo también a tu padre y a tu madre, que todo va bien, que no se preocupen.

Pero Garoffi no se movía: parecía como si quisiera decir algo, pero no se atrevía.

—¿Quieres decirme algo? ¿Deseas alguna cosa?

—Yo... nada.

—Pues bien, adiós, hasta la vista, vete con la conciencia tranquila.

Garoffi se dirigió hacia la puerta, pero allí se paró, se volvió hacia el niño que lo seguía y lo miraba con curiosidad. De repente, sacando de debajo del abrigo un objeto, se lo puso en las manos al muchacho, diciéndole muy aprisa:

—Es para ti —y se fue como un rayo.

El niño enseñó el regalo al tío; encima estaba escrito: «Te regalo esto»; lo abrimos y lanzamos una exclamación de sorpresa. Era el álbum famoso de la colección de sellos lo que el pobre Garoffi había llevado; la colección de la que siempre hablaba, y que tantas fatigas le había costado: era su tesoro. ¡Era la mitad de su sangre lo que regalaba a cambio del perdón!

## El pequeño escribiente florentino (Cuento mensual)

Estaba en el cuarto curso elemental. Era un gracioso florentino de doce años, de cabellos negros y tez blanca, hijo mayor de un empleado de ferrocarriles, el cual, con mucha familia y poco sueldo, vivía con suma estrechez. Su padre lo quería mucho y era bueno e indulgente con él; indulgente en todo menos en lo que se refería al colegio; en este punto se mostraba muy exigente y demasiado severo, porque el hijo debía estar pronto en disposición de obtener un empleo para ayudar a la familia; y para valer pronto para algo, necesitaba trabajar mucho en poco tiempo; y aunque el muchacho estudiaba, el padre lo exhortaba de continuo a estudiar más. Era ya el padre de edad avanzada, y el exceso de trabajo lo había hecho envejecer antes de tiempo. Sin embargo, para proveer las necesidades de la familia, además del mucho trabajo que le imponía su oficio, se procuraba trabajos extraordinarios de copista, y pasaba una buena parte de la noche escribiendo. Últimamente había conseguido de una editorial, que publicaba libros y periódicos por entregas, el encargo de escribir en unas tiras de papel el nombre y la dirección de los abonados, y le daban tres liras por cada quinientas tiras de papel, escritas con caracteres grandes y uniformes. Pero este trabajo lo fatigaba mucho y se lamentaba de ello frecuentemente con la familia, durante la comida.

—Estoy perdiendo la vista —decía—, este trabajo de la noche acaba conmigo.

El hijo le dijo un día:

—Papá, déjame trabajar en tu lugar; sabes que escribo como tú.

Pero el padre le contestó:

—No, hijo; tú debes estudiar; tu colegio es mucho más importante que mis tiras, tendría remordimientos de robarte una sola hora; te lo agradezco, pero no quiero y no me hables más de ello.

El hijo sabía que con su padre era inútil insistir en aquellas cosas, y no insistió. Pero he aquí lo que hizo. Sabía que a las doce en punto de la noche, su padre dejaba de escribir y salía del despacho para irse a la

cama. Alguna vez lo había oído; apenas dadas las doce campanadas en el reloj, sentía enseguida el ruido de la silla que se movía y el lento paso de su padre. Una noche esperó a que este se fuese a dormir, se vistió sin hacer ruido, y a tientas se fue a la habitación, encendió la lámpara de petróleo, se sentó al escritorio, donde había un montón de tiras blancas y la lista de las direcciones, y comenzó a escribir, imitando con la mayor precisión la letra paterna. Escribía con gusto, contento, aunque con un poco de miedo. Las tiras aumentaban; de vez en cuando dejaba la pluma para frotarse las manos, y luego comenzaba otra vez con mayor presteza, atento el oído y sonriente. Escribió ciento sesenta, ¡una lira! Entonces paró; dejó la pluma donde estaba, apagó la luz y se volvió a la cama de puntillas.

Aquel día el padre se sentó a la mesa para la comida de buen humor. No se había dado cuenta de nada. Hacía el trabajo de una manera mecánica, contando las horas sin pensar en más y sin fijarse en las tiras escritas hasta el día siguiente. Se sentó a la mesa de buen humor, y poniendo una mano en el hombro de su hijo:

—¡Julio —le dijo—, tu padre es aún un buen trabajador! En dos horas he trabajado anoche un tercio más de lo acostumbrado. La mano todavía está ágil y los ojos siguen cumpliendo con su deber.

Y Julio, contento, en silencio, se decía para sí: «¡Pobre papá! Además de la ganancia, le he procurado también la satisfacción de creerse rejuvenecido. ¡Animo, pues!».

Alentado con el éxito, la noche siguiente, en cuanto dieron las doce, se levantó otra vez y se puso a trabajar. Así siguió durante varias noches, sin que su padre cayera en la cuenta de nada. Solo una vez, durante la cena, se le ocurrió esta exclamación:

—¡Es extraño, cuánto petróleo se gasta en casa de algún tiempo a esta parte!

Julio sintió un estremecimiento; pero la conversación terminó allí, y el trabajo nocturno siguió adelante. Sólo que con interrumpir el sueño todas las noches, Julio no descansaba lo suficiente, se levantaba cansado por la mañana, y por la noche, al hacer los deberes del colegio, le costaba trabajo tener los ojos abiertos. Una noche, la primera vez en su vida, se quedó dormido sobre el cuaderno.

—¡Vamos, vamos! —le gritó su padre, dándole unas palmadas—.

¡Al trabajo!

Él se despertó y se puso a estudiar. Pero a la noche siguiente y en los días sucesivos sucedía lo mismo, y peor; daba cabezadas sobre los libros, se levantaba más tarde de lo acostumbrado, estudiaba las lecciones con dejadez, parecía estudiar de malagana. Su padre comenzó a observarlo, luego a preocuparse, y por fin, tuvo que reprenderlo. Jamás había tenido que hacerlo.

—¡Julio! —le dijo una mañana—, te estás haciendo muy inconstante; no eres ya el de otras veces! No me gusta esto. Todas las esperanzas de la familia se cifran en ti. Estoy descontento.

Ante esta reprensión, la primera verdaderamente seria que recibía, el muchacho se turbó:

«Sí —se dijo a sí mismo—; de esta manera no se puede continuar; es necesario terminar con el engaño».

Pero aquella misma noche, durante la cena, su padre comenzó a decir muy alegre:

—Sabed que este mes he ganado treinta y dos liras más que el mes pasado con las tiras.

Y mientras decía esto, puso sobre la mesa unos dulces que había comprado para festejar con sus hijos la extraordinaria ganancia y que fueron acogidos por todos con júbilo. Julio, entonces, cobró ánimo y se dijo:

«¡No, pobre papá; no dejaré de engañarte, haré mayores esfuerzos para estudiar mucho durante el día; pero continuaré trabajando de noche por ti y por los demás!».

Y el padre añadió:

—¡Treinta y dos liras de más! Estoy contento... Pero hay algo —y señaló a Julio— que no me agrada.

Julio recibió el reproche en silencio, conteniendo dentro dos lágrimas que querían salir, pero sintiendo al mismo tiempo una gran dulzura en su corazón.

Y siguió trabajando con ahínco. Pero el cansancio se acumulaba cada vez más y le resultaba más difícil de aguantar. Dos meses hacía ya que duraba esta situación. El padre continuaba reprendiendo al hijo y mirándolo cada vez más enojado. Un día fue a preguntar al maestro, y este le dijo:

—Sí, va adelante, porque tiene mucha inteligencia, pero no se aplica como antes. Se duerme, bosteza, está distraído. Sus trabajos son cortos, redactados de prisa, con mala letra... Podría hacer, indudablemente,

más, mucho más.

Por la noche, el padre llamó al hijo, aparte, y lo amonestó más severamente que nunca.

—¡Julio, tú ves que yo trabajo, que sacrifico mi vida por la familia! Tú no me ayudas; no tienes lástima de mí ni de tus hermanos, ni de tu madre.

—¡Oh, no; no me digas eso, padre mío! —exclamó el hijo, rompiendo a llorar, y se dispuso a confesarlo todo.

Pero su padre lo interrumpió, diciendo:

—Tú conoces las condiciones de la familia; sabes que se requieren buenos deseos y sacrificio por parte de todos. Yo mismo debería redoblar mi trabajo. Este mes contaba con una gratificación de cien liras, en el ferro carril, y esta mañana he sabido que no la percibiré.

Ante esta noticia, Julio retuvo dentro en seguida la confesión que iba a escapar de sus labios, y repitió resueltamente: «No, papá, no te diré nada; guarda a r é mi secreto para poder trabajar por ti; el dolor que te ocasiono te lo recompensaré de este modo: en la escuela estudiaré lo suficiente para aprobar los exámenes; lo importante es ayudarte a ganar la vida y aliviar la fatiga que te mata».

Y siguió adelante, y transcurrieron otros dos meses de trabajo nocturno y de agotamiento durante el día, de esfuerzos desesperados del hijo y de reproches amargos del padre. Pero lo peor era que este se iba enfriando poco

a poco con su hijo; no le hablaba más que rara vez, como si fuera un hijo degenerado del que ya no había nada que esperar, y hasta evitaba encontrar sus miradas. Julio se daba cuenta y sufría, y cuando su padre volvía la espalda,

furtivamente le enviaba un beso, mirándolo con un sentimiento de ternura compasiva y triste. Pero, entretanto, el dolor y el cansancio lo consumían y le hacían perder el color, obligándolo a descuidar cada vez más sus estudios. Comprendía bien que algún día tendría que poner término a aquello, y todas las noches se decía:

«Esta noche no me levanto ya».

Pero apenas daban las doce, en el momento en que debía confirmar decididamente su resolución, experimentaba una especie de remordimiento, y le parecía que permaneciendo en la cama faltaba a su



deber; y robaba unas cuantas liras a su padre y a la familia.

Y se levantaba pensando que cualquier noche su padre se despertaría y lo sorprendería, o bien, que casualmente, se daría cuenta contando las tiras dos veces; y entonces todo terminaría naturalmente, sin un acto de voluntad por su parte, que no se decidía a realizar. Y así seguía adelante.

Pero una noche, durante la cena, el padre pronunció una palabra decisiva para él. Su madre lo miró, y pareciéndole que estaba peor y más pálido que de costumbre, le dijo:

—Julio, tú estás enfermo —y volviéndose al padre con ansiedad—:

Julio está enfermo; mira qué pálido está. Julio, ¿qué tienes?

El padre lo miró de reojo y dijo:

—Es la mala conciencia la causa de su mala salud. No estaba así cuando era un estudiante aplicado y un hijo cariñoso.

—¡Pero está mal! —exclamó la madre.

—Me tiene sin cuidado —respondió el padre.

Aquellas palabras fueron una puñalada para el corazón del pobre muchacho. ¡Con que lo tenía sin cuidado! ¡Su padre, que en otro tiempo temblaba solamente al oírlo toser! Así, pues ya no lo quería; ahora no había duda, había muerto en el corazón de su padre. «¡Oh, no; padre mío! —se dijo con el corazón oprimido por la angustia—: ahora sí que esto se ha terminado de verdad; sin tu cariño no puedo vivir, lo quiero todo; te lo diré todo: no te seguiré engañando, estudiaré como antes, suceda lo que suceda, con tal que tú vuelvas a quererme, padre mío. Esta vez mi resolución es inquebrantable».

A pesar de ello, por la noche se volvió a levantar, más bien por la fuerza de la costumbre que por otra cosa y cuando estuvo levantado quiso ir a saludar, a volver a ver por un momento, en el silencio de la noche, donde tanto había trabajado secretamente, con el corazón lleno de satisfacción y de ternura. Y cuando se encontró otra vez en la mesa, con la luz encendida, y vio las tiras blancas de papel, en las que no volvería a escribir aquellos nombres de ciudades y de personas que ya se sabía de memoria, se apoderó de él una profunda tristeza y cogió otra vez la pluma, inconscientemente, para reanudar el trabajo acostumbrado. Pero al extender la mano empujó un libro y cayó al suelo. Le dio un vuelco el corazón. Si su padre se despertaba... Cierto que no lo habría sorprendido cometiendo una mala acción y que él mismo había decidido contárselo todo; sin embargo..., el oír acercarse sus pasos en la

oscuridad, el ser sorprendido a aquella hora, con aquel silencio; el que su madre se hubiera despertado o asustado; el pensar que quizás por primera vez su padre hubiera experimentado una humillación en su presencia al descubrirlo todo... Todo esto casi lo aterraba. Aguzó el oído, conteniendo la respiración... No oyó ruido alguno. Escuchó por la cerradura de la puerta que estaba detrás de él; nada. Toda la casa dormía. Su padre no había oído; se tranquilizó. Y comenzó otra vez a escribir. Las tiras se amontonaban unas sobre otras. Escuchó el paso acompasado de los guardas, abajo, en la calle; luego, el ruido de un carro que cesó al cabo de un rato; más tarde, después de algún tiempo, el estrépito de una fila de carros que pasaron lentamente; y, por fin, un silencio profundo, roto de cuando en cuando por el lejano ladrido de algún perro. Y escribía, y seguía escribiendo. Entretanto, su padre estaba detrás de él. Se había levantado al oír caer el libro y había permanecido esperando el momento oportuno; el estrépito de los carros había atenuado el ruido de sus pasos y el ligero crujir de la puerta, y allí estaba, con su cabeza blanca sobre la negra cabecita de Julio.

Había visto correr la pluma sobre las cintas de papel, y en un momento todo lo había adivinado, lo había recordado todo, todo lo había comprendido, y un doloroso arrepentimiento, una inmensa ternura había invadido su alma, y lo tenía clavado, ahogado, allí detrás de su hijo. De repente, Julio lanzó un grito agudísimo, dos brazos temblorosos estrechaban su cabeza.

—Papá, perdóname, perdóname —gritó, reconociendo a su padre por el llanto.

—Perdóname tú —respondió el padre, sollozando y cubriendo su frente de besos—. Todo lo he comprendido; lo sé todo; soy yo, soy yo quien te pide perdón, hijo mío querido. ¡Ven conmigo!

Y lo empujó, o, más bien, lo llevó entre sus brazos al lecho de su madre, que estaba despierta, y lo arrojó en sus brazos diciendo:

—Besa a este ángel, que hace tres meses que no duerme y trabaja por mí; mientras que yo apeno su corazón, él nos gana el pan.

Ella lo abrazó contra su pecho sin poder articular palabra; luego dijo:

—¡A dormir enseguida, hijo mío, vete a dormir y a descansar! ¡Llévalo a la cama...!

El padre lo cogió en sus brazos, lo llevó a su habitación, lo metió en la cama anhelante y, llenándolo de caricias, le arregló las almohadas y la

colcha.

—Gracias, papá —repetía el hijo—, gracias; pero vete tú a la cama, que yo estoy contento; vete a la cama.

Pero su padre quería verlo dormido; se sentó junto a la cama, le cogió la mano y le dijo:

—¡Duerme, duerme, hijo mío!

Y Julio, rendido, se durmió por fin; y durmió muchas horas, disfrutando, por primera vez después de muchos meses, de un sueño tranquilo, alegrado por gratos ensueños; y cuando abrió los ojos, después que hacía un buen rato que había salido el sol, sintió primero y luego vio junto a su pecho, apoyada en la orilla de la cama, la blanca cabeza de su padre, que había pasado así la noche, y aún seguía durmiendo con la frente reclinada junto a su corazón.

## La voluntad

Miércoles, 28.

De mi clase, Estando seguramente hubiera sido capaz de hacer lo que el pequeño florentino. Esta mañana tuvieron lugar dos acontecimientos en la escuela: Garoffi, loco de alegría, porque le han devuelto el álbum, añadiéndole tres sellos de la República de Guatemala que hacía tres meses estaba buscando: y Estando, que ha obtenido la segunda medalla. ¡Estando, el primero de la clase después de Derossi! Todos nos quedamos maravillados. ¿quién lo hubiera dicho en octubre, cuando su padre lo trajo al colegio, metido en aquel gabán verde y dijo al maestro en presencia de todos:

—Tenga usted mucha paciencia, porque es muy duro de entenderas. Todos lo tenían por tonto al principio. Pero él se dijo: «O reviento, o salgo adelante».

Y se puso a estudiar de día, de noche, en casa, en la escuela, durante el paseo, con los dientes apretados y los puños cerrados, paciente como un buey, terco como un mulo, y así, a fuerza de machacar, sin hacer caso de las bromas y dando patadas a los que lo perturban, ha superado a los demás aquel testarudo. No entendía ni jota de aritmética, llenaba de disparates los tra bajos, no conseguía retener una frase en la memoria; y ahora resuelve los problemas, escribe correctamente y recita la lección como un papagayo. Se adivina su voluntad de hierro, sólo con ver su complexión: tan grueso, de cabeza cuadrada y sin cuello, con las manos pequeñas y regordetas y la voz áspera. Estudia hasta en las columnas de los periódicos y en los anuncios de los teatros, y cada vez que reúne dinero se compra un libro. Ha formado ya una pequeña biblioteca, y en un momento de buen humor se le escapó decirme que me llevará a su casa a verla. No habla con nadie, no juega con nadie, siempre está en su banco con los puños contra las sienes, firme como una roca, escuchando al maestro. ¡Cuánto debe de haber trabajado el pobre Estando! El maestro se lo dijo esta mañana, aunque estaba impaciente y de mal humor, cuando le dio la medalla:

—¡Bravo, Estando; el que la sigue, la consigue!

Pero él no pareció enorgullecerse lo mínimo; ni se sonrió; y apenas regresó al banco con su medalla, volvió a colocarse los puños en las sienes y permaneció inmóvil y más atento que nunca. Pero lo más gracioso fue a la salida, pues estaba esperándolo su padre, un sangrador, fuerte y tosco como él, con una cara muy llena y un enorme vozarrón. No se esperaba la medalla, y no lo quería creer; fue preciso que el maestro se lo asegurase, y entonces se echó a reír con todas las ganas, y le dio un pescozón a su hijo, diciendo:

—¡Bravo, estupendo, testarudo mío!

Y lo miraba estupefacto y sonriendo. Y todos los muchachos lo rodeaban, sonriendo también, excepto Estardo. Este, en su cabeza, estaba rumiando ya la lección del día siguiente.

## Gratitud

Sábado, 31.

«Tu compañero Estardo nunca se queja de su maestro, estoy seguro. “El profesor estaba de mal humor e impaciente”. Tú lo dices, con todo, resentido. Piensa un poco cuántas veces te impacientas tú; y ¿con quién? Con tu padre y con tu madre, con los cuales tu impaciencia es un delito. ¡Demasiada razón tiene a veces tu maestro para impacientarse! Piensa en los años que hace que se sacrifica por los muchachos, y que si muchos fueron cariñosos y afables, también encontró muchísimos ingratos, que abusaron de su bondad e ignoraron sus sacrificios y que, por desgracia, entre todos le procuráis más amarguras que satisfacciones. Piensa que el hombre más santo de la tierra, en su lugar, se dejaría a veces llevar por la ira. Y luego, ¡si supieras cuántas veces el maestro va a dar clase enfermo, sólo porque el mal no es lo bastante grave para permitirle dispensarse de asistir a ella, y está impaciente porque sufre y le duele ver que no lo advertís y abusáis! Respeta, ama a tu maestro, hijo mío. Ámalo, porque tu padre lo ama y lo respeta, porque consagra su vida al bien de tantos niños que luego lo olvidan; ámalo porque abre e ilumina tu inteligencia y forma tu espíritu: porque un día, cuando seas ya un hombre, y ni él ni yo estemos ya en el mundo, se presentará con frecuencia su imagen en tu mente, al lado de la mía, y entonces ciertas expresiones de dolor y de cansancio de su cara de hombre honrado, en las que ahora no te fijas, las recordarás y te entristecerán, incluso después de treinta años; y te avergonzarás, sentirás tristeza de no haberlo querido lo bastante, de haberte portado mal con él. Ama a tu maestro, porque pertenece a esa gran familia de cincuenta mil maestros de primera enseñanza, esparcidos por toda Italia, que son como los padres intelectuales de millones de niños que crecen contigo; trabajadores mal comprendidos y mal remunerados, que preparan para nuestra patria una generación mejor que la presente. No estoy satisfecho del afecto que me profesas, si no lo tienes también para con todos los que te hacen bien, entre los cuales tu maestro es el primero, después de tus padres. Quiérello como querrías a un hermano mío; quiérello cuando es justo y cuando te parece que es injusto; cuando

está alegre y se muestra afable, y cuando lo ves triste. Ámalo siempre. Pronuncia siempre con respeto este nombre de maestro, que, después del de tu padre, es el nombre más dulce que un hombre puede dar a un semejante.

Tu padre».

# Enero

## El maestro suplente

Miércoles, 4.

Tenía razón mi padre, el maestro estaba de mal humor porque no se encontraba bien; hace, en efecto, tres días que en su lugar viene el suplente, aquel pequeño y sin barba, que parece un jovencito. Una cosa desagradable ha sucedido esta mañana. Ya el primer día y el segundo habían armado ruido en la clase, porque el suplente tiene una gran paciencia y no hace más que decir:

—¡Silencio, silencio, por favor!

Pero esta mañana se colmó la medida. Alborotaban tanto, que no se oían siquiera sus palabras; él amonestaba, suplicaba, pero no le hacían caso. Por dos veces se asomó el director a la puerta y miró; pero, apenas se iba, el ruido aumentaba, como si se estuviera en un mercado. Garrone y Derossi estaban continuamente haciendo señas a los compañeros para que se portasen bien, que era una vergüenza. Nadie les hacía caso. El único que estaba quieto era Estardo, con los codos apoyados en el banco y los puños en las sienes, pensando quizá en su famosa librería, y Garoffi, el de la nariz en forma de gancho y el de los sellos, que estaba por completo ocupado en hacer una lista de suscriptores, a dos céntimos la papeleta, para la rifa de un tintero de bolsillo. Los demás charlaban y reían, hacían ruido con las puntas de las plumas al clavarlas en los bancos, y se tiraban bolitas de papel con las ligas de las medias. El suplente cogía, ora al uno, ora al otro, por el brazo, y los sacudía, y a uno le puso de cara a la pared; pero era tiempo perdido. Él no sabía a qué santo encomendarse, y suplicaba:

—Pero, ¿por qué hacéis esto? ¿Queréis enfadarme a la fuerza?

Luego daba golpes con el puño sobre la mesa, y gritaba con voz sofocada por la rabia y el llanto:

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio!

Daba pena oírlo. Pero el ruido iba continuamente en aumento. Franti le tiró una flecha de papel; algunos hacían con la voz como gatos; otros se pegaban. Era un desbarajuste imposible de describir, cuando de



improviso entró el portero y dijo:

—Señor maestro, el director lo llama.

El maestro se levantó y salió de prisa, con un gesto de desesperación. La gritería se hizo entonces más fuerte. Pero, de pronto, Garrone se levantó, con el rostro descompuesto y apretando los puños, y gritó con voz ahogada por la ira:

—¡Basta! Sois unos brutos. Abusáis porque es bueno. Si os rompiera los huesos estaríais sumisos como perros. Sois una manada de cobardes. Al primero que le vuelva a hacer burla lo espero afuera y le rompo las muelas, aunque sea en presencia de su padre.

Todos se callaron. ¡Ah, qué espectáculo ofrecía Garrone, con los ojos que echaban chispas! Parecía un cachorro de león enfurecido. Miró uno por uno a los más osados, todos bajaron la cabeza. Cuando el suplente volvió a entrar, con los ojos rojos, no se oía ni respirar. Se quedó estupefacto. Pero viendo a Garrone, aún inflamado y furioso, comprendió todo y dijo en tono afectuoso, como se lo hubiera dicho a un hermano:

—Gracias, Garrone.

## La biblioteca de Estando

Viernes, 6.

He ido a casa de Estando, que vive enfrente de la escuela, y he sentido verdadera envidia al ver su biblioteca. No es ningún rico y no puede comprarse muchos libros; pero conserva cuidadosamente los de la escuela y los que le regalan sus padres, y todo el dinero que le dan lo guarda para gastarlo en la librería; de este modo ha reunido ya una pequeña biblioteca, y cuando su padre se ha dado cuenta de su afición le ha comprado un bonito estante de nogal con cortinas verdes, y le ha hecho encuadernar todos los volúmenes con los colores que más le gustan. De este modo, ahora tira de un cordoncito, la cortina verde se descorre y aparecen tres filas de libros de todos los colores, muy ordenaditos, limpios, con los títulos en letras doradas sobre el lomo; libros de cuentos, de viajes y de poesía; y también los hay con láminas. Sabe combinar perfectamente los colores; pone los volúmenes blancos al lado de los encarnados, los amarillos junto a los negros, los azules con los blancos, para que se vean desde lejos y hagan un buen juego; y luego se divierte variando las combinaciones. Ha hecho un catálogo y parece un bibliotecario. Siempre anda a vueltas con sus libros, limpiándolos, hojeándolos, examinando la encuadernación. Hay que ver con qué cuidado los abre con sus manos regordetas y chicas para soplar las hojas, parece que están todos nuevos aún. ¡Yo, que tengo los míos tan estropeados! Para él, cada vez que compra un libro nuevo, es un placer abrirlo, ponerlo en su sitio y volver a cogerlo para mirarlo por todos lados y guardarlo como un tesoro. No hemos visto otra cosa en una hora. Tenía irritados los ojos de tanto leer. Una vez entró su padre en el cuarto; es gordo, y tosco como él, con una cabeza grande como la suya, y le dio dos o tres pescozones, diciéndome con aquel vozarrón:

—¿Qué me dices de esta cabeza de hierro? Es un testarudo que llegará a ser algo, te lo aseguro.

Y Estando entornaba los ojos al recibir las rudas caricias, como un perro grande de caza. No sé, no me atrevía a bromear con él; me parecía mentira que no fuese más que un año mayor que yo.

—Hasta la vista —me dijo, ya en el umbral, con su cara que parece

siempre bronceada. Me faltó poco para responderle: «Mucho gusto en saludarlo», como a un hombre. Luego se lo dije a mi padre, en casa:

—No lo comprendo; Estardo no es un genio, carece de modales distinguidos, su figura es casi ridícula, y, sin embargo, me infunde respeto.

Y mi padre respondió:

—Es porque tiene carácter.

Yo añadí:

—En una hora que he pasado con él no ha pronunciado cincuenta palabras, no me ha enseñado un juguete, ni se ha reído una sola vez; sin embargo, lo he pasado muy a gusto.

Y mi padre respondió:

—Es porque lo estimas.

## El hijo del herrero

Lunes, 9.

Sí. pero también estimo a Precossi, y aún es poco decir que lo estimo; a Precossi, el hijo del herrero, pequeño, pálido, de ojos buenos y tristes, con aspecto casi asustado; tan tímido que dice a todos: «perdóname»; siempre enfermizo, y, sin embargo, siempre estudiando. Su padre llega a casa borracho y le pega sin razón alguna; le tira al aire los libros y los cuadernos de un revés; el pobre va a la escuela con la cara llena de cardenales, a veces toda hinchada y los ojos irritados de llorar. Pero jamás, jamás se le oye decir que su padre le ha pegado.

—¡Te ha pegado tu padre! —le dicen los compañeros.

Pero él, enseguida, comienza a gritar:

—¡No es verdad, no es verdad! —para no dejar en mal lugar a su padre.

—Esta hoja no la has quemado tú —le dice el maestro, enseñándole el trabajo medio quemado.

—Sí —responde con voz trémula—; he sido yo, que he dejado caer el cuaderno en el fuego.

Y, sin embargo, nosotros sabemos muy bien que es el borracho de su padre, que ha dado un puntapié a la mesa y a la luz cuando él estaba escribiendo. Vive en una buhardilla de nuestra casa, en la otra escalera, y la portera se lo cuenta todo a mi madre. Mi hermana Silvia lo oyó gritar desde la azotea un día que su padre le hacía subir la escalera a brincos, porque le había pedido dinero para comprar una gramática. Su padre bebe, no trabaja, y la familia se muere de hambre. ¡Cuántas veces el pobre Precossi va a la escuela en ayunas y come a escondidas un pedazo de pan que le da Garrone, o una manzana que le lleva la maestra de la pluma encarnada, que fue profesora suya de primero elemental! Pero jamás se le oye decir: «¡Tengo hambre, mi padre no me da de comer!». Su padre va alguna vez a buscarlo cuando pasa por casualidad delante de la escuela; pálido, tambaleándose, con la cara torva, el pelo hasta los ojos y el sombrero al revés; y el pobre muchacho se echa a temblar cuando lo ve en la calle; pero enseguida va a su encuentro

sonriendo, y el padre parece que no lo ve y piensa en otra cosa. ¡Pobre Precossi! Él arregla los cuadernos rotos, pide los libros prestados para estudiar, sujeta los desgarrones de la camisa con alfileres, y da lástima verlo en la gimnasia con aquellos zapatos donde parece que navega, con aquellos pantalones que se le caen de grandes, y aquel chaquetón excesivamente largo con las mangas remangadas hasta los codos. Sin embargo, estudia, se esfuerza; sería uno de los primeros de la clase si pudiese trabajar tranquilamente en casa. Esta mañana ha ido a la escuela con la señal de un arañazo en una mejilla, todos le dijeron:

—Ha sido tu padre: esta vez no puedes negarlo; ha sido tu padre quien te lo ha hecho. Díselo al director para que lo obligue a presentarse a la policía.

Pero él se levantó, con la cara encendida y la voz sofocada por la indignación:

—¡No es verdad! ¡No es verdad! ¡Mi padre nunca me pega!

Pero luego, durante la clase, le caían las lágrimas sobre el banco, y cuando alguno lo miraba, se esforzaba por sonreír para no delatarse. ¡Pobre Precossi! Mañana vendrán a mi casa Derossi, Coretti y Nelli; quiero que venga él también. Y deseo que meriende conmigo, regalarle libros, revolver toda la casa para que se divierta, y llenarle los bolsillos de fruta para ver siquiera una vez contento al pobre Precossi, que es tan bueno y tan sufrido.

## Una visita agradable

Jueves, 12.

Hoy ha sido uno de los jueves más agradables del año, para mí. A las dos en punto llegaron a mi casa Derossi y Coretti con Nelli, el jorobadito; a Precossi. su padre no lo dejó venir. Derossi y Coretti seguían riéndose aún, porque se habían encontrado por el camino a Crosi, el hijo de la verdulera —el del brazo impedido y el cabello rojo—, que iba a vender una berza enorme, y con el dinero de la berza se iba a comprar luego una pluma; y estaba lleno de alegría, porque ha escrito su padre, desde América, que lo esperasen de un día a otro. ¡Qué dos horas más alegres hemos pasado juntos! Derossi y Coretti son los dos más alegres de la clase; mi padre quedó encantado. Coretti llevaba su jersey color chocolate y su gorro de piel. Es un diablo que siempre desea estar haciendo algo: trajinar, tener alguna ocupación. Ya por la mañana temprano había llevado sobre sus espaldas media carreta de leña; sin embargo, corrió por toda la casa, observándolo todo y charlando sin cesar, vivo y listo como una ardilla, y al pasar por la cocina preguntó a la cocinera cuánto le cuestan los diez kilos de leña, que su padre los vende a cuarenta y cinco céntimos. Siempre está hablando de su padre, de cuando fue soldado en el regimiento cuarenta y nueve, en la batalla de Custoza, en la que tomó parte en la división del príncipe Humberto; y es muy afable en sus modales. No importa que haya nacido y crecido entre leña; lleva en la sangre y en el corazón la distinción, como dice mi padre. También Derossi nos divirtió mucho; sabe la geografía como un maestro; cerraba los ojos y decía:

—Veo toda Italia: los Apeninos que se prolongan hasta el mar jónico, los ríos que corren de un lado y de otro, las blancas ciudades, los golfos, los ca bos azules, las verdes islas.

Decía ordenadamente los nombres precisos, a toda velocidad, como si estuviera leyendo en el mapa; y al contemplarlo así, con su erguida cabeza coronada de rizos rubios, con los ojos cerrados, recto y hermoso como una estatua, nos quedábamos admirados. En una hora había aprendido de memoria casi tres páginas que debe recitar pasado mañana, en el aniversario de los funerales del rey Víctor Manuel. También

Nelli lo contemplaba, maravillado y afectuosamente, retorciendo la falda de su mandil negro y sonriendo con sus ojos claros y melancólicos. Me gustó mucho aquella visita, que me dejó gratas impresiones en el recuerdo y en mi corazón. Y me agradó mucho también, cuando se fueron, ver al pobre Nelli en medio de los otros dos, altos y fuertes, que lo llevaban a casa del brazo, haciéndolo reír como jamás recuerdo haberlo visto. Cuando entré de nuevo en el comedor me di cuenta de que no estaba el cuadro que representa a Rigoletto, el bufón jorobado. Lo había quitado mi padre, para que Nelli no lo viese.

## Los funerales de Víctor Manuel

Martes, 17.

Hoy, a las dos, apenas entramos a la escuela, el maestro llamó a Derossi, quien fue a colocarse junto a la mesa, de cara a nosotros, y con su acento sonoro, elevando poco a poco su voz clara, y con el semblante animado, comenzó a decir:

—Hace cuatro años, en este día, a esta hora, llegaba ante el panteón, en Roma, el carro fúnebre que conducía el cadáver de Víctor Manuel segundo, primer rey de Italia, muerto después de veintinueve años de reinado, durante los cuales la gran patria italiana, despedazada en siete estados y oprimida por extranjeros y tiranos, resurgió constituyéndose en un estado único, independiente y libre; después de un reinado de veintinueve años, que él hizo ilustre y próspero con el valor, la lealtad, el arrojo en los peligros, la sabiduría en los triunfos y la constancia en la adversidad. Llegaba el carro fúnebre, cargado de coronas, después de haber atravesado Roma bajo una lluvia de flores, entre el silencio de una multitud inmensa, afligida, que había afluido de todas partes de Italia, precedido de una legión de generales e infinidad de ministros y de príncipes; seguido de un cortejo de inválidos, de un bosque de banderas, de los representantes de trescientas ciudades, de todo lo que representa el poder y la gloria de un pueblo, llegaba ante el templo augusto donde lo esperaba la tumba. En ese momento, doce coraceros levantaron el féretro del carro. En ese momento, Italia daba el último adiós a su rey muerto, a su viejo rey, que tanto la había amado; el último adiós al soldado, al padre, a los veintinueve años más afortunados y gloriosos de su historia. Fue un momento grandioso y solemne. La mirada, el alma de todos se paseaba entre el féretro y las enlutadas banderas de los ochenta regimientos del ejército de Italia, llevadas por ochenta oficiales alineados en orden de batalla a su paso; porque allí estaba Italia, en aquellas ochenta enseñas, que recordaban los millares de muertos, torrentes de sangre, nuestras glorias más sagradas, nuestros más santos sacrificios, nuestros dolores más tremendos. El féretro, llevado por los coraceros, pasó, y entonces se inclinaron todas a un tiempo, saludando: las banderas de los nuevos



regimientos, las viejas banderas desgarradas en Goitio, Pastrengo, Santa Lucía, Novara, Crimea, Palestra, San Martín, Castelfidardo; cayeron ochenta velos negros, cien medallas chocaron contra el féretro, y aquel estrépito sonoro y confuso, que hizo estremecerse a todos, fue como el sonido de infinitas voces humanas que dijeran todas a un tiempo: «¡Adiós, rey bueno, monarca valiente, soberano leal! Tú vivirás en el corazón de tu pueblo, mientras brille el sol sobre Italia». Luego, las banderas se alzaron de nuevo, altivas, hacia el cielo, y el rey Víctor Manuel entró en la inmortal gloria de la tumba.

## Franti, expulsado de la escuela

Sábado, 21.

No había más que uno capaz de reírse mientras Derossi conmemoraba los funerales del rey y Franti se rió. Lo aborrezco; es un malvado. Cuando un padre viene a la escuela a dar una reprimenda a su hijo, él se alegra: cuando uno llora, él se ríe. Tiembla ante Garrone, y pega al Albañilito, porque es pequeño; atormenta a Crosi, porque tiene el brazo impedido: se burla de Precossi, a quien todos respetan: se ríe hasta de Roberto, el de segundo, que anda con muletas por haber salvado a un niño. Provoca a todos los que son más débiles que él, y cuando se lía a puñetazos, se enfurece y procura hacer mal. Hay algo que repugna en aquella frente baja, en aquellos ojos torvos, que tiene casi ocultos bajo la visera de su gorra de hule. No teme a nada, se ríe del maestro en su propia cara, roba cuanto puede, niega con una desvergüenza mayúscula, siempre está peleándose con alguno: lleva a la escuela alfileres, para pinchar a los vecinos; arranca los botones de su chaqueta y se los arranca también a los demás, para jugarlos, y tiene la cartera, los cuadernos, los libros, todo deslucido, destrozado y sucio; la regla, dentellada; la pluma, consumida; las uñas, roídas; los vestidos llenos de manchas de roturas que se hace en las riñas. Dicen que su madre está enferma por los disgustos que le causa, y que su padre lo ha echado tres veces de casa: su madre viene de vez en cuando a pedir informes, y se va siempre llorando. Odia la escuela, a los compañeros y al maestro. Alguna vez el maestro hace como que no ve sus fechorías; pero él se envalentona. Intentó corregirlo por las buenas, y se burló de todo. Le dijo palabras terribles, y él cubrió su cara con la mano, como si llorara, pero se estaba riendo. Se le prohibió que fuera a la escuela durante tres días, y volvió más malvado e insolente que antes.

Derossi le dijo un día:

—Termina de una vez, hombre: ¿no ves que el maestro, y también tu madre, sufren con tu proceder?

A esto, Franti contestó amenazándolo con meterle un clavo en el vientre.

Pero esta mañana, por último, ha conseguido que lo echaran como a un perro. Mientras el maestro daba a Garrone el borrador de «El tamborcito

sardo», cuento mensual para enero, para que lo copiase, arrojó al suelo un petardo que estalló haciendo retremblar toda la escuela como un escopetazo. Toda la clase dio una sacudida. El maestro se puso de pie y gritó:

—¡Franti, fuera de clase!

Él respondió:

—¡No he sido yo! —pero se reía.

El maestro repitió:

—¡Márchate! ¡Fuera!

—Yo no me muevo —replicó.

Entonces el maestro, fuera de sí, se fue hacia él, lo cogió de un brazo y lo sacó del banco. Él se revolvía, apretaba los dientes; tuvo que arrastrarlo a viva fuerza. El maestro lo llevó casi a pulso hasta el director, y luego volvió a clase solo y se sentó a la mesa, cogiéndose la cabeza entre las manos, agitado, con una expresión tal de cansancio y aflicción que daba lástima verlo.

—¡Después de treinta años de profesor! —exclamó tristemente, meneando la cabeza.

Nadie respiraba. Las manos le temblaban de ira y la arruga recta, que tenía en medio de la frente parecía tan profunda como si fuera una herida. ¡Pobre maestro! Todos lo compadecíamos. Derossi se levantó y dijo:

—Señor maestro, no se aflija, nosotros lo queremos mucho.

Entonces se serenó un poco y dijo:

—Volvamos a la lección, muchachos.

## El tamborcillo sardo

(Cuento mensual)

Lunes, 23.

En la primera jornada de la batalla de Custoza, el 24 de julio de 1848, unos sesenta soldados de un regimiento de infantería de nuestro ejército, enviados a un altozano a ocupar una casa solitaria, se encontraron de improviso asaltados por dos compañías de soldados austríacos, que los acosaban a balazos por todas partes, dándoles apenas tiempo de refugiarse en la casa y de reforzar precipitadamente la puerta, después de haber dejado algunos muertos y heridos en el campo. Atrancadas las puertas, los nuestros acudieron a las ventanas del piso bajo y del primero y comenzaron a hacer un fuego cerrado sobre los asaltantes, los cuales, acercándose cada vez más, en forma de semicírculo, respondían vigorosamente. Mandaban a los sesenta soldados italianos dos oficiales subalternos y un capitán, un viejo alto, seco y austero, de cabello y bigote blancos y estaba también con ellos un pequeño tambor sardo, un muchacho de poco más de catorce años, que representaba escasamente doce, pequeño, de cara morena aceitunada, de ojos negros y profundos que centelleaban. El capitán, desde una habitación del primer piso, dirigía la defensa, dando órdenes que parecían pistoletazos, sin que en su cara de hierro apareciera el menor signo de conmoción. El pequeño tambor, un poco pálido, pero firme sobre sus piernas, subido sobre una mesa, alargaba el cuello, agarrándose a las paredes para mirar fuera de las ventanas, y veía a través del humo, por el campo, las blancas divisas de los austríacos, que avanzaban lentamente. La casa estaba situada en lo alto de una escabrosísima pendiente, y no tenía en la parte de la cuesta más que una ventanilla alta, correspondiente a una habitación del último piso; por eso los austríacos no amenazaban la casa por aquella parte, y la pendiente estaba libre, el fuego se concentraba en la fachada y los dos flancos.

Pero era un fuego infernal, una lluvia de balas que por fuera rompía paredes y despedazaba tejas, y por dentro deshacía techumbres, muebles y puertas, arrojando al aire astillas, nubes de yeso y fragmentos

de utensilios y de cristales, silbando, rebotando, destrozándolo todo con un fragor que ponía los pelos de punta. De vez en cuando, uno de los soldados que tiraban desde las ventanas caía dentro, al suelo, y era colocado a un lado. Algunos iban de un cuarto a otro, apretando con la mano las heridas. En la cocina había ya un muerto con la frente abierta. El semicírculo de los enemigos se iba estrechando.

De pronto, el capitán, hasta entonces impassible, dio muestras de inquietud y salió aceleradamente de la habitación, seguido de un sargento. Tres minutos después volvió corriendo el sargento y llamó al pequeño tambor, haciéndole una señal para que lo siguiese. El muchacho fue tras él corriendo por una escalera de madera, siguiéndolo hasta una buhardilla desmantelada, donde vio al capitán que escribía con un lápiz en un papel, apoyándolo en la ventana, y a sus pies, en el suelo, había una cuerda de pozo.

El capitán dobló la hoja y dijo bruscamente, clavando en los negros ojos del muchacho sus pupilas grises y frías, ante las cuales los soldados temblaban:

—¡Tambor!

El tamborcito se llevó la mano a la visera.

El capitán dijo:

—¿Eres valiente?

Los ojos del muchacho relampaguearon.

—Sí, mi capitán —respondió.

—Mira allá abajo —dijo el capitán, llevándolo junto a la ventana—; en el llano, junto a las casas de Villafranca. Donde se ve un reverbero de bayonetas. Allí están los nuestros inmóviles. Coge este papel, agárrate a la cuerda, baja por la ventana, pasa volando la cuesta, atraviesa el campo, llega a los nuestros y da el papel al primer oficial que veas, quítate el cinturón y la mochila.

El tamborcito se quitó el cinturón y la mochila y metió el papel en el bolso del pecho; el sargento echó fuera la cuerda y con las manos agarró uno de los extremos; el capitán ayudó al muchacho a saltar por la ventana, de espaldas al campo.

—Ten cuidado —le dijo—; la salvación del destacamento depende de tu valor y de tus piernas.

—Confíe en mí, mi capitán —contestó el muchacho, balanceándose por fuera.

—Agáchate al bajar —dijo aún el capitán, agarrando la cuerda a la vez que el sargento.

—No tenga usted cuidado.

—Dios te ayude.

En un momento, el tamborcito estaba en el suelo; el sargento tiró para arriba de la cuerda y se fue; el capitán se asomó apresuradamente a la barandilla y vio al muchacho que volaba por la pendiente abajo.

Esperaba ya que hubiese conseguido huir sin ser visto, cuando cinco o seis nubecillas de polvo se levantaron del suelo delante y detrás del muchacho, advirtiéndole que había sido descubierto por los austríacos, los cuales disparaban contra él desde lo alto de la pendiente. Aquellas pequeñas nubes eran tierra que las balas levantaban. Pero el tamborcito seguía corriendo a toda prisa. De pronto cayó al suelo.

—¡Muerto! —rugió el capitán, mordiéndose la mano.

Pero aún no había acabado de hablar, cuando vio que el tamborcito se levantaba. «¡No ha sido más que una caída!», sé dijo para sí, y respiró. El tambor, en efecto, comenzó otra vez a correr con toda su fuerza; pero cojeaba. «Se ha torcido un pie», pensó el capitán. Alguna que otra nubecilla de polvo se levantaba aún alrededor del muchacho, pero cada vez más lejos. Estaba a salvo. El capitán lanzó una exclamación de triunfo. Pero siguió acompañándolo con la vista, temblando, porque era cuestión de minutos. Si no llegaba allá abajo lo más pronto posible, con la nota en la que pedía socorro inmediato, todos los soldados caerían muertos o tendrían que rendirse y caer prisioneros. El muchacho corría rápidamente un rato; luego aflojaba el paso, cojeando, y volvía a correr, pero cada vez más cansado, y de vez en cuando tropezaba y se paraba. «Quizá le ha dado una bala de rebote», pensó el capitán, y se fijaba en todos sus movimientos, temblando, y lo animaba y le hablaba como si pudiera oírlo; medía incesantemente, con sus ojos inflamados, el espacio que había entre el muchacho que corría y el resplandor de las bayonetas que se divisaban allá abajo, en la llanura, en medio de los campos de trigo dorados por el sol. Y entretanto escuchaba el silbido y el estruendo de las balas en las habitaciones inferiores, las voces de mando de los oficiales y de los sargentos, y los agudos lamentos de los heridos, así como el ruido de los muebles y del yeso que se desmoronaban.

—¡Ea, valor! —gritaba, siguiendo con la mirada al tamborcito que se alejaba—: ¡Adelante! ¡Corre! ¡Se para, maldito! ¡Ah, vuelve a correr!

Un oficial subió jadeante a decirle que los enemigos, sin interrumpir el fuego, agitaban un pañuelo blanco para intimar la rendición.

—¡Que no se responda! —gritó, sin apartar la mirada del muchacho, que estaba ya en la llanura, pero que no seguía ya corriendo y parecía que se arrastraba con gran dificultad.

—¡Anda! ¡Corre! —decía el capitán, apretando los dientes y los puños —; ¡desángrate, muere, desgraciado, pero anda! —y luego profirió una imprecación horrible—: ¡El infame holgazán se ha sentado!

En efecto, el muchacho, cuya cabeza se había visto hasta entonces sobresalir por encima del campo de trigo, había desaparecido como si se hubiera caído. Pero al cabo de un momento se volvió a ver su cabeza. Al fin se perdió detrás de los sembrados, y el capitán no lo vio más.

Bajó entonces precipitadamente, las balas llovían; las habitaciones estaban llenas de heridos, algunos de los cuales daban vueltas sobre sí mismos como borrachos, agarrándose a los muebles; las paredes y el suelo estaban manchados de sangre; los cadáveres yacían en el umbral de las puertas; el teniente tenía el brazo derecho destrozado por una bala; el humo y el polvo lo envolvían todo.

—¡Ánimo! —gritó el capitán—. ¡Firmes en sus puestos! ¡Van a venir socorros! ¡Todavía un poco de valor!

Los austríacos se habían acercado aún más; se veían entre el humo sus caras descompuestas, se oían entre el estrépito de los disparos sus gritos salvajes, que insultaban, intimaban a la rendición, amenazaban con el degüello. Algún que otro soldado, atemorizado, se apartaba de la ventana; pero los sargentos lo empujaban adelante.

El fuego de la defensa aflojaba, el desaliento se reflejaba en la cara de todos, ya no era posible prolongar la resistencia. De pronto, el ataque de los austríacos disminuyó, y una voz de trueno gritó, en alemán primero, luego en italiano:

—¡Rendíos!

—¡No! —gritó el capitán desde una ventana.

Y volvió al comenzar un fuego más nutrido y más rabioso por ambas partes. Cayeron otros soldados. Más de una ventana estaba ya sin defensores. El momento fatal era inminente. El capitán gritaba con voz ahogada:

—¡No vienen! ¡No vienen! —y corría furioso de un lado a otro, blandiendo la espada con la mano temblorosa, dispuesto a morir.

Entonces un sargento, bajando de la buhardilla, gritó con toda su fuerza:  
—¡Ya llegan!

—¡Ya llegan! —repitió con un grito de alegría el capitán.

Al oír aquel grito, todos, sanos, heridos, sargentos, oficiales, se lanzaron a las ventanas, y la resistencia se recrudeció otra vez. A los pocos momentos se notó cierta vacilación y una especie de desorden entre los enemigos. De pronto, a toda prisa, el capitán reunió un grupo de soldados en el piso de abajo para atacar a bayoneta calada. Luego volvió a subir. Apenas llegó, se oyó el precipitado galopar de los caballos, acompañado de un «¡Hurra!» formidable, y desde las ventanas vieron avanzar, entre el humo, los sombreros de dos puntas de los carabineros italianos, un escuadrón lanzado al galope tendido, y un brillante centelleo de espadas que remolineaban en el aire, por encima de las cabezas, de las espaldas y de los hombros. Entonces el pequeño piquete se lanzó fuera a bayoneta calada. Los enemigos vacilaron, se desorganizaron y emprendieron la retirada: el campo quedó despejado, la casa liberada, y, poco después, dos batallones de infantería italiana, con dos cañones, ocupaban la altura.

El capitán, con los soldados que le quedaban, se incorporó a su regimiento; siguió aún combatiendo y fue herido levemente en la mano izquierda por el rebote de una bala en el último ataque a la bayoneta. La jornada acabó con la victoria de los nuestros.

Pero al día siguiente, habiéndose vuelto a combatir, los italianos fueron vencidos, a pesar de su valerosa resistencia, por la aplastante superioridad numérica de los enemigos, y en la mañana del veintiséis tuvieron que emprender tristemente la retirada hacia el Mincio.

El capitán, aunque herido, hizo el camino a pie con sus soldados, cansados y silenciosos, y cuando llegó, al ponerse el sol en Goito, sobre el Mincio, buscó enseguida a su teniente, que había sido recogido, con el brazo roto, por nuestra ambulancia, y debía haber llegado antes que él. Le indicaron una iglesia donde se había instalado precipitadamente un hospital de campaña. Se dirigió hacia allí. La iglesia estaba llena de heridos, colocados en dos pilas de camas y de colchones extendidos sobre el suelo; dos médicos y varios practicantes iban y venían afanosamente; se oían gritos ahogados y gemidos.

Apenas entró, el capitán se paró y dirigió una mirada a su alrededor en busca de su oficial.



En aquel momento oyó una voz apagada que lo llamaba, muy próxima:  
—¡Mi capitán!

Se volvió; era el tamborcito.

Estaba extendido sobre una cama de tijera, cubierto hasta el pecho con una tosca cortina de ventana de cuadros rojos y blancos, con los ojos fuera; pálido y demacrado, pero con sus ojos siempre brillantes como el azabache.

—¿Tú aquí? —le preguntó el capitán, asombrado, pero con brusquedad—. Bravo: has cumplido con tu deber.

—He hecho lo que he podido —respondió el tamborcito.

—Te han herido —dijo el capitán, buscando con la vista a su oficial en las camas vecinas.

—¡Qué quiere usted! —dijo el muchacho, a quien daba valor para hablar la orgullosa satisfacción de haber sido herido por primera vez, sin lo cual no se hubiera atrevido a abrir la boca en presencia de su capitán—; corrí todo lo agachado que pude: pero me vieron enseguida. Hubiera llegado veinte minutos antes si no me alcanzan. Por suerte, encontré pronto a un capitán de estado mayor, a quien entregué la nota. Pero fue fastidiosa la bajada después de aquella caricia. Me moría de sed, creí que no iba a llegar, lloraba de rabia al pensar que cada minuto que tardaba se iba uno al otro mundo, allá arriba. Pero, en fin, he hecho lo que he podido. Estoy contento. Aunque, con permiso, mi capitán, está usted perdiendo sangre.

En efecto, de la mano mal vendada del capitán caían por los dedos algunas gotas de sangre.

—¿Quiere usted que le apriete la venda, mi capitán? Permítame un momento.

El capitán le dio la mano izquierda y alargó la derecha para ayudar al muchacho a desatar el nudo y volver a hacerlo; pero el muchacho, apenas se alzó de la almohada, palideció y tuvo que volver a apoyar la cabeza.

—¡Basta, basta! —dijo el capitán, mirándolo y retirando la mano vendada que el otro quería retener—; preocúpate de lo tuyo en vez de pensar en los demás, que las cosas leves, si se descuidan, pueden hacerse graves.

El tamborcito movió la cabeza.

—Pero tú —le dijo el capitán, mirándolo atentamente— debes haber perdido mucha sangre para estar tan débil.

—¿Perdido mucha sangre? —respondió el muchacho, con una sonrisa—.

Más que sangre. Mire.

Y de un golpe se quitó la colcha.

El capitán dio un paso atrás, horrorizado. El muchacho no tenía más que una pierna; la izquierda se la habían amputado por encima de la rodilla, el muñón estaba vendado con paños ensangrentados.

En aquel momento pasó un médico militar, pequeño y gordo, en mangas de camisa.

— ¡Mi capitán! — dijo rápidamente, señalando al tamborcito—: he ahí un caso desgraciado; esa pierna se habría salvado con nada, si no la hubiese forzado de esa manera; una maldita inflamación; fue preciso cortar así. Pero..., es un valiente, se lo aseguro; no ha derramado una lágrima, ni se le ha oído un grito. Estaba orgulloso al operarlo de que fuese un muchacho italiano, palabra de honor. ¡Es de buena raza, a fe mía!

Y se fue corriendo.

El capitán arrugó sus grandes cejas blancas y miró fijamente al pequeño tambor, poniéndole otra vez encima la colcha; luego, lentamente, casi sin darse cuenta, y sin dejar de mirarlo, se llevó la mano a la cabeza y se quitó la gorra.

— ¡Mi capitán! — exclamó el muchacho, maravillado—. ¿Qué hace, mi capitán? ¿Por mí?

Y entonces, aquel rudo soldado, que no había dicho nunca una palabra suave a un inferior, respondió, con voz indeciblemente cariñosa y dulce:

— Yo no soy más que un capitán; tú eres un héroe.

Después se echó con los brazos abiertos sobre el tamborcito y lo besó tres veces sobre el corazón.

## El amor a la patria

Martes. 24.

«Puesto que el cuento “El tamborcito sardo” ha conmovido tanto tu corazón, debería resultarte fácil esta mañana redactar bien el tema de examen: “Por qué amas a Italia”. ¿Por qué amo a Italia? ¿No se te ocurren al momento cien respuestas? Amo a Italia porque mi madre es italiana; porque la sangre que corre por mis venas es italiana; porque italiana es la tierra donde están sepultados los muertos a quienes llora mi madre y que mi padre venera; porque es la ciudad donde he nacido, la lengua que hablo, los libros que me forman, mi hermano, mi hermana, mis compañeros, el gran pueblo entre el que vivo y la hermosa naturaleza que me rodea, y todo lo que amo, lo que veo, lo que adoro, lo que admiro, es italiano. ¡Tú no puedes sentir aún en toda su intensidad este afecto! Lo sentirás cuando seas un hombre, cuando al volver de un largo viaje, después de prolongada ausencia, y asomándote una mañana a la cubierta del buque, veas en el horizonte las grandes montañas azules de tu patria; lo sentirás en la ola impetuosa de ternura que te llenará los ojos de lágrimas y arrancará un grito de tu corazón. Lo sentirás en cualquier gran ciudad lejana, en el impulso del alma que te empujará, entre una multitud desconocida, hacia un obrero desconocido, al cual habrás oído, al pasar a su lado, una palabra dicha en tu idioma. Lo sentirás en la indignación dolorida y altiva, que te hará subir la sangre a la cabeza, cuando oigas a algún extranjero injuriar a tu patria. Lo sentirás con mayor violencia y orgullo el día en que la amenaza de un pueblo enemigo levante una tempestad de fuego sobre tu patria, y veas agitarse las armas por todas partes, a los jóvenes correr a alistarse en las legiones, a los padres besar a sus hijos, diciendo: «¡Ánimo!», y a las madres despedir a los jóvenes, gritando: «¡Vence!». Lo sentirás como un gozo divino, si tienes la suerte de ver regresar a la ciudad a los regimientos diezmados, cansados, harapientos y terribles, con el brillo de la victoria en los ojos y las banderas acribilladas por las balas, seguidos de un cortejo interminable de valientes que alzarán sus cabezas vendadas y sus brazos sin manos, en medio de una multitud enloquecida que los cubrirá de flores, de bendiciones y de vítores. Entonces comprenderás el amor de la

patria; entonces sentirás la patria. Enrico mío. Ella es algo tan grande y sagrado, que si un día te viese volver sano de una batalla en defensa de ella, salvo a ti, que eres mi carne y mi espíritu, y supiese que habías conservado la vida por haber huido de la muerte, yo, tu padre, que te recibo con un grito de alegría cuando vuelves del colegio, yo te recibiría con un sollozo de angustia, y no podría volver a quererte, y moriría con aquel puñal clavado en mi corazón.

Tu padre».

## Envidia

Miércoles, 25.

También ha sido Derossi el que ha hecho la mejor composición sobre la patria. ¡Y Votini que estaba seguro de obtener la primera medalla! Yo quería mucho a Votini, aunque es un poco vanidoso y se pule mucho; pero me des agrada, ahora que estoy a su lado en el banco, ver la envidia que tiene a Derossi. Quiere competir con él, y estudia, pero no puede conseguirlo de ninguna manera, pues el otro le da cien vueltas en todas las asignaturas; y Votini se come de envidia. También Carlo Nobis siente envidia, pero tiene tanta soberbia en el cuerpo que precisamente por eso no lo da a entender. En cambio, Votini se traiciona, se lamenta en su casa de la puntuación, y dice que el maestro es injusto; y cuando Derossi responde a las preguntas tan pronto y correctamente como siempre, él se pone sombrío, agacha la cabeza, finge que no le importa y se esfuerza por sonreír, pero su risa es falsa. Y como todos lo saben, cuando el maestro alaba a Derossi, se vuelven a mirar a Votini, que traga veneno, y el Albañilito le pone el hocico de liebre. Esta mañana, por ejemplo, lo ha puesto de manifiesto. El maestro entró en clase y anunció el resultado de los exámenes:

—Derossi, diez puntos y la primera medalla.

Votini estornudó con estrépito. El maestro lo miró; la cosa estaba bien clara.

—Votini —le dijo—; no dejes que se te meta en el cuerpo la serpiente de la envidia; te roerá la inteligencia y te corromperá el corazón.

Todos lo miraron, excepto Derossi; Votini quiso responder, pero no pudo; se quedó como petrificado, con el semblante pálido. Luego, mientras el maestro explicaba la lección, se puso a escribir con letra grande en un papel: «Yo no tengo envidia de los que ganan la primera medalla por favor e injusticia». Era una nota que quería enviar a Derossi. Pero entretanto me di cuenta de que los vecinos de Derossi tramaban algo entre ellos, hablándose al oído, y uno recortaba con el cortaplumas una gran medalla de papel, en la cual habían dibujado una serpiente negra. También Votini se dio cuenta. El maestro salió un momento. Entonces, los vecinos de Derossi salieron del banco y fueron a presentar

solemnemente la medalla de papel a Votini. Toda la clase se preparaba para una escena desagradable. Votini estaba todo tembloroso. Derossi gritó:

—¡Dádmela a mi!

—¡Sí, es mejor—respondieron aquéllos—: tú eres quien ha de llevársela!

Derossi cogió la medalla y la hizo pedazos. En aquel momento volvió a entrar el maestro y reanudó la clase. Yo seguí mirando a Votini; se había puesto rojo como un ascua. Cogió el papel despacio, como si lo hiciese dis traídamente, hizo con él una bolita a escondidas, se lo metió en la boca, lo masticó un poco, y luego lo escupió debajo del banco. Al salir de clase y pasar ante Derossi, a Votini, que estaba un poco confuso, se le cayó el secante. Derossi, cortésmente, lo recogió y se lo metió en la cartera, ayudándolo a enganchar la correa. Votini no se atrevió a levantar la cabeza.

## La madre de Franti

Sábado, 28.

Pero Votini es incorregible. Ayer, durante la lección de religión, en presencia del director, el maestro preguntó a Derossi si sabía de memoria las dos estrofas del libro de lectura: «Doquiera vuelvo la vista, ¡oh Dios inmenso!, te veo». Derossi respondió que no, y Votini saltó enseguida:

—¡Yo lo sé! —y al mismo tiempo se sonrió como para abrumar a Derossi. Pero no se salió con la suya, porque no pudo recitar, pues de repente entró en la clase la madre de Franti, jadeante, con sus cabellos grises revueltos, toda llena de nieve, empujando a su hijo, que había sido sancionado con la expulsión de clase durante ocho días. ¡Qué triste escena nos tocó presenciar! La pobre mujer casi se puso de rodillas ante el director, las manos juntas, suplicando:

—¡Oh, señor director, hágame usted el favor de admitir al muchacho en la escuela! Hace tres días que está en casa; lo he tenido escondido, pero Dios se apiada de mí si su padre lo descubre: lo mata; tenga usted piedad, pues yo no sé ya qué hacer. ¡Se lo suplico con toda mi alma!

El director intentó conducirla fuera; pero ella se resistió, suplicando y llorando sin cesar.

—¡Si usted supiera los sinsabores que me ha causado este hijo, tendría compasión de mí! ¡Hágame este favor! Espero que cambie. Yo poco viviré ya, señor director, llevo la muerte aquí dentro; pero quisiera verlo cambiar antes de morir, porque... —y por un momento la interrumpió el llanto— es mi hijo; lo quiero y moriría desesperada. Admítalo otra vez, señor director, para que no sobrevenga una desgracia en la familia; hágalo por compasión para con una mujer infeliz y se cubrió la cara con las manos, sollozando.

Franti tenía los ojos bajos, impasible. El director lo miró, se quedó un poco pensando, y luego dijo:

—Franti, vete a tu puesto.

Entonces la mujer se quitó las manos de la cara, tranquilizada, y comenzó a dar infinitas gracias sin dejar de hablar al director, y se dirigió

hacia la puerta, enjugándose los ojos y diciendo atropelladamente:

—Hijo mío, te lo suplico. Tengan todos paciencia. Gracias, señor director, por haber hecho una obra de caridad. Sé bueno, hijo. Buenos días, muchachos. Gracias; hasta la vista, señor maestro. Dispensen ustedes a una pobre madre.

Y dirigiendo aún desde el umbral una mirada suplicante a su hijo, se fue, recogiendo el chal que le arrastraba, pálida, encogida, temblorosa; y mientras bajaba las escaleras la oímos aún toser. El director miró fijamente a Franti, en medio del silencio de la clase, y le dijo, con un tono de voz que hacía temblar:

—¡Franti, tú matarás a tu madre!

Todos se volvieron a mirarlo. Y aquel infame, ¡se sonrió!



# Esperanza

Domingo, 29.

«Muy hermoso, Enrico, el impulso con que te has arrojado en brazos de tu madre al volver de la clase de religión. Si, el maestro te ha dicho cosas grandes y consoladoras. Dios nos ha arrojado al uno en los brazos del otro; nunca nos separará. Cuando yo muera, cuando muera tu padre, no tendremos que decirnos aquellas tremendas palabras de desesperación: “Madre, padre y Enrico, no te volveré a ver”. Nosotros nos volveremos a ver en otra vida, donde el que ha sufrido mucho en ésta será recompensado, donde el que ha amado mucho en la tierra encontrará de nuevo a los seres queridos, en un mundo sin culpas, sin llanto y sin muerte. Pero hemos de hacernos dignos todos de esa otra vida.

Escucha, hijo; toda acción buena de tu parte, todo impulso de afecto a los que te quieren, cada una de tus atenciones hacia tus compañeros, todo noble pensamiento tuyo, es como un salto hacia el otro mundo. Y también te eleva hacia ese mundo cada desgracia, cada dolor; por que todo dolor es la expiación de una culpa, toda lágrima borra una mancha. Proponte todos los días ser mejor y más cariñoso que el día anterior. Di cada mañana: hoy quiero hacer algo de lo que mi conciencia pueda sentirse orgullosa y llene de satisfacción a mi padre; algo que me conquiste el afecto de uno de mis compañeros, del maestro, de mi hermano o de otros. Y pide a Dios que te dé la fuerza para llevar a la práctica tu resolución: “Señor, deseo ser bueno, noble, animoso, afable, sincero; ayudadme; haced que todas las noches, cuando mi madre me dé el último beso, pueda decirle: Esta noche besas a un niño mejor y más digno que el que besaste ayer”. Ten siempre en tu pensamiento a aquel otro Enrico sobrenatural y feliz, que puedes ser des-pués de esta vida. Y reza. No puedes imaginarte qué dulzura experimenta, cuánto mejor se siente una madre cuando ve a su hijo con las manos juntas. Cuando te veo rezar, me parece imposible que no haya nadie que te mire y te escuche. Entonces creo más firmemente que existe una bondad suprema y una piedad infinita, yo te quiero más, trabajo con más entusiasmo, sufro con mayor fortaleza, perdono con toda el alma y pienso serenamente en la muerte. ¡Oh Dios grande y bondadoso! ¡Volver a escuchar después de la muerte

la voz de mi madre, encontrarme de nuevo con mis hijos, volver a ver a mi Enrico, a mi Enrico bienaventurado e inmortal y estrecharlo en un abrazo sin fin para toda la eternidad! ¡Reza, recemos, amémonos, seamos buenos, lle-vemos encendida en el alma aquella celeste esperanza, hijo mío adorado!

Tu madre».

# Febrero

## Una medalla bien ganada

Sábado, 4.

Esta mañana vino a repartir las medallas el inspector de escuela, un señor de barba blanca, vestido de negro. Entró con el director poco antes de terminar la clase, y se sentó al lado del maestro.

Hizo algunas preguntas a varios niños, luego entregó la primera medalla a Derossi, y, antes de otorgar la segunda, estuvo un momento escuchando al maestro y al director, que le hablaban en voz baja. Todos se preguntaban: «¿A quién dará la segunda?». El inspector dijo en voz alta:

—La segunda medalla la ha merecido esta semana el alumno Pedro Precossi; la ha merecido por los trabajos de casa, por las lecciones, por la caligrafía, por la conducta, por todo.

Todos se volvieron a mirar a Precossi; se veía que se sentían satisfechos. Precossi se levantó tan confuso que no sabía ni dónde se encontraba.

—Ven aquí —dijo el inspector.

Precossi salió del banco y se dirigió hacia la mesa del maestro. El inspector miró atentamente aquella carita color de cera, el pequeño cuerpo envuelto en ropa remendada e inadecuada, aquellos ojos buenos y tristes, que evitaban los suyos, y que dejaban adivinar una historia de padecimientos; luego le dijo con voz llena de afecto, mientras le ponía la medalla al pecho:

—Precossi, te doy la medalla. Nadie es más digno que tú de llevarla. No la concedo solamente a tu inteligencia y a tus esfuerzos; la concedo también a tu corazón, a tu valor, a tu condición de hijo bueno y valeroso. ¿No es cierto —añadió, volviéndose a los alumnos— que también la merece por todo esto?

—¡Sí, sí! —respondieron todos a una.

Precossi hizo un movimiento de garganta, como para tragar algo, y recorrió todos los bancos con una mirada dulcísima que expresaba una gratitud inmensa.

—Vete, querido niño —le dijo el inspector—. ¡Que Dios te ayude!

Era la hora de salida. Nuestra clase salió la primera. Apenas pasamos la puerta..., ¿a quién vimos allí, en el vestíbulo, en el mismo umbral? Al padre de Precossi, el herrero, pálido como de costumbre con su torva mirada, el pelo hasta los ojos, el gorro al revés y medio tambaleándose. El maestro lo vio enseguida y habló al oído del inspector; éste buscó rápidamente a Precossi, y tomándolo de la mano, lo llevó hasta su padre. El muchacho iba temblando. También el maestro y el director se acercaron; y muchos niños formaron un círculo en torno a ellos...

—Es usted el padre de este niño, ¿verdad? —preguntó el inspector al herrero, con semblante jovial, como si fuesen amigos. Y sin esperar respuesta—: Lo felicito. Vea usted; ha ganado la segunda medalla entre cincuenta y cuatro compañeros; la ha merecido por sus composiciones, por aritmética, por todo. Es un muchacho muy inteligente y de una gran voluntad, que logrará abrirse camino; un excelente muchacho que goza del afecto y el aprecio de todos; puede usted estar bien orgulloso, se lo aseguro.

El herrero, que se había quedado con la boca abierta, miró fijamente al inspector y al director; luego se fijó en su hijo que estaba delante de él, con los ojos bajos, temblando: y como si recordase y comprendiese entonces por primera vez todo lo que había hecho sufrir a aquel pobre niño, y toda la bondad, toda la heroica paciencia con que lo había sobrellevado todo, de pronto dejó reflejar en su cara una especie de admiración y estupor, luego un dolor sombrío y por fin una ternura triste e incontenible, y con impetuoso ademán cogió al muchacho por la cabeza y lo estrechó contra su pecho. Todos nosotros pasamos por delante de él; yo lo invité a ir a casa el jueves, con Garrone y Crosi: otros lo saludaron: uno le hacía una caricia, otro le tocaba la medalla; todos le dijeron algo. El padre nos miraba estupefacto, sin dejar de estrechar contra su pecho la cabeza de su hijo, que sollozaba.

## Buenos propósitos

Domingo, 5.

La medalla de Precossi ha despertado en mí remordimiento. ¡Aún no he ganado yo una! Desde hace algún tiempo apenas estudio, estoy disgustado conmigo mismo, y el maestro, mi padre y mi madre están descontentos de mí. Ni siquiera siento el gusto de antes por divertirme, cuando trabajaba con entusiasmo y luego saltaba de la mesa y me iba corriendo a jugar, lleno de alegría, como si no hubiera jugado en un mes; ni siquiera a la mesa, en compañía de los míos, me siento con la misma satisfacción de antes. Es como si hubiera una sombra en mi espíritu, una voz interior que me dice de continuo: «Así no puede ser». Veo por la noche pasar por la plaza una multitud de muchachos que vuelven del trabajo, entre los grupos de obreros, llenos de cansancio, pero alegres, que aprietan el paso, impacientes por llegar a casa a comer, hablando alto, riendo y dándose palmadas en la espalda, con las manos negras del carbón o blancas de cal; y pienso que han estado trabajando desde el rayar del alba hasta aquella hora; y como ellos, tantos otros aún más pequeños, que se han pasado el día encima de los tejados, delante de los hornos, entre máquinas, dentro del agua, bajo tierra, sin comer más que un poco de pan, y siento vergüenza yo, que en todo el tiempo no he hecho más que emborronar de mala gana cuatro páginas. ¡Sí; estoy descontento, muy descontento! Me doy muy bien cuenta de que mi padre está de mal humor, y quisiera decírmelo; pero le apena, y sigue esperando. ¡Mi querido padre, tú que tanto trabajas! Todo es tuyo, todo lo que veo a mi alrededor en la casa, todo lo que toco, lo que me abriga, lo que me alimenta, lo que me educa y me divierte, todo es fruto de tu trabajo; y yo no lo hago; todo te ha costado preocupaciones, privaciones, disgustos, fatigas; y yo no me esfuerzo. ¡Esto es demasiado injusto y me causa mucha pena! Desde hoy quiero comenzar a estudiar, como Estardo, con los puños y los dientes apretados, con toda la fuerza de mi voluntad y de mi alma; quiero vencer el sueño por la noche, levantarme pronto por la mañana, golpearme el cerebro sin descanso, fustigar mi pereza sin cesar, esforzarme, sufrir, incluso enfermar; pero dejar de una vez de arrastrar esta vida de flojedad y desgana, que me envilece y llena

de tristeza a los demás. ¡Ánimo, al trabajo! ¡Al trabajo con toda el alma y todas las energías! ¡Al trabajo que me hará dulce el reposo, agradables mis juegos, grato el comer! ¡Al trabajo que me devolverá la sonrisa benévola de mi maestro y los besos benditos de mi padre!

## El tren

Viernes, 10.

Precossi vino ayer a casa con Garrone. Creo que si hubieran sido los hijos de un príncipe no se les hubiera acogido con mayor alegría. Garrone era la primera vez que venía, porque es un poco huraño, y le da vergüenza, además, que lo vean tan mayor y que aún está haciendo tercero. Fuimos todos a abrir la puerta cuando llamaron. Crosi no vino, porque al fin ha llegado su padre de América, después de seis años. Mi madre besó al momento a Precossi; mi padre le presentó a Garrone, diciendo:

—Aquí tienes; éste no solamente es un buen muchacho; es todo un hombre y un caballero.

Y él bajó su cabeza grande y rapada, sonriéndose a escondidas conmigo. Precossi llevaba la medalla, y estaba contento, porque su padre se ha puesto a trabajar y hace cinco días que no ha vuelto a beber; quiere que esté siempre en el taller haciéndole compañía; parece otro. Nos pusimos a jugar. Yo saqué todas mis cosas. Precossi se quedó encantado al ver el tren, con la máquina que va sola cuando se le da cuerda; jamás había visto ninguno; devoraba con los ojos los vagones rojos y amarillos. Le di la llave para que jugase, se arrodilló para jugar, y ya no volvió a levantar la cabeza. Nunca lo había visto tan contento. Decía siempre:

—Perdona, perdona —apartándonos con la mano, cada vez que intentábamos detener la máquina; luego cogía los vagones y los colocaba con todo cuidado, como si fueran de cristal; tenía miedo de ensuciarlos con el aliento, y los limpiaba, mirándolos por arriba y por abajo, sin dejar de sonreír. Nosotros, de pie, lo mirábamos; mirábamos aquel cuello tan delgado, las pobres orejitas que un día había visto sangrar, el chaquetón con las mangas subidas, de las cuales salían dos bracitos de enfermo, que tantas veces se habían levantado para guardar su cara de los golpes... En aquel momento hubiera arrojado a sus pies todos mis juguetes, todos mis libros, me habría quitado de la boca el último pedazo de pan para dárselo a él, me habría despojado de mi ropa para vestirlo a él, y lo habría abrazado y besado.

«Al menos, el tren quiero dárselo», pensé; pero tenía que pedir permiso a mi padre. Entonces sentí que me ponían en la mano un papelito; miré; mi padre lo había escrito con lápiz; decía: «A Precossi le gusta el tren. Él no tiene juguetes. ¿No te dice nada tu corazón?». Cogí al momento la máquina y los vagones con las dos manos y se lo puse todo en los brazos, diciendo:

—Tómalo, es tuyo. Él me miro sin comprender.

—Es tuyo —le dije—, te lo regalo.

Entonces miró a mi padre y a mi madre, aún más extrañado, y me preguntó:

—Pero, ¿por qué?

Mi padre le dijo:

—Te lo regala Enrico porque es tu amigo, porque te quiere..., para celebrar tu medalla.

—¿Lo he de llevar a mi casa?

—¡Pues claro! —respondimos todos.

Estaba ya en la puerta y no se atrevía a irse. ¡Era feliz! Pedía perdón y sus labios sonreían y temblaban al mismo tiempo. Garrone lo ayudó a envolver el tren en el pañuelo, y al inclinarse, se oyó el ruido de los mendrugos de pan que llenaban sus bolsillos...

—Un día —me dijo Precossi— ven al taller a ver a mi padre trabajar. Te daré unos clavos.

Mi madre puso un ramito en el ojal de la chaqueta de Garrone para que se lo llevase a su madre en su nombre. Garrone, con su vozarrón, dijo:

—Gracias —sin levantar la cabeza del pecho; pero en sus ojos brillaba toda la nobleza de su alma.



# Soberbia

Sábado, 11.

¡Y decir que Carlo Nobis se limpia la manga con afectación cuando Precossi lo toca al pasar! ¡Es la imagen de la soberbia, porque su padre es un ricachón! Pero también el padre de Derossi es rico. Le gustaría tener un banco para él solo: tiene miedo de que todos lo manchen, y los mira de arriba abajo; tiene siempre en sus labios una sonrisa displicente; ¡ay de quien le dé en el pie cuando salimos en filas de dos en dos! ¡Por nada lanza al rostro una palabra injuriosa, o amenaza con llevar a su padre a la escuela! ¡Y eso que su padre le echó una buena reprimenda cuando llamó harapiento al hijo del carbonero! ¡Jamás he visto altanería semejante! Nadie le habla, nadie le dice adiós cuando salimos; nadie lo ayuda cuando no sabe la lección. Él, por su parte, no puede aguantar a ninguno, finge que desprecia sobre todo a Derossi, porque es el primero, y a Garrone, porque todos lo quieren. Pero Derossi ni siquiera lo mira, y Garrone, cuando le dijeron que Nobis hablaba mal de él, respondió:

—Tiene una soberbia tan estúpida que ni siquiera merece mis pescozones.

También un día Coretti, porque se reía despectivamente de su gorra de piel, le dijo:

—¡Aprende con Derossi a ser un caballero!

Ayer se quejó al maestro de que el calabrés le había dado en una pierna con el pie. El maestro preguntó al calabrés:

—¿Lo has hecho adrede?

—No, señor —respondió con toda franqueza.

Y el maestro:

—Eres demasiado quisquilloso, Nobis.

Y Nobis, con su aire de costumbre: —Se lo diré a mi padre.

Entonces el maestro se encolerizó:

—Tu padre te quitará la razón, como la otra vez. Y además, el único que juzga y castiga en clase es el maestro —pero, añadió, con dulzura—:

Vamos, Nobis; cambia de modales; sé bueno y atento con tus compañeros. Fíjate, hay aquí hijos de obreros y de señores, de ricos y de

pobres, y todos se quieren, se tratan como hermanos, como en realidad lo son. ¿Por qué no te conduces tú como los demás? Te sería bien fácil lograr que todos te quisieran, y tú mismo estarías más contento. ¡Qué!

¿No me respondes nada?

Nobis, que lo había escuchado todo con su sonrisa despectiva, respondió fríamente:

—No, señor.

—Siéntate —le dijo el maestro—. Te compadezco. Eres un muchacho sin corazón.

Con esto, todo parecía haber terminado: pero el Albañilito, que está en el primer banco, le puso el hocico de liebre con tanta gracia, que toda la clase lanzó una sonora carcajada. El maestro lo regañó; pero tuvo que llevarse la mano a la boca para ocultar la risa. Hasta Nobis se rió; pero su risa era de las que no se digieren.

## Los heridos del trabajo

Lunes, 13.

Nobis puede hacer pareja con Franti; no se conmovieron ni el uno ni el otro esta mañana, ante el terrible espectáculo que presenciábamos. Al salir de la escuela estaba con mi padre mirando a unos pilluelos de segundo, que se arrodillaban para refregar el hielo con los abrigos y las gorras, y así poder resbalar mejor, cuando al fondo de la calle vimos venir hacia nosotros un tropel de gente a buen paso, muy serios y como aterrados, que hablaban en voz baja. En el medio iban tres guardias; detrás de ellos, dos hombres que llevaban una camilla. Los muchachos acudieron de todas partes. La multitud avanzaba hacia nosotros. En la camilla iba echado un hombre, blanco como un cadáver, con la cabeza apoyada en el hombro, el pelo revuelto y ensangrentado, que perdía sangre por la boca y los oídos; al lado de la camilla iba una mujer con un niño en brazos, gritando como loca de vez en cuando:

—¡Está muerto! ¡Está muerto!

Detrás de la mujer venía un muchacho con una cartera bajo el brazo, sollozando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi padre.

Alguien contestó que era un albañil, que se había caído del cuarto piso mientras trabajaba. Los que llevaban la camilla se pararon un momento. Muchos volvieron la cabeza, horrorizados. Vi que la maestra de la pluma encarnada sostenía a mi maestra de primero superior, medio desvanecida. Al mismo tiempo sentí que me tocaban en el codo; era el Albañilito, pálido, temblando de pies a cabeza. Seguramente creía que era su padre. También a mí se me ocurrió. Yo, al menos, estoy tranquilo cuando voy a la escuela, pues sé que mi padre está en casa, sentado a su mesa, lejos de todo peligro; en cambio, muchos de mis compañeros se acordarán con frecuencia de que sus padres están trabajando sobre un puente altísimo, o cerca de las ruedas de una máquina, y que un gesto, un paso en falso puede costarles la vida. Son como los hijos de militares que tienen a sus padres en la guerra. El Albañilito no dejaba de mirar con mayor ansiedad y estremecimiento cada vez; mi padre se dio cuenta y le dijo:

—Vete a casa, muchacho, vete enseguida con tu padre, lo encontrarás sano y en paz; vete tranquilo.

El hijo del albañil se marchó, volviéndose a mirar hacia atrás a cada momento. Mientras tanto, la gente comenzó otra vez a moverse, y la mujer gritaba con un tono que partía el alma:

—¡Está muerto! ¡Está muerto!

—No, no, no está muerto —le decían todos.

Pero ella no hacía caso y se mesaba los cabellos. En aquel momento oigo a mi lado una voz airada que dice:

—¡Te ríes! —y al mismo tiempo vi a un hombre barbudo que miraba cara a cara a Franti, el cual seguía aún sonriendo. Entonces, el hombre, de un manotazo, le echó el gorro al suelo, diciendo:

—¡Descúbrete, grosero, cuando pasa un obrero herido!

La multitud había pasado ya, y en medio de la calle se veía un largo reguero de sangre.

## El presidiario

Viernes, 17.

Ciertamente ha sido esta la coincidencia más extraña de todo el año. Mi padre me llevó ayer por la mañana a los alrededores de Moncalieri, a ver una quinta que quería arrendar para el verano que viene, porque este año ya no iremos a Chieri, y resultó que el encargado de las llaves era un maestro que trabaja como administrador para el dueño de la finca. Nos enseñó la casa, y luego nos llevó a su habitación, donde nos dio de beber. Había sobre la mesita, entre los vasos, un tintero de madera, cónico, esculpido de una manera singular. Viendo que mi padre lo miraba, le dijo el maestro:

—Ese tintero me es muy querido; ¡si supiese usted su historia!

Y nos la contó.

Varios años atrás fue maestro en Turín, y durante todo un invierno dio clases a los presos. Enseñaba en la iglesia de la cárcel, un edificio redondo, en cuyos muros altos y desnudos hay en todo su alrededor muchas ventanitas cuadradas, cerradas por dos barrotes de hierro cruzados, a cada uno de los cuales corresponde por dentro una celda diminuta. Él daba la lección pasando por la iglesia, fría y oscura, y sus discípulos se asomaban a los agujeros, con los cuadernos apoyados sobre los hierros, sin que se viera más que sus caras entre sombras, unas caras escuálidas y sombrías, sus barbas enmarañadas y grises, y sus ojos, de homicidas y ladrones, inmóviles. Había uno entre ellos, el número 78, que prestaba más atención que los demás, estudiaba mucho y miraba al maestro con unos ojos llenos de respeto y gratitud. Era un joven de barba negra, más desgraciado que criminal, un ebanista, que un día, en un ímpetu de cólera, había golpeado a su amo con el cepillo, porque desde hacía algún tiempo lo estaba persiguiendo; lo había herido mortalmente en la cabeza, y por eso había sido condenado a varios años de cárcel. En tres meses había aprendido a leer y escribir, y se pasaba el tiempo leyendo; cuanto más aprendía, parecía que se hacía tanto mejor, y se mostraba arrepentido de su delito. Un día, al terminar la clase, hizo una seña al maestro para que se acercase a la ventanilla, y le comunicó con tristeza que a la mañana siguiente saldría de Turín para cumplir su

condena en las cárceles de Venecia; y al despedirse le pidió con voz humilde y conmovida que le permitiese tocar su mano. El maestro se la ofreció y el preso se la besó. Luego dijo: «¡Gracias! ¡Gracias!», y se fue. El maestro retiró la mano; estaba cubierta de lágrimas.

—Desde entonces no volví a verlo. Pasaron seis años. Lo que menos pensaba yo era en aquel desgraciado —dijo el maestro—, cuando anteayer por la mañana veo que llega a mi casa un desconocido, con una barba negra, un poco entrecana y malamente vestido, que me dice: «¿Es usted el maestro?...», dijo mi nombre.

«¿Quién es usted?», le pregunté yo. «Soy el preso número setenta y ocho», me respondió. «Usted me enseñó a leer y a escribir hace seis años; si se acuerda, el día de la última lección me dio usted la mano; he cumplido ya mi condena y he venido..., a pedirle que haga el favor de aceptar un recuerdo mío, una cosita de nada que he hecho en la cárcel. ¿Quiere usted aceptarlo como recuerdo mío, señor maestro?». Yo me quedé estupefacto, sin poder articular una palabra. Él pensó que no quería aceptarlo, y me miró como diciendo: «¿Es que no son suficientes seis años de sufrimientos para purificar mis manos?», pero me miró con una expresión tan viva de dolor, que al momento alargué la mano y cogí el objeto. Y aquí está.

Miramos atentamente el tintero; parecía hecho con la punta de un clavo, con infinita paciencia. Encima tenía esculpida una pluma transversal a un cuaderno, y alrededor estaba escrito: «A mi maestro. Recuerdo del número 78. ¡Seis años!». Y debajo, en pequeños; caracteres: «Estudio y esperanza». El maestro no dijo más; nosotros nos fuimos. Durante todo el trayecto de Moncalieri a Turín no pude borrar de mi recuerdo aquel prisionero asomado al ventanillo, su adiós al maestro, el pobre tintero hecho en la cárcel, que decía tantas cosas, y por la noche soñé con ello, y hasta esta mañana pensaba en ello... ¡Bien ajeno a la sorpresa que me esperaba esta mañana en la escuela! Apenas me senté en mi nuevo banco, al lado de Derossi y escribí el problema de aritmética del examen mensual, conté a mi compañero toda la historia del prisionero, del tintero y de cómo había sido hecho el tintero con la pluma transversal al cuaderno y la inscripción alrededor: «¡Seis años!». Al oír mis palabras, Derossi se sobresaltó y comenzó a mirar ora a mí, ora a Crosi, el hijo de la verdulera, que estaba en el banco de delante, de espaldas a nosotros, absorto por completo en su problema.

—¡Calla! —dijo después, en voz baja, cogiéndome por el brazo—. Crosi me dijo anteayer que había visto, de pasada un tintero de madera que su padre, que ha vuelto de América, tenía en sus manos; un tintero de forma cónica, hecho a mano, con un cuaderno y una pluma. Es ese. ¡Seis años! Él decía que su padre estaba en América, y, en cambio, estaba en la cárcel. Crosi era pequeño cuando se cometió el delito; no se acuerda de nada; su madre lo engañó, y él no lo sabe; ¡que no se te escape ni una palabra de esto!

Yo me quedé sin habla, con los ojos fijos en Crosi. Entonces Derossi resolvió el problema y, por debajo del banco, se lo pasó a Crosi; le dio una hoja de papel, le quitó de las manos «El enfermero del taita», el cuento mensual, que el maestro le había dado para que lo copiara, para hacérselo él: le regaló plumillas, le dio unas palmadas en la espalda, y me hizo prometer por mi honor que jamás diría nada a nadie. Al salir de la escuela, me dijo a toda prisa:

—Ayer vino su padre a buscarlo, estará también hoy; haz lo que yo.

Salimos a la calle; el padre de Crosi estaba allí, un poco a un lado; un hombre de barba negra, ya un poco entrecana, vestido de mala manera, descolorido de cara y pensativo. Derossi estrechó la mano a Crosi de modo que lo vieran, y le dijo en voz alta:

—Hasta la vista, Crosi —y le hizo una caricia, yo hice lo mismo; pero al hacerlo, Derossi se puso rojo como la grana, y lo mismo yo. El padre de Crosi nos miró atentamente, con una mirada llena de benevolencia, pero en la que se traslucía una expresión de inquietud y sospecha, que nos heló el corazón.

## El enfermero del taita

### (Cuento mensual)

En la mañana de un día lluvioso de marzo, un muchacho vestido de campesino, calado de agua y lleno de barro, se presentaba al portero del Hospital de los Peregrinos, de Nápoles, y preguntaba por su padre, enseñando una carta. Tenía una hermosa cara ovalada de color moreno pálido, los ojos pensativos y unos labios gruesos entreabiertos que dejaban ver unos dientes blanquísimos. Venía de una aldea de los alrededores de Nápoles. Su padre, que había salido de casa el año anterior, para ir a buscar trabajo a Francia, había vuelto a Italia. Desembarcó pocos días antes en Nápoles, donde había enfermado repentinamente. Apenas había tenido tiempo de poner unas letras a la familia, para anunciarles su llegada y decirles que ingresaba en el hospital. Su mujer, desolada por la noticia, no podía moverse de casa porque tenía una niña enferma y un hijo pequeñito, había enviado a Nápoles al hijo mayor para que cuidara de su padre, su taita, como allí se dice. El muchacho había re corrido diez millas.

El portero, después de echar una ojeada a la carta, llamó a un enfermero y le dijo que llevara al muchacho adonde estaba su padre.

—¿Qué padre? —preguntó el enfermero.

El muchacho, temblando por miedo a recibir una mala noticia, dijo el nombre.

El enfermero no se acordaba de aquel nombre.

—¿Un viejo trabajador que ha venido de fuera? —preguntó.

—Obrero, sí —respondió el muchacho, cada vez más inquieto—; pero viejo, no mucho. Sí, ha venido de fuera.

—¿Cuándo ha entrado en el hospital? —preguntó el enfermero.

El muchacho echó un vistazo a la carta.

—Hace cinco días, me parece.

El enfermero se quedó pensando un poco; luego, como acordándose de repente:

—¡Ah! —dijo—, en la sala cuarta, la cama del fondo.

—¿Está muy enfermo? ¿Cómo se encuentra? —preguntó ansiosamente



el muchacho.

El enfermero lo miró sin responder. Luego dijo:

—Ven conmigo.

Subieron dos tramos de escalera, fueron hasta el fondo de un ancho corredor y se encontraron frente a la puerta abierta de una sala grande, donde había dos largas filas de camas.

—Ven—repitió el enfermero, entrando.

El muchacho se armó de valor y lo siguió, mirando a derecha e izquierda, lleno de temor, la cara blanca y consumida de los enfermos, algunos de los cuales tenían los ojos cerrados y parecían muertos, y otros miraban al espacio fijamente y con los ojos desorbitados, como aterrados; algunos gemían como niños. El salón estaba oscuro, el aire impregnado de un olor penetrante a medicamentos. Dos hermanas de la caridad iban de un lado a otro llevando unos frascos.

Al llegar al fondo del salón, el enfermero se paró a la cabecera de una cama, corrió la cortina y dijo:

—Ahí tienes a tu padre.

El muchacho rompió a llorar, dejó caer el envoltorio que llevaba, apoyó su cabeza sobre el hombro del enfermo, cogiéndole con una mano el brazo que tenía extendido e inmóvil sobre la colcha. El enfermo no se movió.

El muchacho se levantó y miró a su padre, y de nuevo rompió a llorar. Entonces, el enfermo le dirigió una larga mirada y pareció reconocerlo. Pero sus labios no se movían. ¡Pobre taita, qué cambiado estaba! Su hijo no lo hubiera reconocido. Sus cabellos se habían vuelto blancos, le había crecido la barba, su cara estaba hinchada, de un color rojo vivo, la piel tersa y reluciente, los ojos empujados, los labios gruesos, toda la fisonomía alterada; no tenía natural más que la frente y el arco de las cejas. Respiraba afanosamente.

—Taita, padre mío —dijo el muchacho—. Soy yo, ¿no me reconoces? Soy Cecilio, tu Cecilio, que he venido de casa, enviado por mamá.

Mírame bien, ¿no me reconoces? Dime una palabra siquiera.

Pero el enfermo, después de mirarlo fijamente, cerró los ojos. —¡Taita, taita! ¿Qué tienes? Soy tu hijo, tu Cecilio.

El enfermo no se movió ya, y siguió respirando con ansiedad.

Entonces, llorando, el muchacho cogió una silla, se sentó y permaneció esperando sin separar los ojos de la cara de su padre. «Seguramente

pasará algún médico a hacer la visita —pensaba—, y me dirá algo». Y de nuevo se sumergió en sus tristes pensamientos, recordando tantos detalles de su padre querido, el día de la partida, cuando le dio el último adiós en el barco, las esperanzas que la familia había puesto en aquel viaje, la desolación de su madre al recibir la carta; y pensó también en la muerte, vio a su padre muerto, a su madre vestida de luto, y a la familia en la miseria. Llevaba así mucho tiempo, cuando una mano le tocó suavemente en el hombro; se volvió; era una monja.

—¿Qué es lo que tiene mi padre? —le preguntó enseguida.

—¿Es tu padre? —dijo dulcemente la hermana.

—Sí, es mi padre; acabo de llegar, ¿qué le pasa?

—¡Ánimo, muchacho! —contestó la hermana.

Y se alejó sin decir más.

Media hora después oyó el toque de una campanilla, y vio entrar por el fondo de la sala al médico, acompañado de un practicante; los seguían una hermana y un enfermero. Comenzaron la visita, parándose en cada cama. Aquella espera se le hacía al muchacho eterna, y a cada paso que daba el médico, aumentaba su inquietud. Por fin llegó a la cama de al lado. El médico era un viejo alto y encorvado, de aspecto grave. Antes que se separara de la cama vecina, el muchacho se puso de pie, y cuando se le acercó, se echó a llorar.

El médico lo miró.

—Es el hijo del enfermo —dijo la hermana—; ha llegado esta mañana de su pueblo.

El médico le puso una mano en el hombro, luego se inclinó sobre el enfermo, le tomó el pulso, le tocó la frente e hizo algunas preguntas a la hermana, la cual respondió:

—Nada nuevo.

Se quedó un poco pensativo, y luego añadió:

—Sigan como antes.

Entonces, el muchacho cobró ánimos y preguntó casi llorando:

—¿Qué es lo que tiene mi padre?

—Ánimo, hijo —respondió el médico, volviendo a ponerle la mano sobre el hombro—. Tiene una erisipela facial. Es grave, pero todavía hay esperanzas. Cuídalo. Tu presencia puede serle beneficiosa.

—¡Pero no me reconoce! —exclamó el muchacho, desolado.

—Quizá... mañana te reconozca. Esperémoslo así; ten ánimo.

El muchacho hubiera deseado preguntar más cosas, pero no se atrevió. El médico siguió adelante. Y entonces él comenzó su vida de enfermero. No pudiendo hacer otra cosa, arreglaba la ropa de la cama al enfermo, le tocaba de vez en cuando la mano, le espantaba los mosquitos, se inclinaba sobre él cada vez que gemía, y cuando la hermana le llevaba de beber, le cogía de la mano el vaso y la cucharilla, para dárselo él. El enfermo lo miraba alguna que otra vez; pero no daba señal de reconocerlo. Solamente que su mirada se detenía cada vez más tiempo sobre él, especialmente cuando se llevaba el pañuelo a los ojos. Y así pasó el primer día. Por la noche, el muchacho durmió sobre dos sillas en un ángulo de la sala, y por la mañana volvió a su piadosa ocupación.

Aquel día pareció que los ojos del enfermo manifestaban algo de conocimiento. Al oír la voz cariñosa del niño parecía como si una vaga expresión de gratitud brillase por un momento en sus pupilas, y una vez movió un poco los labios, como si quisiese decir alguna cosa. Después de cada rato de sopor, al abrir los ojos, parecía como si buscase a su pequeño enfermero. El médico volvió a visitarlo dos veces y notó un poco de mejoría. Al caer la tarde, el muchacho, al acercarle el vaso a los labios, creyó advertir que por sus hinchados labios se deslizaba una tenue sonrisa. Entonces comenzó a reanimarse y a concebir alguna esperanza. Y con la esperanza de que lo comprendiera, al

menos confundidamente, le hablaba detenidamente, de la mamá, de las hermanitas, de volver a casa, y lo exhortaba con palabras llenas de cariño y entusiasmo a que cobrase ánimos. Y aunque con frecuencia dudaba de si le comprendía, sin embargo, le hablaba, porque le parecía que, aunque no lo comprendiera, el enfermo escuchaba

su voz con cierto placer y aquel singular acento de afecto y de tristeza. De esta manera pasó el segundo día, y el tercero, y el cuarto, en una alternativa de leves mejorías y de repentinas recaídas. El muchacho estaba tan absorto en la ocupación de cuidar a su padre, que apenas pellizcaba dos veces al día un poco de pan y queso que le llevaba la hermana, y apenas se enteraba de lo que pasaba a su alrededor: los moribundos, las prisas repentinas de las hermanas durante la noche, el llanto y las demostraciones de dolor de los visitantes que salían

sin esperanza; todas aquellas escenas dolorosas y lúgubres de la vida de un hospital, que en cualquier otra ocasión lo habrían aturcido y horrorizado. Pasaban las horas, los días, y él seguía allí con su taita, atento, ansioso, anhelante a cada suspiro, a cada mirada suya, en una continua agitación entre una esperanza que le ensanchaba el alma y un desaliento que le helaba el corazón.

El quinto día, repentinamente, el enfermo se agravó.

El médico, cuando le preguntaron, movió la cabeza, como queriendo decir que todo estaba concluido, y el muchacho se dejó caer sobre la silla y estalló en sollozos. Una cosa, sin embargo, lo consolaba. Aunque empeoraba, a él le parecía que el enfermo iba adquiriendo poco a poco algo de conocimiento. Cada vez miraba al muchacho más fijamente y con una expresión de mayor dulzura, no quería que le diera otro la bebida o las medicinas, y con mayor frecuencia hacía aquel movimiento forzado de los labios, como si quisiera pronunciar alguna palabra; y a veces lo hacía de una manera tan clara, que el niño le apretaba el brazo con violencia, animado por una repentina esperanza, y le decía con acento casi de alegría:

—¡Ánimo, ánimo, taita, te curarás; volveremos a casa con mamá; un poco más de valor!

Eran las cuatro de la tarde, y precisamente entonces el muchacho se había entregado a uno de aquellos ímpetus de ternura y de esperanza, cuando al otro lado de la puerta más próxima a la sala oyó un ruido de pasos, y luego una voz fuerte, dos palabras nada más:

—¡Hasta la vista, hermana!

Se puso en pie de un salto, con un grito ahogado en la garganta. Al mismo tiempo entró en la sala un hombre, con un gran envoltorio en la mano, seguido de una hermana.

El muchacho lanzó un grito agudo y se quedó como clavado en su sitio. El hombre se volvió, lo miró un momento, lanzó también él un grito:

—¡Cecilio! —y se precipitó hacia él.

El muchacho cayó en brazos de su padre, ahogado de emoción. Las hermanas, los enfermeros, el practicante, acudieron llenos de estupor. El muchacho no podía recobrar la voz.

—¡Oh, Cecilio mío! —exclamó el padre, después de haber mirado atentamente al enfermo, besando repetidas veces al niño—. ¡Cecilio, hijo mío!, ¿qué es esto? ¡Te han llevado a la cama de otro! ¡Y yo que estaba

desesperado de no verte, después de escribirme tu madre: «Te lo he enviado!». ¡Pobre Cecilio mío! ¿Cuántos días hace que estás aquí? ¿Cómo ha sucedido esta confusión? Yo he tenido suerte. ¡Me encuentro bien! ¿Y Conchita? Y el pequeñín, ¿cómo está? Salgo del hospital; vamos. ¡Oh, señor! ¡Quién lo hubiera dicho!

El muchacho apenas pudo balbucear algunas palabras para dar noticias de la familia.

—¡Oh, qué contento! —exclamó—, ¡qué contento estoy! ¡Qué días tan horribles he pasado! —y no terminaba de besar a su padre.

Pero no se movía.

—Vamos, pues —le dijo el padre—. Todavía podremos llegar a casa esta tarde —y lo atrajo hacia sí.

El muchacho se volvió a mirar a su enfermo.

—Pero, ¿vienes o no vienes? —le preguntó el padre, sorprendido.

El muchacho miró de nuevo al enfermo, el cual en aquel momento abrió los ojos y lo miró fijamente.

Entonces salió de su alma un torrente de palabras.

—No, taita, espera, mira..., no puedo. Ese pobre viejo. Hace cinco días que estoy aquí. Siempre me está mirando. Creí que eras tú. Lo quería mucho. Me mira, yo le doy de beber, quiere que esté a su lado, ahora se encuentra muy mal, ten paciencia, no tengo valor, no sé, me da mucha pena, mañana iré a casa. Déjame estar aquí un poco más, no está bien que lo deje, fíjate cómo me mira, no sé quién es, pero me quiere; moriría solo; déjame estar aquí, querido taita.

—¡Bravo, chiquitín! —exclamó el practicante.

El padre se quedó perplejo, mirando al muchacho; luego miró al enfermo.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un campesino como usted —respondió el practicante—, que ha venido de fuera, y entró en el hospital el mismo día que entró usted. Lo trajeron sin sentido y no pudo decir nada, quizá tenga, lejos, una familia y unos hijos. Creerá que este es de él.

El enfermo no dejaba de mirar al muchacho.

El padre dijo a Cecilio:

—Quédate.

—No tendrá que quedarse por mucho tiempo —murmuró el practicante.

—Quédate —repitió su padre—. Tienes un gran corazón. Yo me voy

enseguida a casa para que tu madre no esté preocupada. Toma dos liras para lo que necesites. Adiós, hijo mío. Hasta la vista.

Lo abrazó, se quedó mirándolo fijamente, volvió a besarle en la frente y se fue.

El muchacho volvió al lado del enfermo, que pareció tranquilizarse. Y Cecilio comenzó otra vez a hacer su vida, sin llorar ya, pero con la misma solicitud, con la misma paciencia de antes: le daba de beber, le arreglaba la ropa, le acariciaba la mano y le hablaba dulcemente para infundirle ánimo. Lo asistió todo aquel día y toda la noche, y siguió a su lado también al día siguiente. Pero el enfermo se agravaba cada vez más; su cara se amorataba, su respiración se hacía más ronca, aumentaba su agitación, escapaban de su boca gritos inarticulados, la hinchazón se hacía monstruosa. En la visita de la tarde el médico dijo que no pasaría de aquella noche. Y entonces Cecilio redobló sus cuidados y no lo perdió de vista ni un minuto. El enfermo lo miraba, lo miraba, y seguía moviendo los labios de vez en cuando con gran esfuerzo, como si quisiera decir algo, y una expresión inefable de dulzura se asomaba de cuando en cuando a sus ojos, que cada vez se hacían más pequeños y se iban cerrando. Y aquella noche el muchacho se quedó velándolo hasta que vio blanquear en la ventana la primera luz del día, y apareció la hermana. Esta se acercó al lecho, echó una ojeada al enfermo y se fue apresuradamente. A los pocos momentos volvió con el médico ayudante y un enfermero, que llevaba una linterna.

—Está en las últimas —dijo el médico.

El muchacho apretó la mano del enfermo. Este abrió los ojos, lo miró fijamente y volvió a cerrarlos.

En aquel momento le pareció al muchacho que le apretaba la mano.

—¡Me ha estrechado la mano! —exclamó.

El médico permaneció un momento inclinado sobre el enfermo, luego se alzó. La hermana descolgó un crucifijo de la pared.

—¡Ha muerto! —gritó el muchacho.

—Vete, hijo mío —dijo el médico—. Ha terminado tu santa obra. Vete, y que tengas suerte, que te la mereces. Dios te protegerá. ¡Adiós!

La hermana, que se había alejado un momento, volvió con un pequeño ramo de violetas, que cogió del vaso de una ventana, y se las ofreció al muchacho, diciendo:

—No tengo otra cosa que darte. Acepta esto como recuerdo del

hospital.

—Gracias —respondió el muchacho, cogiendo el ramito con una mano y enjugándose los ojos con la otra—; ¡pero tengo que recorrer tanto camino a pie...; lo estropearía —y desatando el ramo, esparció las violetas sobre el lecho, diciendo—: Las dejo como recuerdo a mi querido muerto. Gracias, hermana. Gracias, señor doctor —y volviéndose hacia el muerto —: Adiós..., —y mientras buscaba cómo llamarlo, le subió del corazón a la boca el dulce, nombre que le había dado durante cinco días—: ¡Adiós, pobre taita!

Dicho esto, cogió bajo el brazo su envoltorio de ropa, y lentamente, agotado de cansancio, se fue. Comenzaba a despuntar el alba.



## El taller

Sábado, 18.

Precossi vino ayer, por la tarde a recordarme que tenía que ir a ver su taller, que está al final de la calle, y esta mañana, al salir con mi padre, le pedí que me llevara allí un momento. Cuando nos acercábamos al taller, salía corriendo de él Garoffi, con un paquete en la mano, y haciendo ondear su capa, que encubría la mercancía. ¡Ahora ya sé dónde coge las limaduras de hierro, que luego vende por periódicos viejos, el traficante Garoffi! Al asomarnos a la puerta vimos a Precossi, sentado en un montón de ladrillos, que estaba estudiando la lección con el libro en las rodillas. Se levantó al momento y nos hizo pasar. Era un cuarto grande, lleno de polvo de carbón, con las paredes repletas de martillos, tenazas, barras y hierros de todas clases. En un rincón ardía el fuego de una fragua, atizada por un fuelle que manejaba un muchacho. Precossi padre estaba junto al yunque y un oficial tenía una barra de hierro en el fuego.

—¡Ah! ¡Aquí está! —dijo el herrero, apenas nos vio, quitándose la gorra—. ¡El bravo muchacho que regala ferrocarriles! ¿Ha venido a ver cómo trabajamos? Al momento quedará complacido —y sonreía al de cir esto.

No tenía ya la cara torva, ni los ojos atravesados de otras veces. El aprendiz le presentó una larga barra de hierro enrojecida por un extremo, y el herrero la apoyó sobre el yunque. Iba a hacer una de esas barras con volutas que se usan en los antepechos de los balcones. Levantó un martillo muy grande y comenzó a dar golpes, empujando la parte enrojecida ora hacia un lado, ora hacia otro, entre un extremo y el medio del yunque, dándole vueltas en varios sentidos. Resultaba maravilloso ver cómo bajo los rápidos y precisos golpes del martillo el hierro se doblegaba, se torcía, y poco a poco iba tomando la forma graciosa de la hoja rizada de una flor, como si fuera una barra de pasta modelada con la mano. Y mientras tanto, su hijo nos miraba orgulloso, como diciendo: —¡Ved cómo trabaja mi padre!

—¿Has visto cómo se hace, jovencito? —me preguntó el herrero, una vez que hubo terminado, poniéndome delante la barra, que parecía el báculo de un obispo. Luego la puso a un lado y metió otra en el fuego.

—Verdaderamente, está bien hecha —le dijo mi padre; y añadió—: Por



lo visto..., se trabaja, ¿eh? ¡Le han vuelto las ganas!

—¡Sí, me han vuelto! —contestó el obrero limpiándose el sudor y enrojeciendo un poco—. ¿Y sabe quién ha hecho que me vuelvan? —Pero mi padre fingió que no comprendía—. Ese buen muchacho —dijo el herrero, señalando con el dedo a su hijo—; ese buen hijo, que estudiaba y miraba por la honra de su padre, mientras su padre..., andaba de jolgorio y lo trataba como a una bestia. ¡Cuando he visto su medalla...! ¡Ah, chiquitín mío, alto como un cañamón, ven acá, que te mire bien esa cara!

El muchacho vino corriendo, el herrero lo cogió, lo puso encima del yunque, sosteniéndolo por los brazos, y le dijo:

—Limpia un poco el frontispicio de este animalón de tu padre.

Entonces Precossi cubrió de besos la cara ennegrecida de su padre, hasta que él se quedó también completamente negro.

—Así está bien —dijo el herrero, y volvió a ponerlo en el suelo.

—Ciertamente, así está bien, Precossi —exclamó mi padre, contento.

Y después de despedirnos del herrero y de su hijo, salimos. Al salir, Precossi me dijo:

—Dispénsame —y me metió en el bolsillo un paquete de clavos. Yo lo invité a ver el carnaval desde mi casa.

—Tú le has regalado tu tren —me dijo mi padre por el camino—; pero aunque hubiera estado lleno de oro y de perlas, aún hubiera sido pequeño regalo para aquel santo hijo que ha vuelto a la vida el corazón de su padre.

## El payasito

Lunes, 20.

Toda la ciudad parece un hervidero a causa del carnaval, próximo ya a terminar. En todas las plazas se levantan barracas de saltimbanquis y justas; bajo nuestra ventana hay un circo de tela, donde trabaja una pequeña compañía veneciana, con cinco caballos. El circo está en medio de la plaza, y en un ángulo hay tres carretas grandes donde los titiriteros duermen y se disfrazan; tres casetas con ruedas, con sus pequeñas ventanas y su chimenea, que siem-pre está echando humo; y entre una ventanilla y otra hay tendidas ropas de niños. Hay una mujer que da el pecho a un rorro, hace la comida y baila en la cuerda. ¡Pobre gente! Se los llama «saltimbanquis» como si fuera una injuria;

sin embargo, se ganan el sustento honestamente, divirtiéndolo a todos. ¡Y cómo trabajan!

Se pasan el día corriendo entre el circo y los coches, en camiseta. ¡Con el frío que hace! Comen dos bocados, de prisa y corriendo, de pie, entre dos representaciones; y, a veces, cuando el circo ya está lleno de gente, se levanta un viento que rasga las telas y apaga las luces, y, ¡adiós representación! Tienen que devolver el dinero, y a trabajar toda la tarde para volver a levantar la barraca. De los dos muchachos que trabajan, mi padre reconoció al más pequeño cuando atravesábamos la plaza: es hijo del dueño, el mismo a quien vimos el año pasado hacer los juegos a caballo en un circo de la Plaza Víctor Manuel. Ha crecido; tendrá unos ocho años; es un hermoso muchacho, con una carita redonda y morena de pillo, y con muchos rizos negros que se les escapan fuera del sombrero cónico. Va vestido de payaso, metido dentro de una especie de saco grande con manga, de color blanco bordado de negro, y con unos zapatos de tela. Es un diablillo. Le gusta a todos. Hace de todo. Por la mañana temprano lo vemos envuelto en un chal, llevando la leche a su casucha de madera, luego va por los caballos a la cuadra de la calle Bertola; tiene en brazos al niño de pecho; transporta aros, caballetes, barras, cuerdas; limpia los carros, enciende el fuego, y en los momentos de descanso está siempre pegado a su madre. Mi padre lo está mirando desde la ventana, y no hace más que hablar de él y de los

suyos, que tienen aspecto de ser buena gente y de querer mucho a sus hijos. Una tarde fuimos al circo; hacía frío; casi no había nadie; sin embargo, el payasito no paraba un momento, a fin de tener contenta a la escasa asistencia; daba saltos mortales, se agarraba a la cola de los caballos, andaba con las piernas en alto él solo, y no paraba de cantar, siempre sonriente, con su bonita cara morena; y su padre, que llevaba un vestido rojo y pantalones blancos, con botas altas y la fusta en la mano, lo miraba, pero estaba triste. Mi padre sintió compasión de él, y al día siguiente se lo dijo al pintor Delis, que vino a vernos. ¡Esa pobre gente se mata de trabajar y no ganan nada! Aquel muchacho le gustaba mucho, ¿qué se podría hacer por ellos? El pintor tuvo una idea:

—Escribe un buen artículo en el Diario —le dijo—, tú que sabes escribir, tú cuentas los milagros del pequeño payaso y yo pinto su retrato; el Diario lo leen todos y, al menos por una vez, asistirá la gente.

Y así lo hicieron. Mi padre escribió un artículo hermoso y lleno de gracia, e n e l q u e c o n t a b a t o d o l o q u e n o s o t r o s v e í a m o s d e s d e la ventana, y encendía en deseos de cono-

cer y acariciar al pequeño artista, y el pintor trazó un retrato muy parecido y gracioso, que fue publicado el sábado por la tarde. El resultado fue que en la representación del domingo asistió al circo una gran muchedumbre. Es-

taba anunciado: «Representación a beneficio del payasito»; del payasito, como se le llamaba en el Diario. Mi padre me llevó a los primeros puestos; a la entrada habían fijado el periódico. El circo estaba repleto de gente; muchos espectadores tenían el Diario en la mano y se lo enseñaban al payasito, que se reía y corría de un lado a otro, loco de contento. ¡Y cómo no! Jamás periódico alguno le había concedido tal honor, y la caja del dinero se había llenado. Mi padre se sentó a mi lado. Entre los espectadores encontramos personas conocidas, junto a la entrada de los caballos, de pie, estaba el maestro de gimnasia, el que sirvió con Garibaldi, enfrente de nosotros, en los segundos puestos; el Albañilito, con su carita redonda, sentado al lado del gigante de su padre y que apenas me vio me hizo el hocico de liebre. Un poco más allá vi a Garoffi, que contaba los espectadores, calculando con los dedos, cuánto podría haber ingresado la compañía. También estaba en las sillas de los primeros puestos el pobre Roberto, el que salvó del autobús al niño; con sus muletas sobre las rodillas, al lado de su padre, capitán de artillería,

que tenía apoyada una mano sobre su hombro. La representación comenzó. El payasito hizo maravillas sobre el caballo, en el trapecio y en la cuerda, y cada vez que descendía lo aplaudían y muchos le tiraban de los rizos. Luego hicieron ejercicios otros artistas: funámbulos, escamoteadores y caballistas, vestidos de harapos y relumbrantes de plata. Pero cuando no estaba el muchacho parecía que la gente se cansaba. De pronto vi al maestro de gimnasia, de pie a la entrada de los caballos, que habló al oído del dueño del circo, y este al momento recorrió con su mirada la concurrencia, como si buscara a alguno. Su mirada se paró en nosotros. Mi padre se dio cuenta; comprendió que el maestro había dicho que él era el autor del artículo, y para que no fuera a darle las gracias, se fue, diciéndome:

—Quédate, Enrico, te espero fuera.

El payasito, después de haber cruzado algunas palabras con su padre, hizo otro ejercicio: de pie sobre el caballo, que iba al galope, se disfrazó cuatro veces: de peregrino, de marinero, de soldado y de acróbata, y cada vez que pasaba a mi lado, me miraba. Luego, cuando bajó, comenzó a dar la vuelta al circo con el sombrero de payaso en la mano, y todos le echaban dinero y dulces. Yo tenía preparadas dos monedas, pero cuando estuvo enfrente a mí, en vez de presentar el sombrero, lo echó hacia atrás, me miró y pasó adelante. Me sentí mortificado. ¿Por qué me había hecho aquel desaire? Terminó la representación, el dueño dio las gracias al público, y toda la gente se levantó y se amontonó en la salida. Yo estaba mezclado entre la gente, e iba a salir, cuando sentí que me tocaban en la mano. Me volví; era el payasito, con su graciosa carita morena y sus rizos negros, que me sonreía; tenía las manos llenas de dulces. Entonces comprendí.

—¿Querrías aceptar estos dulces del payasito...?

Le indiqué que sí, y cogí tres o cuatro.

—Entonces —dijo—, acepta también un beso.

—Dame dos —respondí, y le presenté la cara.

Se limpió con la manga la cara llena de harina, rodeó mi cuello con un brazo, y estampó dos besos en mis mejillas, diciéndome:

—Toma, y lleva uno a tu padre.

## El último día del carnaval

Martes, 21.

¡Qué triste escena presenciábamos hoy en el paseo de las máscaras! Terminó bien, pero pudo haber ocurrido una desgracia. En la Plaza de San Carlos, toda adornada de colgaduras amarillas, encarnadas y blancas, se agolpaba una gran multitud, cruzaban máscaras de todos los colores, pasaban carros dorados llenos de banderas en forma de pabellones, de teatros, de barcos, repletos de arlequines, de guerreros, de cocineros, de marineros y pastorcitas; había tal confusión que no se sabía adónde mirar, un ruido de trompetas, de cuernos y de platillos que atronaba los oídos; y las máscaras de los carros bebían y cantaban, apostrofando a los que iban a pie y a los que estaban en las ventanas, que respondían gritando a voz en cuello, y se tiraban con fuerza naranjas y dulces; y por encima de las carrozas y del gentío, hasta donde alcanzaba la vista, se veían ondear banderines, centellear cascos, tremolar penachos, agitarse cabezotas de cartón-piedra, cofias gigantescas, tubos enormes, armas extravagantes, tamboriles, castañuelas, gorros rojos y botellas: todos parecían locos. Cuando nuestro coche entró en la plaza, iba delante de nosotros un magnífico carro, tirado por cuatro caballos, con gualdrapas bordadas en oro, cuajado de guirnaldas de rosas artificiales, en el cual había catorce o quince señores, disfrazados de caballeros de la corte de Francia, resplandecientes de seda, con peluca blanca, sombrero de pluma bajo el brazo, y el espadín, e infinidad de lazos y de encajes en el pecho; todo hermosísimo. Todos cantaban a la vez una canción francesa, y echaban dulces a la gente, y esta aplaudía y gritaba. De pronto, a nuestra izquierda vimos que un hombre levantaba por encima de la muchedumbre a una niña de cinco o seis años, que lloraba desesperadamente la pobre -

cita, agitando los brazos, como presa de un ataque. El hombre se abrió paso hacia el carro de los señores; uno de ellos se inclinó, y el hombre le gritó:

—Coja a esta niña; ha perdido a su madre entre la multitud; téngala en brazos; la madre no debe de estar lejos, y la verá; no hay otra solución.

El señor tomó en brazos a la niña; los demás dejaron de cantar; la niña gritaba y se revolvía; el señor se quitó la máscara; el carro continuó andando lentamente. Mientras, según nos contaron luego, en el otro extremo de la plaza, una pobre mujer, medio enloquecida, rompía por entre la multitud a codazos y empujones, gritando:

—¡María! ¡María! ¡He perdido a mi hija! ¡Me la han robado! ¡Han ahogado a mi niña!

Hacía un cuarto de hora que desvariaba, presa de la desesperación, yendo de un lado para otro, oprimida por la gente, que apenas podía abrirle paso. El señor del carro, entretanto, tenía a la niña abrazada contra los lazos y los encajes del pecho, paseando su mirada por toda la plaza, e intentaba tranquilizar a la pobre criatura, que cubría su cara con las manos, sin saber dónde se hallaba, sollozando de tal modo que partía el alma. El señor estaba conmovido; se veía que aquellos gritos le llegaban al alma; todos ofrecían a la niña naranjas y dulces; pero ella todo lo rechazaba, gritando cada vez más amedrentada y convulsa.

—¡Buscad a la madre! —gritaba el señor a la gente—, ¡buscad a la madre!

Todos se volvían a mirar a un lado y a otro; pero la madre no aparecía. Por fin a pocos pasos de la calle Roma, se vio que una mujer se lanzaba hacia el carro... jamás la olvidaré. No parecía una figura humana; llevaba el cabello suelto, la cara desfigurada, los vestidos desgarrados; se lanzó hacia delante dejando escapar un grito que no se sabía si era de alegría, de angustia o de rabia, y extendió sus manos como si fueran dos garras para coger a su hija. El carro se paró.

—Aquí la tiene —dijo el señor, presentándosela, después de besarla.

Y la puso en brazos de su madre, que la estrechó contra su seno con ardor... Pero una de sus manecitas se quedó unos segundos entre las manos del señor, el cual, quitándose de su mano derecha un anillo de oro con un gran diamante, rápidamente lo metió en el dedo de la pequeña.

—Toma —le dijo—, será tu dote de esposa.

La madre permaneció como hipnotizada, la multitud prorrumpió en aplausos, el señor se volvió a poner la máscara, sus compañeros comenzaron de nuevo a cantar, y el carro echó otra vez a andar lentamente, en medio de una salva de aplausos y vítores.

## Los muchachos ciegos

Jueves, 23.

El maestro está muy enfermo, y nos ha enviado en su lugar al de cuarto, el que ha sido maestro en el instituto de ciegos; el más viejo de todos, tan blanco que parece que tiene en la cabeza una peluca de algodón, y habla con un tono como si cantase una canción melancólica; pero sabe mucho. Apenas entró en clase, al ver a un muchacho con un ojo vendado, se acercó al banco y le preguntó qué le pasaba.

—Cuidado con los ojos, muchacho —le dijo.

Y entonces, Derossi le preguntó:

—¿Es verdad, señor maestro, que ha sido usted profesor de ciegos?

—Sí, durante varios años —respondió.

Y Derossi, a media voz, le dijo:

—Cuéntenos algo de ellos.

El maestro fue a sentarse a la mesa.

Coretti dijo en voz alta:

—El instituto de los ciegos está en la calle Niza.

—Vosotros decís ciegos, ciegos —dijo el maestro— lo mismo que si dijerais enfermos, o pobres, o qué sé yo. Pero, ¿entendéis bien el significado de esa palabra? Pensad un poco. ¡Ciegos! ¡No ver nada jamás! No distinguir el día de la noche, no ver ni el cielo, ni el sol, ni a los propios padres, nada de todo lo que nos rodea y se toca; ¡verse sumergido en una oscuridad perpetua, y como sepultados en las entrañas de la tierra! Haced la prueba; cerrad un poco los ojos y pensad que tenéis que permanecer siempre así. Enseguida sentiréis que se apodera de vosotros una ansiedad, un terror; os parecerá tan imposible de soportar, que os pondríais a gritar, y enloqueceríais o moriríais. Y, sin embargo, pobres muchachos, cuando se entra por primera vez en el instituto de los ciegos, durante el recreo, al oírles tocar violines y flautas por todas partes, hablar alto y reír, subiendo y bajando las escaleras a buen paso, y dando vueltas experimentadamente por los corredores y por los dormitorios, no se les creería tan desventurados como en realidad lo son. Es necesario observarlos atentamente. Hay jóvenes de dieciséis o



dieciocho años que sobrellevan la ceguera con cierto desembarazo, casi con una especie de orgullo; pero se ve por la expresión desdeñosa fiera de sus semblantes que deben de haber sufrido enormemente antes de resignarse a aceptar esa des-gracia. Hay otros, de fisonomía pálida y dulce, en los que se refleja una gran resignación, pero triste, y se comprende que en secreto, algunas veces, deben de llorar aún. ¡Ah, hijos míos! Pensad que algunos de ellos han perdido la vista en unos días; otros, después de un año de martirio y de muchas intervenciones quirúrgicas terribles, y que muchos son ciegos ya de nacimiento, venidos a la vida en una noche a la que jamás sucedió para ellos la aurora; que han entrado en el mundo como en una tumba inmensa y que no saben cómo está formado el rostro humano. Imaginaos lo que deben de haber sufrido y lo que han de sufrir aún, cuando piensan confusamente en la diferencia tremenda que existe entre ellos y los que pueden ver, y se preguntan a sí mismos: «¿Por que esta diferencia, si nosotros no tenemos culpa alguna?». Yo, que he pasado varios años entre ellos, cuando recuerdo aquella clase, todos aquellos ojos sellados para siempre, todas aquellas pupilas sin luz y sin vida, y luego pienso en vosotros, me parece imposible que no seáis todos felices. Pensad que hay unos veintiséis mil ciegos en Italia. Veintiséis mil personas que no ven la luz; ¿os dais cuenta? ¡Todo un ejército que tardaría cuatro horas en desfilar bajo nuestras ventanas!

El maestro calló; no se oía respirar en la clase. Derossi preguntó si era verdad que los ciegos tienen el sentido del tacto más fino que nosotros. El maestro contestó:

—Es verdad. Todos los demás sentidos se refinan en ellos precisamente porque, teniendo que suplir entre todos ellos al de la vista, se ejercitan mucho más que los de los que pueden ver. Por la mañana, en el dormitorio, alguno pregunta: «¿Hay sol?», y el que anda más listo para vestirse sale corriendo al patio a mover la mano por el aire para ver si se percibe el calor del sol, y corre a dar la buena noticia: «¡Hay sol!». Por la voz de una persona se hacen idea de su estatura; nosotros juzgamos acerca del modo de ser de una persona por los ojos, ellos por la voz; recuerdan la entonación y el acento durante años enteros. Se dan cuenta de si en una habitación hay más de una sola persona, aunque no hable más que una, y las demás permanezcan inmóviles. Por el tacto saben si una cuchara está poco limpia y las niñas distinguen la lana teñida de la de



color natural. Van en parejas por la calle, reconocen casi todas las tiendas por el olor, incluso aquellas en las que nosotros no percibimos ninguno, juegan a la peonza, y por el ruido que hace al girar van derechos a cogerla, sin equivocarse, juegan al aro, a los bolos, saltan a la comba, fabrican casitas con piedras, cogen violetas como si las vieran, hacen esteras y canastillos, entrelazando pajas de varios colores con rapidez y perfección. ¡De tal manera tienen ejercitado el tacto! Para ellos el tacto es su vista; y uno de sus mayores placeres es el de tocar, de apretar, de adivinar la forma de las cosas palpándolas. Es conmovedor verlos cuando los llevan al museo industrial, donde les dejan tocar lo que quieran, con qué alegría se apoderan de los cuerpos geométricos, de los modelos de casas, de los instrumentos; con qué ilusión palpan, frotan y dan vueltas entre sus manos a todas las cosas, para ver cómo están hechas. Ellos hablan de «ver».

Garoffi interrumpió al maestro para preguntarle si es verdad que los muchachos aprenden a contar mejor que los demás. El maestro respondió:

—Sí lo es. Aprenden a contar y a leer. Tienen libros a propósito, con caracteres en relieve; pasan los dedos por encima, reconocen las letras, y dicen las palabras; leen expeditamente. Y hay que ver cómo se ruborizan los pobrecitos cuando se equivocan. Y escriben también sin tinta. Escriben sobre un papel espeso y duro con un punzón de metal con el que forman una serie de puntitos hundidos y en grupo según un alfabeto especial; esos puntitos aparecen en relieve por la parte contraria del papel, de modo que, dando la vuelta a la hoja y pasando los dedos por aquellos relieves, pueden leer lo que han escrito y la escritura de los demás; y así hacen composiciones y se escriben cartas entre ellos. Del mismo modo escriben números y hacen cuentas. También calculan mentalmente con una facilidad asombrosa, pues no les distraen las cosas exteriores, como a nosotros. ¡Y si vierais con qué interés oyen la lectura, qué atención ponen, cómo se acuerdan de todo y discuten entre ellos, incluso los pequeños, de cosas de historia y de gramática, sentados en un mismo banco cuatro o cinco, sin volverse uno hacia el otro, hablando el primero con el tercero, el segundo con el cuarto, todos a la vez y en voz alta, sin perder ni una sola palabra, de tan fino como tienen el oído! Dan más importancia que vosotros a los exámenes, y sienten mayor afecto hacia sus maestros. Reconocen al maestro por el paso y por el olor; se

dan cuenta de si está de buen o de mal humor, por el simple sonido de una palabra; desean que el maestro los toque cuando los anima o los alaba, y palpan sus manos y sus brazos para expresarle su gratitud. Se quieren también los unos a los otros; son buenos compañeros. Durante el tiempo del recreo casi siempre están juntos los de costumbre. En la sección de las muchachas, por ejemplo, se forman distintos grupos según los instrumentos que tocan, violinistas, pianistas, flautistas, y no se separan jamás. Cuando cogen cariño a una persona, difícilmente se cansan de ella. Encuentran un gran consuelo en la amistad, juzgan los unos de los otros con rectitud. Tienen un concepto claro y profundo del bien y del mal. Nadie se entusiasma como ellos al oír contar una acción generosa o un hecho heroico.

Votini preguntó si tocan bien.

—¡Aman la música con ardor! —respondió el maestro—. La música es su alegría, su vida, hay niños ciegos, apenas entrados en el Instituto, capaces de pasarse tres horas de pie, inmóviles, oyendo tocar. Aprenden fácilmente y tocan con apasionamiento. Cuando el maestro dice a uno que no tiene disposición para la música, experimenta un gran pesar, pero se ponen a estudiar con desesperación. ¡Si oyeseis la música allí dentro! ¡Si los vierais tocar con la frente levantada, la sonrisa en los labios, el rostro inflamado, temblando de emoción, como en éxtasis, escuchando la armonía que derraman en la oscuridad infinita que los circunda, qué bien comprenderíais que la música es para ellos un solaz divino! No caben en sí de júbilo, resplandecen de felicidad cuando un maestro les dice: «Llegarás a ser un artista». Para ellos, el primero en música, el que triunfa sobre todo en el piano o el violín, es como un rey; lo quieren, lo veneran. Si surge un litigio entre dos, van a él; si dos amigos se enfadan, es él quien los reconcilia. Los más pequeños, a los que enseña a tocar, lo consideran un padre. Antes de acostarse van todos a darle las buenas noches. Continuamente están hablando de música. Cuando ya están en la cama, cansados del estudio y del trabajo y medio dormidos, aún siguen hablando en voz baja de óperas, de maestros, de instrumentos y de orquestas. Es un castigo tan grande para ellos que los priven de la lectura o de la clase de música, les produce un dolor tan vivo, que casi nadie tiene el valor de imponerles esa sanción.

Lo que es la luz para nuestros ojos, eso es la música para su corazón.

Derossi preguntó si no se podía ir a verlos.

—Se puede —respondió el maestro—; pero vosotros no debéis ir por ahora. Más tarde iréis, cuando estéis en situación de comprender toda la grandeza de esa desgracia, y de sentir toda la compasión que merece. Es un triste espectáculo, hijos míos. A veces se encuentra a unos cuantos muchachos sentados frente a una ventana abierta de par en par, gozando de la frescura del aire, inmóviles, como si miraran la inmensa llanura verde y las hermosas montañas azules, que vosotros contempláis...; pero al pensar que no ven ni verán jamás nada de toda aquella belleza, se os oprime el alma como si en aquel momento se hubieran quedado ciegos. Y todavía los ciegos de nacimiento, que jamás han visto el mundo, no echan de menos nada, porque no tienen imagen alguna de las cosas, y dan menos compasión. Pero hay muchachos que han quedado ciegos hace poco tiempo, que lo recuerdan aún todo, que se dan perfecta cuenta de todo lo que han perdido, y éstos sienten más a lo vivo el dolor de ver cómo su mente se oscurece un poco más cada día y se borran de ella las imágenes más queridas, cómo van muriendo en su memoria los seres más adorados. Uno de estos muchachos me decía con una tristeza indecible: «Desearía recobrar la vista siquiera por un momento para volver a ver la cara de mi madre. Que no puedo ya recordar». Y cuando las madres van a verlos, les ponen las manos en la cara, la tocan toda desde la frente a la barbilla y las orejas, para poder sentir cómo es, y les parece imposible no poder verla, y las llaman muchas veces por el nombre como para suplicarles que se dejen ver por una vez siquiera. ¡Cuántos salen de allí llorando, incluso hombres recios! Y cuando se sale, nos parece que la nuestra es una excepción, un privilegio inmerecido el ver la gente, las casas, el cielo. Estoy seguro que no habría ninguno de vosotros que, al salir de allí no estuviera dispuesto a privarse de un poco de vista, para dar siquiera un leve resplandor a todos aquellos pobres muchachos para los cuales el sol carece de luz y la madre, de rostro.

## El maestro enfermo

Sábado, 25.

Ayer por la tarde, al salir de la escuela, fui a visitar a mi maestro enfermo. Se ha puesto mal por el exceso de trabajo. Cinco horas de clases diarias, luego una hora de gimnasia, además de otras dos horas de escuela nocturna, significa dormir poco, comer a escape y desgañitarse de la mañana a la noche; por ello tiene la salud arruinada. Esto es lo que me explica mi madre. Ella me esperó abajo, en el portal; yo subí solo, y por las escaleras me encontré al maestro de la barba grande y negra —Coati—, el que aterra a todos y no castiga a ninguno; me miró con los ojos muy abiertos y sacó voz de león —en broma—, aunque sin reírse. Yo seguía riéndome aún al tirar de la campanilla en el cuarto piso; pero terminé de reír enseguida, cuando la criada me introdujo en una pobre habitación, medio a oscuras, donde estaba recostado mi maestro en una pequeña cama de hierro. Tenía la barba larga. Puso la mano ante los ojos para ver mejor, y exclamó con su voz cariñosa:

—¡Ah, Enrico!

Yo me acerqué a la cama, y él me puso una mano en el hombro, diciendo:

—Muy bien, hijo mío. Has hecho muy bien en venir a ver a tu pobre maestro. No me encuentro muy bien, como puedes ver, mi querido Enrico. ¿Cómo va la escuela? ¿Qué tal los compañeros? Todos bien, ¿verdad?, aun sin mí. ¿Verdad que no echáis de menos a vuestro viejo maestro?

Quise decir que no, pero me interrumpió:

—Bien, bien, ya sé que no me queréis mal —y dio un suspiro.

Yo miraba ciertas fotografías colgadas de la pared.

—¿Ves? —me dijo—. Son todos muchachos que me han dado su fotografía, de veinte años para acá. Excelentes muchachos. Ellos son mis recuerdos. Cuando muera, mi última mirada la dirigiré a ellos, a todos esos pilluelos entre los cuales he pasado mi vida. Tú también, ¿no es verdad?, me darás tu retrato cuando termines el grado elemental —luego cogió una naranja de su mesita de noche y me la puso en la mano—: No tengo más que darte —dijo—: es un regalo de enfermo.

Yo lo miraba, y mi corazón estaba triste, no sé por qué.

—Bueno —volvió a decir—, yo espero salir bien de ésta; pero si no me curase... cuida de fortalecerte en las matemáticas, que son tu punto flaco; haz un esfuerzo; solamente se trata de un primer esfuerzo, pues a veces no se trata de falta de aptitud, sino de un prejuicio, o, por así decirlo, de una manía —y, entretanto, respiraba con dificultad; se veía que sufría—: Tengo mucha fiebre —murmuró—; estoy medio acabado. Te lo pido, pues. Insiste en la aritmética y en los problemas. ¿Que no sale a la primera? Se descansa un poco y se vuelve a intentar. ¿Que tampoco se consigue a la siguiente? Otro poco de descanso, y a comenzar de nuevo. Y adelante, pero tranquilamente, sin inquietarse, sin calentarse la cabeza. Ea, vete. Saluda a tu madre. Y no vuelvas a subir estas escaleras; nos volveremos a ver en la escuela. Y si no vol viéramos a vernos, acuérdate alguna vez de tu maestro de tercero, que siempre te ha querido bien.

Al oír aquellas palabras me entraron ganas de llorar.

—Baja la cabeza —me dijo; yo la incliné sobre la almohada y él besó mis cabellos, luego me dijo—: Anda, vete —y volvió la cabeza hacia la pared.

Yo bajé volando las escaleras, porque sentía necesidad de besar a mi madre.

## La calle

Lunes, 27.

«Te he estado observando desde la ventana esta tarde, cuando volvíais de casa del maestro; has tropezado con una mujer. Pon más cuidado en ir por la calle. También allí tenemos deberes que cumplir. Si controlas tus pasos y tus gestos en una casa particular, ¿por qué no hacer lo mismo en la calle, que es la casa de todos? Grábalo bien, Enrico, en tu memoria. Siempre que encuentres a un anciano decrepito, a un pobre, a una mujer con un niño en brazos, a un impedido que anda con muletas, a un hombre encorvado bajo el peso de una carga, a una familia de luto, cédeles el paso respetuosamente; hemos de respetar siempre la vejez, la miseria, el amor materno, la enfermedad, la fatiga, la muerte. Siempre que veas que a una persona se le echa encima un carruaje, retírala, si es un niño; y si es un hombre, avísale; pregunta siempre qué le pasa, a un niño, cuando se encuentra solo y llora; recoge el bastón al anciano que lo ha dejado caer. Si dos muchachos se pelean, sepáralos; si son dos hombres, aléjate; no presencies un espectáculo de violencia brutal, que ofende y endurece el corazón. Y cuando pasa un hombre maniatado entre dos guardias, no unas a la de la multitud tu curiosidad cruel; p u e d e q u e s e a u n i n o c e n t e . D e j a d e h a b l a r c o n t u a c o m p a ñ a n t e y d e s o n r e í r c u a n d o t e e n c u e n t r e s u n a c a m i l l a d e l h o s p i t a l , q u e q u i z á l l e v a u n m o r i b u n d o : o u n c o r t e j o f ú n e b r e , q u e a l d í a s i g u i e n t e p o d r í a p a r t i r d e t u c a s a . M i r a c o n r e v e r e n c i a a l o s m u c h a c h o s d e l a s i n s t i t u c i o n e s b e n é f i c a s q u e p a s a n d e d o s e n d o s : c i e g o s , m u d o s , r a q u í t i c o s , h u é r f a n o s y n i ñ o s a b a n d o n a d o s ; p i e n s a q u e e s l a d e s g r a c i a y l a c a r i d a d h u m a n a q u i e n p a s a . S i m u l a s i e m p r e n o v e r a q u i e n t i e n e u n a d e f o r m i d a d r e p u g n a n t e o r i d í c u l a . A p a g a s i e m p r e c u a l q u i e r c e r i l l a e n c e n d i d a q u e e n c u e n t r e s a t u p a s o , q u e p o d r í a c o s t a r a a l g u n o l a v i d a . R e s p o n d e c o n c o r t e s í a a l q u e t e p r e g u n t a p o r u n a c a l l e . N o t e r í a s a l m i r a r a n a d i e ; n o c o r r a s s i n n e c e s i d a d , n o g r i t e s . R e s p e t a l a c a l l e . L a e d u c a c i ó n d e u n p u e b l o s e j u z g a a n t e t o d o p o r s u c o m p o r t a m i e n t o e n l a v í a p ú b l i c a . D o n d e v e a s f a l t a d e e d u c a c i ó n p o r l a c a l l e , l a e n c o n t r a r á s e n l a s c a s a s . Y e s t u d i a l a s c a l l e s : e s t u d i a l a c i u d a d d o n d e v i v e s ; s i e l d í a d e m a ñ a t u v i e r a s q u e a u s e n t a r t e d e e l l a , t e a l e g r a r í a s d e t e n e r l a b i e n

presente en la memoria, por  
de recorrerla completamente con el pensamiento; tu  
ciudad, tu patria chica, la que durante tantos años ha constituido tu  
mundo, donde has dado los primeros pasos al lado de tu madre, has  
experimentado las primeras emociones, has abierto la mente a las  
primeras ideas, has encontrado los primeros amigos. Ella ha sido una  
madre para ti; te ha instruido, deleitado, protegido. Estúdiala en sus  
calles y en sus gentes, y ámala; y cuando oigas que la injurian,  
defiéndela.

Tu padre».

# Marzo

## Las escuelas nocturnas

Jueves, 2.

Mi padre me llevó ayer a ver las aulas nocturnas de nuestra escuela Bareti; estaban ya todas iluminadas, y los obreros comenzaban a entrar. Al llegar, encontramos al director y a los maestros muy enfadados, porque poco antes habían roto de una pedrada el cristal de una ventana; el bedel había salido fuera y atrapado a un muchacho que pasaba; pero entonces se presentó Estardo, que tiene la casa enfrente de la escuela, y había dicho:

—No ha sido este; lo he visto con mis propios ojos; ha sido Franti quien ha tirado, y me ha dicho: «¡Ay de ti, si hablas!»; pero no le tengo miedo.

El director dijo que Franti sería expulsado definitivamente. Entretanto, atendía a los obreros que entraban de dos en dos, o también en grupos de tres, y ya había dentro más de doscientos, ¡Jamás había visto lo hermosa que es una escuela nocturna! Había muchachos de doce años para arriba, y hombres con barba, que volvían del trabajo llevando libros y cuadernos; había carpinteros; fumistas, con la cara negra; albañiles, con las manos blancas de la cal; panaderos con el pelo lleno de harina, y se percibía olor a barniz, a cuero, a pez y aceite...; olores de todos los oficios. Entró también un pelotón de obreros de artillería, vestidos de soldados, presidido por un cabo. Se colocaron rápidamente en los bancos, y quitaban el travesaño donde nosotros ponemos los pies, y al momento se ponían a estudiar. Algunos iban a pedir explicaciones a los maestros, con los cuadernos abiertos. Vi a aquel maestro joven y bien vestido —el Abogadito—, que tenía tres o cuatro obreros alrededor de la mesa y hacía correcciones con la pluma; y también al cojo, que se reía con un tintorero, que le había llevado un cuaderno todo

manchado de tintero rojo y azul. Estaba también mi maestro, y acurado, que mañana volverá a la escuela.

Las puertas de las clases estaban abiertas. Me quedé maravillado cuando comenzaron las lecciones, al ver lo atentos que estaban todos, sin mover ni siquiera los ojos. Sin embargo, la mayor



parte, decía el director, para no llegar demasiado tarde, ni siquiera habían entrado en sus casas a comer algo, y tenían hambre. Los pequeños, después de media hora de clase, se caían de sueño; alguno se dormía con la cabeza apoyada en el banco, y el maestro lo despertaba tocándolo con la pluma en la oreja. Pero los mayores se mantenían bien despiertos, oyendo con la boca abierta la lección, sin pestañear: y me hacía gracia ver en nuestros bancos toda aquella gente barbuda. Subimos también al piso superior, y yo me fui corriendo a la puerta de mi clase, y vi que en mi puesto había un hombre de grandes bigotes que llevaba una mano vendada, porque quizá se habría hecho daño con alguna herramienta; sin embargo, se ingeniaba para escribir muy despacio. Pero lo que más me gustó fue ver en el puesto del Albañilito, precisamente en el mismo banco y en el mismo rincón, a su padre, aquel albañil grande como un gigante, que estaba con los codos en la mesa, en la que apenas cabía, con la barba apoyada en los puños y los ojos en el libro, tan atento que no resollaba. Y no fue una casualidad, sino que él mismo dijo al director:

—Señor director, tenga la bondad de ponerme en el puesto de mi hijo, el hocico de liebre.

Siempre llama a su hijo de ese modo... Mi padre me tuvo allí hasta el fin, y vimos en la calle a muchas mujeres con los niños en brazos, que esperaban a sus maridos, y a la salida se cambiaban; los obreros cogían a los niños en brazos, las mujeres los libros y cuadernos, y se iban a casa. Por unos momentos la calle se llenó de gente y de ruido. Luego todo quedó en silencio y no vimos más que la figura larga y cansada del director que se alejaba.

## La pelea

Domingo, 5.

Era de esperar. Franti, expulsado por el director, quiso vengarse, y ha esperado a Estardo en una esquina, al salir del colegio, cuando él pasa con su hermana, a la que todos los días va a buscar a un instituto de la calle Dora Grossa. Mi hermana Silvia lo vio todo al salir de su colegio, y llegó a casa llena de horror. He aquí lo que ocurrió: Franti, con su gorra de tela de hule echada a un lado, se fue corriendo de puntillas detrás de Estardo, y, para provocarlo, dio un tirón a la trenza de su hermana, un tirón tan fuerte que casi la tira al suelo de espaldas. La niña lanzó un grito; su hermano se volvió. Franti, que es mucho más alto y fuerte que Estardo, pensó: «No rechistaré, o lo pasará mal». Pero Estardo no se paró a pensar, y, a pesar de ser tan pequeño y rechoncho, de un salto se arrojó sobre aquel grandullón, y comenzó a darle puñetazos. Pero no podía con él, y recibía más de los que daba. En la calle no había más que chicas; nadie podía separarlos. Franti lo arrojó al suelo; pero el otro se puso enseguida de pie, y de nuevo se echó encima de Franti, que lo golpeó, como quien golpea sobre una puerta; en un momento le arrancó media oreja, le magulló un ojo y lo hizo sangrar por la nariz.

Pero Estardo seguía terco y rugía:

—Me matarás, pero lo pagarás caro.

Franti le daba puntapiés y golpes, y Estardo, más bajo, se defendía a cabezazos y patadas. Una mujer gritó desde la ventana:

—¡Bravo por el pequeño!

Otras decían:

—Es un muchacho que defiende a su hermana. ¡Ánimo! ¡Dale fuerte!

Y a Franti le gritaban:

—¡Grandullón! ¡Cobarde!

Pero también Franti se había enfurecido y le puso una zancadilla, Estardo cayó, y él encima:

—¡Ríndete!

—¡No!

Al momento, con un movimiento rápido, Estardo se levantó, cogió

a Franti por la cintura, y con un esfuerzo rabioso lo arrojó sobre el empedrado, poniéndole una rodilla en el pecho.

—¡Ah, el infame, tiene una navaja! —gritó un hombre, corriendo para desarmar a Franti.

Pero ya Estardo, fuera de sí, le había cogido el brazo con las dos manos, y dado tal mordisco que la navaja se le había caído al suelo y la mano le sangraba. Mientras tanto se acercaron otros que los separaron y los levantaron: Franti echó a correr, malparado, Estardo se quedó allí, con la cara llena de arañazos y el ojo magullado, pero vencedor, al lado de la hermana, que lloraba, mientras algunas muchachas recogían los libros y los cuadernos desparramados por la calle.

—¡Bravo por el pequeño —decían a su alrededor—, que ha sabido defender a su hermana!

Pero Estardo, que se preocupaba más de su cartera que de su victoria, se puso a examinar enseguida sus libros y sus cuadernos uno por uno, para ver si faltaba algo o se había estropeado alguna cosa; los limpió con la manga, guardó la pluma, puso cada cosa en su sitio, y luego, tranquilo y serio, como siempre, dijo a su hermana:

—Vamos pronto, que tengo que hacer un problema de cuatro operaciones.

<sup>3</sup> Torcuatto Tasso. Uno de los escritores más ilustres del Renacimiento. Autor del poema épico La Jerusalén libertada y del drama pastoril Aminta. Nacido en Sorrento, Nápoles, en 1544 y muerto en 1595.

## Los padres de los chicos

Lunes, 6.

Esta mañana estaba el grueso padre de Estardo esperando a su hijo, por miedo de que se encontrase con Franti otra vez; pero dicen que Franti no vendrá porque lo meterán en la cárcel. Había muchos padres esta mañana. Entre otros, estaba el vendedor de leña, el padre de Coretti, viva imagen de su hijo, alto, alegre, con sus bigotes aguzados y un lazo de dos colores en el ojal de la chaqueta. Ya casi conozco a todos los padres de los muchachos, de verlos siempre allí. Hay una abuela encorvada, con cofia blanca, que llueva, nieve o truene, viene cuatro veces al día a acompañar y a buscar a su nietecito de primero superior, y le quita el abrigo, y se lo pone, le arregla la corbata, le sacude el polvo, lo atusa, le mira los cuadernos; se ve que no tiene otro pensamiento, que no encuentra nada más hermoso en el mundo. También viene con frecuencia el capitán de artillería, el padre de Roberto, el de las muletas, que salvó del autobús a un niño; y como todos los compañeros de su hijo, al pasar por delante de él, le hacen una caricia, él a todos devuelve la caricia o el saludo; no hay miedo de que se olvide de ninguno; a todos hace una reverencia, y cuanto más pobres parecen y peor vestidos están, con mayor satisfacción les da las gracias. A veces también se ven cosas tristes: un señor que hacía más de un mes que no venía porque se le había muerto un hijo, y mandaba a la criada a buscar al otro, al volver ayer por primera vez y ver la clase y los compañeros de su hijo muerto, se fue a un rincón y prorrumpió en sollozos, cubriéndose la cara con ambas manos, y el director lo cogió por el brazo y lo llevó al despacho. Hay padres y madres que conocen de nombre a todos los compañeros de sus hijos. También hay muchachas de la escuela vecina, y alumnos del instituto, que vienen a esperar a sus hermanos. Hay un señor anciano, que ha sido coronel, y que cuando un muchacho deja caer el cuaderno o la pluma en medio de la calle, él lo recoge. No faltan señoras elegantes que charlan de las cosas del colegio con las más humildes, que llevan el pañuelo en la cabeza y la cesta al brazo, y dicen: «¡Esta vez el problema ha sido horrible!». «¡La lección de gramática de esta mañana era interminable!». Y cuando alguno está enfermo en una clase, lo saben

todas; y todas se alegran cuando el enfermo se restablece. Precisamente esta mañana había unas ocho o diez, señoras y trabajadoras, rodeando a la madre de Crosi, la verdulera, pidiéndole noticias de un pobre niño de la clase de mi hermano, que vive en su patio y está en peligro de muerte. Parece que la escuela a todos los hace iguales y amigos.

## El número 78

Miércoles, 8.

Ayer por la tarde presencié una escena conmovedora. Hacía varios días que la verdulera, cada vez que pasaba al lado de Derossi, se quedaba mirándolo con una expresión llena de cariño; porque Derossi, después de haber descubierto lo del tintero y el número 78, ha tomado mucho afecto a Crosi, el de los cabellos rojos y el brazo impedido, y le ayuda a hacer los trabajos de la escuela, le sugiere las respuestas, le da papel, plumas, lápices; en fin, lo trata como a un hermano, como para compensarlo de la desgracia de su padre que le ha caído en suerte sin él saberlo. Llevaba ya varios días la verdulera mirando a Derossi, y parecía como si quisiera comérselo con los ojos, porque es una buena señora, que vive por completo para su hijo; y como Derossi, ayuda a Crosi a quedar bien, Derossi, que es un señor y el primero de la escuela, le parece a ella un rey. Un santo. No dejaba de mirarlo y pareciese como si quisiera decirle alguna cosa, y sintiese vergüenza. Pero, por fin, esta mañana se armó de valor, lo paró ante un portal y le dijo:

—Dispéñeme, jovencito; usted que es tan bueno y tanto quiere a mi hijo, hágame el favor de aceptar este pequeño recuerdo de una pobre madre —y sacó de la cesta una cajita de cartón blanca y dorada.

Derossi se ruborizó todo, y la rechazó resueltamente, diciendo:

—Désela a su hijo; yo no acepto nada.

La mujer se sintió avergonzada, y pidió perdón, balbuciendo:

—No tenía intención alguna de ofenderlo..., no son más que unos caramelos.

Pero Derossi volvió a decir que no, moviendo la cabeza. Y entonces, ella, tímidamente, sacó de la cesta un manojito de rábanos, y dijo:

—Acepte al menos estos, que son frescos, para llevárselos a su madre. Derossi sonrió y respondió:

—No, gracias, no quiero nada; haré siempre lo que pueda por Crosi, pero no puedo aceptar nada; gracias de todos modos.

—Pero, ¿no lo he ofendido? —preguntó con ansiedad la mujer.

Derossi le dijo que no, sonriendo, y se fue, mientras ella exclamaba

llena de alegría:

—¡Qué muchacho tan bueno! ¡Jamás he visto un chico tan bueno y tan guapo!

Parecía todo concluido. Pero he aquí que por la tarde, a las cuatro, en vez de la madre de Crosi, se le acerca el padre, con aquella cara tan pálida y triste. Detuvo a Derossi, y en el modo de mirarlo enseguida comprendió su sospecha de que Derossi conocía su secreto; lo miró fijamente, y, con voz afectuosa y triste, le dijo:

—Usted quiere a mi hijo... ¿Por qué lo quiere tanto?

Derossi se puso todo colorado. Hubiera deseado responder: «Lo quiero porque ha sido desgraciado; porque también usted, su padre, ha sido más desgraciado que culpable, ha expiado noblemente su delito y es un hombre de corazón». Pero no tuvo valor para decírselo, porque, en el fondo, también él sentía temor y casi repugnancia delante de aquel hombre que había derramado la sangre de otro, y había pasado seis años en la cárcel. Pero el otro lo adivinó todo y, bajando la voz, dijo al oído de Derossi, casi temblando:

—Quieres a mi hijo; pero no despreciarás al padre, ¿verdad?

—¡Ah, no, no; al contrario! —exclamó Derossi, en un arranque del alma.

Y entonces el hombre hizo un ademán impetuoso como para echarle los brazos al cuello, pero no se atrevió, y se contentó con coger con dos dedos uno de sus rubios rizados, estirándolo, y lo dejó que se fuera; luego se llevó la mano a la boca y se besó la palma de la misma, mirando a Derossi con los ojos humedecidos, como para decirle que aquel beso era para él. Después cogió a su hijo de la mano y se fue a buen paso.

## El chiquitín muerto

Lunes, 16.

El niño que vive en el patio de la verdulera, el del primer curso superior, compañero de mi hermano, ha muerto. La maestra Delcati vino el sábado por la tarde muy afligida, a dar la noticia al maestro, y al momento Garrone y Coretti se ofrecieron para ayudar a llevar el ataúd. Era un niño excelente; la semana pasada había ganado la medalla; quería mucho a mi hermano, y le había regalado una hucha rota; mi madre lo acariciaba siempre que lo encon-traba. Usaba una gorrita con dos tiras de paño rojo. Su padre es mozo de la estación. Ayer tarde, domingo, fuimos a su casa para acompañarlo a la iglesia. Viven en el piso bajo. En el patio había muchos niños de su curso, con sus madres, llevando velas; cinco o seis maestras y algunos vecinos. La maestra de la pluma roja y la Delcati estaban dentro, y por una ventana abierta las veíamos llorar; y se oía a la madre del niño, que sollozaba fuertemente. Dos señ oras, madres de dos compañeros de escuela del muerto, habían llevado sendas guirnaldas de flores. A las cinco en punto nos pusimos en marcha. Iba delante un niño que llevaba la cruz, luego un sacerdote, y detrás el ataúd, un pequeño ataúd. ¡Pobre niño!, cubierto de un paño negro, y alrededor las guirnaldas de las dos señoras. En el paño negro, de un lado, habían prendido la medalla y tres menciones honoríficas que el niño había ganado durante el año. Llevaban la caja Garrone, Coretti y dos muchachos del patio. Detrás iba, en primer lugar, la maestra Delcati, que lloraba como si el pequeño muerto fuese hijo suyo; la seguían las otras maestras; y detrás de ellas, los niños, algunos de ellos muy pequeños, con ramos de violetas en una mano, y dando la otra a sus madres, que llevaban los cirios. Oí que uno de los niños decía:

—¿Y ahora ya no iré más a la escuela?

Cuando la caja salió del patio, se oyó un grito desesperado desde la ventana; era la mamá del niño; pero la hicieron entrar en la habitación. En la calle encontramos a los niños de un colegio, que pasaban en dos filas, y al ver el féretro con la medalla, y a las maestras, se quitaron todos las gorras. ¡Pobre pequeñín! Se ha ido a dormir para siempre con sus medallas. No volveremos a ver ya su gorrita con las tiras rojas. Se



encontraba bien, pero en cuatro días murió. El último día todavía intentó levantarse para hacer su trabajo de gramática, y quiso que le impusieran la medalla encima de la cama por miedo de que se la quitaran. ¡Nadie te la quitará ya, pobre niño! ¡Adiós, adiós! Siempre nos acordaremos de ti en la sección Baretí. Descansa en paz, pequeño.

## La víspera del 14 de marzo

Hoy ha sido un día más alegre que ayer. ¡Trece de marzo! Víspera de la distribución de premios en el Teatro Víctor Manuel, la fiesta solemne y hermosa de todos los años. Pero esta vez no se han escogido al azar los niños que deben subir al escenario a presentar los diplomas de los premios a los señores que hacen la distribución. El director vino esta mañana, al final de la clase y dijo:

—Muchachos, una buena noticia —y llamó—: ¡Coraci, el calabrés! Este se levantó.

—¿Quieres formar parte de los que mañana, en el teatro, han de entregar los diplomas de los premios a las autoridades?

El muchacho calabrés respondió afirmativamente.

—Está bien —dijo el director—; así habrá también un representante de Calabria. Será algo bello. El Ayuntamiento ha querido este año que los diez o doce muchachos que presenten los premios sean de todas las partes de Italia, escogidos de las varias secciones de las escuelas públicas. Tenemos veinte secciones con cinco sucursales, ¡siete mil alumnos! Con un número tan grande no fue difícil encontrar un muchacho por cada una de las regiones. En la sección Torcuato Tasso<sup>3</sup> se encontraron dos representantes de las islas: un sardo y un siciliano; la escuela Boncompagni dio un pequeño florentino, hijo de un escultor en madera; hay un romano, de la misma Roma, en la sección Tomaseo; venecianos, lombardos, romañeses, se encontraron varios; un napolitano lo tenemos en la sección Monvise; es hijo de un oficial; nosotros presentamos un genovés y un calabrés, tú, Coraci. Con el del Piamonte, serán doce. Es hermoso, ¿no os parece? Serán vuestros hermanos de todas las regiones de Italia los que os darán los premios. Se presentarán en el escenario los doce a la vez; acogedlos con un nutrido aplauso. Son muchachos; pero representan la patria, lo mismo que si fueran hombres: una bandera tricolor pequeña es símbolo de Italia exactamente igual que una grande, ¿no es cierto? Por tanto, aplaudidles calurosamente.

Demostrad que también vuestros pequeños corazones se inflaman, que

también vuestras almas de doce años se exaltan ante la enseña sacra de la patria.

Dicho esto, se fue, y el maestro dijo sonriendo:

—Así, pues, Coraci, tú eres el diputado por Calabria.

Todos comenzaron a aplaudir, riendo, y cuando salimos a la calle rodearon a Coraci, lo cogieron por las piernas, lo levantaron en alto y lo llevaron en triunfo, gritando:

—¡Viva el diputado de Calabria! —en plan de broma, se entiende; pero de ningún modo en son de burla, sino todo lo contrario, para festejarlo de corazón, pues es un chico estimado de todos; y él se sonreía.

Así lo llevaron hasta la esquina, donde se tropezaron con un señor de barba negra, que se echó a reír. El calabrés dijo:

—¡Es mi padre!

Y entonces los muchachos dejaron al hijo en los brazos de su padre y se dispersaron en todas direcciones.

## La distribución de premios

Martes, 14.

Hacia las dos, el inmenso teatro estaba lleno de gente; platea, galerías, palcos, escenario, todo estaba de bote en bote. Se veían infinidad de caras: muchachos, señoras, maestros, obreros, mujeres del pueblo, niños, un conti-nuo agitarse de cabezas y de manos, un vaivén de plumas, de lazos y de rizos, un murmullo denso y festivo, que llenaba el ánimo de alegría. El teatro estaba todo adornado de colgaduras de tela encarnada, blanca y verde. En platea habían colocado dos escaleras, una a la derecha, por la cual los premiados debían subir al escenario; la otra a la izquierda, por la que habían de bajar después de haber recibido el premio. Delante del palco había una fila de sillones rojos, y del respaldo del que estaba en el centro pendía una pequeña corona de laurel; al fondo del palco, un trofeo de banderas; a un lado, una mesita verde, encima de la cual estaban los diplomas atados con lacitos tricolores. La orquesta estaba en platea, debajo del palco; los maestros y maestras llenaban toda una mitad de la primera galería, que había sido reservada para ellos; los bancos y los corredores de platea estaban atestados de centenares de muchachos que habían de cantar y tenían las partituras en la mano. Por todas partes se veía ir y venir a los maestros y maestras, que colocaban en fila a los que iban a recibir el premio, y a las madres que daban el último toque al pelo y a las corbatas de sus hijos.

Apenas entré en el palco con mi familia, vi en el palco de enfrente a la maestrita de la pluma encarnada, sonriendo con sus graciosos hoyuelos en las mejillas, y con ella, la maestra de mi hermano, y la Monjita, toda vestida de negro, y a mi buena maestra de primero superior; pero estaba tan pálida, la pobrecita, y tosía tan fuerte que se oía por todo el teatro. En platea vi en seguida la simpática carota de Garrone y la rubia cabecita de Nelli apoyada en el hombro de aquél. Un poco más allá estaba Garoffi, con su nariz de pico de loro, muy ocupado en recoger listas impresas de los premiados, y ya tenía un grueso fajo, para gestionar alguno de sus negocios..., que mañana conoceremos. Cerca de la puerta estaba el vendedor de leña con su mujer, ambos vestidos de fiesta, y su hijo, que tiene un tercer premio de segundo; quedé sorprendido al no verlo con la

gorra de piel y el jersey color chocolate; esta vez iba vestido como un señorito. En una de las galerías pude ver por un momento a Votini, con un gran cuello de encajes; luego desapareció. En un palco de proscenio, lleno de gente, estaba el capitán de artillería, el padre de Roberto, el de las muletas, que salvó al niño del autobús.

Al dar las dos la banda comenzó a tocar, y al mismo tiempo subieron por la escalera de la derecha el gobernador, el regidor, el delegado provincial de enseñanza y muchos otros señores, todos vestidos de negro, que fueron a sentarse en los sillones rojos colocados delante del escenario. La banda dejó de tocar. Se adelantó el director de las escolanías con la batuta en la mano. A

una señal suya, todos los muchachos de platea se pusieron en pie; hizo otra señal y comenzaron a cantar. Eran setecientos los que cantaban una bellísima canción; ¡setecientos muchachos cantando a la vez! ¡Qué bello! Todos escuchaban sin moverse. Era una canción dulce, transparente, lenta; parecía un canto de iglesia. Cuando terminaron todos aplaudieron; luego quedaron en silencio: iba a comenzar la distribución de premios. Ya había subido al palco mi maestro de segundo, pequeño, con su cabeza rubia y sus ojos avispados,

para leer los nombres de los premiados. Se esperaba que entrasen los doce muchachos para presentar los diplomas. Los periódicos habían ya publicado que serían doce muchachos de todas las provincias de Italia. Todos lo sabían y los esperaban, mirando curiosamente hacia la parte por donde debían entrar, incluso el alcalde y los otros señores, y el teatro entero guardaba profundo silencio.

De pronto llegaron, corriendo, hasta el escenario, permaneciendo en él en correcta formación y sonrientes. Las tres mil personas que llenaban el teatro se pusieron en pie a la vez, prorrumpiendo en un aplauso que pareció el estallido de un trueno. Los muchachos permanecieron un momento como desconcertados.

—¡He aquí a Italia! —dijo una voz desde un palco.

Reconocí enseguida a Coraci, el calabrés, vestido de negro, como siempre. Un señor del Ayuntamiento, que estaba con nosotros y los conocía a todos, se los iba indicando a mi madre:

—Aquel rubio pequeño es el representante de Venecia. El romano es aquel alto, con el pelo rizado.

Había dos o tres vestidos lujosamente: los demás eran hijos de

obreros, pero todos muy bien presentados y limpios. El florentino, uno muy pequeño, llevaba una faja azul alrededor de la cintura. Pasaron todos delante del alcalde, que los besó en la frente uno a uno, mientras un señor, a su lado, le decía en voz baja, y sonriendo, el nombre de las ciudades correspondientes:

—Florencia, Nápoles, Bolonia, Palermo... —y, según pasaba cada uno, el teatro entero lo aplaudía.

Luego fueron todos a la mesita verde a coger los diplomas; el maestro comenzó a leer la lista, diciendo las secciones, las clases y los nombres, y los premiados comenzaron a desfilan. Apenas habían subido los primeros, comenzó a oírse detrás del escenario una música muy suave de violines, que no cesó mientras duró el desfile, una música graciosa y siempre igual que parecía un murmullo de muchas voces apagadas: las voces de todas las madres y de todos los maestros y maestras, como si todos a la vez estuvieran dando consejos, y suplicasen o hiciesen reproches amorosamente. Mientras tanto, los premiados iban pasando uno después de otro delante de aquellos señores sentados, que les entregaban los diplomas, y cada uno de ellos decía una palabrita o les hacía una caricia. Desde la platea y galerías, los muchachos aplaudían cada vez que pasaba un pequeñuelo: lo mismo si por el aspecto parecía pobre, o si tenía el pelo rizado, o iba vestido de rojo o de blanco. Algunos eran de primero superior; al llegar al escenario se confundían y no sabían hacia dónde volverse, y todo el teatro se echaba a reír. Pasó uno de tres palmos de alto, con un gran nudo encarnado a la espalda, que le costaba trabajo caminar; tropezó en la alfombra y se cayó; el gobernador lo levantó, todos rieron y aplaudieron. Otro resbaló escalera abajo hasta la platea; se oyeron algunos gritos, pero no le pasó nada. Desfilaron toda clase de tipos; caras de pillos, de asustados, otros encendidos como cerezas, algunos pequeños graciosos que se reían en presencia de todos; y apenas volvían a la platea, los cogían sus padres y se los llevaban. Cuando tocó el turno a mi sección, ¡entonces sí que me divertí! Pasaron muchos conocidos. Desfiló Coretti, con un vestido todo nuevo, su semblante risueño y alegre, que dejaba ver sus blancos dientes; sin embargo, ¡quién sabe cuántos quintales de leña había ya repartido por la mañana! El alcalde, al darle el diploma, le preguntó qué era una señal encarnada que tenía en la frente, mientras apoyaba una mano en su hombro; yo miré hacia su padre y su madre, en platea, y vi que se

estaban riendo, cubriéndose la boca con la mano.

Luego pasó Derossi, todo vestido de azul, con botones relucientes y sus rizos de oro. Esbelto y airoso, con la frente levantada, tan guapo y simpático, que le hubiera dado un beso; todos aquellos señores le dijeron unas palabras y le estrecharon la mano. Luego, el maestro gritó:

—¡Roberto Robeti! —y vimos avanzar al hijo del capitán de artillería, con las muletas.

Cientos de muchachos conocían el hecho; se corrió la voz en un abrir y cerrar de ojos, estalló una salva de aplausos y de gritos que hicieron temblar el teatro; los hombres se pusieron de pie, las señoras comenzaron a agitar los pañuelos, y el pobre muchacho se paró en medio del escenario, aturdido y temblando... El alcalde lo atrajo hacia sí, le dio el premio y un beso, y arrancando del respaldo del sillón la pequeña corona de laurel, la colocó en la almohadilla de una muleta... Luego lo acompañó hasta el palco proscenio, donde estaba su padre, el capitán, y este lo levantó a pulso y lo metió dentro, en medio de un clamor de bravos y vivas. Mientras, continuaba la música ligera y grata de los violines, y seguían pasando los muchachos: los de la sección de la Consolación, casi todos hijos de comerciantes; los de la sección Vanquilla, hijos de obreros; los de la sección Boncompagni, muchos de ellos hijos de labradores; los de la escuela Raineri, la última. Apenas terminó el reparto de premios, los setecientos muchachos de platea cantaron otra bellísima canción; después habló el alcalde y detrás el asesor, que terminó su discurso diciendo a los muchachos:

—No salgáis de aquí sin enviar un saludo a los que tanto trabajan por vosotros, que han consagrado a vosotros todas las fuerzas de su inteligencia y de su corazón que viven y mueren por vosotros —y señaló la galería de los maestros.

Y entonces desde las galerías, desde los palcos, desde las plateas, todos

los muchachos se levantaron y tendieron los brazos, gritando, hacia las maestras y los maestros, que respondieron agitando las manos, los sombreros y los pañuelos, todos de pie y conmovidos. Luego volvió a tocar la banda y el público envió un último saludo estrepitoso a los doce muchachos representantes de todas las provincias de Italia, que se presentaron en el escenario, cogidos de la mano, bajo una lluvia de ramos de flores.





Lunes, 20.

Sin embargo, no, no ha sido porque él haya tenido el premio y yo no, por lo que esta mañana tuve un altercado con Coretti. No fue por envidia. Pero no tuve razón. El maestro lo había puesto a mi lado, y yo estaba escribiendo en mi cuaderno de caligrafía; él me dio con el codo y me hizo hacer un borrón, y manchar también el cuento mensual, «Sangre romanola», que yo tenía que copiar en vez del Albañilito, que está enfermo. Yo me enfadé y le solté una palabrota. Él me respondió sonriendo:

—No lo he hecho a propósito.

Debería haberle creído, porque lo conozco; pero no me gustó que sonriese y pensé: «¡Oh, ahora, como ha obtenido el premio, se ha ensoberbecido!», poco después, en represalia, le di un empujón que le hice estropear la plana. Entonces, todo encendido de rabia, me dijo:

—¡Tú sí que lo has hecho adrede! —y levantó la mano. El maestro miró y la retiró. Pero añadió:

—¡Te espero fuera!

Yo me sentí a disgusto; el enfado se desvaneció y me arrepentí. No, Coretti no podía haberlo hecho adrede.

«Es bueno», pensé. Me acordé de cómo trabajaba cuando lo había visto en su casa, de cómo asistía a su madre enferma. De cómo lo había recibido en mi casa y cuánto había gustado a mi padre.

¡Cuánto hubiera dado por no haberle dicho aquella palabra, por no haberle hecho aquella bajeza!

Y pensé en el consejo que me hubiera dado mi padre: «¿No tienes razón?». «No». «Pues entonces, pídele que te disculpe». Pero esto no me atrevía a hacerlo; me daba vergüenza humillarme. Lo miraba de reajo, veía su jersey descosido en la espalda, quizá porque había estado llevando mucha leña, y sentía que lo quería mucho, y me decía a mí mismo: «¡Ánimo!», pero la palabra «perdóname», se me quedaba en la garganta. Él me miraba también de reajo, y me parecía que estaba más apesadumbrado que enfadado. Pero entonces yo también lo miraba

hoscamente para demostrarle que no le tenía miedo. Él me repitió: — ¡Fuera nos veremos!

Pero pensaba en lo que mi padre me había dicho una vez: «Si no tienes razón, defiéndete, pero no te pelees». Y me decía para mí mismo: «Me defenderé, pero no pegaré».

Mas estaba descontento, triste, no oía lo que decía el maestro. Al fin, llegó la hora de salir. Cuando me encontré solo en la calle, vi que él me seguía. Me paré y lo esperé, con la regla en la mano. Él se acercó, yo levanté la regla.

—No, Enrico —dijo él, con su agradable sonrisa, apartando la regla con la mano—; seamos amigos como antes.

Yo me quedé cortado por un momento, y luego sentí como si una mano me diese un empujón en la espalda, y me encontré entre sus brazos. Me besó y me dijo:

—Nunca volveremos a reñir, ¿verdad?

—¡Jamás —respondí—, nunca jamás! —y nos separamos contentos. Pero cuando llegué a casa y le conté todo a mi padre, se enfadó y dijo:

—Debiste ser tú el primero en tenderle la mano, puesto que no tenías razón. No debiste levantar la regla contra un compañero mejor que tú, contra el hijo de un soldado.

Y quitándomela de la mano, la rompió en pedazos y la tiró contra la pared.

## Mi hermana

Viernes, 24.

«¿Por qué, Enrico, después que nuestro padre te ha recriminado por haberte portado mal con Coretti, has cometido conmigo aquella grosería? No te imaginas la pena que he sentido. ¿No sabes que cuando eras pequeño estaba horas y horas al lado de tu cuna, en vez de divertirme con las amigas y que cuando caías enfermo saltaba de la cama todas las noches para ver si te ardía la frente? ¿No sabes tú, que te atreves a ofender a tu hermana, que si fuésemos víctimas de una tremenda desgracia haría de madre y te querría como a un hijo? ¿No sabes que cuando ya no existan nuestro padre y nuestra madre yo seré tu mejor amiga, la única con la que podrás hablar de nuestros muertos y de tu infancia, y que si fuese preciso trabajaría por ti, Enrico, para poder sustentarte y que pudieras estudiar, y que te amaré también cuando seas mayor, que te seguiré con el pensamiento cuando estés lejos y siempre, porque hemos crecido juntos y tenemos la misma sangre? Enrico, ten por seguro, cuando seas hombre, que si te acaeciera una desgracia, si estuvieras solo, me buscarás y vendrás a decirme: «Silvia, hermana mía, déjame estar contigo; hablemos de cuando éramos felices, ¿recuerdas? Hablemos de nuestra madre, de nuestra casa, de aquellos hermosos días tan lejanos». Enrico, siempre encontrarás a tu hermana con los brazos abiertos. Sí, Enrico querido, y perdóname que te reprenda, jamás me acordaré de ninguna ofensa tuya, y aunque me dieses otros disgustos, ¿qué me importa? Siempre serás mi hermano: solamente me acordaré de haberte tenido en brazos de pequeño, de haberte visto crecer, de haber sido para ti, durante años, tu más fiel compañera. Pero escíbeme algo en este cuaderno y yo pasaré a leer lo antes de la noche. Mientras, para demostrarte que no estoy enfadada contigo, como he visto que estabas cansado, te he copiado el cuento mensual «Sangre romana», que tenías que copiar para el Albañilito en-fermo; búscalo en el cajón de la izquierda de tu mesa; lo he escrito esta noche, mientras dormías. Escíbeme una palabra cariñosa, Enrico, por favor.

Tu hermana Silvia».

«No soy digno de besar tu mano.  
Enrico».

## Sangre romana

### (Cuento mensual)

Aquella tarde, la casa de Federico estaba más tranquila que de costumbre. El padre, que tenía una pequeña mercería, había ido a Forlì a hacer algunas compras, y su mujer le había acompañado con Luisita, una niña, para llevarla a un médico que tenía que operarla de la vista, y no volverían hasta la mañana siguiente. Faltaba poco para la medianoche. La mujer que venía a servir durante el día se había marchado al oscurecer. No quedaba en casa más que la abuela, parálitica de las piernas, y Federico, un muchacho de trece años. Era una casita sólo con piso bajo, al lado del camino, a un tiro de fusil de la aldea, cercana a Forlì, ciudad de la Romagna; y no tenía al lado más que una casa deshabitada arruinada hacía dos meses a causa de un incendio, en la cual se veía aún el letrero de una hostería. En la parte trasera de la casita había un pequeño huerto rodeado de seto vivo, al que se entraba por una puertecita rústica, la puerta de la tienda, que hacía también de puerta de la casa, daba al camino. Alrededor se extendía la campiña solitaria, vastos campos de cultivo y plantíos de moreras.

Faltaba poco para la medianoche, llovía y soplaba el viento. Federico y la abuela, aún levantados, estaban en el comedor, separado del huerto, por un cuarto pequeño lleno de muebles viejos. Federico no había vuelto a casa hasta las once, después de pasar fuera muchas horas, y la abuela le había estado esperando sin pegar un ojo, llena de ansiedad, clavada en un ancho sillón de brazos, en el cual solía pasar todo el día, y con frecuencia también parte de la noche, pues su fatigosa respiración no la dejaba estar recostada.

Llovía, y el viento lanzaba la lluvia contra los cristales; la noche estaba oscurísima. Federico había entrado en casa cansado, lleno de barro, con la chaqueta desgarrada, y en la frente el cardenal de una pedrada; había andado apedreándose con los compañeros, y habían llegado a las manos, como de costumbre; y por añadidura había estado jugando y le había tocado perder cuanto tenía, olvidando además el gorro en una zanja.

Aunque la cocina no estaba iluminada más que por un pequeño candil de aceite, colocado en la esquina de una mesa, al lado del sillón, sin embargo, la pobre abuela había visto al momento el estado de la sima y en que se encontraba el nieto, y en parte adivinó, en parte le había hecho confesar sus travesuras.

Quería con toda el alma al muchacho. Cuando lo supo todo, se echó a llorar.

—¡Ah, no! —dijo luego, al cabo de un largo silencio—, no tienes corazón para tu pobre abuela. No tienes corazón al aprovecharte de esta manera de la ausencia de tu padre y de tu madre para ocasionarme estos disgustos. Todo el día me has dejado sola. No has tenido ni un poco de compasión. Mira, Federico, vas por un mal camino que te conducirá a un triste fin. He visto a otros comenzar como tú y terminar mal. Se comienza por marcharse de casa, trabar pendencies con otros muchachos, por perder el dinero en el juego, y luego, poco a poco, se pasa de las pedradas a los navajazos, del juego a los otros vicios, y de los vicios..., al robo.

Federico escuchaba de pie, a pocos pasos de distancia, apoyado en un arca, con la barbilla sobre el pecho, el entrecejo fruncido, todo excitado aún por la ira de la riña. Un mechón de hermosos cabellos castaños caía sobre su frente, y sus ojos azules estaban inmóviles.

—Del juego al robo —repitió la abuela, y seguía llorando—. Reflexiona, Federico. Piensa en aquel desventurado de este pueblo, aquel Víctor Manuel, que ahora está en la ciudad vagabundeando; que a los veinticuatro años ha estado dos veces en la cárcel, y ha hecho morir de pena a aquella infeliz mujer, su madre, a quien yo conocía, y que su padre ha tenido que huir, desesperado, a Suiza. Piensa en aquel triste sujeto, al cual tu padre se avergüenza de devolverle el saludo, siempre con criminales peores que él, hasta que un día termine en la cárcel. Pues bien, yo lo he conocido de pequeño: ha comenzado como tú. Piensa que llevarás a tu padre y a tu madre al extremo que él ha llevado a los suyos.

Federico callaba. Realmente, no se sentía triste en su interior, ni mucho menos; sus travesuras obedecían más bien a exceso de vida y de audacia que a mala disposición de ánimo; precisamente por esto su padre lo tenía mal acostumbrado, pues juzgándolo capaz, en el fondo de

su corazón, de los más hermosos sentimientos, y, llegada la ocasión, de una conducta viril y generosa, le daba rienda suelta y esperaba que se recuperase por su propio esfuerzo. Era bueno, no malvado; pero obstinado y duro, aun cuando sintiese su corazón oprimido por el arrepentimiento, le costaba abrir su boca para pronunciar esas palabras afables que nos obligan al perdón:

—Sí, estoy equivocado, no volveré a hacerlo, te lo prometo; perdóname.

Sentía su alma llena de ternura; pero el orgullo no le permitía decir palabra.

—¡Ah, Federico! —continuó la abuela, viéndolo así, en silencio—. ¿No pronuncias una palabra de arrepentimiento? ¿No ves a qué estado me encuentro reducida, que me podrían enterrar? Deberías comprender que me haces sufrir, que haces llorar a la madre de tu madre, tan vieja, próxima a su fin; tu pobre abuela, que siempre te ha querido tanto, que se pasaba noches enteras acunándote cuando no tenías más que unos meses, y que ni comía por divertirte, tú lo sabes. Yo decía siempre: «¡Él será mi consuelo!». Y ahora me haces morir. Daría gustosa la poca vida que me queda por verte otra vez bueno y obediente, como en aquellos días..., cuando te llevaba a la iglesia. ¿Recuerdas, Federico, que me llenabas los bolsillos de piedrecitas y de hierba, y yo te traía a casa en brazos, dormido? ¡Entonces querías a tu abuela! ¡Y ahora me encuentro parálitica y necesito tu cariño como el aire para respirar, porque no tengo más en el mundo, y no soy más que una mujer desgraciada, medio muerta, Dios mío...!

Federico iba a lanzarse hacia su abuela, vencido por la emoción, cuando le pareció oír un ligero ruido, un crujido, en el cuartito de al lado, aquel que daba al huerto. Pero no comprendió si serían las hojas de las ventanas, sacudidas por el viento, u otra cosa.

Aguzó el oído.

La lluvia aumentaba.

El ruido se repitió. La abuela lo oyó también.

—¿Qué es eso? —preguntó la abuela, después un poco preocupada.

—La lluvia —contestó el muchacho.

—Por tanto, Federico —dijo la anciana, enjugándose los ojos—, ¿me prometes que serás bueno, que no harás llorar más a tu pobre abuela...? Un nuevo ruido, muy ligero, la interrumpió.

—No me parece la lluvia —exclamó, palideciendo—. ¡Ve a ver!  
Pero enseguida añadió:

—No, quédate aquí —y cogió a Federico de la mano.

Los dos se quedaron en silencio, conteniendo la respiración. No se oía más que el ruido de la lluvia.

Luego, ambos se estremecieron.

Tanto al uno como al otro le pareció oír un rumor de pasos en el cuartito.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el muchacho, recobrando la respiración a duras penas.

Nadie respondió.

—¿Quién anda ahí? —repitió Federico, helado de miedo.

Pero apenas había pronunciado aquellas palabras, ambos lanzaron un grito de terror.

Dos hombres habían penetrado en la habitación; uno cogió al muchacho y le puso la mano en la boca; y el otro apretó a la abuela la garganta. El primero dijo:

—¡Silencio, si no quieres morir!

El segundo:

—¡Calla! —y levantó un cuchillo.

Ambos tenían una máscara negra en la cara, con dos agujeros delante de los ojos.

Por un momento no se oyó más que la respiración de los cuatro y el ruido de la lluvia; la vieja lanzaba sordos estertores y tenía los ojos desorbitados.

El que tenía cogido al muchacho, le dijo al oído:

—¿Dónde tiene tu padre el dinero?

El muchacho respondió con un hilo de voz, castañeteándole los dientes:

—Allá..., en el armario.

—Ven conmigo —dijo el hombre.

Y lo arrastró al cuartito, teniéndolo apretado por la garganta. Allí había una linterna ciega en el suelo.

—¿Dónde está el armario? —preguntó.

El muchacho, medio ahogado, señaló el armario.

Entonces, para estar seguro del muchacho, el hombre lo puso de rodillas delante del armario, apretándole fuertemente el cuello entre las piernas, de modo que pudiera estrangularlo si gritaba, y teniendo la



navaja entre los dientes y la linterna en una mano, sacó del bolsillo, con la otra, un hierro aguzado, lo metió en la cerradura, forcejeó, rompió, abrió las puertas de par en par, revolvió furiosamente todas las cosas, se llenó los bolsillos, cerró, volvió a abrir, a rebuscar; luego cogió de nuevo al muchacho por la nuca, lo llevó otra vez adonde el otro tenía aún amarrada a la vieja, convulsa, con la cabeza caída y la boca abierta.

Éste preguntó en voz baja:

—¿Lo encontraste?

El compañero respondió:

—Lo encontré —y añadió—: Mira por la puerta.

El que tenía sujeta a la vieja corrió a la puerta del huerto a ver si había alguien, y dijo desde el cuarto pequeño, con voz que parecía un silbido:

—Ven.

El que se había quedado dentro, y que tenía agarrado a Federico, enseñó el puñal al muchacho y a la vieja, que comenzaba a abrir los ojos, y dijo:

—¡Ni un grito, o vuelvo y os degüello!

Y los miró fijamente a los dos por un momento.

En aquel instante se oyó, lejano, por el camino, un canto de muchas voces.

El ladrón volvió rápidamente la cabeza hacia la salida, y con aquel movimiento violento se le cayó el antifaz de la cara.

La vieja lanzó un grito:

—¡Mozoni!

—¡Maldita! —rugió el ladrón—, me ha reconocido. ¡Tiene que morir!

Y se lanzó con el puñal en alto contra la vieja, que se desmayó al instante.

El asesino descargó el golpe.

Pero con un rapidísimo movimiento, dando un grito desesperado, Federico se había arrojado sobre la abuela, cubriéndola con su cuerpo.

El asesino huyó, chocando contra la mesa y tirando la luz, que se apagó.

El muchacho resbaló lentamente de encima de la abuela y cayó de rodillas, permaneciendo de hinojos, en aquella postura, con los brazos alrededor de su cintura y la cabeza apoyada en su seno.

Pasaron unos momentos: todo estaba oscuro por completo; el cántico de los labradores se iba alejando por el campo. La vieja volvió en sí.

—¡Federico! —exclamó con voz apenas inteligible, temblando.

—Abuela —respondió el muchacho.

La vieja hizo un esfuerzo para hablar, pero el terror le paralizaba la lengua. Permaneció un poco en silencio, temblando violentamente.

Luego pudo preguntar:

—¿Ya no están?

—No.

—No me han matado —murmuró, con la voz ahogada.

—No..., estás salvada —dijo Federico con voz débil—. Estás salvada, abuela querida. Se han llevado el dinero. Pero mi padre... había llevado casi todo consigo.

La abuela respiró fuertemente.

—Abuela —dijo Federico, que continuaba de rodillas, cogiéndola por la cintura—, abuela querida..., me quieres mucho, ¿verdad?

—¡Oh, Federico, pobre hijo mío! —respondió ella, poniéndole la mano en la cabeza—: ¡Qué miedo debes de haber pasado! ¡Oh, Dios misericordioso! Enciende la luz... No; quedémonos a oscuras; aún tengo miedo.

—Abuela —replicó el muchacho—, siempre te he dado muchos disgustos...

—No, Federico, no digas eso; yo no me acuerdo de nada, lo he olvidado todo, te quiero muchísimo.

—Siempre te he dado disgustos... —continuó Federico, penosamente, con voz trémula—; pero..., siempre te he querido. ¿Me perdonas...? Perdóname, abuela.

—Sí, hijo, te perdono de todo corazón. Figúrate si no te voy a perdonar. No sigas de rodillas, niño mío. No volveré a reñirte. Eres bueno; eres muy bueno. Encendamos la luz. Tengamos un poco de valor. Levántate, Federico.

—Gracias, abuela —dijo el muchacho, con la voz cada vez más débil—. Ahora, estoy contento. Siempre te acordaras de mí, ¿verdad, abuela? ¿Te acordarás siempre de mí..., de tu Federico?

—¡Federico mío! —exclamó la abuela, preocupada e inquieta, poniéndole la mano en el hombro e inclinando la cabeza, como para mirarlo a los ojos.

—Acuérdate de mí —murmuró otra vez el muchacho, con una voz que parecía un soplo—. Da un beso a mi madre.... a mi padre... a Luisina...

Adiós.

—En nombre del cielo, ¿qué tienes? —gritó la vieja palpando afanosamente la cabeza del muchacho, que la había dejado caer en sus rodillas: y luego, con toda su voz, desesperadamente—: ¡Federico! ¡Federico! ¡Niño mío! ¡Amor mío! ¡Ángeles del paraíso, ayudadme!

Pero Federico no respondió. El pequeño héroe, el salvador de la madre de su madre, herido de una puñalada en la espalda, había entregado su hermosa e intrépida alma a Dios.

## El Albañilito moribundo

Martes, 28.

El pobre Albañilito está gravemente enfermo; el maestro nos ha dicho que vayamos a verlo, y nos hemos puesto de acuerdo para ir juntos Garrone, Derossi y yo. También hubiera venido Estardo, pero como el maestro nos encargó la descripción del monumento a Cavour, dijo que tenía que ir a ver el monumento, para hacer la descripción más exacta. También, por probarlo, invitamos al soberbio de Nobis, que nos respondió:

—No —a secas.

Votini se excusó igualmente, quizá por miedo a mancharse el vestido de cal. Fuimos al salir, a las cuatro. Llovía a cántaros. Por el camino, Garrone se paró y dijo con la boca llena:

—¿Qué compramos? —y al mismo tiempo hacía sonar el dinero en el bolsillo.

Pusimos cada uno nuestra parte y compramos tres naranjas grandes. Subimos a la buhardilla. A la puerta, Derossi se quitó la medalla y la metió en el bolsillo. Le pregunté por qué.

—No sé —respondió—, para no parecer...; creo que es más delicado entrar sin medalla.

Llamamos; nos abrió el padre, aquel hombrón que parecía un gigante; tenía la cara desencajada, como si estuviera asustado.

—¿Quiénes sois?—preguntó.

Garrone respondió:

—Somos compañeros de escuela de Antonio y venimos a traerle tres naranjas.

—¡Ah, pobre Tonín! —exclamó el albañil moviendo la cabeza— me temo que no pueda ya comer más vuestras naranjas —y se limpió los ojos con el revés de la mano.

Nos hizo pasar; entramos en un dormitorio, donde vimos al Albañilito, que dormía en una pequeña cama de hierro, su madre se apoyaba en ella, con la cara entre las manos, y apenas se volvió a mirarnos; a un lado había colgadas brochas de encalar, picos y cribas para la cal; a los pies del enfermo estaba extendida la chaqueta del albañil, blanca de yeso.

El pobre muchacho estaba muy demacrado, muy blanco, con la nariz afilada, y respiraba lentamente. ¡Oh, querido Tonín, tan bueno y alegre, mi pequeño compañero, qué pena verte así! ¡Cuánto habría dado por haberlo visto de nuevo poner el hocico de liebre, pobre Albañilito! Garrone le puso una naranja en la almohada, junto a la cara; el olor lo despertó: la cogió enseguida, pero luego la dejó y lo contempló fijamente.

—Soy yo —dijo éste—; Garrone: ¿me conoces?

Él esbozó una sonrisa apenas perceptible, y con mucha dificultad levantó de la cama su pequeña mano y la extendió hacia Garrone, que la cogió entre las suyas y la estrechó sobre su mejilla, diciendo:

—Ánimo, ánimo, Albañilito; te curarás pronto y volverás a la escuela y el maestro te pondrá a mi lado; ¿estás contento?

Pero el Albañilito no respondió. La madre prorrumpió en sollozos:

—¡Oh mi pobre Tonín, mi pobre Tonín! ¡Tan bueno, y Dios quiere llevárselo!

—¡Cállate! —le gritó el albañil, desesperado—. ¡Cállate, por amor de Dios, o voy a perder la cabeza! —y luego nos dijo, lleno de angustia—: Marchad, marchad, muchachos; gracias; marchaos; ¿qué vais a hacer aquí? Gracias, idos a casa.

El muchacho había cerrado los ojos y parecía un muerto.

—¿Necesita usted algún recado? —preguntó Garrone.

—No, hijo mío, gracias —respondió el albañil—; idos a casa.

Y mientras nos lo repetía, nos empujaba hacia el descansillo de la escalera y cerró la puerta. Pero aún no habíamos llegado a la mitad de la escalera, cuando le oímos gritar:

—¡Garrone, Garrone!

Volvimos a subir de prisa los tres.

—¡Garrone! —gritó el albañil con la cara transfigurada—; te ha llamado por el nombre; por días hace que no hablaba; te ha llamado dos veces; quiere que estés con él; ven enseguida. ¡Oh, señor, si fuese una buena señal!

—¡Hasta la vista! —nos dijo Garrone—, yo me quedo —y entró en la casa con el padre.

Derossi tenía los ojos llenos de lágrimas. Le pregunté:

—¿Lloras por el Albañilito? Ha hablado; seguramente que curará. —

También yo lo creo —respondió Derossi—; pero no pensaba en él...

Pensaba en Garrone, en lo bueno que es ¡qué alma tan bella la suya!

## El conde Cavour

Miércoles, 29.

«Es la descripción del monumento al conde Cavour lo que tú tienes que hacer. Puedes hacerla. Pero quién era el conde Cavour no puedes comprenderlo por ahora. Por ahora, bástete saber esto: él fue durante muchos años el primer ministro del Piamonte: él fue quien mandó al ejército piamontés en Crimea, para recobrar con la victoria de Crimea nuestro prestigio militar, perdido con la derrota de Novara; él fue quien hizo bajar de los Alpes a ciento cincuenta mil franceses, para arrojar a los austríacos de Lombardía;

él quien gobernó a Italia en el período más trascendental de nuestra evolución, quien dio en aquellos años el más poderoso impulso a la sacra empresa de la unificación de la patria, con su luminoso ingenio, con invencible constancia,

con su sobrehumana laboriosidad. Muchos generales pasaron horas terribles en el campo de batalla; pero él las pasó mucho más terribles en su despacho, cuando su gigantesca empresa podía venirse abajo de un momento a otro, como un frágil edificio por la sacudida de un terremoto; horas, noches enteras de lucha y de angustia pasó, capaces de perturbarle a uno la razón o de destrozarle el corazón. Y este gigantesco y agotador trabajo fue el que acortó su vida en veinte años. No obstante, incluso devorado por la fiebre que había de llevarlo a la tumba, seguía luchando desesperadamente con la enfermedad para hacer algo por su patria. “Es extraño —decía desde el lecho de muerte—; ya no sé leer, no puedo ya leer”. Mientras le sacaban sangre y la fiebre aumentaba, pensaba en su patria y decía imperiosamente: “Curadme, mi mente se oscurece, tengo necesidad de todas mis facultades para tratar de negocios graves”. Cuando se encontraba ya en los últimos momentos, y toda la ciudad se agitaba, y el rey estaba a su cabecera, le decía con ansiedad: “Tengo muchas cosas que decirte, señor, muchas cosas que hacerte ver; pero estoy enfermo, no puedo, no puedo”, y se descorazonaba. En medio de la fiebre, su pensamiento se volvió a continuar. En este estado, a las nuevas provincias italianas que se habían unido a nosotros, a tantas cosas que

quedaban por hacer.

Cuando comenzó a delirar: “Educad a la infancia —exclamaba jadeante—, educad a la infancia y a la juventud...; gobernad con libertad”. El delirio

aumentaba, la muerte se le echaba encima, mientras se le vocaba a boca con palabras ardientes al gene-

ral Garibaldi, con el cual había tenido disensiones; a Venecia y a Roma, que aún no habían conseguido la libertad; tenía amplias visiones sobre el futuro de Italia y de Europa; soñaba con una invasión extranjera,

preguntaba dónde estaban los cuerpos de ejército y los generales, temblaba aún por nosotros, su pueblo. Su

gran dolor, enténdelo, no era la preocupación de que se le iba la vida, sino tener que separarse de la patria, que aún tenía necesidad de él, y

por la cual había consumido en pocos años las inmensas energías de su extraordinario organismo. Murió con el grito de batalla en los labios, y su

muerte fue grande como su vida. Piensa ahora un poco, Enrico, qué es nuestro trabajo, no obstante hacérsenos tan pesado, qué son nuestros

dolores, nuestra misma muerte, frente a las fatigas, a las preocupaciones formidables, a las luchas tremendas de aquellos hombres sobre

cuyo corazón pesa un mundo. Piensa en esto, hijo mío, cuando pases delante de aquella estatua de mármol, y dile desde el fondo de tu

corazón: “¡Yo te glorifico!”.

Tu padre».

# Abril

## Primavera

Sábado, 1.

¡Primero de abril! Tres meses todavía. Esta ha sido una de las más bellas mañanas del año. Estaba contento en la escuela, porque Coretti me ha dicho que iremos con su padre pasado mañana a ver llegar al rey, «que lo conoce»; porque mi madre me había prometido llevarme el mismo día a visitar el asilo infantil de la calle Valdoco. También estaba contento porque el Albañilito se encuentra mejor, porque ayer por la tarde, mi maestro al pasar le dijo a mi padre:

—Va bien, va bien.

Y, en fin, era una maravillosa mañana de primavera. Desde las ventanas del colegio se veía el cielo azul, los árboles del jardín cubiertos por completo de brotes, y las ventanas de las casas abiertas de par en par, con los ca joncitos y los tiestos ya reverdecidos. El maestro no se reía, porque jamás se ríe; pero estaba de buen humor, tanto, que casi no se le veía la arruga recta que tiene en la frente: y explicaba un problema en la pizarra, bromeando. Se veía que experimentaba un gran placer en respirar el aire del jardín que se netraba por las ventanas abiertas, un aire saturado del grato y fresco aroma de la tierra y de las hojas, que hacía soñar con un paseo por el campo. Mientras explicaba, se oía en una calle vecina a un herrero que golpeaba sobre el yunque, y en la casa de enfrente, a una mujer que cantaba para dormir a su niño; a lo lejos, en el cuartel de la Cernaia, tocaban las trompetas. Todos parecían contentos, incluso Estardo. De pronto, el herrero comenzó a golpear más fuerte, y la mujer a cantar más alto. El maestro se paró y se quedó escuchando. Luego dijo, lentamente, mirando por la ventana:

—El cielo que sonrío, una madre que canta, un hombre honrado que trabaja, muchachos que estudian: ¡qué cosas tan maravillosas!

Cuando salimos de clase, vimos que también los demás estaban contentos; todos iban en fila, llevando con energía el ritmo con los pies y cantando, como en la víspera de unas vacaciones de cuatro días; las maestras bromeaban, la de la pluma encarnada saltaba detrás de sus



niños como una colegiala; los padres de los niños charlaban entre ellos, riendo, y la madre de Crosi, la verdulera, tenía en las cestas tantos ramitos de violetas, que llenaban de perfume todo el vestíbulo. Nunca sentí tanta alegría al ver a mi madre como esta mañana, que me esperaba en la calle. Y según iba a su encuentro, se lo dije:

—Estoy muy contento, ¿qué es lo que me pone tan alegre esta mañana?

Y mi madre me respondió, sonriendo, que era la bella estación y la conciencia tranquila.

## El rey Humberto

Lunes, 3.

A las diez en punto, mi padre vio desde la ventana a Coretti, el vendedor de leña, y al hijo, que me esperaban en la plaza, y me dijo:

—Ahí están. Enrico, vete a ver al rey.

Yo fui a escape, como un cohete. Padre e hijo parecían más briosos que nunca, y jamás me parecieron tan semejantes el uno al otro como esta mañana; el padre llevaba en la chaqueta la medalla al valor, en medio de otras dos condecoraciones, y los bigotes rizados y en punta como dos alfileres.

Nos pusimos enseguida en marcha hacia la estación, donde el rey debía llegar a las diez y media. Coretti, padre, fumaba su pipa y se frotaba las manos.

—¿Sabéis —decía— que no lo he vuelto a ver desde la guerra del sesenta y seis? La friolera de quince años y seis meses. Primero tres años en Francia, luego en Mondoví; y aquí, cuando hubiera podido verlo, jamás dio la casualidad de que me encontrara en la ciudad cuando él venía. ¡Lo que son las casualidades!

Llamaba Humberto al rey, como un camarada: Humberto mandaba la décimosexta división, Humberto tenía veintidós años y tantos días, Humberto montaba un caballo de esta y de la otra manera.

—¡Quince años! —decía en voz alta, apretando el paso—. Tengo verdaderos deseos de verlo. Lo dejé de príncipe y lo encuentro de rey. También yo he cambiado: he pasado de soldado a vendedor de leña —y se reía.

El hijo le preguntó:

—Si te viese, ¿te conocería?

Se echó a reír.

—¡Tú estás loco! —respondió—. Es imposible. Él, Humberto, era uno solo; nosotros éramos como las moscas. Y luego, ¡te parece que nos iba a reconocer! Desembocamos en la Calle de Víctor Manuel; un gentío, inmenso se dirigía hacia la estación. Pasaba una compañía de alpinos con trompetas. Pasaron también dos carabineros al galope. El cielo

estaba tan límpido que deslumbraba.

—Si —exclamó Coretti, padre, animándose—: siento una inmensa alegría de volver a ver al general de mi división. ¡Ah; qué pronto he envejecido! Parece que fue ayer cuando llevaba la mochila a la espalda y el fusil entre las manos, en medio de aquella confusión, la mañana del veinticuatro de junio. Cuando íbamos a comenzar la batalla, Humberto iba y venía con sus oficiales, mientras tronaba el cañón a lo lejos; todos lo miraban y se decían: «¡Con tal que no lo alcance una bala!». Qué lejos estaba de pensar que dentro de poco me había de encontrar tan cerca de él, ante las lanzas de los ulanos austríacos, ¡a sólo cuatro pasos el uno del otro, hijos míos! El día era hermoso; el cielo, como un espejo; pero, ¡qué calor! Vamos a ver si se puede entrar.

Habíamos llegado a la estación; encontramos un enorme gentío, carruajes, guardias, carabineros, agrupaciones con banderas. Tocaba la banda de un regimiento. Coretti, padre, intentó meterse bajo el pórtico; pero no lo dejaron. Entonces pensó ubicarse en primera fila entre la multitud que se extendía hacia la puerta, y abriéndose paso a codazos, consiguió llevarnos adelante también a nosotros; pero el gentío, con su movimiento de vaivén, nos empujaba, ora a un lado, ora a otro. El vendedor de leña echó el ojo a la primera pilastra del pórtico, donde los guardias no dejaban estar a ninguno.

—Venid conmigo —nos dijo, de repente, y cogiéndonos de la mano, de dos saltos salvó el espacio vacío y fue a plantarse allí, con la espalda contra el muro.

Acudió al momento un sargento de policía, y le dijo:

—Aquí no se puede estar.

—Soy del cuarto batallón del cuarenta y nueve —respondió Coretti, mostrando su medalla.

El sargento lo miró, y dijo: quédese.

—¡No os lo decía! —exclamó Coretti, triunfante—; ¡es una mágica palabra el cuarto del cuarenta y nueve! ¿Es que no tengo derecho a ver un poco más a gusto, a mi general, yo, que he estado en su escuadrón? Si entonces lo tuve cerca, me parece justo verlo también en primera fila. ¡Qué digo general! ¡Fue el comandante de mi batallón durante media hora, porque en aquel momento mandaba él el batallón, mientras se encontraba con nosotros, y no el comandante Ulrich, qué diablos!

Entretanto, en la sala de espera y fuera de ella se veía una confusa

multitud de señores y oficiales, y delante de la puerta se colocaban en fila los coches, con lacayos vestidos de encarnado.

Coretti preguntó a su padre si el príncipe Humberto tenía la espada en la mano cuando estaba en el batallón.

—¡Claro que tenía la espada en la mano —respondió—, para parar una lanzada, que lo mismo le podía tocar a él que a otro cualquiera! ¡Ah! ¡Demonios desencadenados! Se nos echaron encima como la ira de Dios; así nos atacaron. Se metían entre los grupos, los escuadrones y los cañones, y parecían empujados por un huracán, traspasándolo todo. Estaban en revuelta confusión coraceros de Alejandría, lanceros de Fogia, infantería, ulanos, cazadores, un infierno en el que no era posible entender nada. Yo oí gritar: «¡Alteza! ¡Alteza!». Vi venir las lanzas en ristre, disparamos los fusiles, y una nube de polvo lo cubrió todo... Luego, el polvo se disipó... El suelo estaba cubierto de caballos y de ulanos heridos y muertos. Me volví y vi a Humberto a caballo, entre nosotros, que miraba a su alrededor, tranquilo, como si fuera a preguntar: «¿Han arañado a alguno de mis muchachos?». Y nosotros lo aclamamos: «¡Viva!», en su misma cara, como locos. ¡Santo Dios, qué momento! Ya viene el tren.

La banda comenzó a tocar, acudieron los oficiales, la multitud se alzó de puntillas.

—No bajará tan pronto —dijo un guardia—; ahora pronuncian un discurso.

Coretti padre no cabía en sí de alegría.

—¡Ah, cuando pienso en él —dijo— parece que lo estoy viendo! Está magnífico entre los atacados del cólera, y los terremotos, y qué sé yo; también ahí ha estado valiente; pero yo lo veo siempre, en mi mente, como lo vi entonces, en medio de nosotros, con aquella serenidad en su semblante. Y estoy bien seguro que también él se acuerda del cuarto del cuarenta y nueve, incluso ahora que es rey, y le gustaría comer junto con todos los que en aquellos momentos estuvimos a su lado. Ahora tiene generales, señores y distintivos; entonces no tenía más que unos pobres soldados. ¡Si pudiera cambiar con él, a solas, cuatro palabras! ¡Nuestro general de veintidós años, nuestro príncipe, confiado a nuestras bayonetas...! ¡Quince años que no lo veo! ¡Nuestro Humberto! ¡Ah! Esta música me enciende la sangre, palabra de honor.

Los gritos de la muchedumbre lo interrumpieron; miles de sombre-

ros se agitaron en el aire; cuatro señores vestidos de negro subieron al primer carruaje.

—¡Es él! —gritó Coretti, y se quedó embelesado, y dijo en voz baja—: ¡Virgen santa, qué canoso está!

Los tres nos descubrimos: la carroza avanzaba lentamente entre la muchedumbre, que gritaba y agitaba los sombreros. Yo miré a Coretti padre. Me parecía más alto, más serio, un poco pálido, firme, pegado a la pilastra.

—¡Viva! —gritaron muchas voces.

—¡Viva! —gritó Coretti, después de todos.

El rey lo miró a la cara y detuvo un momento su mirada sobre las tres medallas.

Entonces Coretti, perdió la cabeza y gritó:

—¡Cuarto batallón del cuarenta y nueve!

El rey, que había vuelto la cabeza hacia otro lado, volvió a mirar otra vez hacia nosotros, y mirando fijamente a Coretti a los ojos, extendió la mano fuera de la carroza.

Coretti dio un salto y se la estrechó. La carroza pasó, la muchedumbre se desbordó y nos separó, perdiendo de vista a Coretti padre. Fue sólo un momento. Lo encontramos enseguida, jadeante, con los ojos húmedos, llamando, a gritos a su hijo; mientras agitaba la mano. El hijo se lanzó hacia él, que le dijo:

—¡Ven acá, pequeño, que aún tengo la mano caliente! —y le acarició la cara con su mano, diciendo—: Esta es una caricia del rey.

Permaneció allí como si despertase de un sueño, con la pipa entre las manos, en medio de un grupo de curiosos que lo miraban.

—Es uno del cuarto del cuarenta y nueve —decían.

—Es un soldado que conoce al rey.

—Es el rey quien lo ha reconocido.

—Es él quien le tendió la mano.

—Ha entregado un memorial al rey —dijo otro más fuerte.

—No —respondió Coretti, volviéndose bruscamente—; no le he dado ningún memorial. Otra cosa es lo que le daría si me la pidiese...

Todos se le quedaron mirando. Y él dijo sin inmutarse:

—¡Mi sangre!

## El asilo infantil

Martes, 4.

Mi madre, según me había prometido, me llevó ayer después del desayuno, al asilo infantil de la calle Valdoco para recomendar a la directora a una hermanita de Precossi. Yo no había visto nunca un asilo. ¡Cuánto me divertí! Había doscientos, entre niños y niñas, tan pequeños, que los de primero elemental de la escuela son unos hombres al lado de ellos. Llegamos precisamente cuando entraban en fila en el refectorio, en el cual había dos mesas muy largas, con muchos agujeros redondos, y en cada agujero una escudilla negra, llena de arroz y de judías, y al lado una cuchara de estaño. Según entraban, algunos se caían, y allí se quedaban hasta que iban las maestras a levantarlos. Muchos se paraban delante de una escudilla, creyendo que aquél era su puesto, y engullían a escape una cucharada, cuando llegaba una maestra y decía:

—¡Adelante!

Y ellos daban tres o cuatro pasos adelante, y otra cucharada dentro; y otra vez adelante, hasta que llegaban a su puesto, después de haber tomado a cuenta de los demás una media ración.

Por fin, a fuerza de gritar:

—¡Daos prisa! ¡Daos prisa! —los colocaron a todos en orden y comenzó la oración.

Pero los que estaban en la primera fila de dentro, que para rezar debían dar la espalda a la escudilla, volvían la cabeza atrás para no perderla de vista y que ninguno cogiera de ella, y luego rezaban con las manos juntas y los ojos hacia el cielo, sí, pero con el corazón en el plato. Después comenzaron a comer. ¡Qué espectáculo tan divertido! Uno comía con cucharas, otro se arreglaba con las manos; muchos cogían las judías una por una, y se las metían en el bolsillo; otros, al contrario, las echaban en el delantalito y las machacaban, hasta hacer una pasta. También había algunos que no comían para ver volar las moscas, y algunos tosían y derramaban una lluvia de arroz alrededor. Parecía un gallinero. Pero era gracioso. Formaban un hermoso conjunto las dos de niñas, todas con el pelo recogido con lacitos rojos, verdes y azules. Una maestra preguntó a una fila de ocho niñas:

—¿Dónde nace el arroz?

Las ocho abrieron la boca, llena de comida, y respondieron todas juntas, cantando:

—Na-ce en el a-gua.

Luego, la maestra ordenó:

—¡Las manos en alto!

Y entonces fue encantador ver cómo se levantaban todos aquellos bracitos, que pocos meses antes todavía estaban atados y cómo se movían todas aquellas manecitas, cual si fueran otras tantas mariposas blancas y sonrosadas.

Luego salieron al recreo; pero antes cogieron todos sus cesticas, con el almuerzo dentro, que estaban colgadas de la pared. Salieron al jardín y se desparramaron, sacando sus provisiones: pan, ciruelas pasas, un pedacito de queso, un huevo cocido, peras pequeñas, un puñado de cerezas y un ala de pollo. En un momento, todo el jardín quedó cubierto de migajas, como si hubieran echado comida a una bandada de pájaros. Comían de las más extrañas maneras, como los conejos, los topos, los gatos, royendo, lamiendo o chupando. Había un niño que tenía apoyada en el pecho una rebanada de pan, y la untaba con un níspero, como si estuviera sacando brillo a una espada. Algunas niñas aplastaban entre las manos una especie de queso blando, que se escurría entre los dedos y se metía por las mangas; pero ellas ni se enteraban. Corrían y se perseguían con las manzanas y el pan entre los dientes como los perros. Vi a tres que con un palito, cavaban en un huevo cocido, creyendo que iban a descubrir algún tesoro, desparramándolo por el suelo, y luego lo recogían trocito a trocito, con mucha paciencia, como si fueran perlas. Y si alguno tenía algo especial, lo rodeaban ocho o diez, metiendo la cabeza para mirar en la cesta, como si estuvieran mirando la luna en un pozo. Habría unos veinte alrededor de un arrapiezo que apenas se le veía de alto, poseedor de un cucurucho de azúcar; todos iban a hacerle zalamerías para que les permitiera mojar el pan; él, a unos se lo permitía, pero a otros, después de mucho pedírselo, sólo les permitía que le chupasen el dedo, después de haberlo metido en el cucurucho.

A todo esto, mi madre había salido al jardín y acariciaba ora al uno, ora al otro. Muchos la rodeaban y algunos hasta se le echaban encima para pedirle un beso, levantando la cara como si mirasen a un tercer piso, abriendo y cerrando la boca como para pedirle papilla. Uno le ofreció un



gajo de naranja mordisqueado; otro, una corteza de pan; una niña le dio una hoja; otra le enseñó, con mucha seriedad, la punta del dedo índice, donde, si se miraba detenidamente, se conseguía ver un bultico microscópico que se había hecho el día anterior, al tocar la llama de una vela. Le ponían ante los ojos, como grandes maravillas, insectos pequeñísimos que no sé cómo se arreglaban para verlos y cogerlos; tapones de corcho partidos por la mitad, botones de camisa, florecitas que cortaban de los tiestos. Un niño, con la cabeza vendada, que a toda costa quería que lo oyesen, chapurreó no sé qué historia de una voltereta, de la que no entendí una sola palabra: otro quería que mi madre se agachase, y le dijo al oído:

—Mi padre hace escobas.

Y, entretanto, tenían lugar acá y allá mil desgracias, que obligaban a las maestras a acudir: niñas que lloraban porque no podían deshacer un nudo del pañuelo, otras que se disputaban a arañazos y gritos unas pepitas de manzana; un niño que se había caído boca abajo sobre un banco derribado, y se quedaba sollozando encima de aquel confuso montón, sin poder levantarse.

Antes de marcharse, mi madre cogió en brazos a tres o cuatro, y entonces acudieron de todas partes para que los agarraran, con la cara manchada de yema de huevo, de naranja; y uno quería agarrarle las manos, otro un dedo para verle el anillo; alguno le tiraba de la cadenita del reloj; otro quería cogerle de las trenzas.

—Tenga cuidado —decían las maestras—, que le estropean todo el vestido.

Pero a mi madre no le importaba en absoluto el vestido, y continuó besándolos; y ellos se le echaban cada vez más encima, los primeros con los brazos extendidos, como si quisieran trepar; los más lejanos, intentando abrirse paso, y todos gritando:

—¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós!

Por fin pudo escapar del jardín. Y entonces corrieron todos a meter la cara entre los hierros de la verja, para verla pasar, y sacar los brazos fuera para saludarla, ofreciéndole otra vez pedazos de pan, bocados de níspero y cortezas de queso, gritando todos a la vez:

—¡Adiós! ¡Adiós! ¡Vuelve mañana! ¡Ven otra vez!

Mi madre, al irse, fue pasando aún la mano sobre aquellas cien manecitas extendidas, como por encima de una guirnalda de rosas vivas,



y finalmente logró quedarse a salvo en la calle, toda llena de migajas y de manchas, manoseada y despeinada, con una mano llena de flores y los ojos cubiertos de lágrimas, feliz como si acabase de salir de una fiesta. Aún se sentían las voces desde dentro, como un gorjeo de pájaros, que decían:

—¡Adiós, adiós! ¡Ven otra vez, señora!

## En la gimnasia

Miércoles, 5.

Como sigue haciendo muy buen tiempo, nos han hecho cambiar la gimnasia del salón por la de los aparatos colocados en el jardín. Garrone estaba ayer en el despacho del director cuando entró la madre de Nelli, la señora rubia vestida de negro, para pedir que dispensaran a su hijo de los nuevos ejercicios. Cada palabra le costaba un gran esfuerzo, y hablaba poniendo una mano en la cabeza de su vástago.

—Él no puede —dijo al director.

Pero Nelli se mostró muy afligido al verse excluido de los ejercicios en los aparatos, de sentir otra humillación más...

—Verás, mamá —decía—, cómo haré lo que los demás.

Su madre lo miraba en silencio, con expresión de compasión y de afecto. Luego observó, indecisa:

—Temo que sus compañeros... —quería decir: «Temo que se burlen de él».

Pero Nelli respondió:

—No me importa nada... Y además, está Garrone. Me basta que esté él y no se ría.

Y entonces lo dejaron ir. El maestro, el de la herida en el cuello, que estuvo con Garibaldi, nos llevó enseguida a las barras verticales, que son muy altas, y era necesario trepar hasta arriba y ponerse derecho sobre el eje transversal. Derossi y Coretti subieron como dos monos; también el pequeño Precossi subió rápido, aunque impedido por el chaquetón, que le llega hasta las rodillas, y para hacerlo reír, mientras subía, todos le repetían su estribillo:

—Dispénsame, dispénsame.

Estando bufaba, se ponía colorado como un pavo, apretaba los dientes y parecía un perro rabioso; pero, aunque hubiera tenido que reventar, hubiera llegado arriba; y llegó, de hecho, y también Nobis, que al encontrarse en lo alto adoptó una actitud de emperador; pero Votini resbaló dos veces, a pesar de su vestido nuevo; de rayas azules, hecho expresamente para la gimnasia. Para subir con más facilidad se habían

embadurnado todos las manos con pez griega o colofonia, como la llaman; y, ya se sabe, el traficante de Garoffi es el que se la procura a todos en polvo, vendiéndola cinco céntimos el cartucho y ganando su correspondiente tanto por ciento. Luego le tocó a Garrone, que subió masticando pan, como si nada, y —creo que habría sido capaz de llevar a uno de nosotros en sus espaldas, de tan vigoroso y fuer te como es aquel torete. Después de Garrone le tocó a Nelli. Apenas lo vieron cogerse a la barra con aquellas manos largas y delgadas, muchos comenzaron a reírse y a tomarle el pelo; pero Garrone cruzó sus fuertes brazos sobre el pecho y lanzó una mirada tan expresiva en torno suyo, tan claramente dio a entender que estaba dispuesto a largar cuatro tortas, aun en presencia del maestro, que al momento todos dejaron de reírse. Nelli comenzó a trepar; al pobrecito le costaba mucho trabajo; se le ponía la cara morada, respiraba muy fuerte, le caía el sudor de la frente. El maestro dijo:

—Baja.

Pero él no hacía caso: hacía mayores esfuerzos, se obstinaba en seguir; yo estaba esperando, de un momento a otro, verlo desplomarse, medio muerto. ¡Pobre Nelli! Pensaba que si yo hubiera sido como él, y me hubiese visto mi madre, ¡cómo habría sufrido! Y al pensar así, sentí un gran cariño hacia Nelli: no sé lo que hubiera dado para que consiguiera subir, para poder empujarlo yo desde abajo, sin que me vieran.

Mientras, Garrone, Derossi y Coretti decían:

—¡Arriba, arriba, Nelli, esfuézzate otro poco, ánimo!

Y Nelli hizo un violento esfuerzo, dejando escapar un quejido, y llegó a dos cuartas del travesaño.

—¡Bravo! —gritaron otros—. ¡Ánimo, otro empujón!

Y al fin Nelli se agarró al travesaño. Todos lo aplaudieron:

—¡Bravo! —dijo el maestro—: pero basta ya, bájate. Nelli quiso subir hasta arriba, como los demás, y después de un poco de esfuerzo consiguió poner los codos sobre el travesaño, luego las rodillas, luego los pies, y, al fin, se levantó derecho y, jadeante y sonriendo, nos miró. Volvimos a aplaudir, y entonces él miró a la calle. Yo también me volví hacia aquella parte, y a través de las plantas que cubren la reja del jardín vi a su madre, que paseaba por la acera sin atreverse a mirar. Nelli bajó y todos lo felicitaron; estaba excitado, encendido, le brillaban los ojos, no parecía el mismo. Luego, a la salida, su madre fue a su encuentro y le

preguntó, un poco intranquila, abrazándolo:

—Qué, pobre hijo mío, ¿cómo te ha ido?

Y todos los compañeros respondieron a la vez:

—¡Lo ha hecho bien! Ha subido como nosotros. Es muy fuerte. Es ágil. Hace exactamente lo que los otros.

¡Era preciso ver entonces la alegría de aquella señora! Quiso darnos las gracias a todos, y no pudo; estrechó la mano a tres o cuatro, hizo una caricia a Garrone, se fue con su hijo, y los vimos caminar de prisa durante un buen trecho, hablando y gesticulando entre sí, tan contentos como nadie los había visto jamás.

## El maestro de mi padre

Martes, 11.

¡Qué excursión tan hermosa hice ayer con mi padre! He aquí cómo. Anteayer, durante la comida, al leer el periódico, mi padre lanzó de repente una exclamación de maravilla. Luego dijo, emocionadísimo:

—¡Y yo que lo creía muerto hace veinte años! ¿Sabéis que aún vive mi maestro de primera enseñanza, Vicente Croseti, que tiene ochenta y cuatro años? Veo que el ministerio le ha concedido la medalla de benemérito, por sus sesenta años de enseñanza. Sesenta años..., ¿os dais cuenta? Y solamente hace dos que ha dejado de dar clase. ¡Pobre Croseti! Está a una hora de tren de aquí, en Condove, en el pueblo de nuestra antigua jardinera de la quinta Chieri. Enrico, iremos a verlo.

Y durante toda la tarde no habló más que de él.

El nombre de su maestro de escuela le traía a la memoria mil cosas de cuando era niño, de sus primeros compañeros, de su madre muerta.

—¡Croseti! —exclamó—. Tenía cuarenta años cuando estaba con él. Me pa rece verlo aún. Un hombrecito ya un poco encorvado de ojos claros, siempre bien afeitado. Severo, pero de buenos modales, que nos quería como un pa dre y no nos dejaba pasar una. Había llegado a maestro a fuerza de privaciones y de estudio. Un hombre honrado. Mi madre le tenía mucho afecto, y mi padre lo trataba como un amigo: ¿Cómo ha ido a parar a Condove desde Turín? Seguramente que no me reconocerá. No importa, yo sí lo reconoceré a él. ¡Han pasado cuarenta y cuatro años! Cuarenta y cuatro años, Enrico, iremos a verlo mañana.

Ayer por la mañana, a las nueve, estábamos en la estación de Susa. Yo hubiera querido que fuese también Garrone, pero no pudo; porque su madre está enferma. Era una hermosa mañana de primavera. El tren corría entre los verdes prados y los setos en flor, y se percibía un aire perfumado. Mi padre estaba contento, y de vez en cuando me ponía el brazo alrededor del cuello y me hablaba como a un amigo mirando al campo.

—¡Pobre Croseti! —decía—. Él fue el primer hombre que me quiso y me hizo algún bien, después de mi padre. Jamás he olvidado algunos de

sus buenos consejos, y hasta ciertos reproches desabridos que me hacían volver a

casa con el corazón triste. Tenía las manos gruesas y pequeñas. Aún lo estoy viendo cuando entraba en la escuela; dejaba su bastón en un rincón y colgaba su capa de la percha, siempre con el mismo gesto. Y todos los días el mismo

humor, siempre un hombre de conciencia, lleno de buena voluntad y de atención, como si cada día diera clase por primera vez. Lo recuerdo como si lo oyera ahora, cuando me miraba: «¡Botini, eh, Botini! ¡El índice y el corazón sobre la pluma!». Estará muy cambiado, después de cuarenta y cuatro años.

Apenas llegamos a Condove, fuimos a buscar a nuestra antigua jardinera de Chieri, que tiene una tiendecita en una callejuela. La encontramos con sus niños, se alegró mucho de vernos, nos dio noticias de su marido, que va a volver de Grecia, adonde ha ido a trabajar por tres años, y de su hija mayor, que está en el instituto de sordomudos de Turín.

Luego nos señaló el camino para ir a casa del maestro, conocido de todos.

Salimos del pueblo y echamos por un caminito en cuesta flanqueado de setos floridos.

Mi padre ya no hablaba, parecía absorto por completo en sus recuerdos, y de vez en cuando sonreía y movía la cabeza.

De pronto, se paró y dijo:

—Ahí está. Apuesto cualquier cosa a que es él.

Bajaba hacia nosotros, por el sendero, un viejo pequeño que, con la barba blanca, un ancho sombrero, y apoyado en un bastón, iba arrastrando los pies y le temblaban las manos.

—Es él —repitió mi padre, apresurando el paso.

Cuando estuvimos cerca, nos paramos. El viejo se paró también, y miró a mi padre. Aún tenía la tez fresca y los ojos vivos y claros.

—¿Es usted —preguntó mi padre, quitándose el sombrero— el maestro Vicente Croseti?

El viejo también se quitó el sombrero, y respondió:

—Yo soy —con una voz algo trémula, pero plena.

—Pues bien —dijo mi padre, cogiéndole una mano—: permita a un antiguo alumno suyo estrecharle la mano y preguntarle cómo se

encuentra. He venido de Turín para verlo. El viejo lo miró extrañado. Luego dijo:

—Me honra usted mucho... No sé... ¿Cuándo fue mi alumno? Perdóneme; dígame su nombre, por favor.

Mi padre se lo dijo: Alberto Botini; el año en que había estado en la escuela, con él, y dónde, y añadió:

—Usted no se acordará de mí, es natural: pero yo me acuerdo de usted perfectamente.

El maestro bajó la cabeza, mirando hacia el suelo, haciendo memoria, y murmuró el nombre de mi padre dos o tres veces; el cual, mientras tanto, lo miraba con los ojos fijos, y sonrientes.

De pronto el viejo levantó la vista con los ojos muy abiertos, y dijo lentamente:

—¿Alberto Botini? ¿El hijo del ingeniero Botini, que vivía en la Plaza de la Consolación?

—El mismo y mi padre le tendió la mano.

—Entonces —dijo el viejo—, permítame, querido señor, permítame —y, adelantándose, abrazó a mi padre. Su cabeza blanca le llegaba apenas a los hombros. Mi padre apoyó la mejilla en su frente.

—Haga el favor de venir conmigo —dijo el maestro.

Y sin hablar, se volvió y emprendió camino hacia su casa. En pocos minutos llegamos a un corral, delante de una pequeña casa con dos puertas, una de las cuales se distinguía por un contorno blanco.

El maestro abrió la segunda y nos introdujo en una habitación. Cuatro paredes blancas; en un rincón, una cama con una colcha de cuadritos blancos y azules; en otro, una mesita con una pequeña librería, cuatro sillas y un viejo mapa en la pared; olía muy bien a manzanas.

Nos sentamos todos. Mi padre y el maestro se miraron durante un momento.

—¡Botini! —exclamó después el maestro, fijando los ojos en el pavimento de ladrillos, en los que el sol dibujaba un tablero de ajedrez; y a continuación—: ¡Oh, me acuerdo muy bien! ¡Qué señora tan buena era su madre! Usted, el primer año, durante algún tiempo, estuvo en el banco de la izquierda cerca de la puerta. Vea usted si me acuerdo. Aún estoy viendo su cabeza rizada —se quedó pensando un poco—. ¡Era un muchacho vivo! ¡Mucho! ¡El segundo año estuvo enfermo de difteria. Recuerdo cuando lo volvieron a llevar a la escuela, demacrado, envuelto

en un mantón. Han pasado cuarenta años, ¿no es verdad? Ha sido muy bueno al acordarse de su pobre maestro. También han venido otros hace años a verme aquí, antiguos discípulos míos: un coronel, sacerdotes, varios señores.

Preguntó a mi padre qué profesión ejercía, y dijo:

—Me alegro, me alegro de corazón. Se lo agradezco. Hace algún tiempo que no veo a ninguno. Y temo que sea usted el último, querido señor.

—Pero, ¿qué dice? —exclamó mi padre—. Usted se encuentra bien: todavía está fuerte. No diga eso.

—¡Oh, no! —respondió el maestro—. ¿Ve este temblor? y le enseñó las manos—. Es una mala señal. Comenzó hace tres años cuando aún daba clases. Al principio no hice caso; creí que se pasaría. Pero, al contrario, en vez de desaparecer fue creciendo. Llegó un día en que ya no pude escribir. ¡Ah! Aquel día, aquella primera vez que hice un garabato en el cuaderno de un alumno, fue para mí un golpe mortal, querido señor. Seguí adelante por algún tiempo; pero luego ya no pude más. Después de sesenta años de enseñanza tuve que dar el último adiós a la escuela, a los alumnos, al trabajo. Fue muy duro, créame, fue muy duro. La última vez que di clase me acompañaron todos a casa y me festejaron mucho; pero yo estaba triste; me daba cuenta de que mi vida se había acabado. El año anterior había perdido a mi mujer y a mi hijo único. Me quedé solo con dos nietos labradores. Ahora vivo de algunos cientos de liras que me dan de pensión. No hago nada: los días se me hacen interminables. Mi única distracción es hojear mis viejos libros de escuela, colecciones de periódicos escolares, y algún libro que me han regalado. Allí están —dijo, señalando la pequeña biblioteca—, allí están mis recuerdos, todo mi pasado... No me queda más en el mundo —y luego, de pronto, dijo alegremente—: Voy a darle una sorpresa, querido señor.

Se levantó y acercándose a la mesita, abrió un cajón grande que contenía muchos paquetes pequeños, todos atados con un cordoncito, encima de los cuales había escrita una fecha de cuatro cifras. Después de buscar un poco, abrió uno, hojeó muchos papeles, sacó uno amarillento y se lo presentó a mi padre. Era un trabajo suyo de la escuela, de hacía cuarenta años. En la parte superior decía: «Alberto Botini, dictado, 3 de abril de 1838». Mi padre reconoció al momento su gruesa letra de chico, y se puso a leer, sonriendo. Pero, de pronto, se le



humedecieron los ojos. Yo me levanté, preguntándole qué le pasaba.

Entonces, cogiéndome por la cintura y estrechándome contra él, me dijo:

—Mira esta hoja. ¿Ves? Estas son las correcciones de mi pobre madre. Ella siempre me duplicaba las eles y las tes. Y las últimas líneas son todas tuyas. Había aprendido a imitar mi letra, y cuando yo estaba cansado y tenía sueño, terminaba ella el trabajo por mí. ¡Santa madre mía!, y besó la página.

—Estos son —dijo el maestro, mostrándole los demás paquetes— mis recuerdos. Todos los años he apartado un trabajo de cada uno de mis alumnos, y aquí están todos, ordenados y numerados. A veces me pongo a hojearlos y leo una línea acá y otra allá, y vuelven a mi mente mil cosas, me parece que vuelvo a vivir en el pasado. ¡Cuántos han desfilado, mi querido señor! Cierro los ojos y veo caras y más caras, clases y más clases, cientos y cientos de muchachos, de los cuales sabe Dios cuántos han muerto ya. De muchos me acuerdo perfectamente. Me acuerdo bien de los mejores y de los peores, de los que me han dado grandes satisfacciones y de los que me han hecho pasar momentos muy tristes, porque también ha habido serpientes, se comprende, en un número tan grande de muchachos. Pero ahora es como si me encontrase ya en el otro mundo, y los quiero a todos igualmente.

Volvió a sentarse y cogió una de mis manos entre las tuyas.

—¿Y de mí —preguntó mi padre, sonriendo—, no recuerda ninguna travesura?

—¿De usted, señor? —respondió el viejo sonriendo también—. No, por el momento. Pero esto no quiere decir que no las hiciera. Sin embargo, usted era juicioso y serio para su edad. Me acuerdo muy bien del gran afecto que le tenía su señora madre... Ha sido usted muy bueno y muy atento al venir a verme aquí. ¿Cómo ha dejado sus ocupaciones para venir a visitar a un pobre y ya muy viejo maestro?

—Escuche, señor Croseti —respondió mi padre con viveza—. Me acuerdo de la primera vez que mi pobre madre me acompañó a la escuela. Era la primera vez que tenía que separarse de mí por dos horas y dejarme fuera de casa en otras manos que las de mi padre; en las manos de una persona desconocida, en definitiva. Para aquella buena criatura, mi entrada en la escuela era como la entrada en el mundo, la primera de una larga serie de separaciones largas y dolorosas, era la

sociedad que le quitaba de las manos, por primera vez, a su hijo, para no volver a entregárselo nunca por completo. Estaba conmovida, y yo también. Me recomendó a usted con voz temblorosa, y luego, al irse, me saludó todavía por la puerta entreabierta, con los ojos llenos de lágrimas. Y en aquel preciso momento hizo usted un ademán con la mano, poniendo la otra sobre el pecho, como para decirle: «Señora, confíe usted en mí». Pues bien, aquel gesto suyo, aquella mirada, por la que vi que había usted comprendido todos los sentimientos, todos los pensamientos de mi madre, aquella mirada que quería decir: «¡Ánimo!», aquel gesto que era una honrada promesa de protección, de cariño y de indulgencia, jamás lo he olvidado; ha permanecido esculpido en mi corazón para siempre; aquel recuerdo es el que me ha hecho salir de Turín. Y aquí me tiene, después de cuarenta y cuatro años, para decirle: «Gracias, querido maestro».

El maestro no respondió; me acariciaba los cabellos con la mano, con su mano temblorosa, que iba de mis cabellos a la frente, y de la frente a mis cabellos.

Mi padre, mientras, contemplaba las paredes desnudas, el pobre lecho, un pedazo de pan y una botella de aceite que estaban encima de la ventana, y parecía como si dijese: «Pobre maestro, después de sesenta años, ¿es este tu premio?».

Pero el pobre viejo estaba muy contento, y comenzó de nuevo a charlar con viveza de nuestra familia, de otros maestros de aquellos tiempos, y de los compañeros de escuela de mi padre, el cual se acordaba de algunos y de otros no, y cada uno, daba noticias al otro de éste o de aquél. Mi padre interrumpió la conversación para pedir al maestro que bajara con nosotros al pueblo, a comer. Él respondió muy afable:

—Se lo agradezco, muchas gracias —parecía indeciso.

Mi padre; cogiéndole ambas manos, volvió a insistir:

—Pero, ¿cómo me voy a arreglar para comer —dijo el maestro— con estas pobres manos que bailan de esta manera?

Es un martirio, incluso para los demás.

—Nosotros lo ayudaremos, maestro —dijo mi padre.

Y entonces aceptó, moviendo la cabeza y sonriendo.

—Es este un hermoso día —dijo, cerrando la puerta desde fuera—, un hermoso día, querido señor Botini. Le aseguro que lo recordaré mientras viva.

Mi padre dio su brazo al maestro, el cual me cogió de la mano, y

bajamos por el sendero. Encontramos dos muchachitas descalzas que conducían vacas, y un muchacho que pasó corriendo con una gran carga de paja al hombro. El maestro nos dijo que eran dos alumnas y un alumno de segundo, que por la mañana conducían los animales a pastar y trabajaban en el campo con los pies desnudos, y por la tarde se ponían los zapatos e iban a la escuela. Era casi mediodía. No encontramos a nadie más. En pocos minutos llegamos a la posada, nos sentamos a una gran mesa, poniendo en medio al maestro, y comenzamos enseguida a comer. La posada era silenciosa como un convento. El maestro rebosaba de alegría, y la emoción aumentaba el temblor de sus manos; casi no podía comer. Pero mi padre le partía la carne, le cortaba el pan, le echaba sal en la comida. Para beber tenía que coger el vaso con las dos manos, y aun así le daba contra los dientes. Pero charlaba mucho y con entusiasmo, de los libros de lectura de su juventud, de los horarios de entonces, de los elogios que le habían tributado sus superiores, de los reglamentos de los últimos años, sin perder la serenidad en el semblante, un poco más encendido que al principio, con una voz jovial y la sonrisa casi de un muchacho. Mi padre no se cansaba de mirarlo, con la misma expresión con que a veces lo sorprende cuando me mira a mí en casa, mientras piensa y sonrío para él, con la cabeza algo inclinada hacia un lado.

Al maestro se le cayó algo de vino en el pecho; mi padre se levantó y se lo limpió con la servilleta.

—No; no, señor, no se lo consiento —dijo él, riendo. Decía algunas palabras en latín. Al final, levantó el vaso, que le bailaba en la mano, y dijo con mucha seriedad:

—¡A su salud, querido señor ingeniero, a la de sus hijos, y a la memoria de su buena madre!

—¡A la suya, mi buen maestro! —contestó mi padre, estrechándole la mano.

En el fondo de la habitación estaba el posadero y otras personas, que miraban y sonreían, dando a entender la satisfacción que les producía aquellos agasajos en honor del maestro de su pueblo.

Salimos pasadas ya las dos, y el maestro quiso acompañarnos a la estación. Mi padre le dio de nuevo el brazo, y él volvió a cogerme de la mano; yo le llevaba el bastón. La gente se paraba a mirar, porque todos lo conocían; algunos lo saludaban. Al llegar a un determinado punto de la

calle, oímos por una ventana muchas voces de niños que leían juntos, deletreando. El viejo se paró, y pareció entristecerse.

—He ahí, querido señor Botini —dijo—, lo que me apena: oír las voces de los muchachos en la escuela y no estar ya con ellos; pensar que es otro el que está. He escuchado durante sesenta años esta música y mi corazón se había hecho a ella... Ahora estoy sin familia. Ya no tengo hijos.

—No, maestro —le respondió mi padre, reanudando la marcha—: usted tiene aún muchos hijos, esparcidos por el mundo, que se acuerdan de usted como yo me he acordado siempre.

—No, no —respondió el maestro, con tristeza—, ya no tengo escuela, ya no tengo hijos. Y sin hijos no puedo vivir mucho. Pronto sonará mi hora.

—No diga usted eso, maestro, ni lo piense —dijo mi padre—. De todos modos, ¡cuánto bien ha hecho usted! ¡Qué noblemente ha empleado su vida!

El viejo maestro inclinó un momento su blanca cabeza sobre el hombro de mi padre, y apretó mi mano. Habíamos entrado en la estación. El tren iba a salir.

—¡Adiós, maestro! —dijo mi padre, besándolo en la mejilla.

—¡Adiós, gracias, adiós! —contestó el maestro, cogiendo con sus manos temblorosas una mano de mi padre, y apretándola contra su corazón.

Luego lo besé yo, y sentí que las lágrimas humedecían su cara. Mi padre me empujó hacia el coche, y en el momento de subir, cogió rápidamente de la mano del maestro su tosco bastón, entregándole en su lugar el suyo, hermoso, con puño de plata y sus iniciales, diciéndole:

—Consérvelo como recuerdo mío.

El viejo intentó devolvérselo y recobrar el suyo; pero mi padre ya estaba dentro y había cerrado la puerta.

—¡Adiós, mi buen maestro!

—¡Adiós, hijo —respondió el maestro, mientras el tren echaba a andar—, y que Dios lo bendiga por el consuelo que ha traído a un pobre viejo!

—Hasta la vista —gritó mi padre, conmovido.

Pero el maestro movió la cabeza, como diciendo: «No volveremos a vernos».

—Sí, sí —respondió mi padre—, hasta la vista.

Pero él respondió, levantando su trémula mano hacia el cielo:

—¡Allá arriba!

Y desapareció de nuestra vista en aquella actitud, con la mano en alto.

## Convalecencia

Jueves, 20.

¡Quién me iba a decir a mí, cuando volví tan contento de aquella hermosa excursión con mi padre, que durante diez días no volvería a ver el campo ni el cielo! He estado muy malo, en peligro de muerte. He oído sollozar — a mi madre, he visto muy pálido a mi padre, mirándome fijamente, a mi hermana Silvia y a mi hermano, que hablaban en voz baja, y al médico, con sus anteojos, que no se separaba de mi lado y me decía cosas que no comprendía. No ha faltado mucho para dar el último adiós a todos. ¡Ah, pobre madre mía! He pasado por lo menos tres o cuatro días de los que no recuerdo nada, como si hubiese tenido un sueño muy revuelto y oscuro. Me parece haber visto al lado de mi cama a mi buena maestra de primero superior, que se esforzaba por sofocar la tos con el pañuelo, para no molestarme; recuerdo también, de un modo confuso, a mi maestro, que se inclinó para besarme y me pinchó un poco la cara con su barba. He visto pasar, como entre niebla, la cabeza roja de Crosi, los rubios rizados de Derossi, al calabrés, vestido de negro, y a Garrone, que me trajo una mandarina con las hojas, y que se marchó enseguida porque su madre estaba enferma. Luego me desperté, como de un sueño larguísimo, y comprendí que estaba mejor al ver a mi padre y a mi madre que sonreían, y al escuchar a Silvia que tarareaba. ¡Oh, qué sueño tan triste ha sido! Luego he comenzado a mejorar de día en día. Ha venido el Albañilito, que por primera vez me ha hecho reír al poner el hocico de liebre: ¡y qué bien le ha salido ahora, que a causa de la enfermedad se le ha alargado al pobrecito un poco la cara! Ha venido Coretti, y también, Garoffi, que me regaló dos billetes de su nueva lotería de «un cortaplumas con cinto sorpresas», que compró a un tendero amigo suyo, de la calle Bertola. Ayer, mientras dormía, vino Precossi, y colocó su mejilla sobre mi mano, sin despertarme, y como venía del taller de su padre, con la cara manchada de carbón, me dejó la marca negra en la mano, dándome una gran alegría verla cuando me he despertado. ¡Qué verdes se han puesto los árboles en estos pocos días! ¡Y qué envidia me dan los muchachos que veo correr a la escuela con los libros, cuando mi padre me lleva a la ventana! Pero pronto volveré yo también. Estoy

impaciente por volver a ver a todos los muchachos, mi banco, el jardín, las calles, de saber todo lo que ha acontecido en este tiempo, de coger otra vez mis libros mis cuadernos, pues me da la sensación de que no los veo hace un año. ¡Pobre madre mía, qué demacrada y pálida está! ¡Pobre padre mío, qué aspecto tiene de cansado! ¡Y mis buenos compañeros que han venido a verme y andaban de puntillas y me besaban la frente! ¡Qué tristeza me entra ahora, al pensar que un día tendremos que separarnos! Con Derossi y algún otro seguiré quizá haciendo mis estudios; ¿y todos los demás? Una vez terminado cuarto, ¡adiós!, no volveremos a vernos; no volveré a verlos al lado de mi cama cuando me encuentre enfermo; Garrone, Precossi, tantos muchachos excelentes, tantos buenos y queridos compañeros, no volveré a encontrarlos probablemente.

## Los amigos obreros

Jueves, 27.

«¿Por qué, Enrico, no los volverás a ver? Eso dependerá de ti. Cuando termines cuarto, irás al instituto, y ellos escogerán un oficio; pero permaneceréis en la misma ciudad, quizá durante muchos años. ¿Por qué, entonces, no habréis de veros más? Cuando tú estés en la universidad o en la academia, irás a verlos a sus tiendas o a sus talleres, y experimentarás una gran alegría en volver a encontrar a tus compañeros de infancia —ya hombres— en su trabajo. ¿Será posible que no vayas a ver a Coretti y a Precossi, donde quiera que estén? Ciertamente que irás, y pasarás horas enteras en su compañía, y verás, estudiando la vida y el mundo, cuántas cosas podrás aprender de ellos, que nadie te podrá enseñar mejor, sobre sus oficios, sobre su sociedad y sobre tu patria. Y ten presente que si no conservas estas amistades te resultará muy difícil lograr otras semejantes en el futuro, quiero decir, fuera del círculo social al que perteneces. De esta manera vivirás encerrado en una sola clase, y el hombre que no mantiene contacto más que con una esfera social es como el erudito que no lee más que un libro. Así, pues, proponte, desde ahora, conservar la amistad de esos buenos compañeros, incluso después, cuando tengáis que estar separados, y cultiva su trato desde ahora, con preferencia, precisamente, porque son hijos de obreros. Mira: los hombres de las clases superiores son los oficiales, y los obreros son los soldados del trabajo. Pero así en la sociedad como en el ejército, el soldado no es menos noble que el oficial, porque la nobleza está en el trabajo y no en la ganancia; en el valor y no en el grado; y si hay alguna superioridad de mérito, se encuentra precisamente en el soldado, en el obrero, porque sacan de su trabajo un provecho menor. Por tanto, ama y respeta, entre todos tus compañeros, a los hijos de los soldados del trabajo. Honra en ellos los sacrificios de sus padres; desprecia las diferencias de fortuna y de clase, pues solamente la gente despreciable regula por ellas los sentimientos y la educación; piensa que casi toda la sangre bendita que ha redimido la patria ha salido de las venas de los trabajadores de los talleres y del campo; ama a Garrone, ama a Precossi, ama a Coretti, ama a tu



Albañilito, que en sus pechos de pequeños trabajadores encierran corazones de príncipes, y júrate a ti mismo que ningún cambio de fortuna podrá arrancar jamás de tu alma esas santas amistades de la infancia. Jura que si dentro de cuarenta años, al pasar por una estación de ferrocarril, reconoces bajo el traje de un maquinista a tu antiguo amigo Garrone, con su cara negra... ¡Oh, no es preciso que lo jures; estoy seguro que subirás a la máquina y le echarás los brazos al cuello, aunque seas un senador del reino.

Tu padre».

## La madre de Garrone

Viernes, 28.

Apenas vuelvo a la escuela me encuentro con una triste noticia. Hacía varios días que Garrone no venía, porque su madre se encontraba gravemente enferma. El sábado por la tarde murió. Ayer por la mañana, el maestro nos dijo apenas entró en clase:

—Al pobre Garrone le ha tocado la desgracia mayor que puede ocurrirle a un niño. Se le ha muerto la madre. Mañana volverá a clase. Desde ahora os lo pido, muchachos: respetad el terrible dolor que destroza su alma. Cuando entre, saludadle afectuosamente y con seriedad; que ninguno bromea ni se ría con él, os lo recomiendo.

Y esta mañana, un poco más tarde que los demás, entró el pobre Garrone. Al verlo, me dio un vuelco el corazón. Su cara estaba pálida, sus ojos enrojecidos, apenas se tenía sobre sus piernas; parecía como si hubiera estado enfermo un mes entero; no parecía el mismo; vestía todo de luto; inspiraba compasión. Nadie respiró; todos lo miraron. Apenas entró, en el primer momento, al volver a la escuela a la que su madre había venido a buscarlo casi todos los días, al banco sobre el cual ella tantas veces se había inclinado en los días de examen, para hacerle una última recomendación, y en los que él tantas veces había pensado en ella, impaciente por salir para correr a su encuentro, estalló en un acceso de llanto desesperado. El maestro lo llevó a su lado, lo apretó contra su pecho y le dijo:

—Llora, sí, llora, pobre niño, pero ten valor. Tu madre ya no está aquí, pero te ve, te sigue amando, vive aún a tu lado... y un día volverás a verla, porque tienes un alma buena honrada como ella. Ten valor.

Y dicho esto, lo acompañó al banco, cerca de mí. Yo no me atrevía a mirarlo. Sacó sus libros y sus cuadernos, que no había abierto hacía muchos días, y al abrir el libro de lectura, en el que hay una viñeta que representa a una madre con el hijo de la mano de nuevo rompió a llorar, reclinando la cabeza sobre el brazo. El maestro nos hizo señas de que lo dejáramos tranquilo, y comenzó la lección. Yo hubiera deseado decirle algo, pero no sabía qué. Puse una mano encima de su brazo y le dije al oído:

—No llores, Garrone.

No contestó, y, sin levantar la cabeza del banco, cogió con la suya mi mano y la tuvo así por algún tiempo. Al salir, nadie le habló; todos pasaron a su lado respetuosamente y en silencio. Yo vi a mi madre que me estaba esperando, y corrí a abrazarla; pero ella me rechazó, y miraba a Garrone. Al principio no comprendí por qué; pero al ver que Garrone, solo, a un lado, me estaba mirando, y que en su mirada había una indecible tristeza, que quería dar a entender: «Tú abrazas a tu madre, pero yo no volveré a abrazarla; tú aún tienes una madre; pero la mía ha muerto», entonces comprendí por qué mi madre me había rechazado, y salí sin darle la mano.

## José Mazzini

Sábado, 29.

También esta mañana vino Garrone a la escuela pálido y con los ojos hinchados de llorar; apenas echó una mirada a los pequeños regalos que habíamos colocado en su banco para consolarlo. Pero el maestro había llevado una

página de un libro para leerse y reanimarlo. Primeramente nos ha advertido que mañana vayamos al mediodía al Ayuntamiento, para presenciar la concesión de la medalla al valor a un muchacho que ha salvado a un niño de perecer en el Po, y que el lunes nos dictará la descripción de la fiesta en lugar del cuento mensual. Luego, volviéndose a Garrone, que estaba con la cabeza baja, le dijo:

—Garrone, haz un esfuerzo; escribe tú también lo que voy a dictar.

Todos cogimos la pluma. El maestro comenzó:

José Mazzini, nacido en Génova en 1805, muerto en Pisa en 1872; patriota de alma grande, escritor de preclaro ingenio, inspirador y primer apóstol de la revolución italiana, el cual, por amor a su patria, vivió cuarenta años pobre, desterrado, perseguido, errante, heroicamente firme en sus principios y en sus propósitos; José Mazzini, que adoraba a su madre, y que había heredado de ella cuanto había de más puro y más alto en su esforzada y noble alma, escribía así a un fiel amigo suyo, para consolarlo de la mayor de las desgracias. Poco más o menos, estas son sus palabras: «Amigo mío, ya no volverás a ver a tu madre en este mundo. Esta es la tremenda verdad. No voy a verte, porque el tuyo es uno de esos dolores solemnes y sagrados que es necesario sufrir y vencer por sí mismo. ¿Comprendes lo que quiero decirte con estas palabras? “Es preciso vencer el dolor”. Vencer lo que el dolor tiene de menos santo, de menos purificador; aquello ocre, en vez de mejorar el alma, la debilita y rebaja. Pero la otra parte del dolor, la parte noble, la que engrandece y sublima el alma, ésa debe permanecer en ti y no dejarte jamás. Aquí abajo nada puede sustituir a una buena madre. En los dolores, en las satisfacciones que la vida puede todavía brindarte, no la olvidarás jamás. Pero debes recordarla, amarla, apenarte por su muerte

de una manera digna de ella. Escúchame, amigo mío, la muerte no existe, no es nada. Ni siquiera se puede comprender. La vida es vida, y sigue la ley de la vida, el progreso. Ayer tenías una madre en el mundo; hoy tienes un ángel en otro lugar. Todo lo que es bueno sobrevive a la vida terrena aumentando en potencia. Por tanto, también el amor de tu madre. Ella te ama ahora más que nunca. Y tú eres responsable de tus acciones ante ella, más que antes. Depende de ti, de tus obras, el encontrarla, y volver a verla en otra existencia. Por tanto, por amor y reverencia hacia tu madre, debes hacerte mejor y darle motivo de alegrarse de tu conducta. De ahora en adelante, deberás decirte en cada uno de tus actos: “¿Lo aprobaría mi madre?”. Su transformación ha puesto en el mundo un ángel custodio para ti, al cual debes referir todas tus cosas. Sé fuerte y bueno; resiste el dolor desesperado y vulgar, conquista la serenidad de los grandes sufrimientos en las almas grandes; eso es precisamente lo que ella quiere». ¡Garrone! —añadió el maestro—: sé fuerte y permanece sereno; eso es lo que ella quiere. ¿Comprendes?

Garrone hizo un signo afirmativo con la cabeza, mientras que de sus ojos caían densas y copiosas lágrimas sobre el cuaderno y sobre el banco.

### (Cuento mensual)

A mediodía estábamos ante el Ayuntamiento para presenciar la entrega de la medalla del valor cívico al muchacho que salvó a un compañero en el Po.

En la terraza de la fachada ondeaba una gran bandera tricolor.

Entramos en el patio del edificio.

Estaba lleno de gente. Al fondo se veía una mesita con un tapete encarnado, y encima varios papeles, y detrás una fila de sillones dorados para el alcalde y el cabildo. Varios ujieres del Ayuntamiento, con las dalmáticas azules y las medias blancas, rodeaban el estrado. A la derecha del patio había formado un piquete de guardias municipales, con muchas medallas, y al otro lado otro piquete de carabineros, en la parte opuesta, los bomberos, con uniforme de gala, y muchos soldados sin formar, que habían venido a presenciar la ceremonia: soldados, de caballería, cazadores, de artillería. Por último, alrededor, señores, gente del pueblo, algunos oficiales, mujeres y muchachos que se apretujaban. Nosotros nos colocamos en un rincón donde había ya muchos alumnos de otras secciones, con sus maestros, y a nuestro lado estaba un grupo de muchachos de pueblo, entre los diez y los dieciocho años, riendo y hablando muy alto, y se veía que eran todos del barrio del Po, compañeros o conocidos del que iba a recibir la medalla. Arriba, en todas las ventanas, se asomaban los empleados del Ayuntamiento; las galerías de la biblioteca aparecían también llenas de gente, que se apretaba contra la balaustrada; y en la del lado opuesto, que está encima de la puerta de entrada, estaban apretadas un gran número de muchachas de las escuelas públicas y muchas «huérfanas de militares», con sus bonitos velos celestes. Parecía un teatro. Todos charlaban alegres, mirando de vez en cuando hacia la mesita encarnada, a ver si se presentaba alguno. La banda de música tocaba muy suave, al fondo del patio. El sol caía sobre los muros. Era un hermoso espectáculo.

De pronto, todos comenzaron a aplaudir en el patio, las galerías y las ventanas.

Yo me empiné para ver.

La multitud que estaba detrás de la mesa encarnada había abierto el paso, y un hombre y una mujer se habían puesto delante. El hombre llevaba de la mano a un niño.

Era el que había salvado al compañero.

El hombre era su padre, un albañil, vestido de fiesta. La mujer, su madre, pequeña y rubia, vestía de negro. El niño, también rubio y pequeño, llevaba una chaqueta gris.

Al ver toda aquella gente y oír los estrepitosos aplausos, los tres se quedaron sin atreverse a mirar ni a moverse. Un ujier municipal los condujo al lado de la mesa, a la derecha.

Todos guardaron silencio por un momento, y luego otra vez resonaron los aplausos por doquier. El niño miró a las ventanas y luego a las galerías de las huérfanas de los militares, tenía el sombrero entre las manos y parecía que no sabía bien dónde se encontraba. Me dio la impresión de que se parecía un poco a Coretti en la cara, pero un poco más encarnado. Su padre y su madre no apartaban los ojos de la mesa.

Entretanto, los muchachos del barrio del Po, que estaban cerca de nosotros, se asomaban y hacían señas a su compañero para que los viera, llamándole en voz baja:

—¡Pin, Pin, Pinot!

A fuerza de llamarlo consiguieron que los oyera. El niño los miró, y se puso el sombrero delante para ocultar su risa.

De pronto, todos los guardias a una se cuadraron y entró el alcalde, acompañado de muchos señores.

El alcalde, con todo su pelo blanco y una gran faja tricolor se puso junto a la mesa, de pie, los demás, a su lado o detrás.

La banda dejó de tocar. A una señal del alcalde, todos callaron.

Comenzó a hablar. Las primeras palabras no las entendí bien, pero comprendí que contaba la hazaña del niño. Luego levantó la voz, y se esparció tan clara y sonora por todo el patio, que no perdí una sola palabra.

—...Cuando vio desde la orilla al compañero que se revolvía en el río, presa ya del terror a la muerte, se quitó la ropa y acudió sin titubear un momento. Le gritaron: «¡Que te vas a ahogar!». No respondió; lo agarraron, y se soltó; lo llamaron, pero ya estaba en el agua. El río estaba muy crecido, y el riesgo era terrible, incluso para un hombre. Pero

él desafió a la muerte con toda la fuerza de su pequeño cuerpo y de su gran corazón; alcanzó a tiempo al desgraciado que ya estaba bajo el agua, lo agarró y lo sacó a flote; luchó furiosamente con el agua que quería arrastrarlo, y con el compañero enroscado a él; varias veces desapareció bajo el agua y volvió a salir con un esfuerzo desesperado; obstinado e invencible en su noble propósito, no como un muchacho que quiere salvar a otro muchacho, sino como un hombre, como un padre que lucha por salvar a su hijo, que es su esperanza y su vida. Al fin. Dios no permitió que una proeza tan generosa resultase inútil. El pequeño nadador arrebató su presa al río gigante, y la sacó a tierra, prestándole incluso, con los demás, los primeros socorros; y, después, volvió a casa sano y tranquilo a contar ingenuamente el suceso. ¡Señores! Hermoso, admirable es el heroísmo del hombre; pero en el niño, incapaz de mira alguna de ambición y de interés; en el niño, a quien nada pedimos, que a nada está

obligado, que ya nos parece tan noble y tan digno, simplemente cuando comprende y reconoce el heroísmo de los demás, en el niño el heroísmo es divino. No diré más, señores. No quiero adornar con elogios superfluos una

grandeza tan sublime. Aquí tenéis, delante de vosotros, al salvador noble y generoso. Soldados, saludadlo como a un hermano; madres, bendecidlo como a un hijo; niños, recordad su nombre, grabad en vuestra mente su rostro, y que no se borre jamás de vuestra memoria y de vuestro corazón. Acércate, muchacho. En nombre del rey de Italia, te concedo la cruz de beneficencia.

Un viva atronador, lanzado a la vez por una infinidad de voces, atronó el palacio.

El alcalde tomó de la mesa la condecoración, y la puso en el pecho del niño. Luego lo abrazó y lo besó.

La madre se llevó la mano a los ojos; el padre descansaba la barba en el pecho.

El alcalde estrechó la mano a los dos, y cogiendo el decreto de la condecoración, atado con una cinta, se lo dio a la madre.

Luego se volvió hacia el niño y le dijo, emocionado:

—Que el recuerdo de este día tan glorioso para ti, tan feliz para tus padres, te conserve toda tu vida en el camino de la virtud y del honor. Adiós.



El alcalde salió; la banda comenzó a tocar y todo parecía terminado, cuando el piquete de bomberos se abrió, y un niño de unos ocho o nueve años, al que empujaba hacia adelante una señora, que enseguida se escondió, se lanzó hacia el condecorado, arrojándose en sus brazos.

Un nuevo clamor de vivas y de aplausos atronó el patio; todos lo habían comprendido a la primera: aquél era él niño salvado del Po que iba a dar gracias a su salvador. Después de haberlo besado, lo cogió de un brazo para acompañarlo afuera. Ellos dos delante, el padre y la madre detrás, se encaminaron hacia la salida, pasando con gran dificultad entre la gente, que les

a b r í a p a s o s e g ú n a v a n z a b a n : g u a r d i a s , m u c h a c h o s , s o l d a d o s , m u j e r e s , t o d o s e n r e v u e l t a c o n f u s i ó n . T o d o s s e e c h a b a n h a c i a d e l a n t e y s e e m p i n a b a n p a r a v e r a l m u c h a c h o . L o s q u e e s t a b a n e n p r i m e r a f i l a , l e t o c a b a n l a m a n o . C u a n d o p a s ó d e l a n t e d e l o s ñ o ñ o s d e l a e s c u e l a , t o d o s a g i t a r o n s u s s o m b r e r o s . L o s d e l b a r r i o d e l P o p r o r r u m p i e r o n e n g r a n d e s a c l a m a c i o n e s , c o g i é n d o l o d e l b r a z o y d e l a c h a q u e t a y g r i t a n d o :

—¡Pin! ¡Viva Pin! ¡Bravo, Pinot!

Yo lo vi pasar a mi lado, con la cara toda encendida, contento; la medalla tenía el lazo blanco, rojo y verde. Su madre lloraba y reía a la vez; su padre se retorció el bigote, con una mano que le temblaba mucho, como si tuviese calentura. Desde las ventanas y las galerías seguían asomándose y aplaudiendo. De pronto, cuando estaban para entrar debajo del pórtico, cayó de las galerías de las huérfanas de los militares una verdadera lluvia de pensamientos, de ramitos de violetas y de margaritas, que fueron a dar en la cabeza del niño y de sus padres, y se esparcieron por el suelo. Muchos comenzaron a recogerlas de prisa, ofreciéndoselas a la madre, mientras en el fondo del patio la banda tocaba suavemente una melodía bellísima, que parecía el canto de muchas voces argentinas que se alejaban cantando por la orilla de un río.

# Mayo

## Los niños raquíuticos

Viernes, 5.

Hoy no he ido a clases porque no me encontraba bien, y mi madre me ha llevado con ella al instituto de los niños raquíuticos, adonde ha ido a recomendar a una hija del portero; pero no me ha dejado entrar a la escuela...

«¿No has comprendido, Enrico, por qué no te dejé entrar? Por no ponerte delante de aquellos desgraciados, allí, en medio de la escuela, convertido en la muestra de un muchacho sano y robusto. ¡Demasiadas ocasiones tienen ya de hacer comparaciones dolorosas!». ¡Qué espectáculo tan triste! Me dieron ganas de llorar al entrar allí. Eran unos sesenta entre niños y niñas... ¡Pobres huesos torturados! ¡Pobres manos, pobres pies, encogidos y crispados! ¡Pobres cuerpecitos contrahechos! Pronto vi muchas caras graciosas, miradas llenas de inteligencia y de afecto; había una niña con la nariz afilada y la barba puntiaguda, que parecía una viejecita; pero su sonrisa era de una suavidad celestial. Algunos, por delante, son bellos y parece que no tienen defecto alguno; pero se vuelven... y se le oprime a uno el corazón. Estaba allí el médico, haciendo la visita. Los ponía de pie sobre los bancos, y les levantaba sus vestidos para tocar sus vientres hinchados y las articulaciones abultadas; no sentían vergüenza alguna las pobres criaturas; se veía que estaban acostumbrados a que los desnudaran; a ser examinados y vistos por todas partes. ¡Y pensar que ahora se encuentran en el período mejor de su enfermedad, y que casi ya no sufren! Pero, ¿quién podrá decir lo que sufrieron cuando empezó a deformarse su cuerpo, cuando al crecer su enfermedad veían disminuir el afecto en torno de ellos, pobres niños, a quienes se dejaba solos horas y horas en el rincón de una habitación, o de un patio, mal alimentados, a veces incluso escarnecidos, o atormentados durante meses enteros con vendajes y aparatos ortopédicos, muchas veces inútiles? Ahora, en cambio, gracias a los cuidados, a la buena alimentación y a la gimnasia, muchos mejoran. La maestra los puso a hacer gimnasia. Daba lástima, al oír ciertas

instrucciones, ver cómo extendían sobre los bancos todas aquellas piernas fajadas, comprimidas entre los aparatos, nudosas, deformadas, piernas que debieron ser cubiertas de besos. Algunos no podían levantarse del banco, y se quedaban allí, con la cabeza apoyada en el brazo, acariciando las muletas con la mano; otros, al hacer el impulso con los brazos, sentían que les faltaba la respiración y se dejaban caer sentados, pálidos, pero sonriendo para disimular la fatiga. ¡Ah, Enrico! ¡Vosotros que no apreciáis la salud y os parece cosa sin importancia, el estar buenos! Yo pensaba en los muchachos hermosos, que las madres llevan de paseo como en triunfo, orgullosas de su belleza, y hubiera cogido todas aquellas cabezas y las hubiera estrechado contra mi corazón, desesperadamente; hubiese dicho, de encontrarme sola: “ Ya no me moveré de aquí, quiero consagraros toda mi vida, serviros, hacer de madre para todos hasta el último día de mi vida...”. Y entretanto, ellos cantaban, cantaban con unas vocecitas débiles, dulces y tristes, que llegaban al alma: y como la maestra los elogiara, se pusieron muy contentos; y cuando pasaba entre los bancos le besaban las manos y los brazos, porque sienten una gratitud inmensa, hacia sus bienhechores, y son muy cariñosos. Tienen también talento, y estudian aquellos angelitos, según me dijo la maestra; una maestra joven y agraciada, con un rostro lleno de bondad y una cierta expresión de tristeza, reflejo de las desgracias que acaricia y consuela. ¡Querida muchacha! Entre todas las criaturas humanas que se ganan la vida con su trabajo, no hay una sola que lo haga más santamente que tú, hija mía.

Tu madre».

## Sacrificio

Martes, 9.

Mi madre es muy buena, y mi hermana Silvia es como ella; tiene su mismo corazón noble y generoso. Estaba yo ayer copiando una parte del cuento mensual: «De los Apeninos a los Andes», que el maestro nos ha dado a copiar un poco a todos, por lo largo que es, cuando entró Silvia de puntillas y me dijo corriendo y en voz baja:

—Ven conmigo a ver a mamá. Esta mañana los he oído hablar: a papá le ha ido mal algún negocio, estaba apenado, y mamá lo animaba; andamos apurados, ¿comprendes? No tenemos dinero. Papá decía que será necesario sacrificarse para salir adelante. Es, pues, necesario que también nosotros nos sacrifiquemos, ¿no te parece? ¿Estás dispuesto? Bien; yo le hablo a mamá y tú das tu asentimiento, y prométeme por tu honor que harás todo lo que yo diga.

Dicho esto, me cogió de la mano y me condujo adonde se encontraba nuestra madre, que estaba cosiendo, muy pensativa; yo me senté a un lado del sofá, Silvia al otro, y comenzó enseguida a decir:

—Escucha, mamá, tengo que hablarte. Tenemos que hablarte los dos. Mamá nos miró extrañada. Y Silvia comenzó a decir:

—Papá se ha quedado sin dinero, ¿verdad?

—¿Qué dices? —respondió mamá, sonrojándose—. No es verdad, ¿qué sabes tú? ¿Quién te lo ha dicho?

—Lo sé —dijo Silvia resueltamente—. Bien, escucha, mamá; también nosotros hemos de hacer sacrificios. Tú me habías prometido un abanico para fines de mayo, y a Enrico una caja de pinturas; no los queremos, no queremos que gastéis dinero, nos sentiremos igualmente satisfechos, ¿comprendes?

Mamá intentó hablar, pero Silvia le dijo:

—No, será así. Lo hemos decidido. Y mientras papá no tenga dinero, no queremos ya ni fruta ni otras cosas; nos bastará con el cocido, y por la mañana en el desayuno, tomaremos pan; así se gastará menos en la comida, que ya se gasta bastante; prometiéndote que siempre nos verás contentos, como antes. ¿No es cierto, Enrico?

Yo respondí que sí.

—Siempre contentos, como antes —repitió Silvia, cerrando con la mano la boca a mamá—; y si es necesario hacer más sacrificios en el vestido o en otras cosas, nosotros lo haremos gustosos, y hasta venderemos nuestros regalos: yo doy todas mis cosas, te serviré de criada, no daremos ya nada a coser fuera de casa, trabajaré todo el día contigo, haré todo lo que quieras, estoy dispuesta a todo. ¡A todo —exclamó, echando los brazos al cuello de mi madre, con tal que papá y mamá no tengan preocupaciones, con tal que vuelva a veros a los dos tranquilos y de buen humor, como antes, en compañía de vuestra Silvia y de vuestro Enrico, que os quieren tanto, que darían su vida por vosotros!

¡Ah!, jamás vi a mi madre tan contenta como al escuchar aquellas palabras; nunca había besado nuestra frente de aquella manera, llorando y riendo, sin poder decir palabra. Luego aseguró a Silvia que no había comprendido bien; que, por fortuna, no es que nos hubiéramos quedado sin dinero; nos dio mil veces las gracias, y toda la tarde estuvo muy contenta, hasta que entró mi padre por la noche, a quien se lo contó todo. Él no dijo una palabra, ¡pobre padre mío! Pero esta mañana, al sentarnos a la mesa..., experimenté a la vez un gran placer y una gran tristeza: bajo la servilleta encontré mi caja de pinturas, y Silvia encontró en la suya el abanico.

## El incendio

Jueves, 11.

Esta mañana había terminado de copiar mi parte del cuento «De los Apeninos a los Andes», y estaba buscando un tema para una composición libre, que nos dio el maestro, cuando oí voces desacostumbradas por la escalera, y poco después entraron en casa dos bomberos, los cuales pidieron a mi padre permiso para examinar las estufas y las chimeneas, porque se veía humo en el tejado y no se sabía de dónde procedía. Mi padre dijo:

—Háganlo ustedes.

Y aunque no teníamos fuego encendido en ninguna parte, comenzaron a dar vueltas por las habitaciones, pegando el oído a la pared para ver si se oía el ruido del fuego en los tubos de las chimeneas que suben a los demás pisos de la casa.

Y mi padre me dijo, mientras daban vueltas por las habitaciones de la casa:

—Enrico, aquí tienes un tema para tu composición: los bomberos. Intenta redactar lo que voy a contarte. Yo los vi trabajando hace dos años, una noche,<sup>4</sup> cuando salía del Teatro Balbo, a hora ya avanzada. Al llegar a la calle Roma, vi un resplandor extraño y una multitud de gente que corría; era una casa que estaba ardiendo. Lenguas de fuego y nubes de humo salían por las ventanas y el techo; hombres y mujeres aparecían en la fachada y volvían a desaparecer, lanzando gritos desesperados; delante del portal había un gran gentío; la muchedumbre gritaba: «¡Se queman vivos! ¡Socorro! ¡Los bomberos!». En aquel instante llegó un carro, salieron de él cuatro bomberos, los primeros que se encontraron en el Ayuntamiento, y penetraron en la casa. Apenas habían entrado presenciamos algo horrendo: una mujer se asomó, gritando, a una ventana del tercer piso, se agarró al antepecho, se subió a él, y permaneció así cogida, medio suspendida en el vacío, con la espalda fuera, encorvada, entre el humo y el fuego, que al salir de la habitación casi llegaban a su cabeza. La multitud lanzó un grito de horror. Los bomberos, por equivocación, se quedaron en el segundo piso, donde

también había inquilinos aterrados. Ya habían derribado un muro y penetrado en una habitación, cuando los gritos les advirtieron: «¡Al tercer piso! ¡Al tercer piso!». Subieron volando al piso tercero. Aquello era una ruina infernal: vigas del techo que crujían, corredores llenos de llamas, un humo que asfixiaba. Para llegar a la habitación en la que estaban encerrados los inquilinos, no había más remedio que pasar por el techo. Se lanzaron enseguida arriba, y minutos después se vio como un fantasma negro saltar por las tejas entre el humo: era el jefe, que había llegado el primero. Pero para ir a la parte del techo correspondiente al cuarto cerrado por el fuego era necesario pasar por un espacio estrechísimo entre un alero y la fachada; aquel pequeño trecho estaba cubierto de nieve y de hielo, y no había dónde agarrarse. «¡Es imposible que pase!», decía la gente desde abajo. El jefe avanzó por el alero del tejado: todos temblaban y miraban, conteniendo la respiración. ¡Pasó! Un viva atronador subió hacia el cielo. El jefe reemprendió la marcha, y al llegar al punto amenzado comenzó a romper furiosamente a hachazos tejas, vigas y maderas para abrir un agujero y poder bajar a la habitación. Mientras, la mujer seguía suspendida fuera de la ventana, y el fuego se acercaba cada vez más a su cabeza; un poco más y se hubiera arrojado a la calle. El agujero quedó abierto; se vio al jefe quitarse la ropa y penetrar dentro; los demás bomberos, que ya lo habían alcanzado, lo siguieron. En el mismo momento, una escalera aérea, que entonces llegaba, se apoyó en la cornisa de la casa, ante las ventanas de las cuales salían las llamas y los gritos. Pero la gente creía que era tarde. «¡No se salva ninguno! ¡Los bomberos se queman! ¡Se ha terminado! ¡Están muertos!». De pronto se vio aparecer en el antepecho de la ventana la negra figura del jefe, iluminada de arriba abajo por las llamas; la mujer se agarró a su cuello; él la cogió por la cintura con ambos brazos, la levantó y volvió a meterla en la habitación. La multitud prorrumpió en gritos que atenuaron el ruido del incendio. Pero, ¿y los demás? ¿Cómo bajarían? La escalera apoyada en el techo delante de otra ventana, distaba de aquella todavía un buen trecho. ¿Cómo iban a conseguir agarrarse a ella? Mientras decían esto, uno de los bomberos se echó fuera de la ventana, puso el pie derecho en el antepecho y el izquierdo en la escalera, y así, de pie en el aire, abrazando uno a uno a los inquilinos, que le daban desde dentro, los entregaba a un compañero que había subido desde la calle y que, cogiéndolos bien por donde podía,



los iba bajando uno después de otro con la ayuda de los demás bomberos que estaban abajo. Descendió primero la mujer del antepecho; luego, una niña, otra señora y un viejo. Todos se habían salvado. Detrás del viejo bajaron los bomberos que habían quedado dentro; el último en bajar fue el jefe, que había sido el primero en acudir. La multitud los acogió a todos con una salva de aplausos, pero cuando apareció el último; el primero de los salvadores, aquel que había afrontado antes que nadie el peligro, el que indudablemente hubiera resultado muerto si a alguno le hubiera tocado morir, la multitud lo saludó como a un triunfador, gritando y extendiendo los brazos hacia él en un impulso de admiración y gratitud, y en pocos momentos los labios de todos repetían su nombre hasta entonces desconocido: José Robino. ¿Has comprendido? Eso es valor, el valor del corazón, que no razona, que no vacila, que va derecho como un rayo adonde oye el grito del peligro. Un día te llevaré a ver los ejercicios de los bomberos, y te enseñaré al jefe, Robino, porque te alegraría conocerlo, ¿no es cierto?

Respondí que sí.

—Pues aquí lo tienes —dijo mi padre.

Me volví de golpe. Los dos bomberos, terminado ya el examen, atravesaban la habitación para salir.

Mi padre me señaló al más pequeño, al que llevaba los galones, y me dijo:

—Estrecha la mano del cabo Robino.

El cabo se paró y me dio la mano sonriendo; yo se la estreché, me saludó y se fue.

—Recuérdalo bien —dijo mi padre—, porque entre las miles de manos que puedas estrechar en tu vida, no llegarán quizá a diez las que valgan lo que la suya.



## De los Apeninos a los Andes

### (Cuento mensual)

Hace muchos años, un muchacho genovés de trece años, hijo de un obrero, se fue desde Génova a América, solo, para buscar a su madre.

Su madre había partido dos años antes para Buenos Aires, capital de la República Argentina, para ponerse a servir en una casa rica, y así ganar en poco tiempo el dinero suficiente para levantar de nuevo a la familia, la cual, a consecuencia de varias desgracias, había caído en la pobreza y se encontraba llena de deudas. No son pocas las mujeres animosas que emprenden tan largo viaje con ese fin, y que gracias a los buenos salarios que allí percibe la gente que se dedica a servir, vuelven a la patria al cabo de algunos años con algunos miles de liras.

La pobre madre había llorado mil lágrimas de sangre al separarse de sus hijos, uno de dieciocho años y otro de once; pero había partido con resolución y llena de esperanzas. El viaje fue feliz; apenas llegó a Buenos Aires encontró enseguida, por mediación de un comerciante genovés, establecido allí desde hacía mucho tiempo, una buena familia argentina, que le pagaba mucho y la trataba muy bien. Durante algún tiempo había mantenido correspondencia regular con su familia. Según lo habían convenido entre ellos, el marido dirigía las cartas al primo, que se las entregaba a la mujer, y ésta le llevaba a él la contestación para que la expidiese a Génova, añadiendo algunas líneas por su cuenta. Con ochenta liras al mes y no gastando nada en sí misma, podía enviar a casa cada tres meses una buena suma, con la cual el marido, un hombre de bien, iba pagando poco a poco las deudas más urgentes, recuperando así el buen nombre. Mientras, él trabajaba y se sentía satisfecho de cómo le iban las cosas, con la esperanza, además, de que su mujer podría volver dentro de poco, porque la casa parecía vacía sin ella, y el hijo menor, especialmente, que quería muchísimo su madre, se entristecía y no podía resignarse a su ausencia.

Pero al año de su partida, después de una breve carta en la que decía que no se encontraba muy bien de salud, no volvieron a tener más noticias.

Escribieron dos veces al primo pero éste no respondió. Escribieron a la familia argentina, en cuya casa se encontraba sirviendo; mas la carta no debió

llegar, quizá por haber puesto mal el nombre en el sobre, y no tuvieron respuesta. Temiendo una desgracia, escribieron al consulado italiano de Buenos Aires, para que hiciese indagaciones; después de tres meses, el consulado les comunicó que, a pesar del aviso que habían hecho publicar en los periódicos, no se había presentado nadie, ni siguiera a dar noticias. Y no podía suceder de otro modo, aparte de otras razones, porque para salvar la buena reputación de su familia, que le parecía manchar al hacer de criada, la buena mujer no había dicho a la familia argentina su verdadero nombre.

Pasaron varios meses más, y ninguna noticia. Padre e hijos estaban consternados; el más pequeño, oprimido por una tristeza invencible. ¿Qué hacer? ¿A quién acudir? La primera idea del padre había sido partir para América, ir en busca de su mujer. Pero, ¿y el trabajo? ¿Quién iba a mantener a sus hijos?

Tampoco podía ir el hijo mayor, que entonces precisamente comenzaba a ganar algo y era necesario

para la familia. Con esta preocupación vivían repitiéndose

cada día los mismos ramos de dolorosos y mirándolos unos a los otros en silencio. Una tarde, Marcos, el más pequeño, dijo resueltamente:

—Yo me voy a América a buscar a mi madre.

El padre movió la cabeza tristemente y no respondió. Era una idea inspirada en el cariño, pero impracticable. ¡A los trece años, y solo, hacer un viaje a América, que requería un mes! Pero el muchacho insistió pacientemente. Insistió aquel día, al día siguiente, todos los días, con mucha calma, razonando como un hombre.

—Otros han ido —decía—, y más pequeños que yo. Una vez en el barco; llego allí como cualquier otro. Al desembarcar, no tengo más que buscar la tienda de mi tío. Allí se encuentran muchos italianos: cualquiera podrá enseñarme el camino. Una vez que haya encontrado al tío, está encontrada mi madre, y si no lo encuentro a él, me voy al cónsul para buscar a la familia argentina. Suceda lo que suceda, allí hay trabajo para todos; encontraré trabajo yo también, al menos para ganar lo necesario para volver a casa.

De este modo, poco a poco, llegó casi a convencer a su padre. Su padre lo estimaba, sabía que era juicioso y valiente, que estaba acostumbrado a las provisiones y a los sacrificios, y que todas estas excelentes cualidades darían doble fuerza a su decisión de encontrar a su adorada madre. Coincidió también que el comandante de un buque, amigo de un conocido suyo, al tener noticias del caso, se comprometió a conseguirle gratis un billete de tercera para la Argentina. Y entonces, después de algunas breves vacilaciones, el padre dio su consentimiento y se decidió el viaje. Llenaron una saca de ropa, le dieron algún dinero, tomó nota de la dirección del tío, y un hermoso atardecer del mes de abril lo embarcaron.

—Hijo mío —le dijo su padre, dándole el último beso, con lágrimas en los ojos, en la escalerilla del buque que estaba para partir—, ten ánimo; vas con un santo fin y Dios te ayudará.

¡Pobre Marcos! Su corazón era fuerte y estaba preparado incluso para las más duras pruebas de aquel viaje; pero cuando vio desaparecer del horizonte su hermosa Génova, y se encontró en alta mar, en una gran nave, llena de campesinos emigrantes, solo, sin conocer a nadie, con la pequeña saca que encerraba toda su fortuna, le asaltó un repentino desaliento. Durante dos días estuvo acurrucado como un perro en proa, casi sin comer, oprimido por la necesidad de llorar. Toda clase de tristes pensamientos cruzaban por su mente, y el más triste, el más terrible, era el que más se obstinaba en volver: el pensamiento de que su madre estuviese muerta. En sus sueños interrumpidos y penosos veía siempre la cara de un desconocido que lo miraba con aire de compasión y después le decía al oído: «Tu madre está muerta». Y entonces se despertaba ahogando un grito. Pero, después de pasar el estrecho de Gibraltar, al ver por primera vez el océano Atlántico, recobró un poco el ánimo y resurgió la esperanza en su pecho. Pero fue un breve alivio. Aquel inmenso mar siempre igual, el creciente calor, la tristeza de toda aquella pobre gente que lo rodeada, el sentimiento de su propia soledad volvieron a hundirlo. Los días que se sucedían sin ocupación y monótonos, se confundían en su memoria, como sucede a los enfermos. Le parecía que llevaba un año en el mar; y todas las mañanas, al despertar, sentía de nuevo la extraña sensación de encontrarse allí solo en medio de aquella inmensidad de agua, en viaje hacia América. Los hermosos peces voladores que de vez en cuando iban a caer en el barco, los maravillosos

atardeceres de los trópicos, con sus enormes nubes como ascuas y teñidas de sangre, las fosforescencias nocturnas que producen la ilusión de que todo el océano está incendiado como un mar de lava, no le parecían efecto de cosas reales, sino productos del sueño. También hubo días de mal tiempo, durante los cuales permaneció encerrado en su camarote, donde todo bailaba y se caía en medio de un coro de lamentos e imprecaciones; y le pareció que había llegado su última hora. Otros días, el mar permanecía en calma absoluta, y amarillento, con un calor insoportable, y un aburrimiento infinito; horas interminables y siniestras, durante las cuales los pasajeros, agotados, tendidos, inmóviles sobre las tablas, parecían como muertos. Y el viaje no se terminaba nunca; mar y cielo, cielo y mar; hoy como ayer; mañana como hoy, así más tarde, siempre, eternamente. Pasaba horas enteras apoyado en la borda contemplando aquel mar sin fin, aturdido, pensando vagamente en su madre, hasta que los ojos se le cerraban y se le caía la cabeza de sueño; y entonces volvía a ver aquel rostro desconocido que lo miraba con aire de compasión y le repetía al oído: «¡Tu madre está muerta!», y al oír aquella voz se despertaba otra vez todo sobresaltado, para comenzar a soñar con los ojos despiertos y contemplar de nuevo el inmutable horizonte.

¡Veintiséis días duró el viaje! Pero los últimos fueron mejores. El tiempo era hermoso y el aire fresco. Había entablado relaciones con un buen viejo lombardo, que iba a América a reunirse con su hijo, un labrador de la ciudad de Rosario; le había contado todo, y el viejo le repetía de vez en cuando, dándole palmaditas en el cuello:

—¡Ánimo, encontrarás a tu madre sana y contenta!

Aquella compañía lo reanimaba, y sus presentimientos, de tristes, se habían tornado alegres. Sentado en proa, al lado del viejo labrador que fumaba su pipa, bajo un cielo estrellado, en medio de los grupos de emigrantes que cantaban, se representaba mil veces en su pensamiento su llegada a Buenos Aires, se veía ya en aquella calle determinada, encontraba la tienda, se lanzaba al encuentro del tío: «¿Cómo está mi madre? ¿Dónde se encuentra? ¡Vamos enseguida!».

¡Vamos enseguida!», decía él, y los dos salían corriendo, subían por una escalera, se abría una puerta... Y aquí su mudo soliloquio se detenía, su imaginación se perdía en un sentimiento de indecible ternura, que lo obligaba a sacar a escondidas una medallita que llevaba al cuello y

murmurar entre besos sus oraciones.

El vigésimoséptimo día después de la salida, llegaron. Era una hermosa mañana de mayo, cuando el buque echó el ancla en el inmenso Río de la Plata, en una de cuyas riberas está situada la ciudad de Buenos Aires, capital de la República Argentina. Aquel tiempo espléndido le pareció de buen agüero. Estaba fuera de sí de alegría y de impaciencia. Su madre se encontraba a pocas millas de distancia de él. Dentro de pocas horas la habría visto. ¡Y él se encontraba en América, en el nuevo mundo, y había tenido el atrevimiento de ir solo! Todo el interminable viaje le parecía ahora que hubiera pasado como un sueño. Le parecía que había ido volando entre sueños, y que se había despertado en aquel punto. Era tan feliz, que casi no se extrañó ni se entristeció cuándo, al registrar sus bolsillos, no encontró más que uno de los envoltorios en los que había dividido el dinero, para tener la seguridad de no perderlo todo, le habían robado la mitad, y no le quedaban más que muy pocas liras. Pero, ¿qué le importaba nada, estando tan cerca de su madre? Con su saca en la mano, bajó con muchos otros italianos a un vaporcito que los llevó a poca distancia de la orilla, saltó del vaporcito a una barca que lle vaba el nombre de Andrea Doria, desembarcó en el muelle, saludó a su viejo amigo lombardo, y se encaminó de prisa hacia la ciudad.

Al llegar a la desembocadura de la primera calle, paró a un hombre que pasaba y le pidió que le indicara por dónde debía ir para llegar a la Calle de las Artes. Casualmente había tropezado con un italiano. Este lo miró con curiosidad y le preguntó si sabía leer. El muchacho le contestó que sí.

—Pues bien —dijo, el obrero, indicándole la calle de la que él salía—: sube siempre derecho leyendo los nombres de las calles en todas las esquinas y acabarás por encontrar la tuya.

El muchacho le dio las gracias y echó a andar por la calle en cuyo punto de arranque se encontraba.

Era una calle recta y larga, pero estrecha, flanqueada por casas blancas y bajas, que parecían otras tantas casitas de campo; llena de gente, de coches, de carros, que producían un ruido ensordecedor; aquí y allá se izaban enormes banderas de varios colores, en las cuales estaba escrito con grandes caracteres el anuncio de la salida de los barcos para ciudades desconocidas. A cada instante, tanto a la izquierda como a la derecha, veía otras dos calles que huían rectas hasta perderse de vista, flanqueadas también por casas blancas y bajas, y llenas de

gente y de carros, cortadas al fondo por la inmensa llanura americana, semejante al horizonte del mar. La ciudad le parecía infinita; creía que podría estar andando días y semanas viendo sin cesar otras calles como aquéllas, y que toda América debía de estar llena de ellas. Miraba atentamente los nombres de las calles, nombres raros que le costaba trabajo leer. En cada nueva calle, el corazón aceleraba sus latidos al pensar que fuese la suya. Miraba a todas las mujeres con la idea de encontrar a su madre. Vio a una delante de sí, y el corazón le dio un vuelco, llegó hasta ella, la miró; era una negra. Y seguía andando, apretando el paso. Llegó a una glorieta, leyó, y se quedó como clavado en la acera. Era la Calle de las Artes. Volvió y vio el número 117; la tienda de su tío era el número 175. Apretó más el paso, casi corría; en el número 171 tuvo que pararse a tomar aliento. Y se dijo para sí: «¡Oh madre mía, madre mía! ¿Será verdad que voy a verte dentro de un momento?». Siguió corriendo y llegó a una pequeña tienda de quincalla. Era aquélla. Se asomó. Vio a una mujer con el pelo gris y anteojos.

—¿Qué quieres, muchacho? —le preguntó en español.

—¿No es esta —dijo el muchacho, esforzándose por sacar la voz— la tienda de Francisco Mereli?

—Francisco Mereli ha muerto —respondió la mujer en italiano.

El muchacho sintió como si le hubieran dado un golpe en el pecho.

—¿Cuándo ha muerto?

—¡Oh, hace algún tiempo! —respondió la mujer—, hace muchos meses. Le fueron mal los negocios y se marchó. Dicen que se fue a Bahía Blanca, muy lejos de aquí y que murió apenas llegó. La tienda es mía. El muchacho palideció. Luego dijo rápidamente:

—Mereli conocía a mi madre, mi madre estaba aquí sirviendo en casa del señor Mequínez. Solo él podía decirme dónde está. He venido a América a buscar a mi madre. Mereli le mandaba las cartas. Necesito encontrar a mi madre.

—Hijo mío —respondió la mujer—, yo no sé nada. Puedo preguntar al muchacho del corral. Él conocía al joven que hacía los encargos a Mereli. Puede que él sepa algo.

Fue hacia el fondo de la tienda y llamó al muchacho, que llegó enseguida.

—Dime —preguntó la dueña de la tienda—, ¿te acuerdas si el dependiente de Mereli iba alguna vez a llevar cartas a una mujer que



estaba de criada en casa de hijos del país?

—En casa del señor Mequínez —respondió el muchacho sí, señora, alguna vez. Está al fin de la Calle de las Artes.

—¡Oh, señora, gracias! —dijo Marcos—. Dígame el número..., ¿no lo sabe? Haga que me acompañe; acompáñame tú enseguida, muchacho, aún me queda algún dinero. Y lo dijo con tanto ardor, que sin esperar la respuesta de la señora, el muchachito respondió:

—Vamos y salió el primero a buen paso.

Casi corriendo, sin decir una palabra, fueron hasta el fin de aquella larguísima calle, atravesaron el portal de una pequeña casa blanca, y se pararon delante de una hermosa verja de hierro, desde la cual se veía un pequeño patio lleno de tiestos. Marcos tiró de la campanilla. Apareció una señorita.

—Vive aquí la familia Mequínez, ¿verdad? —preguntó ansiosamente el muchacho.

—Aquí vivía —respondió la señorita, pronunciando el italiano a la española—. Ahora vivimos nosotros, la familia Ceballos.

—¿Y adónde se han ido los señores Mequínez? —preguntó Marcos, latiéndole el corazón.

—Se han ido a Córdoba.

—¡Córdoba! —exclamó Marcos—. ¿Dónde está Córdoba? ¿Y la persona que tenían a su servicio? ¡La mujer, mi madre! La mujer de servicios era mi madre. ¿Se han llevado también a mi madre?

La señorita lo miró y dijo:

—No lo sé, quizá lo sepa mi padre que los conoció cuando se fueron. Espérate aquí un momento.

Se fue y volvió poco después con su padre, un señor alto, de barba gris. Éste miró fijamente un momento a aquel simpático tipo de pequeño marino genovés, de cabellos rubios y nariz aguileña, y le preguntó en un mal italiano:

—¿Es tu madre genovesa?

Marcos respondió que sí.

—Pues bien, la criada genovesa se ha ido con ellos, lo sé con toda seguridad.

—¿Y adónde han ido?

—A la ciudad de Córdoba.

El muchacho lanzó un suspiro y luego dijo con resignación:

—Entonces... iré a Córdoba.

—¡Ah, pobre niño! —exclamó el señor, mirándolo compasivamente—. ¡Pobre muchacho! Córdoba está muy lejos de aquí.

Marcos se quedó pálido como un muerto, y se apoyó con una mano en la verja.

—Veamos, veamos —dijo entonces el señor compadecido, abriendo la puerta—, entra un momento y veremos si se puede hacer algo.

Se sentó, le indicó a él también que se sentara, le dijo que le contara su historia y lo escuchó con mucha atención; se quedó un poco pensativo, y luego dijo con resolución:

—No tienes dinero, ¿verdad?

—Tengo todavía... un poco —respondió tímidamente Marcos.

El señor estuvo pensando un poco más, luego se sentó a una mesa, escribió una carta, la cerró y se la dio al muchacho diciendo:

—Escucha, italianito. Vete con esta carta a La Boca. Es una pequeña ciudad medio genovesa a dos horas de aquí. Cualquiera podrá indicarte el camino. Vete allí y busca a este señor, a quien va dirigida la carta, todo el mundo lo conoce. Llévale esta carta. Él te llevará mañana a la ciudad de Rosario y te recomendará a alguno de allí, que te ayudará a proseguir el viaje hasta Córdoba, donde encontrarás a la familia Mequínez y a tu madre. Entretanto, toma esto —y le dio algunos pesos—. Vete, y ten ánimo; aquí tienes compatriotas por todas partes, no te abandonarán. Adiós. El muchacho dijo:

—Gracias —sin encontrar más palabras. Salió con su bolsa, y despidiéndose de su pequeño guía, se puso en camino lentamente hacia la Boca, lleno de tristeza y de estupor, atravesando la gran ciudad tumultuosa.

Todo lo que le aconteció desde aquel momento hasta la noche del día siguiente quedó en su memoria confuso e incierto, como desvaríos de un calenturiento, de tan cansado, turbado y debilitado como se encontraba.

Al día siguiente, poco antes del anochecer, después de haber dormido por la noche en un cuartucho de una casa de La Boca junto a un mozo del puerto, después de haber pasado casi todo el día sentado en un montón de maderos, y como entre sueños, enfrente de miles de barcos, de lanchas y de vapores, se encontraba en la popa de una barcaza de vela, cargada de fruta, que partía para la ciudad de Rosario conducida por tres robustos genoveses bronceados por el sol; su voz y el dialecto amado



que hablaban, trajo un poco de consuelo a su corazón.

Salieron, y el viaje duró tres días y cuatro noches de continuo motivo de admiración para el pequeño viajero. Tres días y cuatro noches en aquel maravilloso río Paraná en cuya comparación nuestro gran Po no es más que un arroyuelo y la extensión de Italia cuadruplicada no alcanza a la de su curso. La barcaza iba lentamente contra la corriente de aquella masa inmensa de agua. Pasaba bordeando largas islas en otro tiempo nidos de serpientes y de tigres, cubiertas de naranjos y de sauces, semejantes a bosques colgantes; y ya se adentraba por estrechos canales, de los que parecía que no iba a poder salir, ya desembocaba en vastas extensiones de agua, que semejaban extensos lagos tranquilos, luego de nuevo entre islas, por los canales intrincados de un archipiélago, en medio de enormes montones de vegetación. Reinaba un profundo silencio. A largos trechos, las riberas y las aguas solitarias y extensísimas evocaban la imagen de un río desconocido, en el cual aquella pobre vela era la primera del mundo en aventurarse. Cuanto más avanzaba, tanto más lo maravillaba aquel monstruoso río.

Después se imaginaba que su madre se encontraba en su mismo nacimiento, y que la navegación debía de durar aún muchos años. Dos veces al día comía un poco de pan y de carne salada con los barqueros, los cuales, viéndolo triste, nunca le dirigían la palabra. Por la noche dormía sobre cubierta, y se despertaba bruscamente de vez en cuando, admirando la clarísima luz de la luna que plateaba la inmensidad de las aguas y las lejanas orillas, y entonces se le oprimía el corazón.

«¡Córdoba!» Y repetía aquel nombre. «¡Córdoba!», como el nombre de una de aquellas ciudades misteriosas de las que había oído hablar en los cuentos. Pero luego pensaba: «Mi madre ha pasado por aquí, ha visto estas islas, estas riberas», y entonces ya no le parecían tan extraños y solitarios aquellos parajes en los cuales se había posado la mirada de su madre... Por las noches, uno de los barqueros cantaba. Aquella voz le recordaba las canciones de su madre, cuando lo dormía de pequeño. La última noche, al oír aquel canto, comenzó a sollozar. El barquero se interrumpió. Luego le gritó:

—¡Ánimo, ánimo, chico! ¡Qué diablos! ¡Un genovés que llora porque está lejos de su casa! ¡Los genoveses damos la vuelta al mundo tan contentos como orgullosos!

Ante sus palabras se reanimó, sintió la voz de la sangre genovesa, y

levantó la frente con orgullo, dando con el puño en el timón.

—Es cierto —dijo—, aunque tuviese que dar la vuelta al mundo, y viajar aún durante años y años, y caminar cientos de leguas a pie, seguiré adelante hasta que encuentre a mi madre. Aunque tenga que llegar moribundo y caer muerto a sus pies, con tal que vuelva a verla otra vez. ¡Ánimo!

Y con esta disposición de ánimo llegó al despuntar de una hermosa y fría mañana frente a la ciudad de Rosario, situada en la orilla más alta del Paraná, en cuyas aguas se reflejaban los palos y banderas de cientos de barcos de todos los países.

Poco después de desembarcar subió a la ciudad con su bolsa en la mano, en busca del señor argentino para el cual su protector de La Boca le había dado una tarjeta con unas líneas de recomendación. Al entrar en Rosario le pareció que se encontraba en una ciudad ya conocida. Las mismas calles interminables, rectas, flanqueadas por casas blancas y bajas, atravesadas en todas direcciones por encima de los techos, de grandes haces de hilos telegráficos y telefónicos, que parecían enormes telarañas; el mismo rumor de gente, de caballos y de carros. La cabeza le daba vueltas; le parecía que entraba de nuevo en Buenos Aires, y que tenía que ir en busca del tío.

Estuvo dando vueltas durante casi una hora, doblando esquinas y volviendo a doblarlas, con la impresión de que volvía siempre al mismo sitio; y a fuerza de preguntar encontró al fin la casa de su nuevo protector. Tiró de la campanilla. Se asomó a la puerta un hombre gordo, rubio, de mal ceño, con aspecto de administrador, que le preguntó fríamente, con una pronunciación extranjera:

—¿Qué quieres?

El muchacho, entonces, pronunció el nombre del dueño.

—El dueño —respondió el administrador— ha salido ayer por la tarde para Buenos Aires con toda la familia.

El muchacho quedó paralizado. Luego balbuceó:

—Pero yo... no tengo a nadie aquí. ¡Estoy solo! —y le dio la tarjeta.

El administrador la cogió, la leyó y dijo desabridamente:

—No sé qué hacer; se la daré dentro de un mes, cuándo vuelva.

—Pero yo, yo estoy solo, me encuentro necesitado —exclamó el muchacho en tono de súplica.

—¡Ea, vete! —dijo el otro—. ¡Bastantes pordioseros de tu país hay ya

en Rosario! Vete a pedir limosna a Italia —y le dio con la puerta en las narices.

El muchacho se quedó anonadado, como petrificado. Luego cogió despacio su saca y salió con el corazón angustiado, con el ánimo lleno de confusión, asaltado por mil pensamientos desagradables. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir? De Rosario a Córdoba hay un día de viaje en ferrocarril. No le quedaban más que unas monedas. Prescindiendo de lo que debía gastar aquel día no le quedaría prácticamente nada. ¿Dónde encontrar el dinero para pagar el viaje? Podía trabajar. Pero ¿cómo? ¿A quién pedir trabajo? ¡Pedir limosna! ¡Oh, no! Ser rechazado, insultado, humillado como poco antes, no, nunca, jamás; ¡antes muerto! Y ante aquella idea, y al contemplar ante sí la larguísima calle que se perdía a lo lejos en la llanura sin fin, dejó caer la bolsa en la acera, se sentó encima con la espalda contra el muro, y se cubrió la cara con las manos, sin llorar, en actitud desesperada.

La gente le daba con los pies al pasar; los carros llenaban las calles de ruido; algunos muchachos se pararon a mirarlo. Él permaneció así durante algún tiempo.

De pronto lo sacó de su ensimismamiento una voz que le dijo medio en italiano, medio en lombardo:

—¿Qué te pasa, chiquillo?

Alzó los ojos al oír aquellas palabras, y al momento se puso en pie, dejando escapar una exclamación de sorpresa:

—¿Usted aquí?

Era el viejo labrador lombardo con el cual había hecho amistad en el viaje.

La sorpresa del viejo no fue menor que la del pequeño.

Pero el muchacho no le dio tiempo a preguntarle, contándole rápidamente su caso.

—Y ahora estoy sin dinero; es necesario que me ponga a trabajar, búsqieme trabajo para poder ahorrar algún dinero; yo puedo hacer de todo; llevar ropa, barrer la calle, llevar recados y también trabajar en el campo; me contento con comer cualquier cosa; pero que pueda partir pronto, que pueda encontrar por fin a mi madre; búsqieme usted trabajo, por amor de Dios, que ya no puedo más.

—¡Caramba, caramba! —dijo el campesino, mirando en derredor y rascándose la barba—. ¿Qué historia es esta...? ¡Trabajar...!, se dice

pronto. Veamos. ¿No habrá medio de reunir treinta pesos entre tantos compatriotas?

El muchacho lo miraba, animado por un rayo de esperanza.

—Ven conmigo —le dijo el campesino.

—¿Adónde? —preguntó el muchacho, volviendo a coger la saca.

—Ven conmigo.

El campesino echó a andar y Marcos lo siguió; fueron caminando juntos un buen trecho, sin decir ni una palabra. El campesino se paró a la puerta de una fonda, en cuyo letrero había una estrella, y debajo, escrito: La Estrella de Italia; se asomó dentro, y volviéndose hacia el muchacho le dijo alegremente:

—Llegamos en buen momento.

Entraron en una habitación grande, en la que había varias mesas y muchos hombres sentados, que bebían y hablaban alto. El viejo lombardo se acercó a la primera mesa, y por el modo de saludar a los seis parroquianos que estaban alrededor de la misma, el muchacho comprendió que había estado en su compañía hacía poco. Tenían la cara encendida y hacían sonar los vasos, dando voces y riendo.

—Compañeros —dijo sin más el lombardo, permaneciendo de pie y presentando a Marcos—; aquí tenéis a un pobre muchacho, compatriota nuestro, que ha venido solo desde Génova a Buenos Aires a buscar a su madre. En Buenos Aires le dijeron: «Aquí no está; está en Córdoba». Viene en barca a Rosario, en un viaje de tres días y tres noches; con unas líneas de recomendación; presenta la carta y lo despiden, sin más. No tiene un céntimo. Se encuentra solo, desesperado. Es un chiquillo con un gran corazón. Vamos a ver. ¿No va a poder encontrar lo suficiente para pagar el billete hasta Córdoba y buscar a su madre? ¿Vamos a dejarlo aquí, como a un perro?

—¡Jamás! ¡Nunca nos lo perdonaríamos! —gritaron todos a la vez, golpeando la mesa con el puño—. ¡Un compatriota nuestro! ¡Ven aquí; pequeño! ¡Aquí estamos nosotros, los emigrantes! ¡Mira qué guapo rapaz! ¡Fuera dinero, compañeros! ¡Bravo! ¡Has venido solo! ¡Tienes valor! ¡Echa un trago, compatriota! Te enviaremos con tu madre, no te preocupes.

Y uno le daba un pellizco en la mejilla, otro palmadas en la espalda, un tercero le aliviaba el peso de la saca; se levantaron otros emigrantes de las mesas vecinas y se acercaron; la historia del muchacho corrió por

toda la hostería; acudieron de la habitación inmediata tres parroquianos argentinos; y en menos de diez minutos, el labrador lombardo, que presentaba el som-brero, reunió cuarenta y dos pesos.

—¿Has visto —dijo entonces, volviéndose hacia el muchacho— qué pronto se arregla esto en Sudamérica?

—¡Bebe! —le gritó otro, ofreciéndole un vaso de vino—: ¡A la salud de tu madre!

Todos levantaron los vasos. Y a continuación Marcos repitió:

—¡A la salud de mi...!

Pero un sollozo de alegría le cortó la voz en la garganta, y dejando el vaso encima de la mesa, se abrazó al cuello de su viejo amigo.

A la mañana siguiente, al despuntar el día, había salido ya para Córdoba, animado y risueño, lleno de felices presentimientos. Pero no hay alegría capaz de resistir mucho tiempo ante ciertas manifestaciones siniestras de la naturaleza. El cielo estaba cerrado y gris; el tren, casi vacío, corría a través de una inmensa llanura sin rastro alguno de seres humanos. Se encontraba solo en un enorme vagón, semejante a los de los trenes de heridos. Miraba a derecha e izquierda, y no veía más que una soledad sin fin, interrumpida de vez en cuando por pequeños árboles deformes, troncos y ramas contrahechos, en posiciones jamás vistas, como de ira y de angustia; una vegetación sombría, extraña y triste, que daba a la llanura el aspecto de un cementerio interminable.

Dormitaba una media hora, volvía a mirar; el mismo espectáculo de siempre. Las estaciones por donde pasaba estaban desiertas, como casas de ermitaños.

Pero cuando el tren se paraba no se oía una voz; era como encontrarse solo en un tren perdido, abandonado en medio del desierto. Le parecía que cada estación iba a ser la última, y que después iba a entrar en las misteriosas y aterradoras tierras de los salvajes.

Una brisa bastante fría azotaba su rostro. Al embarcarlo en Génova, a fines de abril, los suyos no habían pensado que en América se había de encontrar con el invierno, y lo habían vestido de verano. Después de algunas horas, comenzó a sentir frío, y, con el frío, el cansancio de los días pasados, llenos de emociones violentas, y de las noches de insomnio y pesadillas. Comenzó a dormirse, durmió mucho tiempo; se despertó tiritando, se encontraba mal. Y entonces se apoderó de él el vago terror de caer enfermo y de morir durante el viaje, de ser arrojado allí en medio

de aquella tierra solitaria, donde su cadáver sería despedazado por los perros y las aves de rapiña, como los cuerpos de ciertas vacas que veía de vez en cuando al lado del camino, y de las que apartaba la vista con horror. Con aquel malestar e inquietud, en medio del silencio tétrico de la naturaleza, su imaginación se excitaba y se figuraba lo más negro.

¿Estaba seguro de encontrar a su madre en Córdoba? ¿Y si el señor de la Calle de las Artes se había equivocado? ¿Si había muerto? Con tales pensamientos volvió a dormirse. Soñó que estaba en Córdoba, de noche, y que desde todas las puertas y ventanas le gritaban: «¡No está! ¡No está! ¡No está aquí!».

Marcos se despertó sobresaltado, aterrado, y vio en el fondo del vagón a tres hombres barbudos, envueltos en mantas de varios colores, que lo miraban, hablando en voz baja entre ellos; le asaltó la sospecha de que fuesen asesinos y quisieran matarlo para robarle la bolsa. Al frío, al malestar, se unió el miedo; la imaginación, ya perturbada, se le trastornó; los tres hombres seguían mirándolo fijamente; uno de ellos se dirigió hacia él; entonces perdió la cabeza, y corriendo a su encuentro con los brazos abiertos, gritó:

—No tengo nada; soy un pobre muchacho; vengo de Italia; voy a buscar a mi madre; estoy solo; ¡no me hagáis daño!

Los viajeros comprendieron al momento de qué se trataba, se apiadaron de él, lo acariciaron y tranquilizaron, diciéndole muchas palabras que no entendía; y viendo que tiritaba, le echaron encima una de sus mantas y le hicieron sentarse otra vez para que durmiera. Y volvió a dormirse; al anochecer, cuando lo despertaron, estaba en Córdoba.

¡Ah, con qué satisfacción respiró, y con qué ímpetu se lanzó fuera del coche! Preguntó a un empleado de la estación dónde vivía el ingeniero señor Mequínez; el empleado le dio el nombre de una iglesia; la casa estaba al lado de la iglesia; el muchacho se fue corriendo. Era de noche. Entró en la ciudad, y le pareció que volvía a entrar en Rosario, al ver aquellas calles rectas, flan queadas de pequeñas casas blancas, cruzadas por otras rectas y larguísimas. Pero había poca gente, y a la luz de los escasos faroles encontraba caras extrañas, de un color desconocido, entre negruzco y verdoso; y al levantar la vista, de vez en cuando, veía iglesias de arquitectura rara, que se recortaban enormes y negras sobre el firmamento.

La ciudad estaba muy oscura y silenciosa; pero después de atravesar



aqueel desierto inmenso de la llanura, le parecía alegre. Preguntó a un sacerdote, encontró enseguida la iglesia y la casa, tiró de la campanilla con mano temblorosa y apretó la otra contra el pecho para contener los latidos de su corazón que se le subía a la garganta.

Salió a abrir una vieja, con una luz en la mano. El niño, de momento, no pudo articular ni una sola palabra.

—¿A quién buscas? —le preguntó en español.

—Al ingeniero Mequínez —dijo Marcos.

La vieja se cruzó de brazos y respondió, meneando la cabeza:

—¿También tú preguntas por el ingeniero Mequínez? ¡Me parece que ya es hora de que esto termine! Hace ya tres meses que nos están dando la lata. No basta que lo hayan dicho los periódicos. Habrá que anunciarlo también en las esquinas, que el señor Mequínez se ha ido a Tucumán.

El muchacho hizo un gesto de desesperación. Luego dijo, en un acceso de ira:

—¡Me persigue la maldición! ¡Moriré por el camino, sin encontrar a mi madre! ¡Yo me vuelvo loco, me mato! ¡Dios mío! ¿Cómo se llama esa ciudad? ¿Dónde se encuentra? ¿A qué distancia está?

—¡Pobre muchacho! —respondió la vieja, compadecida—; ¡casi nada! Habrá unas cuatrocientas o quinientas leguas, por lo menos.

El muchacho se cubrió la cara con las manos; luego preguntó, entre sollozos:

—Y ahora..., ¿cómo me arreglo?

—Qué quieres que te diga, hijo mío, yo no sé. —Pero de pronto se le ocurrió una idea, y añadió corriendo—: Escucha, ahora que me acuerdo... Haz una cosa. Tuerce a la derecha, en la tercera puerta encontrarás un patio; hay allí un capataz, un comerciante que sale mañana para Tucumán con sus carretas y sus bueyes; vete a ver si te puede llevar a cambio de tus servicios; quizá te pueda dar un lugar en sus carros; vete enseguida.

El muchacho cogió la bolsa, dio de prisa las gracias, y en un momento se encontró en un patio muy grande, alumbrado por unos faroles, en el cual varios hombres estaban ocupados en cargar sacos de trigo en unos carros enormes. Semejantes a las casetas de los titiriteros, con la cubierta redonda y unas ruedas muy altas. Un hombre alto y con bigote, envuelto en una especie de capa de cuadros blancos y negros, con unas botas muy grandes, dirigía el trabajo.

El muchacho se acercó a él y, tímidamente, le expuso su deseo,

diciendo que venía de Italia y que iba a buscar a su madre.

El capataz, o sea, el jefe conductor del convoy de carros, lo miró de pies a cabeza y respondió secamente:

—No tengo puesto.

—Tengo quince pesos —respondió el muchacho, suplicante—; se los doy. Por el camino trabajaré. Iré a buscar agua y pienso para las bestias; haré todos los servicios. Me basta con un poco de pan. Déjeme usted ir, señor.

El capataz volvió a mirarlo, y respondió con mejor humor:

—No hay sitio..., además..., nosotros no vamos a Tucumán; vamos a otra ciudad, a Santiago. Tendremos que dejarte en el camino, y todavía tendrás que hacer un buen trecho a pie.

—¡Oh! ¡Andaría el doble! —exclamó Marcos—. Iré andando, no se preocupe por eso; llegaré de todas maneras; déjeme sitio, señor; por favor, no me deje aquí solo.

—¡Mira que es un viaje de veinte días!

—No importa.

—¡Es un viaje muy duro!

—Todo lo soportaré. —¡Tendrás que viajar solo!

—No tengo miedo a nada. Con tal que encuentre a mi madre... ¡Tenga usted compasión! El capataz acercó a su cara un farol y lo miró.

Luego dijo:

—Está bien.

El muchacho le besó la mano.

—Esta noche dormirás en un carro —añadió el capataz, al irse—; mañana, a las cuatro, te despertaré. Buenas noches.

Por la mañana a las cuatro, a la luz de las estrellas, la larga fila de carros se puso en marcha con gran estrépito; cada carro iba tirado por seis bueyes, y detrás un gran número de animales para cambiar los tiros.

El muchacho genovés, dentro de uno de los carros, encima de los sacos, se durmió enseguida profundamente.

Cuando se despertó, el convoy se había detenido en un lugar solitario, bajo el sol, y todos los hombres, los peones, estaban sentados alrededor de un cuarto de ternera que se asaba al aire libre, clavado en una especie de espadón metido en el suelo, junto a un gran fuego agitado por el viento.

Comieron todos juntos, se acostaron y luego volvieron a emprender la



marcha; y así continuó el viaje, regulado como una marcha militar. Todas las mañanas se ponían en marcha a las cinco, se paraban a las nueve, volvían a emprender el camino a las cinco de la tarde y se paraban de nuevo a las diez. Los peones iban a caballo y aguijoneaban a los bueyes con palos largos. El muchacho encendía el fuego para el asado, daba de comer a los animales, limpiaba los faroles, llevaba el agua para beber. El paisaje pasaba ante sus ojos como una visión confusa: extensos bosques de pequeños árboles oscuros; aldeas de pocas casas diseminadas, con las fachadas rojas y almenadas; espacios vastísimos, quizá lechos de antiguos grandes lagos salados, blancos por la sal hasta donde alcanzaba la vista; y por todas partes, sin cesar, llanura, soledad, silencio. De tarde en tarde encontraban dos o tres viajeros a caballo, seguidos de una manada de caballos sueltos que pasaban al galope, como un torbellino. Los días eran todos iguales, como en el mar: sombríos e interminables. Pero el tiempo era hermoso. Sólo que los peones, como si el muchacho tuviese obligación de servirles, se hacían cada día más exigentes; algunos lo trataban brutalmente, con amenazas; todos lo obligaban a que les sirviera, sin miramientos; le hacían llevar cargas enormes de forraje, lo enviaban por agua a grandes distancias, y él, destrozado por la fatiga, no podía ni dor mir de noche, sacudido continuamente por el violento traqueteo del carro y el crujir ensordecedor de las ruedas y los ejes de madera. Y, por añadidura, al levantarse el viento, una tierra fina, rojiza y sucia, que lo envolvía todo, pen etraba en el carro, se le metía en la ropa, le llenaba los ojos y la boca, le cortaba la respiración y no le dejaba ver; así de continuo, de modo oprimente e inaguantable. Consumido por la fatiga y el insomnio, roto y sucio, reprendido y maltratado de la mañana a la noche, el pobre muchacho se debilitaba cada día más, y se hubiese descorazonado por completo si el capataz no le hubiese dirigido de vez en cuando alguna palabra amable.

Muchas veces, en un rincón del carro, cuando no lo veían, lloraba metiendo la cara dentro de la bolsa; que ya no contenía más que harapos. Cada ma ñana se levantaba más débil y más desalentado, y contemplando el campo, ante la llanura sin fin e implacable, como un océano de tierra, se decía: «No llego a la noche, no llego a la noche, no llego a la noche! ¡Hoy me muero en el camino!». Y crecía el cansancio, y los malos tratos se redoblaban. Una mañana, porque había tardado en traer el agua en ausencia del capataz, uno de los hombres lo golpeó. Y

entonces comenzaron a hacerlo por costumbre, cuando le ordenaban algo, diciéndole:

—¡Mete esto en tu bolsa, vagabundo! ¡Lleva esto a tu madre!

El corazón le estallaba; enfermó; permaneció tres días en el carro, con una manta encima, luchando con la fiebre, sin ver a nadie más que el capataz, que iba a darle de beber y a tomarle el pulso. Y entonces se creyó perdido e invocaba desesperadamente a su madre, llamándola mil veces por su nombre:

—¡Oh, madre mía, madre mía, ayúdame! ¡Ven a mi lado, que me muero!  
¡Oh, pobre madre mía, ya no te volveré a ver! ¡Pobre madre mía, me encontrarás muerto en el camino!

Y juntaba las manos sobre el pecho y rezaba. Luego mejoró, gracias a los cuidados del capataz, y se curó; pero con la curación llegó el día más terrible de su viaje, el día en que debía quedarse solo. Hacía más de dos semanas que habían emprendido el viaje. Cuando llegaron al punto en que el camino de Tu cumán se separaba del que va a Santiago, el capataz le anunció que tenían que separarse. Le dio algunas instrucciones sobre el camino, le ató la saca a la espalda, de modo que no le estorbaba al caminar, y abreviando, como si temiese emocionarse, lo saludó. El muchacho apenas tuvo tiempo de besarlo en un brazo.

También los demás hombres, que tan duramente lo habían maltratado, parecía que sintiesen compasión al verlo quedarse tan solo, y le decían adiós con la mano según se alejaban. Él les devolvía el saludo con la mano, se quedó mirando al convoy hasta que se perdió entre el polvo rojo del camino, y luego echó a andar tristemente.

Una cosa, sin embargo, lo reanimó desde el principio.

Después de tantos días de viaje a través de aquella interminable llanura siempre igual, veía ante sí una cadena de montañas, altísimas, azules, con las cimas blancas, que le recordaban los Alpes y le daban una sensación de acercamiento a su patria. Eran los Andes, la espina dorsal del continente americano, la inmensa cadena que se extiende desde la Tierra del Fuego hasta el mar glacial del Polo Ártico, a través de ciento diez grados de latitud. Y también lo animaba el sentir que, el aire se hacía cada vez más caliente, porque al subir hacia el norte se acercaba a las regiones tropicales. De tarde en tarde encontraba pequeños grupos de casas con alguna tienducha, y compraba algo de comer. Encontraba hombres a caballo; veía de vez en cuando mujeres y niños, sentados en

el suelo, inmóviles y serios, con caras completamente nuevas para él, color de tierra, de ojos oblicuos, y los huesos de las mejillas muy prominentes, que se le quedaban mirando, moviendo lentamente la cabeza, como autómatas. Eran indios. El primer día, caminó hasta que le faltaron las fuerzas, y se echó a dormir bajo un árbol. El segundo anduvo mucho menos y con menos ánimos. Tenía los zapatos rotos, los pies desollados y el estómago débil a causa de la mala alimentación. Al llegar la noche comenzaba a sentir miedo. Había oído decir en Italia que en aquellas regiones había serpientes: le parecía sentir las arrastrarse; se paraba, echaba a correr, sentía escalofríos hasta en sus huesos. A veces sentía compasión de sí mismo y lloraba en silencio, mientras caminaba. Luego pensaba: «¡Cuánto sufriría mi madre si supiese que tengo tanto miedo!». Y este pensamiento le devolvía el ánimo. Luego, para distraerse del miedo, pensaba en cosas de ella, recordaba sus palabras al partir de Génova, y cómo solía arreglarle el embozo remetiéndoselo debajo de la barbilla cuando estaba en la cama, y recordaba que, cuando era pequeño, a veces lo cogía en brazos, diciéndole: «quédate aquí un poco conmigo», y permanecía así mucho rato; con la cabeza apoyada en la suya, pensativa.

Marcos decía en su interior: «¿Volveré a verte algún día, querida madre mía? ¿Llegaré al fin de mi viaje?». Y seguía caminando entre árboles desconocidos y extensas plantaciones de caña de azúcar, y praderas sin fin, con las enormes montañas azules siempre ante sus ojos, que recortaban el cielo sereno con sus altísimos conos. Pasaron cuatro días, cinco, una semana. Las fuerzas le iban faltando rápidamente, los pies le sangraban. Por fin, una tarde, al ponerse el sol, le dijeron:

—Tucumán se encuentra a unas cinco leguas de aquí.

Dio un grito de alegría, y aceleró el paso, como si en un momento hubiese recuperado todas sus energías perdidas.

Pero la noticia fue una breve ilusión. Las fuerzas lo abandonaron de pronto y cayó extenuado a la orilla de una zanja. Pero el corazón le palpitaba de contento. El cielo, tachonado de estrellas relucientes, no le había parecido nunca tan hermoso. Recostado en la hierba para dormir, lo contemplaba y pensaba que quizá también su madre lo estaba mirando al mismo tiempo. Y decía «Madre mía, ¿dónde estás? ¿Qué haces en este momento? ¿Piensas en tu hijo? ¿Piensas en tu Marcos, que está tan cerca de ti?».

¡Pobre Marcos! Si en aquel momento hubiera podido ver en qué estado se encontraba su madre, hubiera hecho un esfuerzo sobrehumano para seguir caminando, y llegar a su lado un poco antes. Estaba enferma, en cama, en la habitación de un piso bajo de una casita solariega habitada por la familia Mequínez, que le habían tomado mucho cariño y la asistían diligentemente. La pobre mujer estaba ya delicada cuando el ingeniero Mequínez tuvo que salir de improviso de Buenos Aires, y no había conseguido reponerse, a pesar del aire sano de Córdoba. Y luego, al no haber vuelto a tener contestación a sus cartas ni del marido ni del primo, el presentimiento siempre vivo de alguna desgracia, la continua ansiedad en que había vivido, indecisa entre partir o quedarse, esperando todos los días una noticia funesta, habían hecho que empeorase notablemente. Por fin se le había declarado una gravísima enfermedad: una hernia intestinal estrangulada. Hacía quince días que no se levantaba de la cama. Era necesaria una operación para salvarle la vida, precisamente, en aquel momento, mientras su Marcos la invocaba, se encontraba junto a su cama el señor y la señora de la casa, intentando con mucha dulzura convencerla para que consintiese en la operación, a la que se negaba, llorando. Un afamado médico de Tucumán había llegado la semana anterior, pero inútilmente.

—No, queridos señores —decía ella—; no vale la pena; no tengo fuerzas para resistir: moriría en manos del cirujano. Es mejor que me dejen morir así. Ya no me interesa vivir. Para mí todo está terminado. Es mejor que muera ahora antes de saber lo que le ha sucedido a mi familia.

Los señores seguían insistiendo, que cobrase ánimo, que recibiría respuesta a las últimas cartas enviadas directamente a Génova, que consintiese en operarse, que lo hiciese por amor a sus hijos. Pero el pensamiento de sus hijos no hacía más que agravar con mayor angustia el profundo de sa liento que la tenía postrada hacía tiempo. Al oír aquellas palabras rompía a llorar.

—¡Oh hijos míos; oh hijos míos! —exclamaba, juntando las manos—; quizá no viven siquiera. Muchas gracias, mis buenos señores, se lo agradezco de corazón. Pero es mejor que muera. Además, ni siquiera me curaría con la operación; estoy segura. Gracias por tantos cuidados, mis buenos señores. Es inútil que pasado mañana vuelva el médico, quiero morir aquí. Es mi destino que yo muera aquí. Estoy decidida. Y ellos, para consolarla, le repetían:

—No, no diga eso —y la cogían por las manos, suplicantes.

Entonces ella cerraba los ojos, exhausta, y caía en un sopor como si estuviera muerta. Y los señores continuaban allí algo más, a la débil luz de una lamparita, contemplando con gran compasión a aquella madre admirable que para salvar a su familia había venido a morir a seis mil millas de su patria, a morir después de haber sufrido tanto, aquella pobre mujer tan honrada, tan buena y tan desgraciada.

Al día siguiente, muy de mañana, con su saca a la espalda, encorvado y cojeando, pero ileso de ánimo, entraba marcos en la ciudad de Tucumán, una de las más jóvenes y florecientes ciudades de la República Argentina. Le pareció volver a Córdoba, Rosario o Buenos Aires; las mismas calles rectas y larguísimas, las mismas casas bajas y blancas; pero por todas partes una vegetación nueva y magnífica, un aire perfumado, una luz maravillosa, un cielo límpido y profundo, como jamás lo había visto, ni siquiera en Italia. Según avanzaba por las calles, volvía a sentir la agitación febril que se había apoderado de él en Buenos Aires: miraba a las ventanas y a las puertas de todas las casas; miraba a todas las mujeres que pasaban, con la angustiosa esperanza de encontrar a su madre; hubiera querido preguntar a todos, pero no se atrevía a parar a ninguno. Todos, desde los umbrales, se volvían a mirar al pobre muchacho, andrajoso y polvoriento, que daba señales de venir de muy lejos. Él buscaba entre la gente un rostro que le inspirase confianza para hacer aquella tremenda pregunta, cuando sus ojos se encontraron con el rótulo de una tienda, en el que aparecía escrito un nombre italiano. Dentro había un hombre con anteojos, y dos mujeres. Se acercó despacio a la puerta, y con decisión preguntó:

—¿Sabría decirme, señor, dónde vive la familia Mequínez? —¿La del ingeniero Mequínez? —preguntó, a su vez, el dueño de la tienda.

—Sí, la del ingeniero Mequínez —contestó el muchacho con un hilo de voz.

—La familia Mequínez —dijo el de la tienda— no está en Tucumán.

Un grito de dolor desesperado, como el de una persona apuñalada, fue el eco de aquellas palabras definitivas.

El dueño del establecimiento y las mujeres se levantaron; acudieron algunos vecinos.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes muchacho? —dijo el de la tienda, metiéndolo dentro y haciéndolo sentarse—. No hay que desesperarse, ¡qué diablos!

Los Mequínez no están aquí, pero no se encuentran lejos; están a unas horas de Tucumán.

—¿Dónde? ¿Dónde? —gritó Marcos, poniéndose en pie como un resucitado.

—A unas quince millas de aquí —continuó el hombre—, a orillas del Saladillo, en un lugar en el que están construyendo una gran fábrica de azúcar: en un grupo de casas está la del señor Mequínez; todos lo conocen. Llegarás en pocas horas.

—Yo he estado hace un mes —dijo un joven que había acudido al oír el grito.

Marcos lo miró con los ojos muy abiertos, y le preguntó precipitadamente, palideciendo:

—¿Ha visto a la criada del señor Mequínez, la italiana?

—¿La genovesa? Sí, la he visto.

Marcos rompió en sollozos convulsos, medio riendo, medio llorando.

Luego, con el ímpetu de una decisión violenta:

—¿Por dónde se va? ¡Pronto, el camino, marchó al momento, enseñadme el camino!

—Pero hay un día de camino —le dijeron todos a la vez—; estás cansado, debes reposar; mañana irás.

—¡Imposible, imposible! —contestó el muchacho—. Decidme por dónde se va, no espero un momento más, me voy ahora mismo, aunque hubiese de morir en el camino. Viendo que era irrevocable su propósito, dejaron de oponerse.

—Que Dios te acompañe —le dijeron—. Ten cuidado con el camino por el bosque. Buen viaje, italianito.

Un hombre lo acompañó hasta fuera de la ciudad, le indicó el camino, le dio algunos consejos y se quedó viéndolo alejarse. A los pocos minutos el muchacho desapareció, cojeando, con su bolsa a la espalda, detrás de los espesos árboles que flanqueaban el camino.

Aquella noche fue tremenda para la pobre enferma. Tenía dolores atroces, que le arrancaban gritos, capaces de hacer estallar sus venas, y le producían momentos de delirio. Las mujeres que la asistían estaban des-concertadas. La dueña acudía de cuando en cuando, descorazonada. Todos comenzaban a temer que, aunque se decidiera a dejarse operar, el médico, que debía llegar a la mañana siguiente, habría llegado demasiado tarde. Se comprendía, sin embargo, en los momentos que no



deliraba, que su más terrible tormento no eran sus dolores físicos, sino el pensamiento de su lejana familia. Extenuada, deshecha, cambiada hasta su fisonomía, metía las manos entre los cabellos, con un gesto de desesperación que traspasaba el alma, y gritaba:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Morir tan lejos, morir sin volver a verlos! ¡Mis pobres hijos, que se quedan sin madre, pobres criaturas mías, sangre de mi sangre! ¡Mi Marcos, tan alto a pesar de su edad, tan bueno y cariñoso! ¡No sabéis qué niño! ¡Señora, si lo conociese! No podía separarlo de mi cuello cuando partí; sollozaba que daba lástima; parece que sabía que no iba a volver a ver a su madre, ¡pobre niño mío! ¡Creí que se me iba a arrancar el corazón! ¡Ah, si hubiese muerto entonces, muerto mientras me decía adiós, aunque hubiera sido fulminada por un rayo! ¡Sin madre, pobre niño, él que me quería tanto, que tanta necesidad tenía de mí, sin madre, en la miseria, tendrá que ir mendigando, él, Marcos, mi Marcos, que tenderá la mano hambriento! ¡Oh, Dios eterno, no, no quiero morir! ¡El médico! ¡Llamadlo enseguida! ¡Que venga, que me corte, que me despedace las entrañas, hasta hacerme enloquecer; pero que me salve la vida! ¡Quiero curar, quiero irme, huir, mañana, al momento! ¡El médico! ¡Socorro, socorro!

Y las mujeres le cogían las manos, la tranquilizaban, la hacían volver en sí poco a poco, y le hablaban de Dios y de tener esperanza. Entonces ella volvía a caer en un abatimiento mortal, lloraba con las manos hundidas en sus grises cabellos, gemía como una niña, lanzando un lamento prolongado, y murmurando de vez en cuando:

—¡Génova mía! ¡Casa mía! ¡Todo aquel mar...! ¡Marcos mío, mi pobre Marcos! ¡Dónde estará ahora la pobre criatura!

Era medianoche; y su pobre Marcos, después de haber pasado muchas horas a orillas de una zanja, agotado, iba entonces caminando a través de un vastísimo bosque de árboles gigantescos, monstruos de la vegetación, de troncos desmesurados, semejantes a las pilastras de las catedrales, que entrecruzaban a una altura prodigiosa sus enormes copas plateadas por la luna. Vagamente, en aquella media oscuridad, veía infinidad de troncos de todas las formas, rectos, inclinados, retorcidos, entrecruzados en posturas extrañas de amenaza y de lucha; algunos caídos por tierra, como torres arrancadas de cuajo, y cubiertos de una vegetación tan espesa y confusa, que parecía una multitud enfurecida que se los disputase palmo a palmo; otros, reunidos en grandes grupos,

verticales y apretados como haces de lanzas titánicas, cuya punta tocase al cielo; una grandeza soberbia, un desorden prodigioso de formas colosales, el espectáculo más majestuosamente terrible que jamás le hubiera ofrecido la naturaleza vegetal. A veces se apoderaba de él un gran estupor. Pero enseguida su alma se iba de nuevo hacia su madre. Estaba agotado, con los pies ensangrentados, solo, en aquel imponente bosque donde no veía más que de tarde en tarde pequeñas viviendas humanas, que al pie de los árboles parecían nidos de hormigas, y algún que otro búfalo dormido a la vera del camino; estaba agotado, pero no sentía el cansancio; estaba solo, y no tenía miedo. La grandiosidad del bosque agigantaba su alma; la proximidad de su madre le daba la fuerza y la decisión de un hombre; el recuerdo del océano, de los abatimientos, de los dolores sufridos y superados, de las prolongadas fatigas, de la férrea constancia que había desplegado, le hacía levantar la frente; toda su fuerte y noble sangre genovesa le aflucía al corazón en una ardiente oleada de altivez y de audacia. Y algo nuevo sucedía en él: hasta entonces, la imagen de su madre que aparecía en su imaginación era borrosa y desleída, a causa de aquellos dos años de separación. En aquellos momentos, su imagen se aclaraba; volvía a ver su cara entera y tan nítida como hacía mucho tiempo no la veía; la sentía cercana, iluminada, como si estuviera hablando; volvía a ver los movimientos más fugaces de sus labios y de sus ojos, todas sus actitudes, sus gestos, la sombra misma de sus pensamientos; e impulsado, por los recuerdos apremiantes, aceleraba el paso; y un nuevo afecto, una ternura indecible crecía y crecía sin cesar en su corazón, haciendo correr por sus mejillas lágrimas dulces y serenas; y según caminaba en medio de las tinieblas, hablaba con ella, le decía las mismas palabras que dentro de poco había de susurrar a su oído: «Estoy aquí, madre mía, estoy aquí, jamás te volveré a dejar; volveremos a casa juntos, permaneceré siempre a tu lado en el barco, estrechado contra ti, y nadie podrá jamás separarme de ti, jamás mientras viva». Y, entretanto, no se daba cuenta de que en las cimas de los gigantescos árboles iba muriendo la plateada luz de la luna, en brazos de la suave claridad de la mañana.

A las ocho de la mañana, el médico de Tucumán, un joven argentino, estaba ya junto a llecho de la enferma, a compañía de un practicante, intentando por última vez convencerla para que se dejase operar, uniendo a las suyas las



más cálidas instancias el ingeniero Mequínez y su esposa. Pero todo era inútil. La mujer, sintiéndose agotada, no tenía fe en la operación; estaba segura de morir en el acto; de no sobrevivir más que algunas horas, después de haber sufrido en vano dolores más atroces de los que naturalmente debían conducirla a la muerte. El médico insistía, diciéndole:

—¡La operación es segura; ciertamente se salvará, simplemente con que tenga un poco de valor, igualmente, su muerte es segura si se niega. Eran palabras perdidas.

—No —respondía ella con su débil voz—; me queda aún valor para morir, pero no para sufrir inútilmente. Gracias, doctor. Así está dispuesto. Déjeme morir tranquila.

Y el médico, desalentado, desistió. Nadie habló más. Entonces, la mujer se volvió hacia la dueña, y con voz moribunda le hizo sus postreras recomendaciones:

—Mi querida y buena señora —dijo con gran esfuerzo, sollozando—, envíe el poco dinero que tengo y mi pobre ropa a mi familia..., por mediación del señor cónsul. Espero que estén todos vivos. El corazón me lo hace presentir en estos últimos momentos. Haga el favor de escribirles..., que siempre he pensado en ellos, que he trabajado siempre por ellos..., por mis hijos..., y que mi único dolor ha sido no poder volver a verlos..., pero que he muerto con valor..., resignada..., bendiciéndolos, y que encomiendo a mi marido..., y a mi hijo mayor..., al más pequeño, a mi pobre Marcos..., a quien he tenido en mi corazón hasta el último momento... —y con repentina exaltación, juntando las manos, gritó—: ¡Mi Marcos! ¡Mi niño! ¡Mi vida...!

Pero al volver los ojos, anegados en llanto, vio que no estaba la señora; habían venido a llamarla a escondidas. Buscó al señor: había desaparecido. Solamente quedaban las dos enfermeras y el practicante. En la habitación inmediata se escuchaba un rumor de pasos precipitados, un murmullo de voces rápidas y apagadas y de exclamaciones contenidas. La enfermera clavó sus ojos en el umbral, esperando. Minutos después vio aparecer al médico, con una extraña expresión en su semblante; luego, a la señora y al señor, visiblemente alterados. Los tres se quedaron mirándola con una expresión singular, y cambiaron unas palabras en voz baja entre sí. Le pareció que el médico decía a la señora:

—Mejor ahora.

La enfermera no comprendía.

—Josefa —le dijo la señora con voz trémula—: tengo una buena noticia que daros. Preparad vuestro corazón para recibir una buena noticia.

La mujer se quedó mirándola fijamente.

—Una noticia —continuó la señora, cada vez más agitada— que os dará una gran alegría.

La enfermera abrió desmesuradamente los ojos.

—Preparaos —prosiguió la señora— a ver a una persona..., a la que queréis muchísimo.

La mujer levantó la cabeza con un vigoroso impulso y comenzó a mirar rápidamente, ora a la señora, ora al umbral resplandeciente.

—Una persona —añadió la señora, palideciendo—, que acaba de llegar ahora mismo, inesperadamente.

—¿Quién es? —exclamó la mujer, con una voz sofocada y extraña, como la de una persona llena de espanto.

Un instante después lanzó un grito agudísimo, sentándose en la cama de un saltó, y así permaneció inmóvil, con los ojos desencajados, como ante una aparición sobrehumana.

Marcos, andrajoso y cubierto de polvo, estaba allí de pie, en el umbral, retenido de un brazo por el doctor.

La mujer gritó por tres veces:

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios mío!

Marcos se lanzó hacia ella, que extendió sus brazos descarnados, y estrechándolo contra su seno con la fuerza de un tigre, estalló en una risa violenta, interrumpida por profundos sollozos sin lágrimas, que la obligaron a recostarse sofocada sobre las almohadas.

Pero se rehízo al punto y, loca de alegría, cubriendo su cabeza de besos, gritó:

—¡Cómo estás aquí? ¿Por qué? ¿Eres tú? ¡Cómo has crecido! ¿Quién te ha traído? ¿Estas solo? ¿Estás enfermo? ¿Eres tú, Marcos? ¡No es un sueño! ¡Dios mío! ¡Háblame! —luego, cambiando de tono, de pronto—: ¡No! ¡Calla! ¡Espera! —y volviéndose hacia el médico, precipitadamente—: Pronto, enseguida, doctor. Quiero curar. Estoy preparada. No pierda un momento. Llevad lejos a Marcos para que no sufra. Marcos mío, no es nada.

Luego me contarás todo. Otro beso. Vete. Aquí me tiene, doctor.

Sacaron a Marcos de la habitación. Los amos y las mujeres salieron

enseguida; quedaron dentro el cirujano y el practicante, que cerraron la puerta.

El señor Mequínez intentó llevar a Marcos a una habitación alejada; pero fue imposible; parecía como si estuviera clavado en el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué tiene mi madre? ¿Qué le están haciendo?

Y entonces, el señor Mequínez, en voz baja, intentando llevárselo de allí:

—Bueno, escucha; ahora te lo diré. Tu madre está enferma, es preciso hacerle una pequeña operación; te lo explicaré todo; ven conmigo.

—No —respondió el muchacho, obstinado—, quiero estar aquí.

Explíquemelo aquí.<sup>5</sup> En ocasión de conmemorarse el 130 aniversario de la estancia del Libertador de Italia en la Ciudad de La Habana, la Ciudad de Roma colocó una tarja en homenaje al hombre El ingeniero hablaba y hablaba, intentando llevárselo; el muchacho comenzaba a sentir miedo y a temblar. que alentó la idea de la independencia de Cuba, en el antiguo Palacio de los Capitanes Generales, en la Habana Vieja, en la calle Obispo. De pronto un grito agudísimo, como el de un herido de muerte, resonó en toda la casa.

El niño respondió con otro grito desesperado:

—¡Mi madre ha muerto!

Apareció el médico en la puerta, y dijo:

—Tu madre se ha salvado.

El niño se quedó un momento mirándolo, y luego se arrojó a sus pies, sollozando.

—¡Gracias, doctor!

Pero el doctor le hizo un gesto, al mismo tiempo que le decía:

—¡Levántate...! Eres tú, heroico niño, quien ha salvado a tu madre.

## Verano

Miércoles, 24.

Marcos, el genovés, es el penúltimo pequeño héroe que conoceremos en las narraciones de este año.

Pero todavía nos queda otro mes para el de junio.

Faltan sólo dos exámenes, veintiséis días de clase, seis jueves y cinco domingos.

Ya se percibe en el ambiente el fin del año escolar.

Los árboles del jardín, frondosos y en flor, proyectan una grata sombra sobre los aparatos de gimnasia.

Los alumnos vienen ya completamente vestidos de verano.

Ahora da gusto presenciar la salida del colegio; ¡Qué distinto de los meses pasados!

El pelo, que antes bajaba hasta los hombros, ha desaparecido; todas las cabezas van rapadas; se ven piernas y cuellos al aire: sombreritos de paja de todas las formas, con lazos que cuelgan sobre la espalda; camisas y corbatas de todos los colores imaginables.

Los más pequeños llevan todos algo rojo o azul, una cinta, un ribete, una borlita, o aunque no sea más que un remiendo de color vivo puesto por la madre, con tal que caiga bien, incluso los más pobres.

Muchos vienen a la escuela sin sombrero, como si se hubiesen escapado de casa.

Algunos llevan el vestido blanco que utilizan en la gimnasia.

Uno de los niños de la maestra Delcati va todo de rojo, de pies a cabeza, como un cangrejo cocido.

Otros van vestidos con trajes que imitan a los de los marineros.

Pero, de todos, el más gracioso, es sin disputa, el Albañillito, con su gran sombrero de paja, que le da la apariencia de una media vela con su palmatoria, y es una risa verlo poner el hocico de liebre bajo su sombrero.

Coretti también se ha quitado su original gorra de piel y lleva otra vieja de seda gris como si fuese un viajante. Votini lleva un traje escocés, atildado; Crosi deja ver su pecho desnudo; Precossi se pierde dentro de una blusa de herrero color turquí. ¿Y Garoffi? Ahora que ha tenido que

quitarse el abrigo, en el que escondía su comercio, le quedan al descubierto sus bolsillos repletos de baratijas de todas clases, por donde le asoman las listas de las rifas que organiza.

Ahora se ve claramente cómo es cada niño y lo que lleva cada uno: abanicos hechos con medio periódico, pedazos de caña, flechas para disparar contra los pájaros, hierbas, abejorros que se salen de los bolsillos y suben despacio por las chaquetas. Muchos de los pequeños traen ramitos de flores a las maestras. También éstas van vestidas de verano, con colores alegres, excepto la Monjita, que continúa vistiendo de negro.

La maestrita de la pluma encarnada sigue con ella, y un nudo color de rosa al cuello, constantemente arrugado por las manecitas de sus alumnos, que siempre la están haciendo reír y correr.

Es la estación de las cerezas, de las mariposas, de la música en las calles y de los paseos por el campo; muchos alumnos de cuarto año van a bañarse en el río Po.

Pero todos soñamos con las vacaciones; cada día se sale de la escuela más impaciente y más contento que el día anterior.

Lo único que me da pena es ver a Garrone de luto y a mi pobre maestra de primero cada vez más consumida y más blanca, tosiendo cada vez más desgarradoramente.

¡Camina tan encorvada, y me saluda con un aire tan triste...!

## Poesía

Viernes, 26.

«Comienzas a comprender la poesía de la escuela, Enrico; pero por ahora no puedes ver la escuela más que por dentro; te resultará mucho más hermosa y más poética dentro de treinta años, cuando vayas a llevar a tus hijos y la veas desde fuera; como yo la veo. Mientras espero la salida, doy la vuelta por las calles silenciosas que rodean el edificio y pego el oído a las ventanas de la planta baja, cerradas por las persianas. Desde una ventana oigo la voz de una maestra, que dice: “¡Oh, esa te! ¡Así no, hijo mío! ¿Qué diría tu padre...?”. En la ventana de al lado es la voz robusta de un maestro que va dictando despacio: “Compró cincuenta metros de tela..., a cuatro cincuenta el metro...; los vendió...”. Más allá es la maestrilla de la pluma encarnada que lee en voz alta: “Entonces Pedro Mica, con la mecha encendida...”. De las clases vecinas sale como un gorjeo de cien pajaritos, lo que quiere decir que el maestro ha salido por un momento. Sigo adelante, y al dar la vuelta a la esquina, oigo a un alumno que llora, y la voz de la maestra que lo regaña y consuela. Desde otras ventanas se oyen versos, nombres de grandes hombres, trozos de sentencias que aconsejan la virtud, el amor a la patria, el valor. Siguen después unos momentos de silencio, en los cuales se diría que el edificio se ha quedado vacío, y parece imposible que haya dentro de él setecientos muchachos; luego se oyen risas estrepitosas, provocadas por la broma de algún maestro que está de buen humor... Y la gente que pasa se para a escuchar, y todos dirigen una mirada de simpatía hacia el edificio que encierra tanta juventud y tantas esperanzas. Súbitamente se oye un ruido sordo, el golpear de libros y cuadernos, un ruido de pasos, un zumbido que se propaga de clase en clase y de abajo hacia arriba, como cuando se difunde inesperadamente una buena noticia: es el bedel que va anunciando la hora. Y al oír aquel rumor, una multitud de mujeres, de hombres, de muchachas y de jóvenes se aprieta a uno y otro lado de la puerta esperando a los hijos, a los hermanos, a los nietos; mientras, por las puertas de las clases salen afuera, como a borbotones, los niños pequeños a recoger los abrigos y los sombreros, revolviéndolos todos en el suelo y charlando a una en derredor, hasta que el bedel los vuelve a

meter dentro uno a uno. Por fin salen en largas filas, marcando el paso. Y entonces comienza una lluvia de preguntas por parte de los padres: “¿Has sabido la lección? ¿Qué te han dado de trabajo? ¿Qué tenéis para mañana? ¿Cuándo es el examen mensual?”. Y hasta las pobres madres que no saben leer abren los cuadernos, miran los problemas, preguntan por las notas: “¿So-lamente un ocho? ¿Un diez? ¿Un nueve de lección?”. Y se preocupan, o se alegran, o preguntan a los maestros y hablan de programas y de exámenes. ¡Qué hermoso es todo esto, qué grande, qué inmensa promesa para el mundo!

Tu padre».

## La sordomuda

Domingo, 28.

No podía terminar mejor el mes de mayo que con la visita de esta mañana. Oímos un campanillazo y fuimos todos corriendo. Oigo a mi padre que dice, maravillado:

—¿Usted aquí, Jorge?

Era Jorge, nuestro jardinero de Chieri, que tiene actualmente la familia en Candove, y acaba de llegar desde Génova, donde desembarcó el día antes, de vuelta de Grecia, después de tres años de trabajo en el ferrocarril. Traía un gran fardo en los brazos. Un poco envejecido, pero tan encendido de cara como siempre y tan jovial.

Mi padre quería hacerlo entrar; pero él dijo que no, y preguntó enseguida, poniéndose serio:

—¿Cómo está mi familia? ¿Cómo va Luisa?

—Hace unos días estaba bien —respondió mi madre.

Jorge dio un gran suspiro:

—¡Dios sea alabado! No me atrevía a presentarme en el colegio de sordomudos sin tener antes noticias de ella. Dejo aquí el fardo y me voy a buscarla. Hace tres años que no veo a mi pobre hija. ¡Tres años que no veo a ninguno de los míos!

Mi padre me dijo:

—Acompáñalo.

—Otra cosa todavía, perdóneme —dijo el jardinero desde el descansillo.

Pero mi padre lo interrumpió:

—¿Y los negocios?

—Bien —respondió—, gracias a Dios. He traído algún dinero. Pero yo quería preguntarles a ustedes cómo va la instrucción de la mudita. Cuando yo la dejé parecía un pobre animalito, la infeliz criatura. Yo tengo poca fe en los colegios. ¿Ha aprendido a hacer los signos? Mi mujer me escribía: «Está aprendiendo a hablar; va haciendo progresos». Pero yo me decía: «¿De qué sirve que ella aprenda a hablar, si yo no sé hacer los signos?». ¿Cómo lo graremos entendernos, mi pobre niña? Eso está bien



para entenderse ellos, un desgraciado con otro. ¿Cómo va? ¿Cómo va? Mi padre se sonrió y le contestó:

—No quiero decirle nada; usted mismo lo verá; vaya, vaya; no le robéis vosotros un minuto más.

Salimos; el instituto está cerca. Según íbamos andando, a buen paso, el jardinero me hablaba poniéndose triste:

—¡Oh, mi pobre Luisa! ¡Nacer con esta desgracia! ¡Decir que nunca la he oído llamarme padre, y que ella nunca me ha oído llamarla hija, que jamás ha dicho ni ha oído una palabra en la vida! ¡Y menos mal que ha habido una persona caritativa que se ha hecho cargo de los gastos del instituto! Pero..., antes de los ocho años no ha podido ir. Tres años hace que no está en casa; ahora tiene once. ¿Está crecida, dígame, está crecida? ¿Está contenta?

—Ahora lo verá, ahora lo verá —le respondió, apresurando el paso.

—¿Pero dónde está ese instituto? —preguntó—. Mi mujer fue quien la acompañó, pues yo ya me había ido. Me parece que debe de estar por es te lado.

Precisamente entonces llegábamos. Entramos enseguida en el locutorio. Salió a nuestro encuentro un encargado.

—Soy el padre de Luisa Vogli —dijo el jardinero—, mi hija, pronto, pronto.

—Está en el recreo —dijo el encargado—, voy a avisar a la maestra. Y se fue.

El jardinero no podía ni hablar ni estarse quieto; miraba los cuadros de la pared, pero sin ver nada.

La puerta se abrió; entró una maestra vestida de negro, con una niña cogida de la mano.

El padre y la hija se miraron un momento, y luego se lanzaron el uno en los brazos del otro.

La niña llevaba un vestido de rayas blancas y encarnadas, con un delantal de color gris. Es más alta que yo. Lloraba y tenía a su padre abrazado por el cuello con ambos brazos.

Su padre se separó y comenzó a mirarla de pies a cabeza, con unos la grimones en los ojos, jadeante como si acabase de echar una carrera muy lar ga y exclamó:

—¡Pero qué crecida está! ¡Qué hermosa se ha puesto! ¡Cariño, mi pobre Luisa! ¡Mi pobre mudita! ¿Es usted, señora, la maestra? Dígale usted que

me hable por señas, que algo entenderé, y, poco a poco, iré aprendiendo.

Dígale que me dé a entender algo con gestos.

La maestra se sonrió y dijo en voz baja a la muchacha:

—¿Quién es este hombre que ha venido a verte?

Y ella, con una voz fuerte, extraña, desentonada como la de un salvaje que hablara entonces por primera vez nuestra lengua, pero pronunciando claro y sonriéndose, respondió:

—Es mi padre.

El jardinero dio un paso atrás, y se puso a gritar como loco:

—¡Habla! ¿Pero es posible? ¿Pero hablas tú, mi niña, hablas? ¿Dime, hablas? —y de nuevo la abrazó y besó tres veces su frente—. ¿Pero no es por señas y con los dedos como hablan, señora maestra? ¿Qué es esto?

—No, señor Vogí —respondió la maestra—, no es por señas. Eso era el método antiguo. Aquí se enseña el método moderno, el método oral. ¿Es que no lo sabía?

—¡Yo, no sabía nada! —respondió el jardinero, sorprendido—. ¡Hace tres años que estoy fuera! Me lo habrán escrito y no lo he comprendido. Tengo la cabeza de alcornoque. ¡Oh, hija mía!, entonces, ¿tú me comprendes? ¿Oyes lo que te digo?

—No, buen hombre —dijo la maestra—, la voz no la siente, porque es sorda. Ella comprende por los movimientos de su boca las palabras que usted le dice; pero no oye sus palabras, y ni siquiera las que ella dice; las pronuncia, porque se las hemos enseñado, letra por letra; cómo debe poner los labios y mover la lengua, y qué esfuerzo debe hacer con el pecho y con la garganta para sacar la voz.

El jardinero no comprendió y se quedó con la boca abierta. Aún no lo creía.

—Dime, Luisa —preguntó a su hija, hablándole al oído—: ¿estás contenta de que tu padre haya vuelto? —y levantando la cara, se quedó esperando la respuesta.

La muchacha lo miró pensativa, y no dijo nada.

El padre se quedó turbado.

La maestra se echó a reír. Luego dijo:

—Buen hombre, no le responde porque no ha visto los movimientos de sus labios; le habéis hablado al oído. Repetid la pregunta, manteniendo su cara enfrente de la de la niña.

El padre, mirándola bien a la cara, repitió:

—¿Estás contenta de que tu padre haya vuelto, de que no se vuelva a ir?

La muchacha, que le había mirado atentamente a los labios, intentando incluso ver el interior de su boca, respondió con soltura:

—Sí, es-toy contenta, de que hayas vuel-to, de que no te marches... jamás.

El padre la abrazó fuertemente, y luego, a toda prisa, como para cerciorarse mejor, la abrumó a preguntas.

—¿Cómo se llama mamá?

—An-tonia.

—¿Cómo se llama tu hermana pequeña?

—A-de-laida.

—¿Cómo se llama este colegio?

—De sor-do-mudos.

—¿Cuántos son diez y diez?

—Veinte.

Cuando creí que se iba a echar a reír de alegría, comenzó de pronto a llorar. Pero era también de alegría.

—Ánimo —dijo la maestra—; tiene motivos para alegrarse, no para llorar. ¡Mire que hace usted llorar también a su hija! ¡Ea, póngase contento!

El jardinero cogió la mano de la maestra y se la besó dos o tres veces, diciendo:

—¡Gracias, gracias, cien veces gracias, mil veces gracias, querida señora maestra! Y perdóneme si no sé decirle otra cosa.

—Pero no sólo habla —le dijo la maestra—; vuestra hija sabe también escribir. Sabe contar. Conoce los nombres de todos los objetos corrientes. Sabe un poco de historia y de geografía. Ahora está en la clase normal. Cuando haya hecho los otros dos años sabrá mucho más. Saldrá de aquí preparada para poder ejercer una profesión. Tenemos ya sordomudos que están en las tiendas para servir a los parroquianos, y cumplen su cometido como los demás.

El jardinero se quedó de nuevo asombrado. Parecía que de nuevo se le confundían las ideas. Miró a su hija y se rascó la frente. En su semblante se adivinaba que deseaba más explicaciones.

Entonces la maestra se volvió al portero y le dijo:

—Llame a una niña de la clase preparatoria.

El portero volvió después con una sordomuda de unos ocho o nueve años que había entrado recientemente en el instituto.

—Esta —dijo la maestra— es una de las que están aprendiendo los primeros elementos. Vea cómo se hace. Quiero que le diga la e, preste atención.

La maestra abrió la boca, como se hace para pronunciar la e, e indicó a la niña que abriese la boca de la misma manera. La niña obedeció. Entonces la maestra le indicó que echase la voz. Ella lo hizo así, pero en vez de e, pronunció o.

—No —dijo la maestra—, no es eso.

Y cogiendo las dos manos de la niña, puso una, abierta, en su garganta, y la otra en el pecho, y repitió:

—E...

La niña, después de sentir el movimiento de la garganta y del pecho de la maestra, abrió de nuevo la boca, como antes, y pronunció perfectamente la e. Del mismo modo, la maestra le hizo decir c y d , reteniendo las manos en la garganta y en el pecho.

—¿Ha comprendido ahora? —preguntó.

El padre había comprendido, pero parecía más maravillado aún que cuando no lo había entendido.

—¿Y enseñan a hablar de esa manera? —preguntó después de un momento de reflexión, mirando a la maestra ¿Tienen paciencia para enseñar a hablar así, poco a poco, a cada una, durante años y años? ¡Ustedes son unas santas! ¡Son ustedes, ángeles del paraíso! ¡No existe en este mundo una recompensa digna para ustedes! ¿Qué quiere usted que le diga...? ¡Ah! dé jenne un poco con mi hija, ahora. Déjemela cinco minutos conmigo a solas.

La llevó aparte, se sentó con ella y comenzó a preguntarle y la niña a responder; y él se reía, con los ojos brillantes, dándose con el puño en las rodillas, y cogía a su hija de la mano, mirándola, fuera de sí por la dicha de oírla como si fuese una voz que bajara del cielo; luego preguntó a la maestra:

—¿Podría dar las gracias al señor director?

—El director no está —respondió la maestra—. Pero hay otra persona a quien debería usted dar las gracias. Aquí toda niña pequeña es confiada al cuidado de una compañera mayor, que le hace de hermana y

de madre. Vuestra hija ha sido confiada a una sordomuda de diecisiete años, hija de un panadero, que es buena y la quiere mucho; hace dos años que todas las mañanas va a ayudarla a vestirse, la peina, la enseña a coser, le arregla la ropa y le hace compañía. Luisa, ¿cómo se llama tu madre del instituto?

La muchacha, sonriendo, respondió:

—Catalina Jordano —luego dijo a su padre—: Muy, muy buena.

El portero, que había salido a una indicación de la maestra, volvió enseguida con una sordomuda rubia, fuerte, de alegre semblante, vestida también con un vestido de rayas rojas y delantal gris; se detuvo en el umbral, ruborizándose, y luego bajó la cabeza, riéndose. Tenía el cuerpo de una mujer, y parecía una niña.

La hija de Jorge corrió enseguida a su encuentro, la cogió por el brazo como a una niña y la llevó hacia su padre, diciendo con su gruesa voz: —Catalina Jordano.

—¡Ah, ésta es la muchacha tan buena! —exclamó el padre, y extendió la mano para acariciarla; pero la retiró, y repitió—: ¡La buena muchacha! ¡Que Dios la bendiga, que le dé suerte y toda clase de alegrías, que la haga siempre feliz a ella y a su familia! Es un honrado trabajador, un pobre padre de familia el que te lo desea de todo corazón.

La muchacha mayor acariciaba a la pequeña, siempre con la cabeza baja y sonriendo, y el jardinero seguía mirándola como si fuera una virgen.

—Hoy puede usted llevarse a su hija —dijo la maestra.

—¡Sí, me la llevo! —respondió el jardinero—. La llevaré a Candove y mañana por la mañana la traeré de nuevo. ¡Figúrese si no la voy a llevar! —la niña fue a vestirse—. ¡Después de tres años sin verla! —replicó el jardinero—. ¡Y ahora que habla! La llevaré enseguida a Candove, pero antes quiero dar una vuelta por Turín, con mi mudita del brazo, que todos la vean, y presentarla a mis pocas amistades, para que la oigan. ¡Oh, qué día tan hermoso! ¡Esto sí que es un consuelo! ¡Da el brazo a tu padre, Luisa mía!

La muchacha, que había vuelto con una manteleta y una cofia, se lo dio.

—Y gracias a todos —dijo el padre desde la puerta—. Volveré para darles a todos las gracias.

Se quedó un poco pensativo; luego se separó bruscamente de la niña, se volvió de nuevo, hurgándose en los bolsillos, y gritó como frenético:

—No soy más que un pobre diablo, pero aquí tiene, dejo veinte liras para el instituto, ¡una moneda de oro bien nueva!

Y dando un golpe sobre la mesa dejó allí la moneda.

—No, no, buen hombre —dijo la maestra, conmovida—. Vuelva a tomar su dinero. No lo puedo aceptar. No me corresponde a mí recibirlo. Ya vendrá cuando esté el director, pero tampoco él lo aceptará, esté seguro. Ha trabajado demasiado para ganarlo, ¡pobre hombre! Os quedamos agradecidos, de todas maneras.

—No, lo dejo —respondió el jardinero, obstinado—, y luego, ya veremos.

Pero la maestra le metió la moneda en el bolsillo, sin darle tiempo a rechazarla.

Y entonces él se resignó, meneando la cabeza; luego, rápidamente, enviando un beso con la mano a la maestra y a la muchacha mayor, y cogiendo de nuevo el brazo de su hija, se dirigió hacia fuera, diciendo:

—¡Ven, ven, hija mía, mi pobre mudita, mi tesoro! Y la hija exclamó con su voz gruesa:

—¡Qué sol tan hermoso!

# Junio

## Garibaldi

Sábado, 3.

Mañana es la fiesta nacional.

«Hoy es día de luto nacional. Ayer por la tarde ha muerto Garibaldi. ¿Sabes quién era? Es el que liberó a diez millones de italianos de la tiranía de los Borbones. ¡Ha muerto a los setenta y cinco años!

Nacido en Niza, su padre era capitán de un barco. A los ocho años salvó la vida a una mujer; a los trece sacó de peligro una barca llena de compañeros que estaban para naufragar; a los veintisiete libró a un joven de perecer ahogado en aguas de Marsella; a los cuarenta y uno impidió que un barco se incendiara en el océano. Luchó diez veces en América por la libertad de un pueblo extranjero, combatió en tres guerras contra los austríacos por la libertad de Lombardía y del Trentino; defendió a Roma de los franceses en 1849, liberó a Palermo y a Nápoles en 1860, volvió a combatir por Roma en el 67, luchó en 1870 contra los alemanes en defensa de los franceses. Tenía en su alma la llama del heroísmo y el genio de la guerra. Tomó parte en cuarenta combates, y salió triunfante en treinta y siete.

Cuando no estuvo ocupado en la guerra, trabajó para vivir, o se encerró en una isla solitaria para cultivar la tierra. Fue maestro, marinero, trabajador, negociante, soldado, general, dictador. Era grande, sencillo y bueno. Odiaba a todos los opresores, amaba a todos los pueblos, protegía a todos los débiles; no tenía más aspiración que el bien; rehusaba los honores, despreciaba la muerte, adoraba a Italia.

Cuando lanzaba el grito de guerra, acudían legiones de valientes de todas partes: los señores dejaban los palacios, los obreros, las fábricas, los muchachos las escuelas, para ir a combatir bajo el sol de su gloria. En la guerra llevaba una camisa roja.

Era fuerte, rubio, hermoso. En el campo de batalla era como un rayo; en el afecto, como un niño; en el dolor, un santo. Infinidad de italianos han muerto por la patria, felices, al morir, de verlo pasar a lo lejos, victorioso. Millares se hubieran dejado matar por él; millones lo han bendecido y

seguirán haciéndolo. Ha muerto. El mundo entero lo llora. Tú no lo comprendes por ahora; pero leerás sus proezas, oirás hablar de él continuamente durante la vida, y, según vayas creciendo, crecerá también su imagen ante ti. Cuando seas hombre, te parecerá un gigante; y cuando ya no estés en el mundo, ni vivan tampoco los hijos de tus hijos, y los que nazcan de ellos, todavía las generaciones contemplarán su cabeza luminosa de redentor de pueblos, coronado por los nombres de sus victorias, como un nimbo de estrellas, y se iluminará la frente y el alma de todo italiano al pronunciar su nombre.<sup>5</sup>

Tu padre».



## El ejército

Domingo, 11.

Fiesta nacional. Retrasada siete días por la muerte de Garibaldi.

Hemos ido a la Plaza del Castillo a ver la revista de los soldados, que desfilaron ante el comandante del cuerpo de ejército, en medio de dos grandes filas de personas.

Según iban desfilando todos, al compás de las cornetas y de la música, mi padre me iba indicando los cuerpos y los recuerdos gloriosos de las banderas.

Primeramente los marciales alumnos de la academia, los que serán oficiales de ingenieros y de artillería, unos trescientos, vestidos de negro, pasaron con la gallarda y ágil elegancia de soldados y de estudiantes.

Después de ellos desfiló la gloriosa infantería: la brigada Aosta, que combatió en Goito y en San Martín, y la brigada Bérgamo, que luchó en Castelfidardo, cuatro regimientos, compañía tras compañía, miles de borlas rojas, que parecían otras tantas guirnalda dobles, larguísimas, de flores color sangre, tensas y agitadas por los extremos y llevadas a través de la multitud.

Después de nuestra gran infantería desfilaron los soldados de ingenieros, los obreros de la guerra, con sus penachos de plumas negras y los galones carmesíes; y mientras desfilaban éstos se veía avanzar detrás de ellos centenares de plumas largas y derechas que sobresalían por encima de las cabezas de los espectadores: eran los alpinos, los defensores de las puertas de Italia, todos ellos altos, sonrosados y fuertes, con sombreros a lo calabrés y las divisas de hermoso color verde intenso, como la hierba de sus montañas.

Aún estaban desfilando los arrogantes alpinos, cuando un estremecimiento recorrió la multitud, y los cazadores, el antiguo duodécimo batallón, los primeros que entraron en Roma por la brecha de la Puerta Pía, morenos, airosos y vivos, con sus penachos al viento, pasaron como la oleada de un torrente negro, haciendo retumbar toda la plaza con los agudos sonidos de las trompetas, que parecían gritos de alegría.

Pero sus cornetas quedaron bien pronto cubiertas por un ruido sordo e intermitente, que anunciaba la artillería de campaña y entonces comenzaron a pasar gallardamente, sentados en sus altos carros, arrastrados por trescientas parejas de caballos impetuosos, los valientes soldados de los cordones amarillos y los largos cañones de bronce y acero, refulgentes sobre las ligeras cureñas, que saltaban y resonaban haciendo temblar el suelo. Luego avanzó, lenta, grave, bella en su aparente pesadez y rudeza, con sus altos soldados y sus poderosos mulos, la artillería de montaña, que lleva la desolación y la muerte hasta donde llega el pie del hombre. Y finalmente pasó al galope, con los cascos al sol, con las lanzas enhiestas, con las banderas al viento, deslumbrantes de plata y oro, llenando el aire de campanilleos y relinchos, el magnífico regimiento de caballería de Génova, que cayó como un torbellino sobre diez campos de batalla desde Santa Lucía a Villafranca.

—¡Qué hermoso! —exclamé.

Pero mi padre casi me regañó por aquellas palabras, diciéndome:

—No consideres al ejército como un bello espectáculo. Todos estos jóvenes pletóricos de energía y de esperanzas pueden de un día a otro ser llamados a defender la patria, y en pocas horas caer despedazados por las balas y la metralla. Cada vez que oigas gritar en una fiesta: «¡Viva el ejército! ¡Viva Italia!», figúrate, más allá de los regimientos que pasan, un campo cubierto de cadáveres y anegado en sangre, y entonces, los vítores al ejército te saldrán de lo más profundo del corazón, y la imagen de Italia te parecerá más severa y más grande.

# Italia

Martes, 14.

«Saluda a tu patria de esta manera en los días de sus fiestas: Italia, patria mía, tierra noble y querida, donde nacieron mi padre y mi madre y en la cual serán enterrados, donde yo espero vivir y morir, donde también mis hijos nacerán, crecerán y morirán.

Hermosa Italia, grande y hermosa a través de los siglos, unida y libre desde hace poco, que sembraste el mundo de inteligencias divinas, y por la cual tantos valientes murieron en los campos de batalla y tantos héroes subieron al patíbulo, madre augusta de trescientas ciudades y de treinta millones de hijos.

Yo, un niño, que aún no te comprendo ni te conozco por completo, yo te reverencio y te amo con toda el alma, y me siento orgulloso de haber nacido en ti, y de llamarme hijo tuyo. Amo tus mares espléndidos y tus Alpes sublimes, amo tus monumentos solemnes y tus recuerdos inmortales, amo tu gloria y tu belleza.

Yo te amo y te venero lo mismo en tu totalidad que en aquella parte predilecta donde por primera vez vi el sol y oí tu nombre. Os amo a las dos con un mismo afecto e igual gratitud, a Turín la valerosa, a Génova la soberbia, a la docta Bolonia, a la encantadora Venecia, a la poderosa Milán; os amo con igual reverencia filial, gentil Florencia y terrible Palermo, Nápoles inmensa y bella, Roma maravillosa y eterna.

¡Yo te amo, Italia mía, patria sagrada! Y te juro que amaré a todos tus hijos como hermanos, que honraré siempre en mi corazón a tus hombres ilustres vivos y muertos; que seré un ciudadano trabajador y honrado, preocupado de continuo por ennoblecerme, por hacerme más digno de ti, por contribuir con mis débiles fuerzas a que un día desaparezca de tu faz la miseria, la ignorancia, la injusticia, el delito, y que tú puedas vivir y desarrollararte tranquila en la majestad de tu derecho y de tu fuerza.

Juro que te serviré en la medida de lo posible, con el ingenio, con mi brazo, con el corazón, humilde y valerosamente; y que si llega el día en que tenga que dar mi sangre y mi vida por ti, lo haré y moriré gritando al cielo, tu santo nombre y enviando mi último beso a tu bendita bandera.

Tu padre».

## Treinta y dos grados

Viernes, 16.

En cinco días que han pasado desde la fiesta nacional ha aumentado tres grados el calor. Nos encontramos en pleno verano, todos comienzan a sentirse cansados, a perder los hermosos colores sonrosados de la primavera; adel-gazan los cuellos y las piernas, la gente cabecea y los ojos se cierran.

El pobrecito Nelli, que sufre mucho con el calor y tiene la cara como la cera, se duerme a veces profundamente encima del cuaderno; pero Garrone está siempre atento para poner delante el libro abierto y derecho a fin de que el maestro no lo vea. Crosi apoya su roja cabeza en el banco, de tal manera, que parece separada del tronco y abandonada allí.

Nobis se lamenta de que somos muchos y le corrompemos el aire. ¡Qué esfuerzos hay que hacer para estudiar! Desde la ventana de mi casa miro los hermosos árboles que dan una sombra tan oscura, adonde iría de buena gana a correr, y me entra tristeza y rabia cuando pienso que he de sentarme en los bancos de la escuela. Pero luego me animo al ver a mi madre que se me queda mirando cuando salgo de la escuela para ver si estoy pálido; y a cada página de mis deberes me pregunta:

—¿Puedes, todavía?

Y todas las mañanas, al despertarme a las seis para estudiar las lecciones:

—¡Ánimo!, solo te quedan ya unos días; luego estarás libre y descansarás, e irás a la sombra de las alamedas.

Sí, tiene sobrada razón al recordarme a los muchachos que trabajan en el campo bajo el ardor del sol, o en las arenas blancas de los ríos que ciegan y abrasan, o los de las fábricas de vidrio, todo el día inmóviles, inclinados sobre la llama del gas: y todos los días se levantan antes que nosotros y no tienen vacaciones. ¡Ánimo, pues! También en esto el primero de todos es Derossi, que no padece ni el calor ni el sueño, siempre vivo y alegre, con sus rizos rubios, igual que lo estaba en invierno, y estudia sin cansarse y mantiene despabilados a cuantos están a su alrededor, como si refrescase el aire con su voz. Hay otros dos que

siempre están despiertos y atentos: el t estarudo Estardo, que se pincha en los labios para no dormirse, y cuanto más cansando está y más calor hace, tanto más aprieta los dientes y abre los ojos, como si quisiera comerse al maestro; y luego, el traficante Garoffi, muy afanoso en hacer abanicos de papel encarnado, adornados con figuritas de cajas de cerillas, que luego vende a dos céntimos cada uno. Pero el más valiente es Coretti; el pobre Coretti, que se levanta a las cinco para ayudar a su padre a llevar leña. A las once, en la escuela, es incapaz de mantener los ojos abiertos, y se le dobla la cabeza sobre el pecho. No obstante, se sacude, se da palmadas en la nuca, pide permiso para salir y refrescarse la cara, pide a sus vecinos que le den con el codo y lo pellizquen. Pero esta mañana ya no pudo más y se durmió con un sueño de plomo. El maestro lo llamó fuerte:

—¡Coretti!

Él no oyó. El maestro, enfadado. volvió a repetir:

—¡Coretti!

Entonces, el hijo del carbonero, que vive al lado de su casa, se levantó y dijo:

—Ha estado trabajando desde las cinco hasta las siete, llevando haces de leña.

El maestro lo dejó que durmiera y continuó la lección durante media hora. Luego, se fue al banco de Coretti y muy despacito, soplándole la cara, lo despertó. Al encontrarse delante del maestro, Coretti se echó hacia atrás atemorizado. Pero el maestro le cogió la cabeza entre sus manos y le dijo, besándole el cabello:

—No te reprendo, hijo mío. El tuyo no es el sueño de la pereza; es el sueño de la fatiga.

## Mi padre

Sábado, 17.

«¡No, ciertamente que ni tu compañero Coretti, ni Garrone, hubieran contestado jamás a sus padres como tú has respondido hoy por la tarde al tuyo, Enrico! ¿Cómo es posible? Has de jurar que esto no volverá a suceder mientras yo viva. Cada vez que al oír un reproche de tu padre te venga a los labios una respuesta inconveniente, piensa en aquel día, que fatalmente llegará, en que tenga que llamarte a su lecho para decirte: “Enrico, te dejo”. Hijo mío, cuando por última vez oigas su voz, e incluso mucho tiempo después, cuando llores a solas en su habitación abandonada, en medio de los libros que él no volverá a abrir, entonces, al acordarte de haberle faltado alguna vez al respeto, te preguntarás a ti mismo: “¿Cómo es posible?”. Entonces comprenderás que él ha sido siempre tu mejor amigo, que cuando se veía obligado a castigarte, sufría más que tú, y que jamás te ha hecho llorar si no era por tu bien; y entonces te arrepentirás y besarás entre lágrimas la mesa en la que tanto trabajó, en la que consumió su vida por sus hijos. Ahora no te das cuenta; él te oculta todo lo suyo, menos su bondad y cariño. Tú no sabes que a veces se encuentra tan quebrantado por la fatiga que le parece que le quedan solamente unos días de vida, y que en aquellos momentos no habla más que de ti, no tiene otra preocupación en su corazón que el dejarte necesitado y sin protección. ¡Y cuántas veces duermes y se queda allí, con la luz en la mano, mirándote, y luego hace un esfuerzo y cansado y triste, vuelve al trabajo! Ni tampoco sabes que con frecuencia él te busca y está a tu lado, porque su corazón se encuentra lleno de la amargura y de los disgustos que todos los hombres tienen que soportar en el mundo, y te busca a ti como a un amigo, para consolarse y olvidar, y siente necesidad de refugiarse en tu cariño, para volver a encontrar la serenidad y el valor. Piensa, pues, qué dolor debe causarle cuando en vez de encontrar en ti afecto, encuentra frialdad y falta de respeto. ¡No vuelvas a mancharte jamás con semejante ingratitud! Piensa que aunque fueras como un santo de bueno, jamás podrías compensar suficientemente lo que él ha hecho y hace por ti. Y piensa también: no se puede contar con la vida; una desgracia cualquiera puede arrebatarte a tu

padre cuando aún eres un niño, dentro de dos años, de tres meses, mañana quizá. ¡Ah, pobre Enrico! ¡Cómo cambiaría entonces todo a tu alrededor! ¡Qué vacía y desolada te parecería la casa, con tu pobre madre vestida de luto! Ve, hijo mío, ve a tu padre, está trabajando en su cuarto; ve de puntillas para que no te sienta entrar; apoya tu frente en sus rodillas y dile que te perdone y te bendiga.

Tu madre».



## En el campo

Lunes, 19.

Mi buen padre me perdonó una vez más, y me dejó ir a la jira campestre que se había concertado para el miércoles con el padre de Coretti, el vendedor de leña. Todos necesitábamos respirar el aire fresco de las colinas. Fue una verdadera fiesta.

Nos reunimos ayer a las dos en la Plaza de la Constitución, Derossi, Garrone, Garoffi, Precossi, Coretti padre e hijo y yo, con nuestras provisio

nes de frutas, salchichón y huevos cocidos; llevábamos también barquillos de cuero y vasos de hojalata. Garrone llevaba una calabaza llena de vino blanco. Coretti, la cantimplora de soldado de su padre, llena de vino tinto y el pequeño Precossi, con su blusa de herrero, llevaba bajo el brazo una hogaza de dos kilos. Fuimos en autobús hasta la Gran Madre de Dios, y luego, colina arriba, a buen paso. ¡Daba gusto ver el verde, la sombra y la frescura! Dábamos volteretas en la pradera, metíamos la cara en los arroyuelos, saltábamos los cercados. Coretti padre nos seguía desde lejos, con la chaqueta a la espalda, fumando en su pipa de yeso y de vez en cuando nos amenazaba con la mano para que no nos rompiéramos el pantalón.

Precossi silbaba; yo no lo había oído hacer semejante cosa. Coretti hijo hacía de todo, según andábamos; sabe hacerlo todo aquel hombrecito con su navaja de un dedo de largo: ruedas de molino, tenedores, jeringuillas; quería llevar las cosas de los demás e iba tan cargado que le corría el sudor, pero resultaba tan ligero como una cabra. Derossi se paraba a cada momento para decirnos el nombre de las plantas y de los insectos; no sé cómo se arregla para saber tantas cosas. Y Garrone comía pan en silencio; pero ya no daba aquellos mordiscos con la satisfacción de antes el pobre Garrone, después de la muerte de su madre.

Pero todavía sigue siendo tan bueno como siempre; cuando uno de nosotros cogía carrera para saltar un foso, él corría a la otra parte para darle la mano; y como Precossi tenía miedo de las vacas, porque de pequeño lo cornearon, cada vez que pasaba una, Garrone se ponía

delante. Subimos hasta Santa Margarita, y luego hacia abajo, por la pendiente, dando saltos y echándonos a rodar. Precossi, al rozarse con un arbusto, se hizo un rasgón en la blusa y se quedó allí, avergonzado, con el jirón colgando, pero Garoffi, que lleva siempre alfileres en la chaqueta, se lo sujetó tan bien que no se notaba, mientras el otro no cesaba de decirle:

—Perdóname, perdóname —y luego comenzó otra vez a correr.

Garoffi no perdía el tiempo por el camino: cogía hierbas para ensalada, caracoles, y cualquier piedra que brillaba un poco se la metía en el bolsillo, pensando que dentro podría haber oro o plata. Y siempre adelante, corriendo, silbando, trepando, a la sombra y al sol, arriba y abajo por todas las elevaciones y veredas, hasta que llegamos, cansados y sin aliento, a la cima de una colina, donde nos sentamos a merendar en la hierba. Se divisaba una inmensa llanura, y los Alpes azules con sus blancas cumbres. Estábamos todos muertos de hambre; parecía que el pan se evaporaba. Coretti padre nos daba las raciones de salchichón en hojas de calabaza. Entonces comenzamos todos a hablar a la vez de los maestros, de los compañeros que no habían podido venir y de los exámenes. Precossi se avergonzaba de comer, y Garrone le metía en la boca lo mejor de su parte, a la fuerza. Coretti estaba sentado al lado de su padre, con las piernas cruzadas; parecían más bien dos hermanos que padre e hijo, al verlos allí juntos, los dos colorados y sonrientes, con sus dientes tan blancos. El padre bebía a placer, vaciando también los barquillos y los vasos que nosotros dejábamos a medias, y decía:

—A vosotros, los que estudiáis, el vino os hace mal; los vendedores de leña son los que lo necesitan —luego cogía a su hijo por la nariz y lo sacudía, diciéndonos—: Muchachos, quered mucho a éste, que es un perfecto caballero; os lo digo yo.

Y todos se reían, excepto Garrone. Y él seguía bebiendo.

—¡Es una lástima! Ahora estáis todos juntos como excelentes compañeros; pero dentro de algunos años, ¡quién sabe!, Enrico y Derossi serán abogados, o profesores, o qué sé yo, y vosotros cuatro, en una tienda, o con un oficio, o el diablo sabe dónde. Y entonces, adiós, muy buenas, compañeros.

—¡Cómo! —respondió Derossi—, para mí, Garrone será siempre Garrone; Precossi será siempre Precossi, y exactamente igual los demás, aunque llegase a ser emperador de todas las Rusias, donde ellos

estén, iré yo.

—¡Bendito seas! —exclamó Coretti padre, alzando la cantimplora—; ¡así se habla! ¡Venga esa mano! ¡Vivan los excelentes compañeros, y viva también la escuela, que os hace una sola familia, a los que tienen y a los que no tienen!

Todos nosotros tocamos su cantimplora con los barquillos y los vasos, y bebimos por última vez. Y él:

—¡Viva el cuadro del cuarenta y nueve! —gritó, poniéndose en pie y apurando el último sorbo—; y si algún día os veis obligados a formar el cuadro también vosotros, ¡manteneos firmes como nosotros, muchachos!

Era ya tarde; bajamos corriendo y cantando, y caminando durante largos trechos cogidos todos del brazo. Cuando llegamos al Po oscurecía y se arrastraban miles de luciérnagas. No nos separamos hasta la Plaza de la Constitución, después de habernos puesto de acuerdo en que nos reuniríamos allí todos el domingo para ir al Teatro Víctor Manuel a ver la distribución de premios a los alumnos de las escuelas nocturnas. ¡Qué día tan hermoso! ¡Qué alegre hubiera entrado en casa de no haberme encontrado a mi pobre maestra! La encontré cuando bajaba las escaleras de nuestra casa, casi a oscuras, y apenas me reconoció me cogió ambas manos y me dijo al oído:

—¡Adiós, Enrico, acuérdate de mí!

Me di cuenta de que lloraba. Subí y se lo dije a mi madre.

—He encontrado a mi maestra.

—Sí, iba a acostarse —me respondió mi madre, que tenía los ojos rojos; luego añadió, muy triste, mirándome a los ojos—: Tu pobre maestra..., está muy mal.

## La distribución de premios a los artesanos

Domingo, 25.

Como habíamos convenido, fuimos todos juntos al Teatro Víctor Manuel, a ver la distribución de los premios a los obreros. El teatro estaba adornado como el 14 de marzo, y atestado de gente; pero casi todos eran familiares de los obreros, y la platea estaba ocupada por los alumnos y alumnas de la escuela coral, los cuales cantaron un himno a los soldados muertos en Crimea, tan bello que, al terminar, todos se pusieron de pie aplaudiendo y gritando, y tuvieron que volver a cantarlo. Y enseguida comenzaron a desfilar los premiados delante del alcalde, el gobernador y muchas otras personas, que les daban libros, libretas de la caja de ahorros, diplomas y medallas. En un rincón de la platea vi al Albañilito, sentado al lado de su madre; en otra parte estaba el director, y detrás de él la cabeza roja de mi maestro de segundo. Desfilaron en primer lugar los alumnos de las escuelas nocturnas de dibujo; plateros, escultores, litógrafos, y también los carpinteros y los albañiles; luego los de la escuela de comercio; detrás los del liceo musical, entre los cuales varias muchachas, obreras, con sus trajes de fiesta, que fueron recibidas con un gran aplauso, mientras ellas se reían. Por fin, los alumnos de las escuelas nocturnas elementales, y entonces comenzó el espectáculo. Los había de todas las edades, de todos los oficios, vestidos de todas las formas; hombres con el pelo gris, muchachos de talleres, obreros con largas barbas negras. Los pequeños, más desenfadados; los hombres más embarazados; la gente los aplaudía a todos. Pero nadie se reía entre los espectadores, como hacían en nuestra fiesta; todos estaban serios y atentos. Muchos de los premiados tenían a la mujer y a los hijos en la platea, y algunos niños, cuando veían pasar a su padre por el escenario, lo llamaban en voz alta y lo señalaban con el dedo, riendo. Pasaron labradores y mozos, procedentes de la escuela de la Ciudadela; pasó un limpiabotas, a quien mi padre conoce, y el gobernador le dio un diploma. Después de él veo avanzar a un hombre grande como un gigante que me pareció haber visto otras veces. Era el padre del Albañilito, que había ganado el segundo premio. Me acordé de cuando lo vi en la buhardilla, junto al lecho de su hijo enfermo, y busqué enseguida al hijo en

la platea. ¡Pobre Albañilito! Estaba mirando a su padre con los ojos brillantes, y para ocultar la emoción, ponía el hocico de liebre. En aquel momento oí un estallido de aplausos; miré: era un pequeño deshollinador, con su cara muy limpia, pero con su ropa de trabajo; el alcalde le hablaba cogiéndole la mano. Detrás del pequeño deshollinador pasó un cocinero. Luego se presentó a recoger la medalla un barrendero municipal de la escuela Raineri. Yo sentía un no sé qué en mi corazón, una especie de intenso afecto y respeto, al pensar en lo que habían costado aquellos premios a todos aquellos trabajadores, padres de familia, llenos de preocupaciones, cuántas fatigas sobreañadidas a sus fatigas, cuántas horas robadas al descanso, del que tanta necesidad tienen, y también cuántos esfuerzos de una inteligencia no habituada al estudio y de unas manos encallecidas por el trabajo. Pasó un muchacho de taller, al cual era evidente que su padre le había prestado la chaqueta para aquella ocasión; le colgaban tanto las mangas, que no tuvo más remedio que remangarse allí mismo para poder recoger el premio, muchos se echaron a reír; pero la risa quedó enseguida ahogada por los aplausos. Vino luego un viejo con la cabeza calva y la barba blanca. Pasaron soldados de artillería; de los que iban a la escuela nocturna en nuestra sección; detrás guardias de consumos, y municipales, de los que hacen la guardia en nuestras escuelas. Por fin, los alumnos de la escuela coral cantaron otra vez el himno a los muertos en Crimea; pero esta vez con tanto ímpetu, con tal entusiasmo brotado directamente del corazón, que la gente casi no aplaudió, y salieron todos conmovidos, lentamente, y sin hacer ruido. En pocos minutos se llenó de gente la calle. Delante de la puerta del teatro estaba el deshollinador con su libro de premio encuadernado en rojo, y a su alrededor unos señores que le hablaban. Muchos se saludaban de una acera a la otra, obreros, muchachos, guardias, maestros. Mi maestro de segundo salió entre dos soldados de artillería. Y se veía a muchas mujeres de obreros con los niños en brazos, los cuales tenían en sus manecitas el diploma del padre y lo enseñaban a la gente, muy satisfechos.

## La muerte de mi maestra

Martes, 17.

Mientras nosotros estábamos en el Teatro Víctor Manuel, mi pobre maestra moría. Falleció a las dos, siete días después de haber ido a ver a mi madre. El director fue ayer por la mañana a comunicarnos la noticia en la escuela. Y dijo:

—Aquellos de vosotros que han sido sus alumnos saben lo buena que era, cuánto quería a los niños: era una madre para ellos. Ahora ya no existe. Una terrible enfermedad la venía consumiendo hacía tiempo. De no haber tenido que trabajar para ganarse el sustento, hubiera podido cuidarse, y quizá curar de su enfermedad, o al menos hubiera prolongado su vida, si se hubiera tomado un permiso; pero prefirió estar con sus niños hasta el último momento. La tarde del sábado diecisiete, se despidió de ellos con la certeza de no volver a verlos; les dio algunos buenos consejos, los besó uno por uno, y se fue sollozando. Ahora ninguno volverá a verla. Acordaos de ella, hijos míos.

El pequeño Precossi, que había sido discípulo suyo en el primero superior, apoyó la cabeza sobre el banco y se echó a llorar.

Ayer por la tarde fuimos todos juntos a casa de la difunta maestra, para acompañar su cadáver a la iglesia. En la calle estaba ya el carro fúnebre con dos caballos, y mucha gente que esperaba, hablando en voz baja. Estaban el director, los maestros y maestras de nuestro colegio, y también de otras secciones, en las que ella había enseñado años atrás; estaban casi todos los niños de su clase, llevados de la mano por sus madres, que iban con velas; y muchísimos de otras clases, y también unas cincuenta muchachas de la sección Baretí, que llevaban en la mano, bien coronas, bien ramitos de flores. Habían ya colocado muchos ramos de flores en el carro, del cual pendía una corona grande de siemprevivas con la inscripción en caracteres negros: «A su maestra, las antiguas alumnas de cuarto». Bajo la corona grande había otra pequeña, que habían llevado sus niños. Entre la multitud había muchas criadas enviadas por sus señoras, con velas, y dos lacayos de librea con antorchas encendidas; un señor rico, padre de un alumno de la maestra, había enviado su carroza, forrada de azul. Todos se agolpaban delante de la

puerta. Varias niñas enjugaban sus ojos llenos de lágrimas. Esperamos un poco en silencio. Por fin, bajaron el ataúd. Cuando lo vieron meter en el carro algunos niños se echaron a llorar, y uno comenzó a gritar como si solamente entonces cayese en la cuenta de que su maestra había muerto, sollozando de manera tan

convulsiva que tuvieron que llevarse lo. El cortejo se puso en orden lentamente

y comenzó a moverse. Iban las primeras las hijas del Refugio de la Concepción, vestidas de verde; luego, las Hijas de María, todas de blanco con un lazo azul; luego, los sacerdotes; y detrás del carro, los maestros y maestras, los alumnos de primero superior y los restantes, por fin, la multitud. La gente se asomaba a las ventanas y a las puertas, y al ver a todos aquellos niños y la corona, decían:

—Es una maestra.

También algunas de las señoras que acompañaban a los niños iban llorando. Cuando llegaron a la iglesia, sacaron el ataúd del carro, y lo pusieron en el centro de la nave, delante del altar mayor: las maestras depositaron en él sus coronas, los niños lo cubrieron de flores, y la gente, en derredor del féretro, comenzó a cantar las oraciones con las velas encendidas en aquella iglesia grande y oscura. Luego, cuando el sacerdote dijo el último «amén», apagaron las hachas, salieron todos apresuradamente, y la maestra se quedó sola. ¡Pobre maestra, tan buena conmigo, tan paciente, que tanto había trabajado durante tantos años! Sus pocos libros los ha dejado a sus alumnos; a uno, un tintero; a otro, un cuadrito, todo lo que poseía. Dos días antes de morir dijo al director que no dejase que los más pequeños fuesen acompañándola, porque no quería que llorasen. No ha hecho más que bien, ha sufrido, ha muerto. ¡Pobre maestra, a solas en la oscuridad de la iglesia! ¡Adiós! ¡Adiós para siempre, mi buena amiga, dulce y triste recuerdo de mi infancia!



# Gracias

Miércoles, 28.

Mi pobre maestra ha querido terminar el año escolar, se nos ha ido solamente tres días antes de terminar las clases. Pasado mañana iremos por última vez a escuchar el último cuento mensual: «Naufragio»; y luego..., se terminó. El sábado, primero de julio, los exámenes. Otro año, pues, el cuarto, ha terminado. Y hubiera terminado bien, si no hubiese muerto mi maestra. Me pongo a pensar en lo que sabía en octubre pasado, y me parece que sé bastante más; hay en mi mente muchas más cosas nuevas; consigo decir y escribir mejor lo que pienso, puedo hacer cuentas para muchos mayores que no las saben, y ayudarles en sus negocios; y entiendo mucho más, entiendo casi todo lo que leo. Estoy contento... Pero, ¡cuántos me han incitado y ayudado a aprender de un modo o de otro, en casa, en la escuela, por la calle, por dondequiera que he estado y he visto algo! Ahora les doy las gracias a todos. En primer lugar, te doy las gracias a ti, mi buen maestro, que tan indulgente y cariñoso has sido conmigo, para quien supuso un esfuerzo cada uno de mis nuevos conocimientos de los que ahora me alegro y enorgullezco. Te doy las gracias a ti, Derossi, admirable compañero que con tus diligentes y amables explicaciones me has ayudado tantas veces a comprender cosas difíciles y a superar las pruebas de los exámenes; y también a ti, Ecardo, bueno y esforzado, que me has demostrado cómo una voluntad de hierro puede conseguirlo todo; y a ti, Garrone, bueno y generoso, que haces buenos y generosos a cuantos te conocen; y a vosotros, Precossi y Coretti, que siempre me habéis dado ejemplo de valor en el sufrimiento y de serenidad en el trabajo; os doy las gracias a vosotros y se las doy a todos los demás. Pero sobre todo te doy las gracias a ti; padre mío, mi primer maestro; mi primer amigo, que me has dado tantos buenos consejos y me has enseñado tantas cosas, mientras trabajabas para mí, ocultándome siempre tus tristezas, y buscando todas las maneras posibles de hacerme el estudio fácil y la vida agradable; y a ti, dulce madre mía, mi ángel custodio querido y bendito, que has gozado de todas mis alegrías y has sufrido en todas mis amarguras, trabajado y llorado conmigo, acariciando con una mano mi frente y con la otra señalándome



el cielo. Yo me arrodillo ante vosotros, como cuando era niño, y os doy gracias con toda la ternura que habéis infundido en mi alma en doce años de sacrificios y de amor.

(Último cuento mensual)

Hace varios años, una mañana del mes de diciembre zarpaba del puerto de Liverpool un gran buque de vapor, que llevaba a bordo más de doscientas personas, entre las cuales figuraban setenta tripulantes. El capitán y casi todos los marineros eran ingleses. Entre los pasajeros había varios italianos: tres señoras, un sacerdote y una compañía de músicos. El barco se dirigía a la isla de Malta.

El tiempo era borrascoso.

Entre los viajeros de tercera, a proa, había un muchacho italiano de unos doce años, pequeño para su edad, pero robusto; un hermoso rostro audaz y formal de siciliano.

Permanecía solo cerca del palo trinquete, sentado encima de un montón de cuerdas, junto a una maleta deteriorada, que contenía su equipaje, y sobre la cual apoyaba la mano. Su cara era morena, y el cabello negro y rizado le caía sobre la espalda. Iba vestido pobremente, con una manta rota a la espalda y una vieja bolsa de cuero en bandolera. Miraba a su alrededor, pensativo, a los viajeros, el buque, los marineros

# Notas

[ ← 1 ]

Desde el siglo <sup>xij</sup>, Italia, subdividida en múltiples estados independientes, es teatro de rivalidades locales. En el siglo <sup>xvi</sup>, España se apodera de la península. Durante la Revolución Francesa, la campaña de Bonaparte en Italia (1796-1797) crea al norte la República Cisalpina, que se transforma sucesivamente en República italiana y en Reino de Italia (1807). Entre 1859 y 1870, el rey Víctor Manuel II de Saboya realiza la unidad italiana